

Ediciones en el
Centenario de la
Revolución Rusa

León Trotsky

En Defensa del Marxismo



*editorial
socialista*
Rudolph
Klement

León Trotsky

En Defensa del Marxismo

Incluye

Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y
la revolución proletaria mundial

*editorial
socialista*

Rudolph
Klement

Índice

Prólogo

La actualidad del combate contra el revisionismo en el marxismo, *por Carlos Munzer*

Presentación

1940: Una discusión al interior de la IV Internacional sobre el carácter de la URSS, *por Eliza Funes y Nadia Briante*

En Defensa del Marxismo

Carta a James P. Cannon (12 septiembre 1939)

La URSS en Guerra (25 septiembre 1939)

Carta a Sherman Stanley (8 octubre 1939)

Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS (18 octubre 1939)

El referéndum y el centralismo democrático (21 octubre 1939)

Carta a Sherman Stanley (22 octubre 1939)

Carta a James P. Cannon (28 octubre 1939)

Carta a Max Shachtman (6 noviembre 1939)

Carta a James P. Cannon (15 diciembre 1939)

Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party (15 diciembre 1939)

Carta a John G. Wright (19 diciembre 1939)

Carta a Max Shachtman (20 diciembre 1939)

Cuatro cartas a la mayoría del Comité Nacional (26 diciembre 1939 al 4 enero 1940)

Carta a Joseph Hansen (5 enero 1940)

Carta abierta al camarada Burnham (7 enero 1940)

Carta a James P. Cannon (9 enero 1940)

Carta a Farrell Dobbs (10 enero 1940)

Carta a John G. Wright (13 enero 1940)

Carta a James P. Cannon (16 enero 1940)

Carta a William F. Warde (16 enero 1940)

Carta a Joseph Hansen (18 enero 1940)

De un rasguño, al peligro de gangrena (24 enero 1940)

Carta a Martin Abern (29 enero 1940)

Dos cartas a Albert Goldman (10 febrero-19 febrero 1940)

¡De vuelta al Partido! (21 febrero 1940)

Ciencia y estilo (23 febrero 1940)

Carta a James P. Cannon (27 febrero 1940)

Carta a Joseph Hansen (29 febrero 1940)

Tres cartas a Farrell Dobbs (marzo-abril 1940)

Los moralistas pequeñoburgueses y el partido proletario (23 abril 1940)

Balance de los acontecimientos fineses (25 abril 1940)

Carta a James P. Cannon (28 mayo 1940)

Carta a Albert Goldman (5 junio 1940)

Sobre el Partido "Obrero" (7 agosto 1940)

Carta a Albert Goldman (9 agosto 1940)

Carta a Chris Andrews (17 agosto 1940)

Apéndice

Una vez más: la Unión Soviética y su defensa (4 noviembre 1937)

¿Un estado ni obrero ni burgués? (25 noviembre 1937)

Anexo

Introducción, por Carlos Munzer

Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial (1940)



RYKOV
Shot



BUKHARIN
Shot



SVERDLOV
Dead



STALIN
Survivor



KOLLONTAI
Missing?



URITSKY
Dead



KRESTINSKY
Shot



SMILGA
Shot



LOMOV
?



SHOMYAN
Dead



BERZIN
?



MURANOV
Disappeared



ZINOVIEV
Shot



KAMENEV
Shot



TROTSKY
In Exile



LENIN
Dead



NOGIN
Dead



DZERZHINSKY
Dead



BUBNOV
Disappeared



SOKOLNIKOV
In Prison



ARTEM
Dead



STASSOVA
Disappeared



MILIUTIN
Missing



JOFFE
Suicide

*Integrantes del Comité Central del Partido Bolchevique en 1917.
En 1939 sólo quedaban con vida Trotsky, en el exilio, y Stalin.
Los demás se encontraban desaparecidos o habían sido asesinados por el
stalinismo.*

La actualidad del combate contra el revisionismo en el marxismo

“La IV Internacional no busca ni inventa panaceas. Se mantiene por completo en el marxismo como única doctrina revolucionaria que permite comprender la realidad, descubrir las causas de las derrotas y preparar conscientemente la victoria. La IV Internacional continúa la tradición del bolchevismo que por primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder. La IV Internacional desecha a los curanderos, charlatanes y profesores de moral. En una sociedad basada en la explotación, la moral suprema es la de la revolución socialista.”

Trotsky, León. *Programa de Transición*, 1938.

La Editorial Socialista Rudolph Klement presenta en esta ocasión ***En defensa del marxismo***, una compilación de cartas y escritos de León Trotsky producidos entre 1939 y 1940. Estos textos dan cuenta de una dura lucha fraccional al interior de la Cuarta Internacional, contra una fracción cuyos dirigentes principales fueron Burnham, Shachtman y Abern, miembros del SWP norteamericano (Socialist Workers Party, Partido Socialista de los Trabajadores). Ésta era una de las secciones más importantes de la Cuarta Internacional, la norteamericana, con inserción en la clase obrera estadounidense.

Este trabajo que aquí presentamos al lector consiste en una lucha decisiva contra el revisionismo en el marxismo, de las muchas que dio León Trotsky a lo largo de su vida.

Editamos este volumen hoy, en el año 2017, al cumplirse el centenario de la revolución rusa. Esta obra, que concentra la posición de los trotskistas ante la degeneración del primer estado obrero de la historia, es el mejor homenaje que le podemos rendir a dicha revolución, que fuera expropiada y mancillada por la burocracia stalinista, aquella excrecencia del estado obrero.

Los trotskistas lucharon contra esa burocracia desarrollando un combate para derrotarla con la revolución política, para así volver a poner a la URSS

como bastión de la revolución mundial. Revolución política que, como tal, era parte de una única revolución socialista internacional.

Presentamos esta obra entonces como un homenaje a la revolución rusa y al combate dado por los trotskistas en los '30 por defender sus conquistas, luchando contra la burocracia stalinista que a cada paso las destruía.

A fines del siglo XX, en el año 1989, la burocracia stalinista consumaba la restauración capitalista. Lo pudo hacer luego de derrotar y traicionar las distintas oleadas revolucionarias que en occidente diera el proletariado mundial. Asimismo, la burocracia huía espantada de los grandes combates que dio el proletariado de los estados obreros del este europeo contra los privilegios que ella tenía, su parasitismo y régimen de terror, como sucedió en Hungría, Checoslovaquia, Polonia y en la misma URSS.

La burocracia, entregando los estados obreros al imperialismo, devino en nueva clase poseedora al interior de la URSS y del resto de los estados obreros conquistados en la segunda posguerra.

Se dio de esta forma el pronóstico de la Cuarta Internacional: o triunfaba una revolución política que derrotara a la burocracia, o ésta, como agente del imperialismo al interior del estado obrero, liquidaba las conquistas de la revolución y devenía en nueva burguesía.

Para los bolcheviques de la III Internacional, la dictadura del proletariado significaba un corto período de tiempo, de transición hacia la conquista del socialismo como victoria de la revolución socialista internacional.

Para el marxismo, la única posibilidad de conquistar el socialismo, es decir, un sistema donde se otorgue “a cada uno según lo que produce”, es tomando el poder en los países capitalistas de mayor desarrollo de fuerzas productivas. De allí que los bolcheviques plantearan que cambiaban la revolución rusa por la victoria de la revolución alemana y dedicaran todas sus fuerzas en poner en pie la III Internacional.

Plantearon que Rusia podía llegar primero a la toma del poder, pero le iba a costar un millón de veces más llegar al socialismo -y estaba amenazado su futuro- si no triunfaba la revolución en Europa.

El marxismo revolucionario definió la dictadura del proletariado como el régimen donde se imponen los intereses de la clase obrera y sus aliados, los

sectores empobrecidos de las clases medias, sobre los intereses de los capitalistas.

Pero este corto período de tiempo que había pronosticado el marxismo revolucionario para la dictadura del proletariado no fue tal en los hechos. No triunfó la revolución europea, la alemana en particular. El estado obrero quedó aislado. No se conquistó una productividad del trabajo semejante que arrojara un excedente de producción capaz de satisfacer todas las necesidades de las masas del estado obrero. Es que ello jamás podía alcanzarse en un solo país, y mucho menos en un país capitalista atrasado, como lo era Rusia al triunfar la revolución obrera. Surgió entonces una poderosa burocracia, devenida cada vez más en agente de la burguesía mundial al interior de dicho estado.

La sobrevivencia de la URSS no se debió al vigor de un estado obrero aislado, con sus fuerzas productivas encorsetadas en un solo país y que fueran llevadas a la peor crisis en una economía mundo controlada por el imperialismo. Si la URSS y sus conquistas se mantuvieron no fue tampoco por la burocracia stalinista, que “defendiendo el estado obrero” a su manera, es decir defendiendo sus intereses de casta burocrática, lo hundía día a día, traicionando la revolución mundial. La URSS vigilada por la burocracia, el agente del imperialismo a su interior, pudo mantener las conquistas de la revolución de octubre gracias a los enormes combates del proletariado soviético e internacional.

El stalinismo no pudo rendirse -aunque lo quiso hacer mil veces- ante el fascismo de Hitler, ni ante el “frente democrático” imperialista de la Segunda Guerra Mundial de Churchill y Roosevelt, de los cuales fue un vil sirviente. El proletariado soviético no permitió que suceda. Pero no hizo esto porque defendiera a la camarilla de Stalin, que mostró toda su cobardía antes y durante la guerra en los choques militares con el ejército alemán. El proletariado soviético lo que defendía eran sus conquistas: la propiedad nacionalizada, las condiciones de vida que había conquistado. Por eso entregó 20 millones de muertos en el campo de batalla.

Esta experiencia histórica y heroica del proletariado internacional y soviético durante la guerra dio el veredicto a favor del combate dado por Trotsky contra la corriente pequeñoburguesa liquidacionista del SWP, que ya no veía en los ‘30 ninguna conquista que defender en la URSS.

El proletariado soviético, por el contrario, sí vio conquistas por defender, y al hacerlo, durante la Segunda Guerra Mundial le dio la posibilidad al proletariado europeo de tomar el poder en toda Europa, llegando a las puertas mismas de Berlín. Si éste no lo logró fue por la traición alevosa del stalinismo, que desarmó a las masas de Italia, de Grecia, de Francia y le entregó el poder a la burguesía. El stalinismo junto al imperialismo, levantó un muro en Berlín para que toda Alemania no cayera en manos de la clase obrera, y para pactar con éste ser quien controlara a las masas desde allí hasta las estepas rusas. Gracias al stalinismo se sobrevivió así el sistema capitalista mundial a la salida de la segunda guerra.

Visto desde el siglo XXI lo acontecido en 1989 adquiere mayor nitidez. En aquel momento el proletariado soviético no dio un combate contra la restauración capitalista, puesto que ya no tenía conquistas que defender. La burocracia las había entregado, junto a las revoluciones de occidente. Había llevado a los estados obreros a la peor de las crisis de endeudamiento, subproducción, subconsumo. Mientras, otros sectores del stalinismo, como en China, se anticipaban a la catástrofe y entregaban zonas enteras y a amplios sectores de su clase obrera para ser superexplotados en las fábricas-cárcel de las transnacionales.

La dictadura del proletariado en la URSS, bajo el régimen de la burocracia stalinista, entonces, se extendió en el tiempo. Lo que permitió esta “anomalía” fue también que el proletariado de occidente, a la salida de la Segunda Guerra Mundial, tuvo al imperialismo a punta de bayoneta en los países centrales. Esto le impidió al imperialismo largar una contraofensiva decidida sobre la URSS y aplastar los triunfos revolucionarios que como en China, Corea y Vietnam se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XX.

Si la burocracia soviética no pudo entregar los estados obreros en la inmediata posguerra fue porque la clase obrera del Pacífico, en China y Corea, le dio enormes palizas y golpes al imperialismo japonés y luego a EEUU. Lo mismo hizo luego en Cuba y Vietnam.

En el período 68/74 un ascenso generalizado del movimiento obrero mundial combinó combates revolucionarios en los países imperialistas, en el mundo semicolonial y al interior mismo de los estados obreros, que amenazaron el poder de la burocracia y del imperialismo en el planeta.

Las traiciones a este ascenso revolucionario de masas son las que luego crearon las condiciones para una verdadera contraofensiva del imperialismo, y para que la burocracia termine de pasarse como su agente directo y entregue los estados obreros.

La verdadera anomalía que se dio fue que el marxismo no previó que fuera tan persistente, eficaz, heroico e indomable el ascenso del movimiento obrero mundial. Éste le dio mil y una oportunidades al marxismo revolucionario en el siglo XX para impedir la catástrofe que significó la caída de la URSS en el '89, no bien las masas fueron sacadas de escena a nivel internacional.

A la vez confirmó que sin dirección revolucionaria al frente no solamente no se puede alcanzar la victoria, sino que además, aunque se alcancen conquistas parciales -inclusive la toma del poder en países aislados- éstas se pierden.

Presentamos entonces este trabajo, que da cuenta de la última gran batalla teórica, estratégica y programática dada por Trotsky en la Cuarta Internacional contra una fracción pequeñoburguesa del SWP norteamericano que no dejaba piedra sobre piedra del marxismo. La cuestión rusa había sido un test ácido clave alrededor del cual se definieron las trincheras de reforma y revolución en todo el siglo XX.

Esta discusión y la lucha por la dictadura del proletariado es parte de un debate encarnizado entre marxismo y revisionismo, que se desarrolla en pleno siglo XXI entre los que reniegan de ella y luchan porque no quede ni rastro de esas conquistas en la conciencia del proletariado; y quienes decimos y afirmamos que hay que volver a intentarlo. Es que sin la victoria de nuevas revoluciones socialistas, el proletariado y la civilización humana toda está destinada a la barbarie, es decir, al fascismo y nuevas guerras.

En esta batalla teórica contra una corriente pequeñoburguesa al interior del SWP norteamericano, que negaba la lucha por la defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre, el trotskismo desarrolla hasta el final su teoría de la revolución permanente. Esta teoría se expresó plena y programáticamente en el Programa de Transición y su capítulo de la lucha por la revolución política en los estados obreros, como así también en el “Manifiesto de la Cuarta

Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, con el cual el trotskismo preparó al partido mundial de la revolución socialista frente a la guerra, donde estaba en cuestión la subsistencia misma de la URSS. Es que en dicha guerra se definía no solamente qué potencia imperialista quedaba como dominante en el planeta, sino también cuál de ellas se quedaría con la URSS.

Lo que ponía en cuestión la subsistencia de la conquista, es decir de la URSS, era la necesidad del imperialismo de arrebatársela y las traiciones de la burocracia al proletariado mundial, como en la Guerra Civil Española, en Francia, en la lucha contra el fascismo en Alemania, etc.

En el "Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial", Trotsky insiste en el combate por la defensa de las conquistas del estado obrero como punto de partida de todo paso hacia adelante del proletariado internacional. Allí se plantea:

“Es cierto que la nacionalización de los medios de producción en un país, y más si se trata de un país atrasado, no garantiza todavía la construcción del socialismo. Pero puede avanzar en el requisito fundamental del socialismo, es decir el desarrollo planificado de las fuerzas productivas. No tomar en cuenta la nacionalización de los medios de producción en función de que por sí misma no asegura el bienestar de las masas es lo mismo que condenar a la destrucción un cimiento de granito en función de que es imposible vivir sin paredes y sin techo. El obrero con conciencia de clase sabe que es imposible lograr éxito en la lucha por la emancipación completa sin la defensa de las conquistas ya obtenidas, por modestas que éstas sean. Tanto más obligatoria, por lo tanto, es la defensa de una conquista tan colosal como la economía planificada contra la restauración de las relaciones capitalistas. Los que no son capaces de defender las viejas posiciones no podrán conquistar otras nuevas”.
([ver en esta edición](#))

El trabajo *En Defensa del Marxismo* y la polémica contra una fracción del SWP norteamericano que negaba las conquistas del estado obrero fue, quizás, la última gran batalla de Trotsky en vida, mientras la Cuarta Internacional se preparaba para entrar a combatir por la revolución socialista en la Segunda Guerra Mundial, como lo demuestra el “Manifiesto de la Cuarta Internacional

sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial” que presentamos en esta edición.

Este Manifiesto y el combate contra la fracción pequeñoburguesa del SWP norteamericano son dos elaboraciones simultáneas, escritas antes de que Ramón Mercader, sicario de Stalin, terminara con la vida del fundador de la Cuarta Internacional.

Estos trabajos son imprescindibles para las nuevas generaciones de revolucionarios en el siglo XXI. Es que, luego de entregar la conquista de los estados obreros abiertamente al sistema capitalista en 1989, el stalinismo se sobrevivió a sí mismo como burocracias sindicales, agentes de las propias burguesías imperialistas, o bien como lacayos de las burguesías nacionales, a las que sostuvieron por izquierda para que estrangulen los procesos revolucionarios del mundo colonial y semicolonial.

Pero también consideramos decisivas estas elaboraciones puesto que los renegados del trotskismo hoy, como ayer en Yalta, no dejaron piedra sobre piedra de esta batalla principista de la Cuarta Internacional. Así lo hicieron en la segunda posguerra sometándose y capitulando abiertamente al stalinismo, o bien, renegando de todo combate por la dictadura del proletariado y la lucha por la revolución socialista, apoyándose en el fracaso y las derrotas provocadas por las traiciones de la dirección traidora del stalinismo.

Son ellos los que volvieron a legitimar al stalinismo y darle nueva vida. Son en definitiva los que “resucitaron a Lázaro” después de que éste entregara los estados obreros en el ‘89.

La importancia de estos dos trabajos que presentamos también radica en que responden como si hubieran sido escritos hoy a una nueva escuela de falsificadores del marxismo, que en el siglo XXI plantean que la revolución socialista en la ex-URSS terminó de existir como tal a partir de 1933 y que ni en China, ni en Cuba, ni en Vietnam existió ninguna victoria de la revolución socialista. Ellos llaman a esas revoluciones “anticapitalistas”, denominación con la que no se sabe a qué clase y sector de clase corresponden.

Ya Trotsky destruye esta posición que no define los procesos históricos y el tipo de estado por su carácter de clase. En este libro podrá verse una respuesta a

Burnham y Carter del año 1937 titulado “[¿Un estado ni obrero ni burgués?](#)”.

Los revisionistas de hoy le dan vida a una nueva corriente burnhamista y shachtmanista. Se han empeñado en hacerle creer al proletariado que éste nunca tomó el cielo por asalto. Que la expropiación de los capitalistas, del imperialismo, de sus bancos, de todas sus empresas, tierras y hasta de sus kioscos no fueron victorias de revoluciones socialistas contra los capitalistas y sus estados, a los que destruyeron y demolieron en veinte mil pedazos, inclusive a pesar y en contra de las direcciones traidoras que lo quisieron impedir a toda costa.

Los capitalistas que vivieron en carne propia estas revoluciones, aún siguen llorando en Miami o en Taiwán o Corea del Sur por sus propiedades que les fueron expropiadas... más allá de que el capitalismo y el capital financiero internacional las hayan recuperado con creces por la entrega de la burocracia de los estados obreros.

Estamos frente a corrientes que, como Burnham y Shachtman en los ‘30, son enemigas de la defensa de las conquistas obtenidas con la toma del poder por la clase obrera. Por supuesto que opinan que las pérdidas de los estados obreros no son graves derrotas, puesto que no había nada que defender.

Otros afirman que aunque se hayan perdido todas las conquistas, estamos ante maravillosas victorias -como dice la Liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI)- puesto que cayó la burocracia stalinista. Estas corrientes son la otra cara de la misma moneda del revisionismo. Es que la burocracia stalinista no cayó... devino en nueva burguesía y está festejando en Mónaco, en los grandes joint ventures que tiene con el imperialismo en China, Rusia y La Habana.

Para los nuevos burnhmanistas y shachtmanistas de hoy, es lo mismo la Cuba liberada, su reforma agraria y su ruptura con el imperialismo, que la Cuba de Batista. Les da lo mismo la China ocupada y saqueada por Japón e Inglaterra, o como hoy entregada como maquila al imperialismo, a la China que salía del canibalismo y la hambruna expropiada al capitalismo a la salida de la Segunda Guerra Mundial.

Y esto lo dicen los mismos que hasta el ‘89 reivindicaron a los Castro, a los Tito, a los Mao como “las direcciones revolucionarias más grandes del planeta desde la muerte de Lenin”. Esto afirman los hoy enemigos del combate por la dictadura del proletariado.

Ayer, cuando caía el muro de Berlín, estaban todos colgados a los faldones del stalinismo, y hoy dicen “yo no fui”.

Como Burnham y Shachtman, buscan aferrarse a la norma de lo que es la dictadura del proletariado. Para justificar su oportunismo, terminan sin dejar rastro de la dialéctica marxista. De repente se vuelven gente “pura”, “ortodoxa”...

En 1937, en “¿Un estado ni obrero ni burgués?”, incluido en este libro, polemizando contra Burnham y Carter Trotsky definió muy bien esta cuestión, dándole un golpe en la nariz a todos los que reniegan de la dictadura del proletariado de ayer para que jamás ésta se vuelva a poner de pie.

“Definamos un sindicato”, decía Trotsky. La norma es que éste es una organización obrera, independiente del estado y los patrones, destinada a defender el valor de la fuerza de trabajo como mercancía contra los capitalistas y sus estados, basado en la voluntad y el control de los obreros que participan en la misma. Si comparamos esta definición normativa en la realidad efectiva parecería que estamos obligados a afirmar que no existe un solo sindicato en el mundo.

El reformismo niega que existieron estados obreros en las revoluciones de la posguerra planteando que no se dieron según la norma. Es que todas las conquistas obreras -como los sindicatos, estados obreros, etc.- están sometidas a fuerzas hostiles. Justamente de ello se trata el programa de los revolucionarios en los sindicatos, en los estados obreros y en toda organización de lucha, de conquistar la *norma*, con su combate contra las direcciones traidoras que a cada paso buscan deformar y destruir las conquistas obreras.

Ellos se niegan a luchar contra estas fuerzas hostiles, es decir, a derrotarlas con la revolución política... ya sea en los estados obreros o en los sindicatos. Así terminan, mientras posan de puristas, conviviendo y sosteniendo por izquierda a todas las burocracias sindicales del planeta.

Hoy estas corrientes burnhamistas-shachtmanistas tienen un doble pecado original. Es que surgen después de que fuera entregada la conquista del Estado obrero en el ‘89. Son corrientes shachtmanistas tardías, es decir, vulgares demócratas, ni siquiera socialistas.

En última instancia, afirman que nunca más hay que conquistar la dictadura del proletariado. Afirman que nunca existió ninguna... salvo una que pudo haber durado algunos pocos años. Dicen que el devenir de la lucha del

proletariado fue todo un gran equívoco. Le echan la culpa a la clase obrera de todas las catástrofes y no a sus propias traiciones.

Lo que quieren es que no queden ni huellas en la conciencia de los trabajadores de que para resolver hasta la más mínima de sus demandas, éstos han abierto -y aún lo hacen- centenares de procesos revolucionarios que embistieron contra el sistema capitalista mundial y que, en algunos pocos de ellos -y como excepción- obligaron a sus direcciones a tener que ir a donde nunca quisieron llegar.

¿Qué diríamos de un socialista que ante el ataque de los patronos a un sindicato no lo defiende porque no lo reconoce como tal porque está dirigido por una podrida burocracia sindical entregadora? No diríamos que es un luchador “antiburocrático”, sino un vulgar charlatán a cuenta de la patronal. Porque si la patronal ataca un sindicato, inclusive a la burocracia, es para destruir la conquista obrera, a su organización. Defenderíamos al sindicato incondicionalmente, luchando por derrotar a cada paso a la burocracia, que es la que realmente lo entrega.

A ese “socialista” lo llamaríamos traidor. Lo mismo que a los shachtmanistas de ayer y a los que hoy niegan que esa conquista de ese sindicato existió y que hay que volver a refundarlo y a ponerlo de pie para parar a la patronal, pero sin burócratas ni aristócratas obreros que entregan la lucha de los trabajadores.

En su obra póstuma *En Defensa del Marxismo*, Trotsky desenmascara tanta palabrería normativista y purista de verdaderos charlatanes antisocialistas.

Ellos, que hoy continúan la labor del stalinismo del siglo XX, como lo hace la “Nueva Izquierda”, los “anticapitalistas” de palabra y sirvientes de los regímenes burgueses en los hechos, hoy plantean que se debe luchar por una “democracia real” y “generosa”. Ellos siguen la *norma* de sus ex-jefes stalinistas, que como el castrismo entregó el estado obrero cubano al grito de “El socialismo ya no va más, ni siquiera en Cuba”. Son los que adornan por izquierda la entrega del socialismo y la revolución proletaria.

Ellos hoy plantean que no hubo revoluciones socialistas en la posguerra. Insisten en ello. Niegan el poderío del proletariado internacional, de la clase obrera china, cubana, vietnamita, coreana... que es poderosísima porque peleó junto a la clase obrera norteamericana y europea, que se negó e impidió que se formara cualquier ejército para aplastar los estados obreros.

Lo que verdaderamente vivimos en la posguerra fueron enormes procesos revolucionarios que expropiaron a los capitalistas, sostenidos en la lucha de la clase obrera internacional, y que lograron asestarle duras derrotas y abrir fisuras en el régimen de dominio imperialista a la salida de la Segunda Guerra Mundial. Este régimen de dominio estaba sostenido por el stalinismo, que le garantizaba al imperialismo que no hubiera una nueva revolución socialista victoriosa en el planeta. Esta labor contrarrevolucionaria la llevó a cabo efectivamente en centenares de revoluciones en los países imperialistas y en el planeta entero. Pero no pudo hacerlo ni en el este europeo, ni en China, ni en Cuba ni en Vietnam, pese a que lo intentó desesperadamente.

Los revolucionarios del siglo XXI que no defienden estas conquistas no saldarán cuentas con las direcciones que traicionaron esas revoluciones. Al contrario, están dispuestos a asociarse a ellas, como lo están hoy.

Lo que vimos entonces en la posguerra, fueron enormes triunfos revolucionarios tácticos, pero parciales. Se dieron en la periferia de la economía y política mundial. Fueron dirigidos y capitalizados por direcciones contrarrevolucionarias como el stalinismo. Y éste utilizó todo el prestigio y la autoridad conquistada por la clase obrera por esas victorias para abortar, estrangular y derrotar centenares de revoluciones en los países capitalistas centrales y también en el mundo semicolonial.

Es que la norma que plantea que sin dirección revolucionaria no podía triunfar la revolución proletaria se dio en todo el mundo y en casi todos los países, donde las masas entraron en ofensivas revolucionarias desde la posguerra a nuestros días.

Se dieron excepciones, que ya habían sido contempladas en el programa revolucionario bajo condiciones de crisis, crack y guerras. Es decir, condiciones en las que las masas obligaron a las direcciones contrarrevolucionarias a tener que llegar a donde jamás quisieron.

Pero estas excepciones, como ya vimos, sólo confirmaron la norma. Es que estas revoluciones, por crisis de dirección, al no extenderse la revolución mundial, terminaron siendo entregadas por la burocracia stalinista que devino en nueva clase dominante. Y esa es la regla que se cumplió inexorablemente.

La Cuarta Internacional ya había preparado sus cuadros y sus filas para entrar a combatir en el proceso abierto por la segunda guerra mundial en el siglo XX.

En el artículo "[La URSS en Guerra](#)", incluido en el presente libro, Trotsky plantea: *"Pero supongamos que Hitler apunta sus cañones contra el Este e invade los territorios ocupados por el Ejército Rojo. (...) Mientras con las armas en la mano asestan golpes contra Hitler, los bolcheviques-leninistas deberán, al mismo tiempo, hacer propaganda revolucionaria contra Stalin, preparando su derrocamiento para la próxima y, tal vez, muy cercana etapa.*

Este tipo de 'defensa de la URSS' naturalmente diferirá, como el cielo de la tierra, de la defensa oficial que ahora es llevada a cabo bajo el lema: '¡Por la patria! ¡Por Stalin!'. Nuestra defensa de la URSS se plantea bajo el lema: '¡Por el Socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!'".

La teoría y el programa de la Cuarta Internacional pasaron la prueba de la historia, mientras que no lo hicieron los que hablaban en su nombre y traicionaron su programa.

El deber de los revolucionarios, hoy más que nunca, es explicar a la nueva generación de obreros que la clase obrera, aún en las peores condiciones, con direcciones agentes del enemigo, pudo parar mil veces las ofensivas del imperialismo e inclusive expropiarle un tercio del planeta.

Hubo y sobraron condiciones para recuperar esas conquistas para la revolución mundial. Si ello no se pudo hacer es porque el partido de la revolución socialista mundial, la Cuarta Internacional, lejos de preparar esas tareas y encabezar ese combate, se pasó con sus fuerzas y sus limpias banderas a defender al stalinismo durante todo el período de la segunda posguerra, inclusive, para relegitimarlos luego de que éste deviniera en una nueva clase explotadora, esclavista, en los ex estados obreros.

Como ya vimos, cuando los Estados obreros caían en el '89, en occidente los liquidadores de la Cuarta Internacional estaban abrazados al stalinismo sosteniéndolo. No lo pueden ocultar. Fueron castristas, maoístas, titoístas... Se negaron -como lo hizo el pablismo y el mandelismo- a defender las heroicas revoluciones políticas de Alemania del este del '53, la polaca del '82, la checoslovaca del '68, la húngara del '56... cuando dejaron aislada la sección soviética de la Cuarta Internacional... cuando decían que "no le querían hacer el juego al imperialismo" y lo único que hacían era sostener a su agente: el

stalinismo, el encargado de aplastar y controlar a las masas donde éstas se tomaron el poder.

Éstos son los llamados hoy “anticapitalistas”, enemigos mortales de toda lucha por la revolución proletaria. Inclusive a velas desplegadas retiraron de sus programas la lucha por la dictadura del proletariado. Otros, como el SWP inglés o el Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) de Argentina ensayan, en una verdadera escuela de falsificaciones, supuestas convergencias entre el combate del trotskismo en los ‘30 y Gramsci, el más grande defensor -junto a Bujarin y Stalin- de la pseudotería del “socialismo en un solo país” y enemigo declarado de la revolución permanente y el combate por la revolución socialista internacional. Una verdadera falsificación.

En Yalta, se hacían castristas, maoístas, etc... Todos estos stalinistas se pasaron ya abiertamente al bando de la burguesía. Ahora, estos “trotskistas” buscan entre los stalinistas muertos a alguno “progresivo” que permita liquidar y licuar el programa del trotskismo para que las nuevas generaciones de revolucionarios se alejen lo más posible del programa de la Cuarta Internacional.

Presentamos entonces el trabajo de Trotsky *En Defensa del Marxismo* y esta gran batalla que dio contra una corriente liquidacionista del marxismo, pero al interior de la Cuarta Internacional. Presentamos también el “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, que junto al *Programa de Transición*, son los programas más acabados que dejó como legado la Cuarta Internacional antes del asesinato de Trotsky. Éstos concentran todo el combate del trotskismo, es decir, la continuidad del bolchevismo desde la muerte de Lenin.

Afirmamos que la teoría de la Revolución Permanente y el programa del marxismo revolucionario del siglo XX pasaron la prueba de la historia y los trotskistas no. Aunque lo quieran callar, silenciar y guardar bajo siete llaves, **este trabajo, *En Defensa del Marxismo*, es una verdadera declaración de guerra contra los liquidadores del marxismo de ayer y de hoy.**

En la época imperialista, de crisis y bancarrota definitiva del sistema capitalista mundial, éste se sobrevive con guerras, parasitismo y comprando y corrompiendo a las capas altas y a las burocracias obreras de todo el planeta. Presentamos esta obra en momentos en que Trump asume la presidencia en EEUU. Como éste ha dicho, no hay una potencia imperialista que domine el planeta sin ganar guerras. Arrojó ya sus bombas nuevamente en Afganistán y Siria y muestra sus cañoneras en el Pacífico, obligando a China a contener a su aliado coreano. Como decía Lenin, la guerra es el factor económico más importante de nuestra época.

La Cuarta Internacional se preparó como un cuerpo compacto para pasar la prueba de la guerra y la posguerra. Como plantea el “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”, el movimiento revolucionario se preparaba no para una sola revolución, sino para todo un período de crisis, guerras y revoluciones. La tragedia fue que a la muerte de Trotsky, los partidos nacionales y los dirigentes internacionales de la Cuarta Internacional desertaron de la tarea de mantener en pie un estado mayor internacional. Décadas de adaptaciones al stalinismo y a demás direcciones traidoras terminó en una degeneración de nuestro movimiento, que fue acompañando la entrega de los estados obreros.

Con el agudizamiento de la crisis capitalista mundial abierta en el 2008 que hoy ha estallado abiertamente en los BRICS; con las potencias imperialistas disputándose un mercado mundial en crisis y los nuevos negocios que abre la semicolonización de China y Rusia; con victorias contrarrevolucionarias parciales del imperialismo contra las masas como en Ucrania, Siria y todo Medio Oriente; con las masas contenidas por las direcciones traidoras en Europa; con las revoluciones ya desviadas en América Latina; y mientras se abre un momento reaccionario en la coyuntura mundial, se actualiza más que nunca la alternativa que plantea este trabajo, *En Defensa del Marxismo: socialismo o barbarie*.

Trump ya ha anunciado que la expansión del mercado interno norteamericano no es más que duplicar el presupuesto de guerra y de mantenimiento de sus fuerzas armadas en el planeta.

La clase obrera no ha dado aún sus últimas batallas, ni siquiera las decisivas, antes de que una tercera guerra mundial interimperialista esté puesta a la orden del día. Pero crueles y duras derrotas, como la de la revolución siria, de Egipto y de todo el Magreb y Medio Oriente, abonan el camino a una nueva guerra, si la revolución proletaria no la detiene.

Sin embargo insistimos, las últimas batallas de la clase obrera mundial aún no han sido dadas. La clase obrera norteamericana no abandona las calles. Los colosos de América Latina: el proletariado brasileño y mexicano están en posición de ofensiva, como en África del Sur. Los trabajadores y el pueblo explotado ruso comienzan lentamente a ponerse de pie y buscan un camino a la lucha. Pese a enormes traiciones y crueles derrotas parciales, la clase obrera europea conserva aún energías para dar enormes batallas. El revisionismo en el marxismo prepara cuadros para impulsar una política reformista de sometimiento del proletariado a la burguesía.

El marxismo revolucionario, combatiendo al revisionismo, se prepara para profundizar la lucha y el combate para la victoria de la dictadura del proletariado a nivel internacional y centralmente en los países imperialistas, donde se definirán, en última instancia, las batallas decisivas de la revolución mundial.

La actualidad del programa del trotskismo llama realmente la atención bajo las condiciones actuales. Es que sólo con su método, el del materialismo histórico y dialéctico se puede dar respuesta a los nuevos fenómenos, como fuera ayer la degeneración de la URSS o el surgimiento de nuevos estados obreros bajo condiciones de “anormalidad”.

El revisionismo destruye esta posibilidad al destruir los fundamentos del marxismo. Destruye la posibilidad de dar respuesta desde el marxismo revolucionario a nuevos procesos que surgen de la lucha de clases viva. Es que destruyen la premisa del marxismo en esta época imperialista, **donde la revolución proletaria es una tarea inmediata, y la crisis de dirección es el factor determinante que define los procesos históricos en la lucha de clases.**

La descomposición y corrupción de la dirección del proletariado, fueron definidas por Trotsky y la Cuarta Internacional en el Programa de Transición de la siguiente manera: “*Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no*

solo están maduras, sino que han empezado a descomponerse. Sin la revolución socialista en un próximo período histórico, la civilización humana está bajo amenaza de ser arrasada por una catástrofe. Todo depende del proletariado, es decir, en primer lugar de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis histórica de la dirección revolucionaria”.

Es que el revisionismo en el marxismo es un intento de tergiversar las bases teóricas del socialismo científico para así dar sustento, bajo una pretendida envoltura “socialista”, a la descomposición y cooptación contrarrevolucionaria de la aristocracia y burocracia obrera, por el gran capital.

De aquí que, para el socialismo revolucionario de nuestros días, no existe posibilidad alguna de combatir al reformismo sin una lucha teórica y estratégica abierta contra el revisionismo. Por ello, sin dudas, **En defensa del marxismo** constituye un libro fundamental e ineludible para todo joven y obrero revolucionario, una verdadera escuela de combate contra el revisionismo, una escuela de dialéctica y del socialismo científico, una gran lección de lucha fraccional.

En la Presentación que ofrecemos a este volumen de *En Defensa del Marxismo*, titulada “1940: una discusión...” el lector encontrará una breve descripción y guía del contenido de esta obra fundamental de la última gran batalla del camarada Trotsky y del ala izquierda de la Cuarta Internacional contra una fracción liquidacionista del marxismo en sus filas.

Por otro lado, presentamos un trabajo sobre el carácter y la definición de la Segunda Guerra Mundial precediendo al “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial” a modo de introducción. La misma es parte de una obra que será editada próximamente por la Editorial Rudolph Klement sobre la Cuarta Internacional y la Guerra.

Las diferencias en la lucha teórica y programática, luego se expresan en las trincheras entre explotados y explotadores, en las fuerzas sociales en pugna en la lucha de clases. En ellas viven, por un lado la fuerza del reformismo y por el otro las fuerzas de la revolución.

Va entonces este aporte, con las introducciones mencionadas a los trabajos que aquí presentamos.

Carlos Munzer

1940: Una discusión al interior de la IV Internacional sobre el carácter de la URSS

En defensa del marxismo reúne los textos que constituyen la última gran batalla teórica y programática que diera León Trotsky en los albores de la Segunda Guerra Mundial, junto a la fracción mayoritaria del SWP norteamericano encabezada por James Cannon. La última carta que encontrará el lector en este volumen, dirigida a Chris Andrews, fue escrita el 17 de agosto de 1940, tres días antes de que el stalinismo terminara con la vida del fundador de la IV Internacional.

El impacto de la guerra y la influencia de presiones hostiles de clase llevaron a un sector de dirigentes del SWP a efectuar lo que el mismo Trotsky califica como “*un intento de renunciar, descalificar y destruir los fundamentos teóricos, los principios políticos y los métodos organizativos de nuestro movimiento*” (“[Carta abierta al camarada Burnham](#)”).

Trotsky por su parte había previsto que el estallido de una nueva conflagración mundial y el accionar de la opinión pública burguesa operaría sobre los sectores pequeñoburgueses del partido desorientándolos, y advertía que el ala proletaria debía prepararse para ello. Cuando estos acontecimientos comenzaron a precipitarse Trotsky detectó rápidamente la enfermedad, distinguió los síntomas, su naturaleza y la consiguiente evolución que tendría.

La cuestión de la definición del carácter social de la URSS fue lo que sirvió como pretexto de aglutinación de la oposición minoritaria de Shachtman, Burnham y Abern para dirigir su violento ataque contra el marxismo. Esta reevaluación del carácter social de la URSS los arrojará a una política “antidefensista” de la Unión Soviética, como hemos dicho, en momentos en que se iniciaba la Segunda Guerra Mundial, en la que el imperialismo buscó recuperar el territorio que el proletariado le había arrebatado.

Las discrepancias alrededor de la categoría de “Estado Obrero” aplicada a la URSS, cuestión que atraviesa toda la discusión que presentamos, ya se había suscitado con anterioridad, en 1937, con el mismo Burnham (uno de los epígonos de la posterior fracción minoritaria), es decir, dos años antes de que se desencadenara esta lucha fraccional. El lector podrá encontrar a este respecto el artículo “**¿Un estado ni obrero ni burgués?**” con fecha 25 de noviembre de 1937, incorporado como Apéndice, que constituye la respuesta de Trotsky a los postulados de Burnham y Carter.

Días antes, el 4 de noviembre de 1937 Trotsky escribió su artículo “**Una vez más: la Unión Soviética y su defensa**”, que también incluimos como Apéndice contra las concepciones de Yvan Craipeau, dirigente de POI (que luego fue la sección francesa de la Cuarta Internacional), quien identificaba en su informe al IV Congreso de su partido a la burocracia soviética como una clase.

La discusión con Burnham en este punto, se aplacó por un período, pero las divergencias, evidenciadas ya en 1937, no tardarán en volver a salir a la luz y lo harán en un momento histórico y significativo.

Como relatan Hansen y Novack-miembros de la fracción mayoritaria durante esta decisiva batalla- en su “Introducción a la Segunda Edición de *En defensa del marxismo*” (1973): “El 22 de agosto de 1939 se anunció el pacto germano-soviético. Inmediatamente se desató por todas las ‘democracias’ una enorme ola de propaganda antisoviética. El ala pequeñoburguesa del SWP fue sacudida hasta la médula. Ese mismo día, en la reunión del Comité Político del SWP, Shachtman presentó la siguiente moción: ‘Que se inicie la próxima reunión del Comité Político con una discusión sobre nuestra apreciación del pacto Stalin-Hitler **en lo que respecta a nuestra evaluación del estado soviético** y las perspectivas para el futuro’.”

A partir de allí, el ala encabezada por Burnham y Shachtman, comenzó a cuestionar el carácter social de la URSS, es decir, planteaban que no se trataba de un estado obrero, sino de una “nueva formación social”, evidenciando claramente cómo calaban en esta fracción minoritaria la monumental propaganda antisoviética lanzada por el imperialismo “democrático”, y la

presión de influencias e ideas de clase ajenas al partido proletario, en los comienzos de una nueva carnicería mundial.

Al revisar en torno al pacto entre Alemania y la Unión Soviética el carácter social de la URSS como plantea Trotsky en la [“Carta a James P. Cannon”](#) del 12 de septiembre de 1939, que abre este libro, este ala pequeñoburguesa del partido *“admite, abierta o calladamente que están agotadas todas las potencialidades revolucionarias del proletariado mundial, que el movimiento socialista está en bancarrota, y que el viejo capitalismo está transformándose en ‘colectivismo burocrático’ con una nueva clase explotadora”*. Así consentían al capitalismo en su fase decadente una fuerza y un valor que no poseía y desestimaban totalmente las fuerzas revolucionarias de la clase obrera mundial.

En la “Introducción...” de Hansen y Novack antes citada ellos relatan que, el 3 de septiembre de 1939, Burnham presentó una moción para que se reúna el Comité Nacional del SWP una semana después, incluyendo en su orden del día un punto correspondiente a la reconsideración de la cuestión rusa. Cuentan los autores que esta moción es aceptada con el requerimiento de que Burnham presente un escrito con su posición sobre el tema. Acorde al testimonio de Hansen y Novack, dicho escrito fue presentado bajo el título “Sobre el carácter de la guerra”. En él se encontraba la siguiente afirmación: *“Es imposible ver a la Unión Soviética como un estado obrero en cualquier sentido... La intervención soviética (en la guerra) estará subordinada por completo al carácter imperialista general del conflicto en su conjunto; y no será, en ningún sentido, una defensa de los restos de la economía socialista”*

Será entonces cuando Trotsky escriba [“La URSS en guerra”](#) (25 de septiembre de 1939), artículo contenido en esta edición. En este importante documento debatirá acerca de la naturaleza de la URSS, cómo arribar a una caracterización correcta y cómo el pacto germano-soviético puede servir de parámetro para medir el grado de degeneración de la burocracia soviética, pero no para una “reevaluación sociológica de la concepción de la URSS”.

En este escrito Trotsky polemiza contra las posiciones de “capitalismo de estado” de Hugo Urbahns y de “colectivismo burocrático” de Bruno R., quienes habían tenido argumentos similares a los de Burnham y Shachtman.

“La URSS en guerra” era un aviso para Burnham y cía., que de continuar por la senda que iniciaban en lo tocante a la caracterización de la URSS, en realidad estarían cuestionando las bases del socialismo científico.

Trotsky aquí hace hincapié en la defensa de la URSS resaltando que ésta es muy distinta de la que hace el Comintern: *Este tipo de ‘defensa de la URSS’ naturalmente diferirá, como el cielo de la tierra, de la defensa oficial que ahora es llevada cabo bajo el lema: ‘¡Por la patria! ¡Por Stalin!’. Nuestra defensa de la URSS se plantea bajo el lema: ‘¡Por el Socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!’”* ([ver aquí](#))

Promediando el final del mes de septiembre de 1939, Stalin lanzó la invasión militar del Ejército Rojo contra Polonia. La “opinión pública” burguesa volvía a poner el grito en el cielo contra la URSS y a favor de la “pequeña y heroica Finlandia” gobernada por el general barón Mannerheim.

Burnham y Shachtman, tal como en ocasión del pacto germano-soviético influenciados por esta propaganda y presión social, calificaban como un hecho de intervención “imperialista” la ocupación por parte de la URSS de la porción de Polonia. Trotsky afirmaba que tanto en Polonia como en Finlandia, más allá de lo reaccionario de la política de Stalin, y aún a pesar de los deseos de la burocracia soviética, la intervención militar en los territorios ocupados había significado cambios sociales progresivos (abolición de estructuras agrarias atrasadas, control obrero de empresas, etc.) Estos hechos respondían a que los privilegios y supervivencia de la burocracia se encontraban íntima e inseparablemente ligados a la propiedad estatal de los medios de producción y no a la propiedad privada.

En su primera “[Carta a Sherman Stanley](#)” de 8 de octubre de 1939 y “[Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS](#)” de 18 de octubre de 1939 Trotsky se encargará de desenmascarar lo errado de la política antidefensista de la URSS que sostenía la oposición minoritaria.

“Incluso un Estado obrero puro tendería a la expansión, y las líneas geográficas coincidirían inevitablemente con las líneas generales de la expansión zarista, porque las revoluciones no cambian comúnmente las condiciones geográficas. Lo que criticamos a la pandilla del Kremlin no es ni la expansión, ni la dirección geográfica de la expansión, sino los métodos contrarrevolucionarios y burocráticos de la expansión. Pero al mismo tiempo, porque como marxistas “miramos

objetivamente” los acontecimientos históricos, reconocemos que ni el zar, ni Hitler, ni Chamberlain tuvieron o tienen costumbre de abolir, en los países ocupados, la propiedad capitalista, y este hecho, muy progresivo, depende de otro dato; a saber, que la Revolución de Octubre no está definitivamente aniquilada por la burocracia, y que esta última está forzada por su posición a tomar medidas que, en una situación dada, debemos defender contra los enemigos imperialistas. Estas medidas progresivas son, por supuesto, incomparablemente menos importantes que la actividad contrarrevolucionaria general de la burocracia: esta es la razón por la que consideramos necesario derrocar la burocracia.” ([“Carta a Sherman Stanley”](#)). En esta cita de este trabajo está concentrada la esencia de la política marxista para la cuestión rusa. En la misma está claramente definida la naturaleza contrarrevolucionaria de la burocracia, a la que hay que derrocar para mantener el estado obrero y transformarlo en un bastión de la revolución mundial, mientras lo defendemos de todo ataque del sistema capitalista mundial.

La [“Carta a Max Shachtman”](#) del 6 de noviembre de 1939 es la primera respuesta dirigida directamente al ala minoritaria del SWP norteamericano que da León Trotsky y versa sobre el antidefensismo de la URSS que ellos pregonaban y defendían. *“El Estado Soviético no es sólo una selección ideológica, es un conjunto de instituciones sociales que continúa existiendo, a pesar del hecho de que las ideas de la burocracia son ahora casi lo opuesto a las ideas de la Revolución de Octubre. Por esto es que no renunciamos a la posibilidad de regenerar el Estado soviético a través de la revolución política”* ([ver aquí](#))

Nuevamente aquí Trotsky plantea la necesidad de defender el estado soviético por sus basamentos sociales; pero al mismo tiempo plantea la necesidad de su regeneración mediante la revolución política contra la burocracia de Stalin.

En su artículo [“Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party”](#) del 15 de diciembre de 1939, Trotsky definirá con precisión el carácter de clase de la oposición. *“Es necesario llamar a las cosas por su verdadero nombre. Ahora que la posición de ambas fracciones en lucha se ha delineado con perfecta claridad, debe decirse que la minoría del Comité Nacional encabeza una típica tendencia pequeñoburguesa. Como todo grupo pequeñoburgués dentro del movimiento socialista, la oposición actual se caracteriza por los siguientes*

rasgos: actitud desdeñosa hacia la teoría y una inclinación hacia el eclecticismo; falta de respeto hacia la tradición de su propia organización; ansiedad por una “independencia” personal a expensas de la ansiedad por la verdad objetiva; nerviosidad en lugar de consistencia; disposición a saltar de una posición a otra; falta de comprensión del centralismo revolucionario y hostilidad hacia él; y, finalmente, inclinación a sustituir la disciplina del partido por vinculaciones personales y lazos de camarillas.”

A la vez que cuestiona el método de razonamiento de sus oponentes también deja al descubierto el carácter de clase de la minoría opositora. Burnham, Shachtman y Abern ponen invariablemente el acento en las “cuestiones políticas concretas”, eludiendo el enfrentamiento en el terreno de los principios y exclamando una y otra vez que no es de filosofía de lo que se está hablando.

Cannon, el dirigente de la mayoría, en un escrito dedicado específicamente a esta lucha fraccional (“La lucha por un Partido Obrero” [*The Struggle for a Proletarian Party*] de 1939-1940, señaló: *“Las luchas políticas en general, incluyendo las luchas fraccionales graves en un partido no se desarrollan en el vacío. Tienen lugar bajo la presión de fuerzas sociales y reflejan la lucha de clases en uno u otro grado. Esta ley queda demostrada de una manera notable en el desarrollo de la discusión actual dentro de nuestro partido.”*

El debate en torno al método dialéctico se revelará decisivo en esta lucha fraccional. Es que Burnham rechazaba explícitamente la dialéctica, sustituyéndola, según la definición de Trotsky, por un eclecticismo de intelectual pequeñoburgués. Shachtman aceptaba la dialéctica, mientras seguía a remolque de Burnham. Para Trotsky, esto significa un rechazo abierto al marxismo. El pasaje que citamos a continuación, extraído del recientemente mencionado artículo contenido en este volumen, resulta esclarecedor. Aquí Trotsky nos enseña un fragmento de “Intelectuales en retirada”, artículo escrito por los dirigentes de la oposición, y luego sus conclusiones: *“Los dos autores del presente artículo, escribían sobre sí mismos, “difieren completamente sobre su estimación de la teoría general del materialismo dialéctico; uno de ellos la acepta y el otro la rechaza... No hay nada anómalo en semejante situación. Aunque, sin duda, la teoría está siempre ligada de una u otra forma a la práctica, la relación no es invariablemente directa o inmediata; y como hemos tenido oportunidad de destacar antes, los seres humanos actúan a menudo inconsistentemente. Desde el punto de vista de cada uno de los autores, hay en el otro cierta inconsistencia entre*

la 'teoría filosófica' y la práctica política, que puede conducirnos, en alguna ocasión, a desacuerdos políticos concretos decisivos. Pero no sucede ahora, ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente las tareas políticas concretas de hoy o de mañana; y los partidos políticos, los programas y las luchas se basan en tales tareas concretas. Todos nosotros podemos esperar que mientras marchamos juntos o cuando haya más tiempo, también nos pondremos de acuerdo sobre las cuestiones más abstractas. Entretanto, están el fascismo, la guerra y el desempleo”.

¿Cuál es el significado de este razonamiento totalmente asombroso? Como quiera que algunas personas a través de un mal método algunas veces alcanzan a conclusiones correctas, y como quiera que algunas personas mediante un método correcto con no poca frecuencia llegan a conclusiones incorrectas, por tanto... el método no tiene gran importancia. Debemos meditar sobre los métodos en algún momento que tengamos más tiempo, pero ahora tenemos otras cosas que hacer. Imaginemos cómo reaccionaría un obrero que habiéndose quejado al capataz por lo malo de sus herramientas, recibiera esta respuesta: con malas herramientas es posible terminar un buen trabajo, y con buenas herramientas mucha gente sólo desperdicia material. Temo que dicho obrero, especialmente si trabaja a destajo, respondería al capataz con una frase nada académica. Un obrero debe vérselas con materiales refractarios que oponen resistencia, lo que le obliga a apreciar las buenas herramientas; mientras tanto, un intelectual pequeñoburgués -¡ay!- utiliza como sus 'herramientas' observaciones fugitivas y generalizaciones superficiales... hasta que grandes acontecimientos le golpean la cabeza..” ([ver aquí](#))

Este notable documento de León Trotsky también da cuenta del carácter contradictorio de la URSS: *“No es de sorprender que los teóricos de la oposición que rechazan el pensamiento dialéctico capitulen lamentablemente ante la naturaleza contradictoria de la URSS. Sin embargo, la contradicción entre las bases sociales sentadas por la revolución y el carácter de la casta surgida de la degeneración de la revolución es no solamente un hecho histórico irrefutable, sino también una fuerza motriz. En nuestra lucha por el derrocamiento de la burocracia nos basamos en esta contradicción. Entre tanto, algunos ultraizquierdistas han llegado al extremo del absurdo al afirmar que ¡es necesario sacrificar la estructura social de la URSS a fin de derrocar a la oligarquía bonapartista! No tienen la menor sospecha de que la URSS, sin la estructura social creada por la Revolución de Octubre, sería un régimen fascista.”* ([ver aquí](#))

Días más tarde, Trotsky continúa la polémica y la batalla a favor de la dialéctica en **[“Carta abierta al camarada Burnham”](#)** del 7 de enero de 1940. Contra los postulados de la oposición pequeñoburguesa que calificaban al método dialéctico como “religión” y afirmaban querer atenerse en la discusión sólo a las “cuestiones concretas”, Trotsky demostrará que la dialéctica y la teoría marxista son los únicos medios de aprehender y comprender la realidad inmediata. Véase: *“Usted aparentemente parece creer que al rehusarse a discutir el materialismo dialéctico y la naturaleza de clase del Estado soviético y al destacar las cuestiones “concretas”, hace el papel de un político realista. Este autoengaño es resultado de su inadecuado conocimiento de la historia de los pasados 50 años de luchas fraccionales dentro del movimiento obrero. En toda discusión de principios, sin una sola excepción, los marxistas, invariablemente, procuraron plantear claramente al partido los problemas fundamentales de doctrina y de programa, considerando que únicamente en esta situación se podían situar en su verdadero lugar y proporción las cuestiones “concretas”. Por el otro lado, los oportunistas de todo tipo, especialmente aquellos que ya habían sufrido algunas derrotas en la esfera de las discusiones de principio, contrapusieron invariablemente al análisis marxista de clase, apreciaciones coyunturales “concretas” que formulan, como de costumbre, bajo la presión de la democracia burguesa. A través de décadas de lucha fraccional, esta división de roles ha persistido. La oposición, permítame asegurárselo, no ha inventado nada nuevo. Continúa la tradición del revisionismo en teoría y del oportunismo en política.”* ([ver aquí](#))

Trotsky también le responderá a Shachtman en su artículo **[“De un rasguño, al peligro de gangrena”](#)** del 24 de enero de 1940, contenido en este volumen. En este documento Trotsky expondrá con mayor amplitud todos sus argumentos y punto por punto responderá a Shachtman sobre el carácter pequeñoburgués del bloque, sobre la naturaleza de la URSS, sobre el método científico del materialismo dialéctico, sobre el caso de Polonia y Finlandia. Este artículo significó una severa advertencia educativa que Trotsky lanzó luego de que se dieran a conocer materiales escritos de la minoría en los que exponían sus posiciones revisionistas.

Trotsky advierte al final del artículo: *“De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente falta de relevancia, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: “Un error*

comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias siempre comienzan por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez una pequeña herida; pero si la pequeña herida se hubiera infectado, podría haberse producido una enfermedad mortal”. (...) El deber de un revolucionario proletario es no persistir en los errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino saber detenerse a tiempo. ¡Es hora de que el camarada Shachtman se detenga! De otra manera, el rasguño, que ya se ha transformado en úlcera, puede llegar a la gangrena”. ([ver aquí](#))

Burnham a su vez salió a responder con su artículo “Ciencia y estilo”, donde desarrollaba sus posiciones antimarxistas. El objetivo de Trotsky de clarificar ambas posiciones se alcanzaba. Era posible ahora contrastar las posiciones de la minoría pequeñoburguesa y de la mayoría proletaria. Trotsky responderá en su propio “[Ciencia y estilo](#)” haciendo un llamado a Shachtman y a Abern a que se pronuncien sobre el antimarxismo de Burnham, pero éstos se negaron a hacerlo. La escisión parecía ser ya la decisión tomada por este bloque.

La mayoría sin embargo, se esforzó en todo momento por mantener la unidad del partido y porque la discusión se encaminara dentro de la senda del centralismo democrático y en los temas fundamentales. El objetivo de Trotsky era demostrar a todas las secciones de la IV Internacional que todas las instancias del debate eran agotadas y su intento por mantener la unidad. Todas las cartas y artículos que recopilamos y ofrecemos en este volumen son una muestra cabal de ello. Por ejemplo son instructivas a este respecto la “[Carta a Joseph Hansen](#)” del 18 de enero de 1940, la “[Carta a Martin Abern](#)” del 29 de enero de 1940, las “[Dos cartas a Albert Goldman](#)” de febrero de 1940, tan sólo por poner algunos ejemplos de lo aseverado.

Novack y Hansen relatan en su “Introducción...” que en el Congreso del SWP de abril de 1940, los seguidores de Trotsky ganaron la mayoría y la fracción minoritaria no fue expulsada. Les fue ofrecida una representación en los puestos de dirección del partido acorde a sus fuerzas. La única exigencia fue que acataran el centralismo democrático, que acataran la decisión de la mayoría y que limitaran su actividad a tratar de seguir ganando miembros para su posición. Incluso se les propuso continuar la discusión en un boletín interno.

Pero la minoría, por el contrario, tenía sus propios planes: alquilaron un local, fundaron un nuevo partido llamado “Partido Obrero”, comenzaron la impresión de un nuevo periódico público y usurparon el órgano teórico del partido, el *New International* (Nueva Internacional).

Trotsky hará mención a estos hechos en “[Los moralistas pequeñoburgueses y el partido proletario](#)” y en el “[Balance de los acontecimientos fineses](#)”, artículos que constituyen las conclusiones de esta lucha política.

El devenir posterior de la fracción pequeñoburguesa del SWP, y de Burnham y Shachtman en particular, dan cuenta del “peligro de gangrena” del que advirtió León Trotsky.

El paso de Burnham al bando enemigo fue el más salvaje y monstruoso de todos. El 21 de mayo de 1940 Burnham presentó su renuncia al Socialist Workers Party. Meses más tarde publicó un libro llamado “The Managerial Revolution” (La Revolución Gerencial), ampliamente aplaudida en círculos empresariales, burocráticos y de intelectuales pequeñoburgueses. Su teoría quedó destrozada cuando Hitler lanzó un ataque en 1941 contra la URSS.

Se destacó luego como uno de los ideólogos antisoviéticos más fanáticos. Dio conferencias anticomunistas en el Colegio de Guerra de Estados Unidos, y en unas visitas al Departamento de Justicia de Estados Unidos. Fue director de la revista *National Review* (Reseña Nacional), un órgano ultraderechista donde llamó a una revaloración benévola del fascismo.

Shachtman por su parte, fue moviéndose hacia la reconciliación con los poderes establecidos. Se inclinó hacia la derecha sin perder su etiqueta de “socialista”. Abandonó la defensa de la URSS en el preciso momento en que ésta más peligro corría durante la Segunda Guerra Mundial. Para hacerlo se justificó con los argumentos expuestos anteriormente; planteó que el estado obrero había sido completamente apropiado y controlado por una clase nueva llamada “colectivismo burocrático”.

En 1958, su Partido Obrero fue convertido en la Liga Socialista Independiente y entró al Partido Socialista. Allí fue portavoz de la derecha más recalcitrante aprobando la invasión a Playa Girón por parte de Washington en abril de 1961; la intervención en Vietnam, y el bombardeo de Vietnam del

Norte; todo bajo el discurso del apoyo al mundo “libre” contra el totalitarismo; es decir, terminó a los pies del imperialismo “democrático” al igual que su camarada Burnham.

Esa es la triste y cruel debacle del revisionismo. La revisión de la teoría marxista, su pragmatismo y eclecticismo, los llevó a la revisión del programa, éste a la traición, a los pies del imperialismo “democrático” y a las peores de sus tropelías. Lenin planteaba que: *“el contenido político del oportunismo y el socialchovinismo es el mismo: colaboración de clases, renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia a la acción revolucionaria, reconocimiento de la legalidad burguesa, desconfianza hacia el proletariado, confianza en la burguesía”*. Y culminaba diciendo: *“el socialchovinismo es la culminación del oportunismo. Ha madurado para la alianza franca y a menudo vulgar con la burguesía y los estados mayores”* (“El oportunismo y la bancarrota de la segunda internacional”, 1915).

Han pasado más de siete décadas desde que el camarada Trotsky diera el duro combate de ***En defensa del marxismo*** que presentamos al lector. Sin embargo, todos sus pronósticos y predicciones, basados en el socialismo científico se demostraron totalmente correctos. Inclusive aún más acertados de lo que el mismo Trotsky creyó.

Eliza Funes y Nadia Briante

Breve reseña sobre esta publicación

En defensa del marxismo es una obra que no pudo ser compilada, organizada y presentada por el mismo León Trotsky porque el stalinismo le arrebató la vida antes de que tuviera el tiempo de hacerlo. Tres días antes de que esto suceda, Trotsky aún seguía produciendo cartas y escritos respecto a los resultados de la lucha fraccional que da motivo a la obra.

Por lo tanto, su sistematización es póstuma. La primera vez que **En defensa del marxismo** se publicó como libro fue en el año 1942 en lengua inglesa y estuvo a cargo de Pioneer Press, la entonces editorial del SWP norteamericano. Su título era “*In defense of Marxism: against the petty-bourgeois opposition*” (En defensa del Marxismo: contra la oposición pequeñoburguesa). Esta edición contaba con 35 escritos (cartas y artículos) producidos por León Trotsky entre 1939 y 1940. La “Carta a James P. Cannon” con fecha 28 de octubre de 1939 no estaba presente en esta edición.

Además de los textos de León Trotsky incluía como Apéndice dos textos de Burnham: “Ciencia y estilo” (del 1 de febrero de 1940) y su renuncia al SWP norteamericano (del 21 de mayo de 1940)

En 1972 la editorial francesa EDI publicó su versión en francés, agregando a la edición de Pioneer, como Anexos, los textos de Trotsky de 1937 contra Yvan Craipeau y contra Burnham-Carter.

La Editorial Socialista Rudolph Klement, luego de realizar un minucioso y escrupuloso trabajo de traducción y corrección presenta **esta edición que persigue un criterio cronológico y compila exclusivamente todos los textos de León Trotsky**, incluyendo las cartas y artículos, inclusive la “Carta a James Cannon” faltante en la primera edición de Pioneer Press.

Además coincidiendo con el criterio de la editorial EDI incorporamos como apéndice los textos de 1937: **“Una vez más: la Unión Soviética y su**

defensa” (contra Yvan Craipeau) y **“¿Un estado ni obrero ni burgués?”**(contra Burnham y Carter).

Hemos decidido añadir por primera vez para completar el volumen, el **“Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”**, publicado en la revista Socialist Appeal el 29 de junio de 1940. Este manifiesto fue adoptado por la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, celebrada del 19 al 26 de mayo de 1940 en Nueva York. Acompañamos este texto con una introducción sobre el carácter de la Segunda Guerra Mundial y el programa de los trotskistas frente a ella, elaborada por Carlos Munzer.

En Defensa del Marxismo

CARTAA JAMES P. CANNON

12 de septiembre de 1939

Querido Jim:

Estoy escribiendo un estudio sobre el carácter social de la URSS en relación con la cuestión de la guerra. El escrito y su traducción me llevará al menos otra semana. Las ideas fundamentales son las siguientes:

1. Nuestra definición de la URSS puede ser acertada o falsa, pero no veo ninguna razón para hacer depender esta definición del pacto germano-soviético.

2. El carácter social de la URSS no está determinado por su amistad con la democracia o el fascismo. Quien adopte semejante punto de vista se convierte en prisionero de la concepción stalinista de la época del Frente Popular.

3. Aquel que diga que la URSS no es ya un Estado obrero degenerado, sino una formación social nueva, debe decir claramente qué es lo que añade a nuestras *conclusiones políticas*.

4. La cuestión de la URSS no puede separarse, como caso aparte, del proceso histórico de nuestro tiempo en su conjunto. O bien el Estado de Stalin es una formación transitoria, la deformación de un Estado obrero en un país atrasado y aislado, o bien el “colectivismo burocrático” (Bruno R., *La Bureaucratisation du Monde*, París, 1939) es una formación social nueva que está reemplazando al capitalismo en todo el mundo (stalinismo, fascismo, New Deal, etc.). Los experimentos terminológicos (Estado obrero o no Estado obrero; clase o no clase, etc.) sólo adquieren un sentido desde esta perspectiva histórica. Aquel que elige la segunda alternativa admite, abierta o calladamente que están agotadas todas las potencialidades revolucionarias del proletariado mundial, que el movimiento socialista está en bancarrota, y que el viejo capitalismo está transformándose en “colectivismo burocrático” con una nueva clase explotadora.

La enorme importancia de semejante conclusión se explica por sí misma. Conciérne a todo el destino del proletariado mundial y de la humanidad. ¿Tenemos nosotros el menor derecho a adentrarnos, por experimentos puramente terminológicos, en una concepción histórica nueva, que se encuentra en absoluta contradicción con nuestro programa, nuestra estrategia y nuestra táctica? Un salto tan aventurado sería ahora doblemente criminal, en vista de la guerra mundial, cuando la perspectiva de la revolución socialista se convierte en una realidad inminente y cuando el asunto de la URSS se mostrará a todos como un episodio transitorio en el proceso de la revolución socialista mundial.

Escribo estas líneas apresuradamente, lo cual explica su insuficiencia; pero espero enviarte, en una semana, mis tesis más completas.

Un saludo de camaradería,
V.T.O. (León Trotsky)

LA URSS EN GUERRA

EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO Y LA NATURALEZA DE LA URSS

¿Es posible, después de la conclusión del pacto germano-soviético, considerar a la URSS como un Estado obrero? El futuro del Estado soviético ha provocado una y otra vez la discusión entre nosotros. No es de extrañar; tenemos ante nosotros la primera experiencia de un Estado obrero en la historia. Nunca antes ni en ningún lugar, este fenómeno estuvo disponible para su análisis. Ante el problema del carácter social de la URSS, los errores provienen habitualmente, como habíamos anticipado, de sustituir el hecho histórico por la norma programática. El hecho concreto se desvincula de la norma. Esto no significa, sin embargo, que haya invalidado la norma; por el contrario, la ha reafirmado, por la negativa. La degeneración del primer Estado obrero, investigada y explicada por nosotros, no hace sino mostrar más gráficamente lo que debe ser un Estado obrero, lo que podría y debería ser bajo determinadas condiciones históricas. La contradicción entre el hecho concreto y la norma no nos obliga a rechazar la norma, sino, por el contrario, a luchar por ella a través de una vía revolucionaria. El programa de la cercana revolución en la URSS está determinado de un lado por nuestra apreciación de la URSS como un *hecho* histórico objetivo, y de otro lado, por la *norma* que define un Estado obrero. No decimos: “Todo está perdido, debemos empezar todo de nuevo.” Claramente indicamos aquellos elementos del Estado obrero que pueden, en el estadio actual, ser preservados, mantenidos y más extensamente desarrollados.

Aquellos que hoy se esfuerzan por demostrar que el pacto germano-soviético modifica nuestra apreciación del Estado soviético se colocan, en esencia, en las mismas posiciones que el Comintern -o, por decirlo más exactamente, en las posiciones que ayer tenía el Comintern. De acuerdo con esta lógica, la misión histórica del Estado obrero es la lucha por la democracia imperialista. La “traición” de las democracias en favor del fascismo priva entonces a la URSS de ser considerada como un Estado obrero. De hecho, la firma del tratado con Hitler sólo proporciona un elemento más con el cual medir el grado de

degeneración de la burocracia soviética y su desprecio por la clase obrera internacional, incluyendo al Comintern, pero no suministra ninguna base para una revisión de la apreciación sociológica de la URSS.

¿LAS DIVERGENCIAS SON POLÍTICAS O TERMINOLÓGICAS?

Empecemos por plantear el problema de la naturaleza del Estado soviético, no sobre un nivel sociológico-abstracto, sino en el plano de las tareas políticas concretas. Admitamos por un momento que la burocracia es una nueva “clase” y que el actual régimen en la URSS es un sistema especial de explotación de clase. ¿Qué nuevas conclusiones políticas se desprenden para nosotros de estas definiciones? La Cuarta Internacional reconoció hace tiempo la necesidad de derrocar a la burocracia por medio de una insurrección revolucionaria de los trabajadores. El objetivo que el derrocamiento de la burocracia debe permitir alcanzar es el restablecimiento del gobierno de los soviets, expulsando de ellos a la actual burocracia. Nada distinto puede ser propuesto o es propuesto por los críticos izquierdistas¹. Es tarea de los soviets regenerados colaborar con la revolución mundial y la construcción de una sociedad socialista. El derrocamiento de la burocracia, por lo tanto, presupone la preservación de la propiedad estatal y de la economía planificada. Aquí está el meollo de todo el problema.

Es evidente que el reparto de las fuerzas productivas entre las diferentes ramas de la economía y de forma general todo el contenido del plan cambiarán drásticamente cuando este plan esté determinado no por los intereses de la burocracia, sino de los mismos productores. Pero en la medida en que el problema del derrocamiento de la oligarquía parasitaria sigue estando unido al mantenimiento de la propiedad nacionalizada (de Estado), definimos la próxima revolución como revolución política. Algunos de nuestros críticos (Ciliga, Bruno R..., etc.) quieren, sea como sea, definirla como revolución *social*. Aceptemos esta definición. ¿Qué cambia esto en esencia? A las tareas de la revolución que nosotros hemos enumerado, no añade absolutamente nada.

Nuestros críticos, como norma, aceptan los hechos tal y como los hemos establecido nosotros desde hace tiempo. No añaden absolutamente nada esencial a la apreciación, sea sobre la situación de la burocracia y los trabajadores, sea sobre el papel del Kremlin en el campo internacional. En

todas estas esferas, no solo no pueden desafiar nuestro análisis, sino que por el contrario se basan completamente en él e inclusive se limitan enteramente a él. La única acusación que dirigen contra nosotros es que no sacamos las “conclusiones” necesarias. Una vez examinadas, sin embargo, parece que estas conclusiones tienen un puro carácter terminológico.

Nuestros críticos se niegan a llamar Estado obrero al Estado obrero degenerado. Exigen que la burocracia totalitaria sea denominada clase dirigente. La revolución contra esta burocracia proponen considerarla social y no política. Si les hiciéramos estas concesiones terminológicas, pondríamos a nuestros críticos en una posición muy difícil, en cuanto ellos mismos no sabrían qué hacer con su victoria puramente verbal.

EXAMINÉMONOS UNA VEZ MÁS

Sería, por lo tanto, un absurdo monstruoso romper con camaradas que sobre el problema de la naturaleza social de la URSS tienen una opinión diferente de la nuestra, en la medida en que se solidarizan con nosotros en cuanto a las tareas políticas. Pero, por otro lado, sería ceguera por nuestra parte el ignorar divergencias puramente teóricas, e incluso terminológicas, puesto que en el curso de nuevos desarrollos pueden tomar cuerpo y sangre y llevar a conclusiones políticas diametralmente opuestas. Así como un ama de casa cuidadosa nunca deja acumularse telarañas y basura, tampoco un partido revolucionario puede tolerar la falta de claridad, la confusión y los equívocos. ¡Nuestra casa debe conservarse limpia!

Recordaré, para ilustrar esta idea, el problema del Thermidor. Afirmamos durante mucho tiempo que el Thermidor en la URSS no hacía más que prepararse, pero que no se había consumado. Más tarde, haciendo uso de la analogía con el Thermidor en un carácter más preciso y bien deliberado, llegamos a la conclusión de que el Thermidor ya había tenido lugar hacía rato. Esta rectificación abierta de nuestro propio error no ha introducido la más mínima conmoción en nuestras filas. ¿Por qué? Porque la *esencia* de los procesos en la Unión Soviética había sido comprendida de manera idéntica por todos nosotros, pues juntos habíamos estudiado día a día el auge de la reacción. Para nosotros no se trataba más que de precisar una analogía histórica, nada más. Espero que hoy todavía, a pesar del intento de algunos

camaradas de ocultar las divergencias sobre el problema de la “defensa de la URSS” -tema que ahora trataremos-, llegaremos a conservar nuestra unanimidad sobre las bases del programa de la Cuarta Internacional, simplemente precisando más nuestras ideas.

¿ES UNA FORMACIÓN CANCERÍGENA O UN NUEVO ÓRGANO?

Nuestros críticos han argumentado más de una vez que la actual burocracia soviética sostiene muy poca similitud tanto con la burguesía como con la burocracia obrera en la sociedad capitalista; que en un grado mucho mayor que la burocracia fascista, representa una formación social nueva y mucho más poderosa. Esto es bastante correcto y nunca hemos cerrado nuestros ojos ante ello. Pero si consideramos a la burocracia como una “clase”, entonces estamos obligados a afirmar también que esta clase no se parece en nada a ninguna de las clases poseedoras que hemos conocido en el pasado; el resultado no es muy grande, por lo tanto. Calificamos frecuentemente a la burocracia soviética como casta, subrayando con ello su carácter cerrado, su gobierno arbitrario y la soberbia de la capa dirigente, que considera que sus progenitores descienden de los divinos labios de Brahma mientras que las masas populares provienen de las partes más viles de su anatomía. Pero tampoco esta definición tiene, por supuesto, un carácter estrictamente científico. Su ventaja relativa reside en que el carácter provisional de este término queda claro para todos, en la medida en que a nadie se le ocurre asimilar la oligarquía de Moscú a la casta hindú de los brahmanes. La antigua terminología sociológica no preparó, ni podía haber preparado un nombre para un nuevo fenómeno social que está en proceso de evolución (degeneración) y que no ha tomado formas estables. Sin embargo, seguimos todos calificando a la burocracia soviética de burocracia, sin olvidar sus particularidades, históricas. Por el momento, desde nuestro punto de vista, esto es suficiente.

Científica y políticamente -y no sólo terminológicamente- el problema se plantea así: ¿representa la burocracia un desarrollo temporal en el organismo social, o se ha transformado ya este desarrollo en un órgano históricamente indispensable? Las excrescencias sociales pueden ser producto de una combinación “accidental” (es decir, temporal y excepcional) de circunstancias

históricas. Un órgano social (y toda clase lo es, comprendida una clase explotadora), no puede constituirse más que como resultado de las profundas exigencias internas de la misma producción. Si no respondemos a esta cuestión, toda la discusión degenerará en un estéril juego de palabras.

LA PRONTA DEGENERACIÓN DE LA BUROCRACIA

La justificación histórica de toda clase gobernante ha consistido siempre en esto: en que el sistema de explotación dirigido por ella ponía a un nivel superior el desarrollo de las fuerzas productivas. Es indudable que el régimen soviético ha dado un poderoso impulso a la economía. Pero el origen de este impulso fue la nacionalización de los medios de producción y los comienzos de la planificación, y de ninguna manera el hecho de que la burocracia usurpase la dirección de la economía. Por el contrario, el burocratismo, como sistema, se ha convertido en el peor de los frenos al desarrollo técnico y cultural del país. El hecho de que la economía soviética se haya ocupado durante decenios de transplantar y asimilar la tecnología y la organización de la producción de los países capitalistas avanzados ha ocultado este hecho durante cierto tiempo. El período de copias e imitaciones aún pudo acomodarse, para bien o para mal, al automatismo burocrático, es decir, a la asfixia del espíritu de iniciativa y creación. Pero cuanto más se desarrollaba la economía y más complejas se hacían sus exigencias, tanto más insoportable se hacía el obstáculo del régimen burocrático. La contradicción siempre creciente entre una y otro lleva a convulsiones políticas incesantes, a la exterminación sistemática de los elementos creadores más eminentes en todos los terrenos de la actividad. Así, antes de exudar de sí misma una “clase dirigente”, la burocracia entró en contradicción irreconciliable con las exigencias del desarrollo. La explicación a esto debe ser buscada precisamente en el hecho de que la burocracia no es la portadora de un nuevo sistema económico propio de ella e imposible sin ella, sino una excrescencia parasitaria en un Estado obrero.

LAS CONDICIONES PARA LA OMNIPOTENCIA Y LA CAÍDA DE LA BUROCRACIA

La oligarquía soviética tiene todos los defectos de las viejas clases dirigentes, sin tener su misión histórica. En la degeneración burocrática del Estado soviético no son las leyes generales de la sociedad contemporánea, del capitalismo al socialismo, las que encuentran su expresión, sino un reflejo particular, excepcional y temporal de estas leyes en las condiciones de un país revolucionario atrasado con un entorno capitalista. La escasez de los bienes de consumo y la lucha general por su obtención engendran al policía que se atribuye la función de distribución. La presión hostil ejercida desde el exterior impone al policía el papel de “defensor” del país, le da una autoridad nacional, y le permite así saquear el país doblemente.

Ambas condiciones para la omnipotencia de la burocracia (el retraso del país, y el entorno imperialista) tienen, sin embargo, un carácter temporal y transitorio y deben desaparecer con la victoria de la revolución internacional. Los mismos economistas burgueses han calculado que, con una economía planificada, se podría elevar rápidamente la renta nacional de los Estados Unidos a 200 billones de dólares anuales y garantizar de esta manera a toda la población no sólo la satisfacción de sus necesidades elementales, sino incluso un verdadero bienestar. Por otra parte, la revolución internacional significaría el fin del peligro proveniente del exterior, causa suplementaria de la burocratización. La eliminación de la necesidad de gastar una parte enorme de la renta nacional en armamento aumentaría aún más el nivel de vida y cultural de las masas. En estas condiciones, la necesidad de un policía distribuidor desaparecería por sí misma. La administración, como una cooperativa gigantesca, reemplazaría muy rápidamente el poder estatal. No habría lugar para una nueva clase dirigente ni para un nuevo régimen de explotación situado entre el capitalismo y el socialismo.

¿Y SI LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA NO SE REALIZA?

La desintegración del capitalismo, al igual que la desintegración de la vieja clase dirigente, ha alcanzado límites extremos. Es imposible la pervivencia de este sistema. Las fuerzas productivas deben ser organizadas de acuerdo a un plan. Pero ¿quién llevará a cabo esta tarea? ¿El proletariado, o una nueva clase dirigente de “comisarios” (políticos, administradores y técnicos)? La experiencia histórica demuestra, según la opinión de ciertos pensadores, que no se puede

tener esperanza en el proletariado. El proletariado se ha mostrado “incapaz” de impedir la última guerra imperialista, a pesar de que las condiciones materiales para la revolución socialista ya existían en aquel momento. Los triunfos del fascismo tras la guerra fueron nuevamente consecuencia de la “incapacidad” del proletariado para sacar a la sociedad capitalista del callejón sin salida. La burocratización del Estado soviético fue, a su vez, consecuencia de la “incapacidad” del proletariado mismo para regir la sociedad a través de un mecanismo democrático. La revolución española fue estrangulada por las burocracias fascista y stalinista ante los mismos ojos del proletariado mundial. Finalmente, el último eslabón en esta cadena es la nueva guerra imperialista, cuya preparación ha tenido lugar de manera abierta, con una total impotencia por parte del proletariado mundial. Si esta concepción se acepta, esto es, si se admite que el proletariado no tiene fuerzas para llevar cabo la revolución socialista, entonces la tarea urgente de estatizar las fuerzas productivas, obviamente, será realizada por otros. ¿Por quién? Por una nueva burocracia que sustituirá a la burguesía decadente como una nueva clase dirigente a escala mundial. Así es como el problema está empezando a ser planteado por aquellos “izquierdistas” que no se cansan de debatir sobre las palabras.

LA ACTUAL GUERRA Y EL DESTINO DE LA SOCIEDAD MODERNA

Por la misma evolución de los acontecimientos, este problema se plantea ahora muy concretamente. La Segunda Guerra Mundial ha comenzado. Ello confirma incontrovertiblemente el hecho de que la sociedad no puede continuar viviendo sobre las bases del capitalismo. De este modo somete al proletariado a una nueva y quizás decisiva prueba.

Si, como creemos firmemente, esta guerra provoca una revolución proletaria, ello llevará inevitablemente al derrocamiento de la burocracia de la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre unas bases económicas y culturales mucho más superiores que en 1918. En este caso, el problema de si la burocracia stalinista era una “clase” o una excrecencia en el Estado obrero se resolverá automáticamente. Estará claro para cualquier persona que, en el proceso del desarrollo de la revolución mundial, la burocracia soviética fue sólo una *recaída episódica*.

Si se admite, sin embargo, que la actual guerra provocará no la revolución sino un declive del proletariado, entonces queda otra alternativa: la mayor decadencia del capitalismo monopolista, su mayor fusión con el Estado, y la sustitución de la democracia, allí donde todavía exista, por un régimen totalitario. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la sociedad podría llevar de hecho, bajo estas condiciones, al crecimiento de una nueva clase explotadora a partir de la burocracia fascista bonapartista. Esto sería, de acuerdo con todos los indicios, un régimen de decadencia, que señalaría el colapso de la civilización.

Un resultado análogo podría darse en el caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, habiendo conquistado el poder, se mostrase incapaz de conservarlo y lo abandonase, como en la URSS, a una burocracia privilegiada. Entonces estaríamos obligados a reconocer que la razón de la recaída burocrática está basada no en el retraso del país ni en el cerco imperialista, sino en la incapacidad congénita del proletariado, de convertirse en clase dirigente. Entonces sería necesario establecer retrospectivamente que, en sus trazos fundamentales, la actual URSS fue la precursora de un nuevo régimen explotador a escala internacional.

Nos hemos apartado mucho de la controversia terminológica sobre la nomenclatura del Estado soviético. Pero no dejemos protestar a nuestros críticos; sólo tomando la necesaria perspectiva histórica se puede hacer un juicio correcto sobre un problema como el de la sustitución de un régimen social por otro. La alternativa histórica, llevada hasta el final, es así: o el régimen de Stalin es una recaída detestable en el proceso de transformación de la sociedad burguesa en una sociedad socialista, o el régimen de Stalin es el primer estadio de una nueva sociedad explotadora. Si la segunda hipótesis se muestra correcta, entonces, por supuesto, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora. Por costosa que sea la segunda perspectiva, si el proletariado internacional se mostrase realmente incapaz de cumplir la misión que le asigna el curso de los acontecimientos, sólo quedaría reconocer que el programa socialista, basado en las contradicciones internas de la sociedad capitalista, acabó siendo una utopía. Es, por sí mismo, evidente que se necesitaría un nuevo programa “mínimo” para la defensa de los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

Pero, ¿existen datos objetivos tan incontrovertibles o siquiera tan impresionantes como para obligarnos hoy a renunciar a la perspectiva de la

revolución socialista? Esta es toda la cuestión.

LA TEORÍA DEL “COLECTIVISMO BUROCRÁTICO”

Poco después de la subida de Hitler al poder, un “comunista de izquierda” alemán, Hugo Urbahns, llegó a la conclusión de, que en lugar del capitalismo, una nueva era histórica de “capitalismo de estado” era inminente. Los primeros ejemplos de este régimen que señaló fueron Italia, la URSS y Alemania. Urbahns, sin embargo, no sacó las conclusiones políticas de su teoría. Recientemente, un “comunista de izquierda” italiano, Bruno R., que anteriormente se había adherido a la IV Internacional, arribó a la conclusión de que el “colectivismo burocrático” iba a sustituir al capitalismo. (Bruno R., *La bureaucratisation du monde*, París, 1939, 350 págs.) La nueva burocracia es una clase, su relación con los trabajadores es la explotación colectiva, los proletarios se han convertido en los esclavos de los explotadores totalitarios.

Bruno R. pone al mismo nivel la economía planificada en la URSS, el fascismo, el nacionalsocialismo y el “New Deal” de Roosevelt. Todos estos regímenes poseen, indudablemente, rasgos comunes, los cuales, en último análisis están determinados por tendencias colectivistas de la economía moderna. Incluso antes de la Revolución de Octubre, Lenin formuló como siguen las principales particularidades del capitalismo imperialista: concentración gigantesca de las fuerzas productivas, creciente grado de fusión del capitalismo monopolista con el Estado, y tendencia orgánica hacia la dictadura pura como resultado de esta fusión. Los rasgos de la centralización y la colectivización determinan la política tanto de la revolución como de la contrarrevolución; pero esto no significa de ninguna manera que sea posible equiparar la revolución, el Thermidor, el fascismo y el “reformismo” americano. Bruno entendió el hecho de que las tendencias a la colectivización toman la forma de “colectivismo burocrático”, como resultado de la postración política de la clase obrera. El fenómeno en sí mismo es incontestable. Pero, ¿dónde están sus límites y cuál es su peso histórico? Lo que nosotros aceptamos como una deformación de un período transitorio, como el resultado del desarrollo desigual de múltiples factores en el proceso social, es considerado por Bruno R. como una formación social independiente en la cual la burocracia es la clase dirigente, Bruno R., en cualquier caso, tiene el mérito de buscar trasladar el

problema del exclusivo círculo de los ejercicios terminológicos en cuadernos escolares, al plano de las generalizaciones históricas más importantes. Esto hace mucho más fácil descubrir su error.

Como muchos ultraizquierdistas, Bruno R. identifica en esencia el stalinismo con el fascismo. Por un lado, la burocracia soviética ha adoptado los métodos políticos del fascismo; por otro lado, la burocracia fascista, que sigue ciñéndose a medidas “parciales” de intervención estatal, está dirigiéndose a, y va a alcanzarla pronto, la estatización completa de la economía. La primera afirmación es absolutamente correcta. Pero la afirmación de Bruno de que el “anticapitalismo” fascista sea capaz de llegar a la expropiación de la burguesía es completamente errónea. Las medidas “parciales” de intervención estatal y de nacionalización difieren en realidad de la economía planificada de Estado tanto como las reformas difieren de la revolución. Mussolini y Hitler están únicamente “coordinando” los intereses de los propietarios y “regulando” la economía capitalista, y, además, principalmente para fines bélicos. La oligarquía del Kremlin es, repitamos, otra cosa: tiene la oportunidad de dirigir la economía como organismo, sólo a causa del hecho de que la clase obrera de Rusia llevó a cabo el mayor cambio en las relaciones de propiedad de toda la historia. Esta diferencia no puede perderse de vista.

Pero incluso si admitimos que el stalinismo y el fascismo, viniendo de polos opuestos, llegarán un día a ser uno y el mismo tipo de sociedad explotadora (“colectivismo burocrático” de acuerdo con la terminología de Bruno R.), esto todavía no sacará a la humanidad del callejón sin salida. La crisis del sistema capitalista no sólo está producida por el papel reaccionario de la propiedad privada, sino también por el no menos reaccionario papel del Estado nacional. Incluso si los distintos gobiernos fascistas tuvieran éxito en establecer un sistema de economía planificada en su país, entonces, al margen de los -a largo plazo- inevitables movimientos revolucionarios del proletariado, imprevistos por cualquier plan, la lucha entre los estados totalitarios por la dominación mundial continuaría e incluso se intensificaría. Las guerras devorarían los frutos de la economía planificada y destruirían las bases de la civilización. Bertrand Russell piensa, es cierto, que algún Estado victorioso, como resultado de la guerra, podría unificar el mundo entero en una cárcel totalitaria. Pero incluso si esta hipótesis se realizara, lo cual es altamente dudoso, la “unificación” militar no tendría mayor estabilidad que el tratado de Versalles.

Los levantamientos nacionales y las pacificaciones culminarían en una nueva guerra mundial, que sería la tumba de la civilización. No son nuestros deseos subjetivos, sino la realidad objetiva la que indica que la única salida para la humanidad es la revolución socialista mundial. La alternativa a ella es la recaída en la barbarie.

EL PROLETARIADO Y SU DIRECCIÓN

Muy pronto dedicaremos un artículo separado a la cuestión de la relación entre la clase y su dirección. Debemos limitarnos aquí a lo más indispensable. Sólo “marxistas” vulgares que consideren que la política es un reflejo directo y simple de la economía son capaces de pensar que la dirección refleja a la clase directa y simplemente. En realidad, la dirección, habiéndose elevado por encima de la clase oprimida sucumbe inevitablemente a la presión de la clase dirigente. La dirección de los sindicatos americanos, por ejemplo, “refleja” no tanto al proletariado como a la burguesía. La selección y educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es una tarea extraordinariamente difícil. La dialéctica del proceso histórico se expresó de la manera más brillante en el hecho de que el proletariado del país más atrasado, Rusia, bajo ciertas condiciones históricas, diera lugar a la dirección más sagaz y más valerosa. Por el contrario, el proletariado del país con la más antigua cultura capitalista, Gran Bretaña, tiene, hoy incluso, la dirección más servil y más estúpida.

La crisis de la sociedad capitalista, que tomó un carácter abierto en julio de 1914, produjo una crisis aguda en la dirección proletaria desde el mismo primer día de la guerra. Durante los 25 años que han transcurrido desde entonces, el proletariado de los países capitalistas avanzados no ha creado todavía una dirección que pueda estar a la altura de las tareas de nuestra época. La experiencia de Rusia atestigua, sin embargo, que tal dirección puede ser creada. (Esto no significa, por supuesto, que será inmune a la degeneración.) Consecuentemente, la cuestión está planteada como sigue: ¿se abrirá paso en definitiva la necesidad histórica en la conciencia de la vanguardia de la clase obrera? Esto es, ¿en el proceso de esta guerra y las profundas conmociones que ésta engendra obligadamente se formará una verdadera dirección revolucionaria que sea capaz de dirigir al proletariado a la conquista del poder?

La Cuarta Internacional ha respondido afirmativamente a esta pregunta, no sólo a través del texto de su programa, sino también a través del hecho mismo de su existencia. Todas las distintas variedades de representantes desilusionados y atemorizados del pseudomarxismo actúan *por el contrario* en base al supuesto de que la bancarrota de la dirección sólo “refleja” la incapacidad del proletariado para llevar adelante su misión revolucionaria. No todos nuestros oponentes expresan este pensamiento claramente, pero todos ellos - ultraizquierdistas, centristas, anarquistas, por no mencionar a los stalinistas y socialdemócratas- descargan las propias responsabilidades de las derrotas sobre las espaldas del proletariado. Ninguno de ellos señala precisamente bajo qué condiciones el proletariado será capaz de llevar a cabo la transformación socialista.

Si admitimos como cierto que la causa de las derrotas reside en las cualidades sociales del mismo proletariado, entonces la situación de la sociedad moderna deberá ser considerada como desesperada. Bajo las condiciones del capitalismo decadente el proletariado no crece ni numéricamente ni culturalmente. Por lo tanto, no hay motivos para esperar que en algún momento alcance la altura de las tareas revolucionarias. La cuestión se presenta de manera completamente diferente para aquél que tiene claro el profundo antagonismo que hay entre el deseo orgánico, profundo e insalvable de las masas trabajadoras para liberarse del sangriento caos capitalista, y el carácter conservador, patriótico y completamente burgués de la dirección del movimiento obrero, que se sobrevive a sí misma. Debemos elegir entre una de estas dos concepciones irreconciliables.

LA DICTADURA TOTALITARIA: UNA SITUACIÓN DE CRISIS AGUDA Y NO UN RÉGIMEN ESTABLE

La Revolución de Octubre no fue un accidente. Había sido prevista desde hacía tiempo. Los acontecimientos confirmaron esta previsión. La degeneración no refuta la previsión, porque los marxistas nunca creyeron que un Estado obrero aislado en Rusia pudiera mantenerse indefinidamente. Nosotros esperábamos, a decir verdad, la destrucción del Estado soviético, en vez de su degeneración; para decirlo más correctamente, no diferenciábamos suficientemente entre estas dos posibilidades. Pero no se contradicen de

ninguna manera entre ellas. La degeneración, en un cierto estadio, acaba ineluctablemente en la destrucción.

Un régimen totalitario, sea de tipo stalinista o fascista, por su misma esencia sólo puede ser un régimen transitorio, temporal. La dictadura pura, ha sido en la historia generalmente el producto y el síntoma de una crisis social especialmente severa, y de ninguna manera de un régimen estable. Las crisis agudas no pueden ser una situación permanente de la sociedad. Un estado totalitario es capaz de suprimir las contradicciones sociales durante un cierto período, pero es incapaz de perpetuarse. Las purgas monstruosas en la URSS son el testimonio más convincente del hecho de que la sociedad soviética tiende orgánicamente al rechazo de la burocracia.

Es algo realmente extraño que Bruno R. vea precisamente en las purgas stalinistas la prueba del hecho de que la burocracia se ha convertido en clase dirigente, pues en su opinión sólo una clase dirigente es capaz de tomar medidas de tal amplitud.² Olvida, sin embargo, que el zarismo, que no era una “clase” también se permitió tomar medidas a gran escala en las purgas, y, más aún, precisamente en el período en el que se estaba acercando su condena final. Síntoma de la proximidad de su agonía mortal, Stalin, por la extensión y la fraudulencia monstruosa de sus purgas, no atestigua otra cosa más que la incapacidad de la burocracia para transformarse en una clase dirigente estable. ¿No nos situaremos en una posición ridícula si, justo algunos años o algunos meses antes de su caída deshonrosa, damos a la oligarquía bonapartista la denominación de nueva clase dirigente? Plantear esta cuestión claramente, en nuestra opinión, alejará a los camaradas de los experimentos terminológicos y de las generalizaciones demasiado precipitadas.

LA ORIENTACIÓN HACIA LA REVOLUCIÓN MUNDIAL Y LA REGENERACIÓN DE LA URSS

Se ha demostrado que un cuarto de siglo es un espacio de tiempo demasiado corto para el rearme revolucionario de la vanguardia del proletariado mundial, y un período demasiado largo para mantener el sistema soviético intacto en un país atrasado y aislado. La humanidad está pagando ahora por ello con una nueva guerra imperialista; pero la tarea básica de nuestra época no ha cambiado por la simple razón de que no ha sido resuelta. Una conquista colosal en el

último cuarto de siglo y una inapreciable muestra para el futuro, lo constituye el hecho de que uno de los destacamentos del proletariado mundial fue capaz de demostrar en la acción *cómo* debe ser resuelta esta tarea.

La Segunda Guerra imperialista plantea, esta tarea, no resuelta, a un nivel histórico mucho más alto. Pone a prueba, de nuevo, no sólo la estabilidad de los regímenes existentes, sino también la capacidad del proletariado de reemplazarlos. El resultado de esta prueba tendrá sin dudas un significado decisivo para nuestra valoración de la época contemporánea, como época de la revolución proletaria. Si, contrariamente a todas las probabilidades, la Revolución de Octubre no encuentra, en el curso de la presente guerra, o inmediatamente después, su continuación en alguno de los países avanzados; y si, por el contrario, el proletariado es arrollado en todos lados y en todos los frentes, entonces deberemos, indudablemente, plantear el problema de revisar nuestra concepción de la época presente y sus fuerzas motrices. En este caso se trataría, no etiquetar a la URSS o la banda de Stalin, sino de reconsiderar la perspectiva histórica mundial para las próximas décadas, sino siglos: ¿hemos entrado en la época de la revolución social y la sociedad socialista, o por el contrario en la época de la decadente sociedad de la burocracia totalitaria?

El doble error de los esquemáticos como Hugo Urbahns y Bruno R. consiste, primero, en que proclaman que este régimen ha sido ya finalmente instaurado; en segundo lugar, en que lo definen como un estado transitorio prolongado de la sociedad entre el capitalismo y el socialismo. Es ya absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como resultado de la experiencia de toda nuestra época y la actual nueva guerra, se muestra incapaz de convertirse en el amo de la sociedad, esto significaría la pérdida de toda esperanza para la revolución socialista, porque es imposible esperar otras condiciones más favorables para ello; en cualquier caso, nadie lo predice o es capaz de caracterizarlo ahora. Los marxistas no tienen el menor derecho (si la desilusión y el cansancio no son considerados “derechos”) de sacar la conclusión de que el proletariado ha perdido sus posibilidades revolucionarias y debe renunciar a todas las aspiraciones de hegemonía en la época inmediatamente próxima. Veinticinco años en la escala de la historia, cuando se trata de profundos cambios en los sistemas económico y cultural, significan menos que una hora en la vida de un hombre. ¿En qué medida un individuo es justo, cuando a causa de fracasos empíricos a lo largo de una hora o un día, renuncia al objetivo que se había marcado en base a la experiencia y análisis de

toda su vida anterior? En los años de la más sombría reacción rusa (1907 a 1917) tomábamos como nuestro punto de partida aquellas posibilidades revolucionarias que el proletariado ruso había revelado en 1905. En los años de la reacción mundial debemos partir de las posibilidades que el proletariado ruso reveló en 1917. La Cuarta Internacional no se llama a sí mismo el Partido Mundial de la Revolución Socialista por casualidad. Nuestro camino no cambia. Orientamos nuestro curso hacia la Revolución Mundial, y en virtud de este mismo hecho, hacia la regeneración de la URSS como Estado obrero.

LA POLÍTICA EXTERIOR ES LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA INTERIOR

¿Qué defendemos en la URSS? No aquello en lo que se parece a los países capitalistas, sino precisamente aquello en lo que se diferencia de ellos. En Alemania también propugnamos una insurrección contra la burocracia dirigente, pero sólo con el objetivo de derrocar inmediatamente la propiedad capitalista. En la URSS el derrocamiento de la burocracia es indispensable para la preservación de la propiedad estatal. Sólo en este sentido estamos por la defensa de la URSS.

No hay nadie entre nosotros que dude de que los obreros soviéticos deban defender la propiedad estatal, no sólo contra el parasitismo de la burocracia, sino también contra las tendencias hacia la propiedad privada, de parte, por ejemplo, de la aristocracia koljosiana. Pero, después de todo, la política exterior es la continuación de la política interior. Si en la política interior ligamos la defensa de las conquistas de la Revolución de Octubre con la lucha irreconciliable contra la burocracia, entonces debemos hacer también lo mismo en la política exterior. Sin duda, Bruno R., procediendo de acuerdo al hecho de que el “colectivismo burocrático” ha salido victorioso en todos los frentes, nos asegura que nadie amenaza la propiedad estatal, porque Hitler (¿y Chamberlain?) está tan interesado como Stalin en mantenerla -ya ven. Las afirmaciones de Bruno R., por desgracia, son frívolas. En caso de victoria, Hitler empezaría, con toda seguridad, por reclamar la devolución a los capitalistas alemanes de todas las propiedades que les fueron expropiadas; después, aseguraría la misma restauración de propiedad a los ingleses, franceses y belgas, para alcanzar un acuerdo con ellos a expensas de la URSS; por último,

haría de Alemania el principal contratista de las más importantes empresas estatales de la URSS en interés de la máquina militar alemana. Ahora Hitler es el aliado y amigo de Stalin; pero si Hitler, con la ayuda de Stalin, sale victorioso en el frente del Oeste, a la mañana siguiente volverá sus cañones contra la URSS. Por último, también Chamberlain, en circunstancias similares, actuaría de una forma no muy distinta que Hitler.

LA DEFENSA DE LA URSS Y LA LUCHA DE CLASES

Los errores sobre el problema de la defensa de la URSS se desprenden muy frecuentemente de una comprensión incorrecta de los métodos de “defensa”. Defensa de la URSS no significa para nada acercamiento a la burocracia del Kremlin, la aceptación de su política, o una conciliación con la política de sus aliados. En esta cuestión, como en todas las otras, permanecemos completamente en el terreno de la lucha de clases internacional.

En el diminuto periódico francés “Que faire?”, recientemente se decía que en la medida en que los “trotskistas” son derrotistas respecto de Francia e Inglaterra, ellos también son derrotistas respecto de la URSS. En otras palabras: si quieren defender la URSS, dejen de ser derrotistas en relación a sus aliados imperialistas. “Que faire?” estimó que las “democracias” serían los aliados de la URSS. Lo que dirían ahora estos sabios no lo sabemos. Pero esto difícilmente puede ser importante, puesto que su método está podrido. El renunciar al derrotismo respecto del campo imperialista al cual la URSS se adhiere hoy, o tal vez se adhiere mañana, es empujar a los obreros del campo enemigo al lado de su gobierno; significa renunciar al derrotismo en general. La renuncia al derrotismo bajo las condiciones de una guerra imperialista, que es equivalente a rechazar la revolución socialista -rechazar la revolución en nombre de la “defensa de la URSS”-, sentenciaría a la URSS a la descomposición final y a la perdición.

“Defensa de la URSS”, tal como es interpretado por el Comintern, al igual que la “lucha contra el fascismo” de ayer, está basada en la renuncia a la política de independencia de clase. El proletariado es transformado -por distintas razones en circunstancias variadas, pero siempre e invariablemente- en fuerza auxiliar de un campo burgués contra otro. A diferencia de esto, algunos de nuestros camaradas dicen: dado que no queremos convertirnos en

instrumentos de Stalin y sus aliados, renunciamos, por tanto, a defender a la URSS. Pero con ello sólo demuestran que su comprensión de “defensa” coincide esencialmente con la comprensión de los oportunistas; no piensan en términos de política independiente del proletariado. De hecho, defendemos la URSS como defendemos las colonias, como resolvemos todos nuestros problemas, no apoyando a algunos gobiernos imperialistas contra otros, sino con el método de la lucha de clases internacional, en las colonias así como en los centros metropolitanos.

No somos un partido gubernamental; somos el partido de la oposición irreconciliable, no sólo en los países capitalistas, sino también en la URSS. Nuestras tareas, entre ellas la “defensa de la URSS”, las llevamos a cabo no a través de los gobiernos burgueses, ni siquiera del gobierno de la URSS, sino exclusivamente a través de la educación de las masas, a través de la agitación, a través de la explicación a los obreros qué deben defender y qué deben derrocar. Una “defensa” tal no puede dar resultados inmediatos milagrosos. Pero no pretendemos ser hacedores de milagros. Tal y como las cosas están ahora, somos una minoría revolucionaria. Nuestro trabajo debe orientarse de forma que los obreros en los que tenemos influencia puedan evaluar correctamente los acontecimientos, no sean tomados de improviso y preparen el sentimiento general de su propia clase para la solución revolucionaria de las tareas que confrontamos.

La defensa de la URSS coincide para nosotros con la preparación de la revolución mundial. Sólo son admisibles aquellos métodos que no entren en conflicto con los intereses de la revolución. La defensa de la URSS está ligada a la revolución socialista mundial, como una tarea táctica está ligada a una estrategia. Una táctica está subordinada a un fin estratégico y en ningún caso puede estar en contradicción con este último.

LA CUESTIÓN DE LOS TERRITORIOS OCUPADOS

Mientras escribo estas líneas, la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo permanece aún oscura. Los despachos telegráficos se contradicen uno a otro en la medida en que ambas partes mienten mucho; pero las actuales relaciones en el campo de batalla son sin duda extremadamente inestables. La

mayor parte de los territorios ocupados serán indudablemente parte de la URSS. ¿En qué forma?

Vamos a admitir por un momento que, de acuerdo al pacto con Hitler, el gobierno de Moscú deja intactos los derechos de propiedad privada en las zonas ocupadas y se limite a “controlar” según el modelo fascista. Tal concesión tendría profundamente un carácter de principios y podría ser el punto de partida para un nuevo capítulo en la historia del régimen soviético; y consecuentemente, un punto de partida para una nueva valoración de la naturaleza del Estado soviético por nuestra parte.

Es más probable, sin embargo, que en los territorios que han sido programados para formar parte de la URSS, el gobierno de Moscú actúe expropiando a los grandes terratenientes y estatizando los medios de producción. Esta variante es más probable, no porque la burocracia se mantenga fiel al programa socialista, sino porque ni desea, ni es capaz de compartir el poder, y los privilegios que conlleva, con la vieja clase dirigente en los territorios ocupados. Aquí se impone una analogía literal. El primer Bonaparte detuvo la revolución por medio de una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas francesas invadieron Polonia, Napoleón firmó un decreto: “La servidumbre es abolida”. Esta medida fue adoptada, no por las simpatías de Napoleón hacia los campesinos, ni por principios democráticos, sino más bien por el hecho de que la dictadura bonapartista se basaba en relaciones de propiedad burguesas, y no feudales. En la medida en que la dictadura bonapartista de Stalin se basa en la propiedad estatal y no en la privada, la invasión de Polonia por el Ejército Rojo llevará, por la naturaleza del hecho, a la abolición de la propiedad privada capitalista, así como hará concordar el régimen de los territorios ocupados con el régimen de la URSS.

Esta medida, de carácter revolucionario -“la expropiación de los expropiadores”-, es llevada a cabo en este caso de manera burocrático-militar. El llamamiento a la acción independiente de las masas en los nuevos territorios -y sin tal llamamiento, incluso formulado con extrema prudencia, es imposible constituir un nuevo régimen- sería indudablemente aplastado al día siguiente por despiadadas medidas policíacas, con el objetivo de asegurar la preponderancia de la burocracia sobre las masas revolucionarias vigilantes. Esta es una cara de la cuestión. Pero hay otra. Para tener la posibilidad de ocupar Polonia a través de una alianza militar con Hitler, el Kremlin durante mucho tiempo engañó y sigue engañando a las masas en la URSS y en el mundo

entero, y con ello ha desorganizado por completo las filas de su propia Internacional Comunista. El criterio político prioritario para nosotros no es la transformación de las relaciones de propiedad en ésta o aquella área, por muy importantes que puedan ser por sí mismas, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad para defender las antiguas conquistas y de conquistar otras nuevas. Desde éste único y decisivo punto de vista, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva completamente su carácter reaccionario y es el obstáculo clave en el camino a la revolución mundial.

Nuestra valoración *general* del Kremlin y del Comintern, sin embargo, no cambia el hecho *particular* de que la estatización de la propiedad en los territorios ocupados, es en sí misma una medida progresiva. Debemos reconocer esto abiertamente. Si Hitler mañana lanza sus ejércitos contra el Este para restaurar “la ley y el orden” en Polonia Oriental, los obreros avanzados defenderían estas nuevas formas de propiedad establecidas por la burocracia bonapartista soviética contra Hitler.

¡NOSOTROS NO CAMBIAMOS NUESTRA ORIENTACIÓN!

La estatización de los medios de producción es, como dijimos, una medida progresiva. Pero su progresividad es relativa; su peso específico depende de la suma total de todo el resto de factores. Así, debemos constatar primero y principalmente que extensión del territorio dominado por la autocracia burocrática y el parasitismo, encubierta por las medidas “socialistas”, puede aumentar el prestigio del Kremlin, engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución proletaria por maniobras burocráticas, y demás. Este daño sobrepasa de lejos el contenido progresivo de las reformas stalinistas en Polonia. Para que la propiedad nacionalizada en las áreas ocupadas, así como en la URSS, sea base para el genuino progreso, es decir, para desarrollo socialista, es necesario derrocar a la burocracia de Moscú. Nuestro programa conserva, consecuentemente, toda su validez. Los acontecimientos no nos tomaron desprevenidos. Sólo es necesario interpretarlos correctamente. Es necesario entender claramente que en el carácter de la URSS y en su posición internacional se contienen contradicciones agudas. Es imposible librarse de estas contradicciones con la ayuda de juegos de mano terminológicos (“Estado

obrero” - “no Estado obrero”). Debemos tomar los hechos como son. Debemos edificar nuestra política tomando como punto de partida las reales relaciones y contradicciones.

No confiamos al Kremlin ninguna misión histórica. Estuvimos y seguimos estando contra ocupaciones de nuevos territorios por el Kremlin. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética, y si los bielorrusos lo quieren, también de la Bielorrusia Soviética. Al mismo tiempo, en las partes de Polonia ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional deben jugar el papel decisivo en la expropiación de los terratenientes y capitalistas, en el reparto de la tierra entre los campesinos, la creación de soviets y comités obreros, etc. Mientras hacen esto deben conservar su independencia política, deben luchar durante las elecciones a los soviets y comités de fábrica por la total independencia de éstos de la burocracia, y deben realizar propaganda revolucionaria en el espíritu de desconfianza hacia el Kremlin y sus agencias locales.

Pero supongamos que Hitler apunta sus cañones contra el Este e invade los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Bajo estas condiciones, los partidarios de la Cuarta Internacional, sin cambiar de ninguna manera su actitud hacia la oligarquía del Kremlin, plantearán en el frente, como tarea más urgente del momento, la resistencia militar contra Hitler. Los obreros dirán: “No podemos ceder a Hitler el derrocamiento de Stalin; es *nuestra propia tarea*”. Durante la lucha militar contra Hitler, los obreros revolucionarios deben esforzarse por entrar en relaciones lo más fraternales posible con los luchadores de base del Ejército Rojo. Mientras con las armas en la mano asestan golpes contra Hitler, los bolcheviques-leninistas deberán, al mismo tiempo, hacer propaganda revolucionaria contra Stalin, preparando su derrocamiento para la próxima y, tal vez, muy cercana etapa.

Este tipo de “defensa de la URSS” naturalmente diferirá, como el cielo de la tierra, de la defensa oficial que ahora es llevada a cabo bajo el lema: “¡Por la patria! ¡Por Stalin!”. *Nuestra* defensa de la URSS se plantea bajo el lema: “¡Por el Socialismo! ¡Por la Revolución Mundial! ¡Contra Stalin!”. Para que estas dos variantes de “defensa de la URSS” no se confundan en la conciencia de las masas es necesario saber claramente y precisamente cómo formular consignas que correspondan a la situación concreta. Pero por encima de todo es necesario establecer claramente *qué* estamos defendiendo, *cómo* lo estamos defendiendo, contra *quién* lo estamos defendiendo. Nuestras consignas crearán confusión

entre las masas sólo si nosotros no tenemos una concepción clara de nuestras tareas.

CONCLUSIONES

Sea lo que fuere no tenemos razones ahora para cambiar nuestra posición principista en relación a la URSS.

La guerra acelera los distintos procesos políticos. Puede ser que acelere el proceso de regeneración revolucionaria de la URSS. Pero también puede ser que acelere el proceso de degeneración final. Por esta razón es indispensable que sigamos pacientemente y sin prejuicios estas modificaciones que la guerra introduce en la vida interna de la URSS, de forma que las notemos a tiempo.

Nuestras tareas en los territorios ocupados siguen siendo básicamente las mismas que en la misma URSS; pero en la medida en que están planteadas por los acontecimientos de forma extremadamente aguda, ello nos permite mucho mejor el clarificar nuestras tareas generales en relación a la URSS.

Debemos formular nuestras consignas de tal forma que los obreros vean claramente qué es lo que exactamente estamos defendiendo en la URSS (propiedad estatal y economía planificada), y contra quiénes estamos llevando una durísima lucha (la burocracia parasitaria y su Comintern). No debemos perder ni un solo momento de vista el hecho de que la cuestión del derrocamiento de la burocracia soviética está subordinado para nosotros a la cuestión de la preservación de la propiedad estatal de los medios de producción en la URSS; que la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal en los medios de producción en la URSS está subordinada para nosotros a la cuestión de la revolución proletaria mundial.

*Coyoacán,
25 de septiembre de 1939*

CARTA A SHERMAN STANLEY

8 de octubre de 1939

Querido camarada Stanley:

Recibí su carta a O'Brien, a raíz de la partida de éste. La carta me produjo una extraña impresión, porque en contradicción con sus muy buenos artículos, está llena de contradicciones.

No recibí hasta ahora ningún material sobre el pleno y no conozco ni el texto de la resolución mayoritaria, ni el de M.S.^{3*} pero usted afirma que no hay una oposición irreconciliable entre los dos textos. Al mismo tiempo afirma que un “desastre” amenaza al partido. ¿Por qué? Incluso si hubiera habido dos posiciones *irreconciliables* no significaría un “desastre”, sino la necesidad de llevar la lucha política hasta el final. Pero si las dos posiciones representan sólo matices al mismo punto de vista expresado en el programa de la Cuarta Internacional, ¿cómo puede desprenderse de esta divergencia no principista (en su opinión) una catástrofe? Que la mayoría prefiera su propio matiz (si es sólo un matiz) es natural. Pero lo que es absolutamente anormal es que la minoría proclame: “A causa de que ustedes, la mayoría, aceptan su propio matiz y no el nuestro, les presagiamos un desastre.” ¿De parte de quién? Y usted afirma que usted “observa objetivamente los diferentes grupos”. No es ésta, de ninguna manera, mi impresión.

Usted escribe, por ejemplo, que de mi artículo “faltaba una página, *por una u otra razón*”. Usted expresa de esta forma una sospecha muy venenosa hacia camaradas responsables. La página se perdió por una lamentable negligencia en nuestra oficina aquí, y ya mandamos un texto nuevo y completo para su traducción.

Su argumento sobre el “*imperio* obrero” degenerado me parece que no es un invento muy feliz. “El programa de expansión zarista” les fue criticado a los bolcheviques casi desde el primer día de la Revolución de Octubre. Incluso un Estado obrero puro tendería a la expansión, y las líneas geográficas coincidirían inevitablemente con las líneas generales de la expansión zarista, porque las revoluciones no cambian comúnmente las condiciones geográficas. Lo que criticamos a la pandilla del Kremlin no es ni la expansión, ni la dirección

geográfica de la expansión, sino los métodos contrarrevolucionarios y burocráticos de la expansión. Pero al mismo tiempo, porque como marxistas “miramos objetivamente” los acontecimientos históricos, reconocemos que ni el zar, ni Hitler, ni Chamberlain tuvieron o tienen costumbre de abolir, en los países ocupados, la propiedad capitalista, y este hecho, muy progresivo, depende de otro dato; a saber, que la Revolución de Octubre no está definitivamente aniquilada por la burocracia, y que esta última está forzada por su posición a tomar medidas que, en una situación dada, debemos defender contra los enemigos imperialistas. Estas medidas progresivas son, por supuesto, incomparablemente menos importantes que la actividad contrarrevolucionaria general de la burocracia: esta es la razón por la que consideramos necesario derrocar a la burocracia.

Los camaradas están muy indignados con el pacto Hitler-Stalin. Es comprensible. Quieren vengarse de Stalin. Muy bien. Pero hoy somos débiles, y no podemos derrocar inmediatamente al Kremlin. Algunos camaradas tratan entonces de encontrar una satisfacción puramente verbal: le quitan a la URSS el título de Estado Obrero, igual que Stalin priva a un desgraciado funcionario de la orden de Lenin. Querido amigo, considero esto un poco infantil. La sociología marxista y la histeria son absolutamente irreconciliables.

Con los mejores saludos comunistas,
Cruz (León Trotsky)

NUEVAMENTE Y UNA VEZ MÁS SOBRE LA NATURALEZA DE LA URSS

PSICOANÁLISIS Y MARXISMO

Ciertos camaradas, o ex camaradas, como Bruno R., habiendo olvidado pasadas discusiones y decisiones de la Cuarta Internacional, tratan de explicar mi estimación personal del Estado soviético acudiendo al psicoanálisis: “Dado que Trotsky participó en la revolución rusa, le resulta difícil abandonar la idea del Estado obrero porque tendría que renunciar a la causa de toda su vida.” Creo que el viejo Freud, que era muy perspicaz, habría dado un buen tirón de orejas a esta tipo de psicoanalistas. Naturalmente que nunca osaría hacerlo yo mismo. Sin embargo, me atrevo a asegurar a mis críticos que el subjetivismo y el sentimentalismo están en ellos y no en mí.

La conducta de Moscú, que ha superado todos los límites de la abyección y el cinismo, provoca fácilmente la rebelión en todo revolucionario proletario. La revuelta engendra la necesidad de repulsa. Cuando se carece de fuerza para la acción inmediata, los revolucionarios impacientes se sienten inclinados a recurrir a métodos artificiales. Así surge, por ejemplo, la táctica del terrorismo individual. Más frecuentemente se recurre a las expresiones fuertes, a los insultos, a las imprecaciones. En el caso que nos ocupa, algunos camaradas se inclinan manifiestamente a buscar compensación a través del terror “terminológico”. Sin embargo, aún desde este punto de vista el simple hecho de calificar a la burocracia como clase carece de valor. Si la canalla bonapartista es una clase, esto significa que no es un aborto sino una criatura viable de la historia. Si su parasitismo violento es “explotación” en el sentido científico del término, esto quiere decir que la burocracia posee un futuro histórico como clase dirigente indispensable de un sistema dado de economía. ¡He aquí el punto final al que los impacientes impugnadores se dirigen cuando cortan sus amarras con la disciplina marxista!

Cuando un mecánico emotivo examina un automóvil en el que unos bandidos han huido de la policía por un camino malo y encuentra la carrocería desvencijada, las ruedas descentradas y el motor parcialmente dañado, podría exclamar justificadamente: “¡No es un automóvil, el demonio sabrá qué es

esto!” Semejante apreciación carecería de todo valor técnico y científico, pero expresaría la legítima reacción del mecánico ante la obra de los bandidos. Supongamos, sin embargo, que este mismo mecánico deba reacondicionar el objeto que ha denominado “el demonio sabrá que es esto”. En tal caso, comenzará por reconocer que lo que tiene ante sí es un automóvil estropeado. Determinará qué partes aún sirven y cuáles son irreparables a fin de decidir por dónde comenzará el trabajo. El obrero con conciencia de clase tendrá una actitud similar hacia la URSS. Tiene pleno derecho a decir que los bandidos de la burocracia han transformado al Estado obrero en “el demonio sabrá qué es esto”. Pero cuando pasa de su reacción explosiva a la solución del problema político, se ve obligado a reconocer que tiene ante sí un Estado obrero estropeado, en el que el motor de la economía está dañado, pero aún continúa funcionando, y que puede ser completamente reacondicionado con el reemplazo de algunas piezas. Naturalmente que esto no es más que una analogía. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre ella.

“UN ESTADO OBRERO CONTRARREVOLUCIONARIO”

Algunas voces lloriquean: “Si continuamos reconociendo a la URSS como Estado obrero, debemos establecer una nueva categoría: el Estado obrero contrarrevolucionario.” Este argumento trata de impresionar nuestra imaginación mediante la oposición de una buena norma programática a una realidad miserable, ruin y hasta repugnante. Pero ¿no hemos venido observando día a día, desde 1923, cómo el Estado soviético ha jugado un papel cada vez más contrarrevolucionario en la arena internacional? ¿Hemos olvidado la experiencia de la revolución china, de la huelga general de 1926 en Inglaterra y finalmente la muy reciente experiencia de la revolución española? Hay dos Internacionales obreras completamente contrarrevolucionarias. Estos críticos aparentemente olvidan esta “categoría”. Los sindicatos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países, apoyan completamente la política contrarrevolucionaria de sus burguesías. Esto no nos impide llamarlos sindicatos, apoyar sus pasos progresivos y defenderlos contra la burguesía. ¿Por qué es imposible emplear el mismo método con el Estado obrero contrarrevolucionario? En último análisis un Estado obrero es un sindicato que ha conquistado el poder. La actitud distinta ante uno y otro se explica por el

simple hecho de que los sindicatos tienen una larga historia y nos hemos acostumbrado a considerarlos como realidades y no simplemente como “categorías” de nuestro programa. Pero en lo que se refiere al Estado obrero se ha evidenciado que existe incapacidad de aprender a acercarse a él considerándolo como un hecho histórico real que no está subordinado a nuestro programa.

“¿IMPERIALISMO?”

¿Puede calificarse de imperialista la actual expansión del Kremlin? En primer lugar debemos establecer cuál es el contenido social incluido en este término. La historia ha conocido el “imperialismo” del Estado romano basado sobre el trabajo esclavo, el imperialismo de la propiedad feudal de la tierra, el imperialismo del capital industrial y comercial, el imperialismo de la monarquía zarista, etc. La fuerza motora de la burocracia de Moscú es indudablemente la tendencia a expandir su poder, su prestigio, sus ingresos. Este es el elemento de “imperialismo” en el más amplio sentido de la palabra, que era propiedad, en el pasado, de todas las monarquías, castas dirigentes, estamentos medievales y clases. Sin embargo, en la literatura contemporánea, al menos en la literatura marxista, se entiende por imperialismo *la política expansionista del capital financiero*, que tiene un contenido económico perfectamente definido. Usar la palabra “imperialismo” para la política exterior del Kremlin -sin aclarar exactamente qué significa- equivale sencillamente a identificar la política de la burocracia bonapartista con la política del capitalismo monopolista, sobre la base de que tanto uno como otro utilizan la fuerza militar para su expansión. Semejante identificación, capaz de sembrar únicamente la confusión, es mucho más propia de demócratas pequeñoburgueses que de marxistas.

CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA DEL IMPERIALISMO ZARISTA

El Kremlin participa en una nueva división de Polonia, el Kremlin hecha mano sobre los Estados bálticos, el Kremlin se orienta hacia los Balcanes, Persia y Afganistán; en otras palabras, el Kremlin continúa la política del imperialismo zarista. ¿Tampoco en este caso tenemos derecho a calificar de

imperialista la política del Kremlin? Este argumento histórico-geográfico no es más convincente que cualquiera de los otros. La revolución proletaria que se produjo en el territorio del imperio zarista intentó desde el comienzo mismo conquistar, y durante un tiempo conquistó, los países bálticos; intentó penetrar en Rumania y Persia y en cierto momento dirigió sus ejércitos hacia Varsovia (1920). Las líneas de la expansión revolucionaria fueron las mismas que las del zarismo, puesto que la revolución no cambia las condiciones geográficas. Esto es precisamente por lo que ya en aquella época hablaban los mencheviques de imperialismo bolchevique, como calcado de las tradiciones de la diplomacia zarista. La democracia pequeñoburguesa recurre todavía hoy de buena gana a este argumento. No tenemos ningún motivo, repito, para imitarla en esto.

¿AGENCIA DEL IMPERIALISMO?

Sin embargo, aparte de la manera de apreciar la política expansionista de la misma URSS, subsiste la cuestión de la ayuda que Moscú proporciona a la política imperialista de Berlín. Aquí, antes que nada, es necesario establecer que bajo determinadas condiciones -hasta cierto grado y en cierta forma- el apoyo a este o aquel imperialismo sería inevitable aún para un Estado obrero completamente sano, en virtud de la imposibilidad de romper la cadena de las relaciones imperialistas mundiales. La paz de Brest-Litovsk fortaleció temporalmente, sin la menor duda, al imperialismo alemán contra Francia e Inglaterra. Un Estado obrero aislado no puede dejar de maniobrar entre los campos imperialistas hostiles. Maniobrar significa apoyar temporalmente a uno de ellos contra el otro. Saber exactamente cuál de los dos campos es más conveniente o menos peligroso apoyar en determinado momento, no es una cuestión de principios, sino de cálculo y previsión prácticos. La inevitable desventaja que se engendra como consecuencia de este apoyo limitado a un Estado burgués contra otro está más que compensada por el hecho de que, de este modo, se le da al Estado obrero la posibilidad de continuar su existencia.

Pero hay maniobras y maniobras. En Brest-Litovsk, el gobierno soviético sacrificó la independencia nacional de Ucrania a fin de salvar el Estado obrero. Nadie podía hablar de traición hacia Ucrania, pues todos los obreros con conciencia de clase comprendieron el carácter obligado de este sacrificio. Es totalmente distinto con Polonia. El Kremlin nunca ni en ninguna parte ha

presentado la cuestión como si se hubiese visto *obligado* a sacrificar Polonia. Por el contrario, se vanagloria cínicamente de su unión, que afrenta legítimamente los sentimientos democráticos más elementales de las clases y pueblos oprimidos de todo el mundo y de esta manera debilita extremadamente la situación internacional de la Unión Soviética. ¡Las transformaciones económicas de las provincias ocupadas no compensan esto ni en una décima parte!

Toda la política exterior del Kremlin, en general, está basada en un vil embellecimiento del imperialismo “amigo” y así lleva al sacrificio los intereses fundamentales del movimiento obrero mundial en atención a ventajas inestables y secundarias. Después de engañar durante cinco años a los trabajadores con consignas por la “defensa de las democracias”, Moscú está ocupado ahora en encubrir la política de pillaje de Hitler. Esto en sí mismo todavía no transforma a la URSS en un estado imperialista. Indudablemente que Stalin y su Comintern son actualmente la agencia más valiosa del imperialismo.

Si queremos definir exactamente la política exterior del Kremlin, debemos decir que es la política *de la burocracia bonapartista de un Estado obrero degenerado, rodeado de un cerco imperialista*. Esta definición no es tan breve o resonante como la de “política imperialista”, pero, en cambio, es más precisa.

“EL MAL MENOR”

La ocupación de Polonia oriental por el Ejército Rojo es, por supuesto, un “mal menor” en comparación con la ocupación del mismo territorio por las tropas nazis. Pero este mal menor se obtuvo porque se aseguró a Hitler la conquista de un mal mayor. Si alguien incendia o ayuda a incendiar una casa y después salva a cinco de los diez ocupantes a fin de convertirlos en sus propios semiesclavos, con seguridad que es un mal menor que quemarlos a los diez. Pero es dudoso que este incendiario merezca una medalla por el rescate. Si a pesar de todo se le da una medalla, habría que fusilarlo inmediatamente después, como en el caso del héroe de una de las novelas de Víctor Hugo.

“MISIONEROS ARMADOS”

Robespierre dijo una vez que al pueblo no le gustan los misioneros con bayonetas. Con esto deseaba expresar que es imposible imponer ideas e instituciones revolucionarias sobre otros pueblos mediante la violencia militar. Esta idea correcta no significa, por supuesto, la inadmisibilidad de toda intervención militar en otros países a fin de cooperar con una revolución. Pero tal intervención -como parte de una política internacional revolucionaria- debe ser entendida por el proletariado internacional, debe corresponder a los deseos de las masas trabajadoras en cuyo territorio entran las tropas revolucionarias. La teoría del socialismo en un solo país no es capaz, claro está, de crear esta solidaridad internacional activa, que es la única capaz de preparar y justificar la intervención armada. El Kremlin plantea y resuelve el problema de la intervención militar, como todas las demás cuestiones de su política, por absoluto independientemente de las ideas y sentimientos de la clase obrera internacional. Por esa razón, los recientes “éxitos” diplomáticos del Kremlin comprometen monstruosamente a la URSS e introducen una extrema confusión en las filas del proletariado mundial.

INSURRECCIÓN EN DOS FRENTE

Pero si se plantea así la cuestión -dicen algunos camaradas- ¿es adecuado hablar de defensa de la URSS y de las provincias ocupadas? ¿No es más correcto llamar a los obreros y campesinos de ambas partes de la anterior Polonia a levantarse contra Hitler y contra Stalin? Por cierto, esto es muy atractivo. Si la revolución surgiera simultáneamente en Alemania y en la URSS, incluidas las provincias recientemente ocupadas, esto resolvería muchas cuestiones de un solo golpe. Pero nuestra política no puede basarse únicamente sobre la combinación de las circunstancias más favorables y felices. El problema se plantea así: ¿qué hacer si Hitler, antes de ser aplastado por la revolución, ataca a Ucrania antes que la revolución haya derrocado a Stalin? ¿Lucharán en este caso los partidarios de la Cuarta Internacional contra las tropas de Hitler, como lucharon en España en las filas de las tropas republicanas contra Franco? Firmemente y de todo corazón, estamos a favor de una Ucrania Soviética independiente (tanto de Hitler como de Stalin). Pero ¿qué hacer si antes de haber obtenido esta independencia, Hitler intenta apoderarse de Ucrania, que

está bajo la dominación de la burocracia stalinista? La Cuarta Internacional responde: contra Hitler defenderemos esta Ucrania esclavizada por Stalin.

“DEFENSA INCONDICIONAL DE LA URSS”

¿Qué quiere decir defensa “incondicional” de la URSS? Quiere decir que no imponemos ninguna condición a la burocracia. Quiere decir que, independientemente del motivo y de las causas de la guerra, defendemos las bases sociales de la URSS, si es amenazada por el imperialismo.

Algunos camaradas dicen: “Y si el Ejército Rojo mañana invade la India y comienza a sofocar allí un movimiento revolucionario, ¿debemos apoyarlo en este caso?” Semejante manera de plantear un problema es absolutamente inconsistente. Sobre todo, no está claro por qué se mezcla a la India. ¿No sería más simple preguntar: si el Ejército Rojo amenaza las huelgas obreras o las protestas campesinas contra la burocracia en la URSS, lo apoyaremos o no? La política exterior es la continuación de la política interior. Jamás hemos prometido apoyar *todas* las acciones del Ejército Rojo, que es un instrumento en manos de la burocracia bonapartista. Hemos prometido defender únicamente a la URSS como Estado obrero, y exclusivamente aquellas cosas de su interior que son propias del Estado obrero.

Un hábil casuista puede decir: si el Ejército Rojo, independientemente del carácter de la “labor” que realiza, es vencido por las masas insurrectas de la India, esto debilitará a la URSS. A ello contestamos: el aplastamiento de un movimiento revolucionario en India, con la cooperación del Ejército Rojo, significaría un peligro incomparablemente mayor para las bases socialistas de la URSS que una derrota episódica de los destacamentos contrarrevolucionarios del Ejército Rojo en la India. En cada caso la Cuarta Internacional sabrá distinguir dónde y cuándo el Ejército Rojo está actuando exclusivamente como instrumento de la reacción bonapartista y dónde defiende las bases sociales de la URSS.

Un sindicato dirigido por burócratas reaccionarios organiza una huelga contra la admisión de obreros negros en una cierta rama de la industria. ¿Apoyaremos una huelga tan vergonzosa? Por supuesto que no. Pero imaginemos que los patrones, utilizando dicha huelga, intenten aplastar el sindicato y hagan imposible en general la autodefensa organizada de los

trabajadores. En este caso, defenderemos el sindicato, por supuesto, a pesar de su reaccionaria dirección. ¿Por qué no es aplicable esta misma política a la URSS?

LA REGLA FUNDAMENTAL

La Cuarta Internacional ha establecido firmemente que en todos los países imperialistas, independientemente al hecho de si están aliados a la URSS o en un campo hostil a ella, los partidos proletarios deben desarrollar durante la guerra la lucha de clases, con el propósito de tomar el poder. Al mismo tiempo, el proletariado de los países imperialistas no debe perder de vista los intereses de la defensa de la URSS (o los de las revoluciones coloniales) y, en caso de verdadera necesidad, debe recurrir a las acciones más decisivas como, por ejemplo, huelgas, actos de sabotaje, etc. Las combinaciones de fuerzas desde la época en que la Cuarta Internacional formuló esta regla han cambiado radicalmente. Pero la regla misma conserva toda su validez. Si Inglaterra y Francia amenazan mañana Leningrado o Moscú, los obreros ingleses y franceses deben tomar las medidas más decisivas a fin de evitar el envío de soldados y pertrechos militares. Si Hitler se ve obligado por la lógica de la situación a enviar a Stalin ayuda militar, los obreros alemanes, por el contrario, no tendrán ninguna razón, en este caso concreto, para recurrir a huelgas o sabotajes. Nadie, espero, propondrá una solución distinta.

“¿REVISIÓN DEL MARXISMO?”

Algunos camaradas, evidentemente, se sorprendieron de que yo hablase en mi artículo (“La URSS en guerra”) del sistema de “colectivismo burocrático” como una posibilidad teórica. Descubrieron en esto incluso una completa revisión del marxismo. Esto es un evidente malentendido. La comprensión marxista de la necesidad histórica no tiene nada en común con el fatalismo. El socialismo no se realiza “por sí mismo”, sino como resultado de la lucha de fuerzas vivas: las clases y sus partidos. La ventaja decisiva del proletariado en esta lucha reside en el hecho de que representa el progreso histórico, mientras que la burguesía encarna la reacción y la decadencia. Precisamente en esto radica la fuente de nuestra convicción en la victoria. Pero tenemos pleno

derecho a preguntamos: ¿qué carácter tendrá la sociedad si triunfan las fuerzas de la reacción?

Los marxistas han formulado un número incalculable de veces la alternativa: o socialismo o retorno a la barbarie. Después de la “experiencia” italiana, repetimos miles de veces: o comunismo o fascismo. El verdadero tránsito al socialismo no puede dejar de presentarse incomparablemente más complicado, heterogéneo y contradictorio de lo que fue previsto en el esquema histórico general. Marx habló sobre la dictadura del proletariado y su progresiva desaparición; pero nada dijo sobre la degeneración burocrática de la dictadura. Nosotros hemos observado y analizado, por vez primera en la experiencia, una degeneración semejante. ¿Es esto una revisión del marxismo?

La marcha de los acontecimientos ha logrado demostrar que el retraso de la revolución socialista engendra el indiscutible fenómeno de la barbarie: desempleo crónico, pauperización de la pequeñoburguesía, fascismo y, finalmente, guerras de exterminio que no abren ningún camino nuevo. ¿Qué formas sociales y políticas puede tomar la nueva “barbarie” si admitimos teóricamente que la humanidad no será capaz de elevarse al socialismo? Tenemos la posibilidad de expresarnos sobre este tema más concretamente que Marx. El fascismo, por un lado, la degeneración del Estado soviético por el otro, delinean las formas sociales y políticas de una neo-barbarie. Una alternativa de esta especie -socialismo o servidumbre totalitaria- tiene no solamente un interés teórico, sino también una enorme importancia en la agitación, porque a la luz de ello aparece más gráficamente la necesidad de la revolución socialista.

Si hablamos de una revisión de Marx, es en realidad la revisión de aquellos camaradas que proyectan un nuevo tipo de Estado, “no burgués” y “no obrero”. Como la alternativa que yo desarrollé los conduce a llevar sus propios pensamientos a su lógica conclusión, algunos de estos críticos, asustados ante las conclusiones de su propia teoría, me acusan de... revisar el marxismo. Prefiero pensar que es simplemente una broma amistosa.

EL DERECHO AL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO

Me esforcé por demostrar en mi artículo “La URSS en guerra” que la perspectiva de una sociedad de explotación no-obrera y no-burguesa, o

“colectivismo burocrático”, es la perspectiva de una total derrota y la decadencia del proletariado internacional, la perspectiva del más profundo pesimismo histórico. ¿Existen razones legítimas para semejante perspectiva? No es superfluo investigar entre nuestros enemigos de clase.

En el semanario del conocido diario “Paris-Soir” del 31 de agosto de 1939, aparece una conversación extremadamente instructiva, sostenida entre el embajador francés Coulondre y Hitler, el 25 de agosto, en ocasión de su última entrevista (la fuente de la información es indudablemente el mismo Coulondre). Hitler fanfarronea, se vanagloria del pacto que ha concluido con Stalin (“un pacto realista”) y “lamenta” que la sangre francesa y alemana hayan de derramarse.

“Pero -objeta Coulondre-, Stalin ha abusado del doble juego. El verdadero ganador (en caso de guerra) será Trotsky. ¿Ha pensado usted en eso?”

“Lo sé -responde el Führer-. Pero, ¿por qué Francia e Inglaterra dieron completa libertad de acción a Polonia?”, etc.

Estos caballeros gustan de dar una denominación personal al espectro de la revolución. Pero esto no es, por supuesto, lo esencial de esta dramática conversación, en el momento mismo en que fueron interrumpidas las relaciones diplomáticas. “La guerra provocará inevitablemente la revolución”, el representante de la democracia imperialista, atemorizado él mismo hasta la médula, amedrenta a su adversario.

“Lo sé -contesta Hitler, como si se tratara de una cuestión decidida mucho antes-. Lo sé.” ¡Asombroso diálogo!

Ambos, Coulondre y Hitler, representan la barbarie que avanza sobre Europa. Al mismo tiempo ninguno de los dos duda de que su barbarie será vencida por la revolución socialista. Tal es el actual estado de ánimo de las clases dirigentes de todos los países capitalistas del mundo. Su completa desmoralización es uno de los elementos más importantes en la relación de fuerzas de clase. El proletariado tiene una dirección revolucionaria joven y todavía débil. Pero la dirección de la burguesía se pudre en vida. En la víspera misma de la guerra, que no pueden evitar, estos caballeros están convencidos por adelantado del hundimiento de su régimen. ¡Este solo hecho debe constituir para nosotros una fuente de invencible optimismo revolucionario!

18 de octubre de 1939

EL REFERÉNDUM Y EL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO

Pedimos un referéndum sobre la cuestión de la guerra, porque queremos paralizar o debilitar el centralismo del Estado imperialista. Pero, ¿podemos reconocer el referéndum como un método normal para decidir las alternativas al interior de nuestro propio partido? No es posible contestar a esta pregunta más que negativamente.

Quienquiera que esté en favor de un referéndum, reconoce con ello que una decisión partidaria es simplemente una suma aritmética de decisiones locales, estando cada una de las localidades inevitablemente restringidas por sus propias fuerzas y por su experiencia limitada. Quienquiera que esté a favor de un referéndum debe estar a favor de los mandatos imperativos; esto es, a favor de un procedimiento tal que cada localidad tenga el derecho de *obligar* a su representante en un Congreso del Partido a votar de una manera determinada. Quienquiera que admita los mandatos imperativos, niega automáticamente el significado de los congresos como órganos supremos del partido. En vez de un Congreso, es suficiente hacer un recuento de votos locales. El Partido como conjunto centralizado desaparece. Aceptando el referéndum, la influencia de las localidades más avanzadas y de los camaradas con más experiencia y más destacados de las capitales o centros industriales, es sustituida por la influencia de las secciones menos experimentadas, más retrógradas, etc.

Naturalmente estamos a favor de un examen acerca de todos los lugares y del voto de cada local del Partido sobre cada cuestión, de cada célula del Partido. Pero al mismo tiempo, cada delegado elegido por una localidad debe tener el derecho de sopesar todos los argumentos relacionados a cada cuestión en el Congreso, y a votar según se lo demande su propio juicio político. Si vota en el Congreso contra la mayoría que lo eligió delegado, y si no es capaz de convencer a su organización de su proceder correcto después del Congreso, entonces la organización, posteriormente, puede privarle de su confianza política. Tales casos son inevitables. Pero son un mal incomparablemente menor que el sistema del referéndum o mandatos imperativos que aniquilan completamente al Partido de conjunto.

Coyoacán, D. F., 21 de octubre de 1939.

CARTA A SHERMAN STANLEY

22 de octubre de 1939

Querido camarada Stanley:

Contesto con cierto retraso su carta del 11 de octubre.

Usted dice que “no puede haber serias diferencias o desacuerdos” sobre la cuestión rusa. Si es así, ¿por qué la terrible alarma en el partido contra el Comité Nacional y por tanto su mayoría? No debe usted sustituir sus propias concepciones por las de los miembros minoritarios del Comité Nacional, que consideran la cuestión seria y suficientemente candente como para provocar una discusión en el comienzo mismo de la guerra.

No puedo estar de acuerdo con usted en que mi declaración no contradice la del camarada M. S. La contradicción concierne a dos puntos fundamentales:
la naturaleza de clase de la URSS;
la defensa de la URSS.

Sobre la primera cuestión, el camarada M.S.^{4*} pone una interrogación, lo que significa que niega la antigua decisión y deja en suspenso el tomar una nueva. Un partido revolucionario no puede vivir entre dos decisiones, una eliminada, la otra no presentada. En la cuestión de la defensa de la URSS o los nuevos territorios ocupados, contra el ataque de Hitler (o Gran Bretaña), el camarada M. S. propone una revolución contra Stalin y Hitler. Esta fórmula abstracta significa negar la defensa en una situación concreta. Intenté analizar este problema en un nuevo artículo enviado ayer por correo aéreo al Comité Nacional.

Estoy completamente de acuerdo con usted en que sólo una discusión seria puede clarificar el asunto, pero no creo que votar simultáneamente a favor de la declaración de la mayoría y de la del camarada M.S. pueda contribuir a la necesaria clarificación.

Usted declara en su carta que el principal problema no es la cuestión rusa, sino el “régimen interno”. He oído esta acusación a menudo casi desde el comienzo de la existencia de nuestro movimiento en los Estados Unidos. Las formulaciones varían un poco, las agrupaciones también, pero ciertos camaradas siempre se mantuvieron en oposición al “régimen”. Ellos estuvieron, por ejemplo, contra la entrada en el Partido Socialista (para no ir más lejos en el tiempo). Sin embargo, inmediatamente sucedió que la entrada no era el

“principal problema”, sino el régimen. Ahora la misma fórmula se repite en conexión con la cuestión rusa.

Personalmente creo que el paso por el Partido Socialista fue una acción conveniente para el desarrollo completo de nuestro partido, y que el “régimen” (o la dirección) que aseguró este paso estuvo en lo correcto contra la oposición que, en aquel momento, representaba la tendencia al estancamiento.

Ahora, al comienzo de la guerra, surge una nueva oposición agudizada al rededor de la cuestión rusa. Afecta a nuestro programa y a su corrección, elaborado a través de discusiones innumerables, polémicas y debates durante diez años por lo menos. Nuestras decisiones no son eternas, por supuesto. Si alguien de la dirección tiene dudas y sólo dudas, es su deber hacia el partido el clarificarse él mismo a través de estudios reposados o con discusiones dentro de los cuerpos dirigentes del partido, antes de lanzar los problemas en el partido, no en forma de nuevas decisiones elaboradas, sino en forma de dudas. Por supuesto, desde el punto de vista de los estatutos del partido, todo el mundo, incluso un miembro del Comité Político, tiene el derecho a hacer esto, pero no creo que este derecho haya sido usado de forma que pudiera contribuir al mejoramiento del régimen partidario.

A menudo en el pasado he oído acusaciones de camaradas contra el Comité Nacional en su conjunto -su falta de iniciativa, y todo eso. No soy el abogado del Comité Nacional y estoy seguro de que muchas cosas que se deberían haber hecho, no se hicieron. Pero cuando insistí en que se concretaran esas acusaciones, pude ver que, con frecuencia, el descontento con la actividad de su propia localidad, con su propia falta de iniciativa, se habían transformado en acusación contra el Comité Nacional que se suponía que tenía que ser Omnisciente, Omnipresente y Omnibenévolo.

En el presente caso el Comité Nacional es acusado de “conservadurismo”. Creo que el defender la antigua decisión programática hasta que sea sustituida por una nueva, es la obligación elemental del Comité Nacional. Creo que tal “conservadurismo” está dictado por la autopreservación del mismo partido.

Así, en dos de los problemas más importantes del pasado período, los camaradas descontentos con el “régimen” han tenido en mi opinión una actitud política falsa. El régimen debe ser un instrumento para una política correcta y no para una falsa. Cuando la incorrección de su política se hace clara, entonces sus protagonistas, a menudo, están tentados de decir que lo decisivo no es este punto especial, sino el régimen general. Durante el

desarrollo de la Oposición de Izquierda y la Cuarta Internacional nosotros nos opositamos cientos de veces a tales sustituciones. Cuando Vereecken o Sneevliet o incluso Molinier fueron derrotados en todos sus puntos de divergencias, afirmaron que el problema verdadero en la Cuarta Internacional no era esta o aquella decisión, sino el mal régimen.

No quiero hacer la superficial analogía entre los dirigentes de la presente oposición en nuestro partido americano y los Vereeckens, Sneevliets y todos esos; sé muy bien que los dirigentes de la oposición son camaradas altamente cualificados y espero sinceramente que continuaremos trabajando conjuntamente de la manera más amigable. Pero no puedo ayudar, estando inquieto por el hecho de que algunos de ellos repiten el mismo error en cada nuevo estadio de desarrollo del partido, con el apoyo de un grupo de seguidores personales. Creo que en la presente discusión, este tipo de actitud debe ser analizada y severamente condenada por la opinión general del partido, que tiene ahora tareas tremendas que realizar.

Con los mejores saludos comunistas,
Cruz(León Trotsky)

P.S. En vistas de que en esta carta hablo sobre la mayoría y la minoría del Comité Nacional, especialmente de los camaradas de la resolución de M. S., estoy enviando copias de esta carta a los camaradas Cannon y Shachtman.

C.

CARTA A JAMES P. CANNON

28 de octubre de 1939

Querido Jim:

Dos cosas me quedan claras de su carta del 24 de octubre:

(1) que es inevitable y políticamente necesaria una lucha ideológica muy seria; (2) que sería extremadamente perjudicial, sino fatal, el conectar esta lucha ideológica con la perspectiva de una ruptura, de una purga, o de expulsiones, y todo eso.

Oí, por ejemplo, que el camarada Gould proclamó en una reunión de miembros: “Ustedes desean expulsarnos.” Pero no sé qué reacción se dio por otro lado a esto. Por mi parte, protestaré inmediatamente contra tales sospechas, con la mayor insistencia. Yo propondría la creación de una comisión de control especial para investigar tales afirmaciones y rumores. Si sucede que alguien de la mayoría lanza tales amenazas, yo por mi parte votaría por una censura o una amonestación grave.

Ustedes tienen muchos nuevos miembros y jóvenes no educados. Necesitan una discusión educativa y seria, a la luz de los grandes acontecimientos. Si, al comienzo, su pensamiento está obsesionado por la perspectiva de la *degradación* personal, es decir, señalamientos, pérdida de prestigio, descalificaciones, eliminaciones del Comité Nacional, etc., y todo eso, toda la discusión se verá envenenada y la autoridad de la dirección quedará comprometida.

Si, por el contrario, la dirección abre una lucha fuerte contra las concepciones idealistas pequeñoburguesas y contra los prejuicios organizativos, pero asegura, al mismo tiempo, todas las garantías necesarias para la discusión y para la minoría, el resultado será, no sólo una victoria ideológica, sino un crecimiento importante en la autoridad de la dirección.

“Una conciliación y un compromiso en las alturas” sobre las cuestiones que son objeto de divergencia, sería, por supuesto, un crimen. Pero yo, por mi parte, propondría a la minoría, en la dirección, un acuerdo, si ustedes quieren, un compromiso sobre los métodos de discusión y paralelamente sobre la colaboración política. Por ejemplo, (a) ambas partes eliminan de la discusión cualquier amenaza, insulto personal, y cuestiones semejantes, (b) ambas partes se obligan a colaborar lealmente durante la discusión, (c) cualquier falso

movimiento (amenazas, rumores de amenazas o rumores de pretendidas amenazas, dimisiones, etc.) debe ser investigado por el Comité Nacional o una comisión especial, como hecho particular, y no introducido en la discusión.

Si la minoría acepta tal acuerdo, ustedes tendrán la posibilidad de controlar la discusión, y también la ventaja de haber tomado una buena iniciativa. Si lo rechazan, ustedes pueden, en cada reunión de miembros del partido, presentar su posición escrita a la minoría como la mejor refutación a sus lamentaciones, y como buen ejemplo de “nuestro régimen”.

Me parece que el último Congreso se consumó en un mal momento (la situación no estaba madura) y se convirtió en una especie de aborto. La auténtica discusión llegó algún tiempo después del Congreso. Esto significa que ustedes no pueden evitar un nuevo Congreso en Navidad o algo así. La idea de un referéndum es absurda. Sólo puede facilitar una escisión sobre líneas locales. Pero creo que la mayoría, en el acuerdo arriba mencionado, puede proponer a la minoría un nuevo Congreso en base a dos plataformas, con todas las garantías organizativas para la minoría.

El Congreso es costoso, pero no veo otros medios de concluir la presente discusión, y la crisis del Partido que produce.

J. Hansen(León Trotsky)

P.S.: Toda discusión seria y aguda puede llevar, por supuesto, a algunas deserciones, partidas, o incluso expulsiones, pero el conjunto del Partido debe estar convencido, por la lógica de los hechos, de que son resultados inevitables que se dan a pesar del mejor deseo de la dirección, y no un objetivo o intención de la dirección, ni tampoco el punto de partida de toda la discusión. Este es el punto decisivo de todo el asunto, según mi opinión.

J. H. (León Trotsky)

CARTA A MAX SHACHTMAN

6 de noviembre de 1939

Querido camarada Shachtman:

Recibí la transcripción de su discurso del 15 de octubre que usted me envió y por supuesto lo leí con toda la atención que merece. Encontré muchas ideas y formulaciones excelentes que me parecieron estar en total acuerdo con nuestra posición común, tal y como está expresada en los documentos fundamentales de la Cuarta Internacional. Pero lo que no pude encontrar fue una explicación de su ataque a nuestra posición anterior, como “insuficiente, inadecuada y anticuada”.

Usted dice que “es lo concreto de los acontecimientos, que difiere de nuestras hipótesis y predicciones teóricas, lo que cambia la situación” (p. 17). Pero desafortunadamente usted habla sobre “lo concreto” de los acontecimientos de forma muy abstracta, tanto que no puedo ver en qué medida cambian la situación, y cuáles son las consecuencias de estos cambios para nuestra política. Usted menciona algunos ejemplos del pasado. Entonces, de acuerdo a usted, “vimos y previmos” la degeneración de la Tercera Internacional (p. 18); pero sólo después de la victoria de Hitler encontramos necesario proclamar la Cuarta Internacional. Este ejemplo no está formulado de manera exacta. Previmos no sólo la degeneración de la Tercera Internacional, sino también la posibilidad de su regeneración. Sólo la experiencia alemana de 1929-1933 nos convenció de que el Comintern estaba sentenciado y de que nada podía regenerarlo. Pero fue entonces cuando cambiamos nuestra política fundamentalmente: a la Tercera Internacional le opusimos la Cuarta Internacional.

Pero no extrajimos las mismas conclusiones en lo concerniente al Estado soviético. ¿Por qué? La Tercera Internacional era un partido, una selección de individuos en base a ideas y métodos. Esta selección llegó a estar tan fundamentalmente opuesta al marxismo, que nos vimos obligados a abandonar toda esperanza de regenerarla. Pero el Estado soviético no es sólo una selección ideológica, es un conjunto de instituciones sociales que continúa existiendo, a pesar del hecho de que las ideas de la burocracia son ahora casi lo opuesto a las ideas de la Revolución de Octubre. Por esto es que no renunciamos a la

posibilidad de regenerar el Estado soviético a través de la revolución política. ¿Cree usted ahora que debemos cambiar esta actitud? Si no es así, y estoy seguro de que usted no lo propone, ¿dónde está el cambio fundamental producido por “lo concreto” de los acontecimientos?

En conexión con esto, usted cita la consigna de *Ucrania Soviética Independiente* que, veo con satisfacción, usted acepta. Pero usted agrega: “Como entiendo nuestra posición básica, siempre fue oponernos a las tendencias separatistas en la República Soviética Federada” (p. 19). Al respecto usted ve un “cambio en la línea política” fundamental. Pero: (1) la consigna de una Ucrania Soviética Independiente fue propuesta antes del pacto Hitler-Stalin. (2) Esta consigna es sólo una aplicación en el campo de la cuestión nacional de nuestra consigna general de derrocamiento revolucionario de la burocracia. Usted puede decir con el mismo derecho: “Tal como entiendo nuestra posición básica, siempre fue oponerse a cualquier acto de rebeldía contra el gobierno soviético.” Por supuesto, pero cambiamos esta posición básica hace varios años. No veo qué nuevo cambio propone usted realmente ahora en relación a esto.

Usted cita la marcha del Ejército Rojo sobre Polonia y Georgia en 1920 y continúa: “Ahora, si no hay nada nuevo en la situación, ¿por qué la mayoría no propone apoyar el avance del Ejército Rojo en Polonia, en los países Bálticos, en Finlandia...?” (p 20). En esta parte decisiva de su discurso usted afirma que algo es “nuevo en la situación” entre 1920 y 1939. ¿Por supuesto! Esta novedad en la situación es la bancarrota de la Tercera Internacional, la degeneración del Estado Soviético, el desarrollo de la Oposición de Izquierda, y la creación de la Cuarta Internacional. “Lo concreto de los acontecimientos” ocurrió precisamente entre 1920 y 1939. Y estos acontecimientos explican suficientemente por qué hemos cambiado radicalmente nuestra posición hacia la política del Kremlin, incluyendo su política militar.

Parece que usted olvida algo: que en 1920 nosotros apoyamos no sólo las actuaciones del Ejército Rojo, sino también las de la GPU. Desde el punto de vista de nuestra apreciación del estado no hay diferencia de principio entre el Ejército Rojo y la GPU. En sus actividades no sólo están conectados estrechamente, sino entremezclados. Podemos decir que en 1918 y los años siguientes, animamos a la Cheka en su lucha contra los contrarrevolucionarios rusos y los espías imperialistas, pero en 1927, cuando la GPU empezó a arrestar, exiliar y disparar contra los auténticos bolcheviques, cambiamos

nuestra apreciación sobre esta institución. Este cambio concreto ocurrió como mínimo once años antes del pacto germano-soviético. Es por esto por lo que estoy aún más sorprendido cuando usted habla sarcásticamente de que “el rechazo incluso (!) de la mayoría a tomar hoy la misma posición que todos tomamos en 1920...” (p. 20). Empezamos a cambiar esta posición en 1923. Procedimos por etapas, más ó menos de acuerdo a los desarrollos objetivos. El punto decisivo de esta evolución fue para nosotros 1933-1934. Si no conseguimos apreciar cuáles son los cambios fundamentales que usted propone en nuestra política, ¿esto no significa que volvamos a 1920!

Usted insiste especialmente en la necesidad de abandonar la consigna de la defensa incondicional de la URSS, después de lo cual usted interpreta esta consigna en el pasado como nuestro apoyo incondicional a cada acción militar y diplomática del Kremlin; es decir a la política de Stalin. No, querido Shachtman, esta presentación no corresponde a “lo concreto de los acontecimientos”. Ya en 1927 proclamamos en el Comité Central: “¿Por la patria socialista? ¡Sí! ¿Por el curso stalinista? ¡No!” (*La escuela de falsificación stalinista*, p. 177). Usted parece entonces olvidar las llamadas “tesis sobre Clemenceau”, las cuales significaban que en interés de la auténtica defensa de la URSS, la vanguardia proletaria podría estar obligada a eliminar el gobierno de Stalin y reemplazarlo por el suyo propio. ¡Esto fue proclamado en 1927! Cinco años más tarde explicamos a los trabajadores que este cambio de gobierno sólo puede realizarse por medio de la revolución política. Así, separamos fundamentalmente nuestra defensa de la URSS como *Estado obrero*, de la defensa de la URSS de la burocracia. ¡Entonces usted interpreta nuestra política anterior como apoyo incondicional a las actividades diplomáticas y militares de Stalin! Permítame que le diga que esto es una horrible deformación de toda nuestra posición, no sólo desde la creación de la Cuarta Internacional, sino desde los mismos comienzos de la Oposición de Izquierda.

Defensa incondicional de la URSS significa, literalmente, que nuestra política no está determinada por las actuaciones, maniobras o crímenes de la burocracia del Kremlin, sino sólo por nuestra concepción de los intereses del Estado soviético y de la revolución mundial.

Al final de su discurso, usted cita la fórmula de Trotsky concerniente a la necesidad de subordinar la defensa de la propiedad nacionalizada en la URSS a los intereses de la revolución mundial, y usted continúa: “Ahora, mi

comprensión de nuestra posición en el pasado era que negábamos vehementemente cualquier posible conflicto entre las dos... Nunca entendí que nuestra anterior posición significase que *subordinábamos* la una a la otra. Si entiendo el inglés, el término implica o que existe una contradicción entre las dos, o que hay posibilidad de tal conflicto” (página 37). Y de aquí usted deduce la imposibilidad de mantener la consigna de defensa incondicional de la Unión Soviética.

Este argumento está basado en dos incomprensiones, como mínimo. ¿Cómo y por qué pueden los intereses de mantener la propiedad nacionalizada estar en “conflicto” con los intereses de la revolución mundial? Tácitamente usted deduce que la política *del Kremlin* (no la nuestra) de defensa puede entrar en conflicto con los intereses de la revolución mundial. ¡Por supuesto! ¡A cada paso! ¡En cada aspecto! De todos modos, nuestra política de defensa no está condicionada por la política del Kremlin. Esta es la primera incomprensión. Pero, pregunta usted, si no hay conflicto, ¿por qué la necesidad de la subordinación? Aquí está la segunda incomprensión. Debemos subordinar la defensa de la URSS a la revolución mundial en tanto subordinamos una *parte* al *todo*. En 1918, en las polémicas con Bujarin, que insistía en una guerra revolucionaria contra Alemania, Lenin contestó aproximadamente: “Si hubiera una revolución ahora en Alemania, entonces sería nuestro deber ir a la guerra incluso con el riesgo de perder. La revolución alemana es más importante que la nuestra, y debemos, si es necesario, sacrificar el poder soviético en Rusia (por un momento) con el objetivo de ayudar a establecerlo en Alemania.” Una huelga en Chicago en este momento, podría ser irracional en y por sí misma, pero si es cuestión de ayudar a una huelga general a escala nacional, los obreros de Chicago deberían subordinar sus intereses a los intereses de su clase y llamar a una huelga. Si la URSS está implicada en la guerra del lado de Alemania, la revolución alemana puede ciertamente amenazar los intereses inmediatos de la defensa de la URSS. ¿Aconsejaríamos a los obreros alemanes no actuar? El Comintern les daría, seguro, tal consejo, pero no nosotros. Nosotros diríamos: “Debemos subordinar los intereses de la defensa de la Unión Soviética a los intereses de la revolución mundial.”

Algunos de sus argumentos, me parece que están contestados en el último artículo de Trotsky “Nuevamente y una vez más sobre la naturaleza de la URSS”, que fue escrito antes de que yo recibiese la transcripción de su discurso.

Ustedes tienen cientos y cientos de nuevos miembros que no han pasado nuestra común experiencia. Me temo que su exposición pueda llevarles al error de creer que estuvimos por el apoyo incondicional al Kremlin, por lo menos en el terreno internacional, que no previmos la posibilidad de la colaboración Stalin-Hitler, que fuimos tomados desprevenidos por los acontecimientos, y que debemos cambiar fundamentalmente nuestra posición. ¡Eso no es cierto! E, independientemente de todas las demás cuestiones que son discutidas o sólo tocadas por encima en su discurso (dirección, conservadurismo, régimen partidario, y todo eso), debemos, en mi opinión, examinar de nuevo nuestra posición sobre la cuestión rusa con todo el cuidado necesario en interés de la sección americana así como de la Cuarta Internacional en su conjunto.

Ahora el peligro real no es la defensa “incondicional” de lo que merece defensa, sino la ayuda directa o indirecta a la corriente política que trata de identificar la URSS con los estados fascistas en beneficio de las democracias, o a la corriente que trata de poner a todas las tendencias en la misma bolsa con el fin de comprometer marxismo o bolchevismo con stalinismo. Somos el único partido que realmente previó los acontecimientos, no en sus concreciones empíricas, por supuesto, sino en su tendencia general. Nuestra fuerza consiste en el hecho de que no necesitamos cambiar nuestra orientación cuando la guerra comienza. Y considero muy falso que algunos de nuestros camaradas, movidos por la lucha fraccional por un “buen régimen” (que, por lo que sé, nunca han definido), persistan en gritar: “¡Fuimos sorprendidos! ¡Nuestra orientación resultó equivocada! ¡Debemos improvisar una nueva línea!” y todo eso. Me parece completamente incorrecto y peligroso.

Con los más calurosos saludos comunistas,
Lund (León Trotsky)

Copia a J. P. Cannon

P.S.: Las formulaciones de esta carta están lejos de ser perfectas, en la medida en que no es un artículo elaborado, sino sólo una carta dictada por mí en inglés y corregida por mi colaborador durante el dictado.

CARTA A JAMES P. CANNON

15 de diciembre de 1939

Querido camarada Cannon:

Hasta ahora los dirigentes de la oposición no han aceptado la lucha en un plano principista, e indudablemente intentarán evitarla incluso en el futuro. Consecuentemente no es difícil adivinar lo que los dirigentes de la oposición dirán respecto del artículo enviado. “Hay muchas verdades elementales correctas en este artículo”, dirán; “de ninguna manera las negamos, pero el artículo no responde a las cuestiones “concretas” candentes. Trotsky está demasiado lejos del partido como para poder juzgar correctamente. No todos los elementos pequeñoburgueses están con la oposición, ni todos los obreros con la mayoría.” Algunos de ellos añadirán seguramente que el artículo les “atribuye” ideas que ellos nunca han mantenido, etc.

Como respuestas a las cuestiones “concretas”, los opositores quieren recetas de un libro de cocina para la época de las guerras imperialistas. No pretendo escribir tal libro de cocina. Pero con nuestra orientación principista sobre las cuestiones fundamentales, debemos ser siempre capaces de llegar a la solución correcta para cualquier caso concreto, por complicado que pueda ser. Precisamente en la cuestión finlandesa la oposición demostró su incapacidad para responder a problemas concretos.

Nunca hay fracciones químicamente puras en su composición. En todos los partidos y fracciones obreros se encuentran necesariamente elementos pequeñoburgueses. La cuestión es sólo quién marca el camino. En la oposición el camino es marcado por los elementos pequeñoburgueses.

La inevitable acusación de que el artículo atribuye a la oposición ideas que nunca sostuvieron se explica por el carácter contradictorio y amorfo de las ideas de la oposición, que no soportan la prueba del análisis crítico. El artículo no “atribuye” nada a los dirigentes de la oposición, sólo desarrolla sus ideas hasta el final. Por supuesto, yo sólo puedo ver el desarrollo de la lucha desde los márgenes. Pero a menudo los rasgos generales de la lucha pueden ser mejor observados desde fuera. Estrecho su mano afectuosamente.

León Trotsky
Coyoacán, D. F.

UNA OPOSICIÓN PEQUEÑOBURGUESA EN EL SOCIALIST WORKERS PARTY

Es necesario llamar a las cosas por su verdadero nombre. Ahora que la posición de ambas fracciones en lucha se ha delineado con perfecta claridad, debe decirse que la minoría del Comité Nacional encabeza una típica tendencia pequeñoburguesa. Como todo grupo pequeñoburgués dentro del movimiento socialista, la oposición actual se caracteriza por los siguientes rasgos: actitud desdeñosa hacia la teoría y una inclinación hacia el eclecticismo; falta de respeto hacia la tradición de su propia organización; ansiedad por una “independencia” personal a expensas de la ansiedad por la verdad objetiva; nerviosidad en lugar de consistencia; disposición a saltar de una posición a otra; falta de comprensión del centralismo revolucionario y hostilidad hacia él; y, finalmente, inclinación a sustituir la disciplina del partido por vinculaciones personales y lazos de camarillas. No todos los miembros de la oposición, naturalmente, manifiestan estos rasgos con idéntica fuerza. Sin embargo, como ocurre siempre en un bloque abigarrado, el tono lo dan aquellos que están más apartados del marxismo y de la política proletaria. Obviamente, frente a nosotros se abre una lucha seria y prolongada. No me propongo en este artículo agotar el problema, sino que intentaré esbozar sus rasgos generales.

ESCEPTICISMO TEÓRICO Y ECLECTICISMO

En el número de enero de 1939 de “New International”, los camaradas Burnham y Shachtman, publicaron un largo artículo bajo el nombre “Intelectuales en retirada”. El artículo, aunque contenía muchas ideas correctas y hábiles caracterizaciones políticas, estaba echado a perder por una grave deficiencia, sino una falla fundamental. Mientras se polemizaba contra rivales que se consideraban a sí mismos -sin suficiente razón- sobre todo como proponentes de “teoría”, el artículo deliberadamente no elevaba el problema a un nivel teórico. Era absolutamente necesario explicar por qué los intelectuales “radicales” americanos aceptaban el marxismo sin la dialéctica (una campana sin badajo). El secreto es simple. En ningún otro país ha habido un rechazo tal de la lucha de clases como en la tierra de “la oportunidad ilimitada”. La

negación de las contradicciones sociales como fuerza motriz del desarrollo, condujo a la negación de la dialéctica como la lógica de las contradicciones en el dominio del pensamiento teórico. Así como en la esfera de la política se creyó posible que todos fueran convencidos sobre la corrección de un programa “justo”, por medio de inteligentes silogismos, y de que la sociedad podía ser reconstruida con medidas “racionales”, así, en el campo de la teoría, se aceptaba como demostrado que la lógica aristotélica, rebajada al nivel del “sentido común”, era suficiente para solucionar todas las cuestiones.

El pragmatismo, mezcla de racionalismo y empirismo, se transformó en la filosofía nacional de Estados Unidos. La metodología teórica de Max Eastman no es fundamentalmente diferente de la metodología de Henry Ford -ambos consideran la sociedad viva desde el punto de vista de un “ingeniero” (Eastman, platónicamente). Históricamente, la actual actitud desdeñosa hacia la dialéctica se explica sencillamente por el hecho de que los abuelos y bisabuelos de Max Eastman y de otros no necesitaron la dialéctica para conquistar territorios y enriquecerse. Pero los tiempos han cambiado, y la filosofía del pragmatismo ha entrado en un período de bancarrota al igual que el capitalismo norteamericano.

Los autores del artículo no mostraron, no pudieron y no les importó mostrar esta conexión interna entre filosofía y desarrollo material de la sociedad, y ellos mismos explican claramente por qué.

“Los dos autores del presente artículo”, escribían sobre sí mismos, “difieren completamente sobre su estimación de la teoría general del materialismo dialéctico; uno de ellos la acepta y el otro la rechaza... No hay nada anómalo en semejante situación. Aunque, sin duda, la teoría está siempre ligada de una u otra forma a la práctica, la relación no es invariablemente directa o inmediata; y como hemos tenido oportunidad de destacar antes, los seres humanos actúan a menudo inconsistentemente. Desde el punto de vista de cada uno de los autores, hay en el otro cierta inconsistencia entre la “teoría filosófica” y la práctica política, que puede conducirnos, en alguna ocasión, a desacuerdos políticos concretos decisivos. Pero no sucede ahora, ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente las tareas políticas concretas de hoy o de mañana; y los partidos políticos, los programas y las luchas se basan en tales tareas concretas. Todos nosotros podemos esperar que mientras marchamos juntos o cuando haya más tiempo, también nos pondremos de

acuerdo sobre las cuestiones más abstractas. Entretanto, están el fascismo, la guerra y el desempleo”.

¿Cuál es el significado de este razonamiento totalmente asombroso? Como quiera que *algunas* personas a través de un mal método *algunas veces* alcanzan conclusiones correctas, y como quiera que algunas personas mediante un método correcto *con no poca frecuencia* llegan a conclusiones incorrectas, por tanto... el método no tiene gran importancia. Debemos meditar sobre los métodos en algún momento que tengamos más tiempo, pero ahora tenemos otras cosas que hacer. Imaginemos cómo reaccionaría un obrero que habiéndose quejado al capataz por lo malo de sus herramientas, recibiera esta respuesta: con malas herramientas es posible terminar un buen trabajo, y con buenas herramientas mucha gente sólo desperdicia material. Temo que dicho obrero, especialmente si trabaja a destajo, respondería al capataz con una frase nada académica. Un obrero debe vérselas con materiales refractarios que oponen resistencia, lo que le obliga a apreciar las buenas herramientas; mientras tanto, un intelectual pequeñoburgués -¡ay!- utiliza como sus “herramientas” observaciones fugitivas y generalizaciones superficiales... hasta que grandes acontecimientos le golpean la cabeza.

Exigir que todo miembro del partido esté familiarizado con la filosofía de la dialéctica sería, naturalmente, inerte pedantería. Pero un obrero que ha pasado por la escuela de la lucha de clases, obtiene de su propia experiencia una inclinación hacia el pensamiento dialéctico. Aun cuando no conozca este término, está dispuesto a aceptar el método mismo y sus conclusiones. Con un pequeñoburgués es peor. Naturalmente, hay elementos pequeñoburgueses ligados orgánicamente con los obreros, que pasan al punto de vista proletario sin una revolución interior. Pero éstos constituyen una insignificante minoría. La cosa es muy diferente con la pequeñoburguesía educada académicamente. Sus prejuicios teóricos ya han tomado forma acabada desde el banco de la escuela. Dado que consiguen aprender una gran cantidad de conocimientos, tanto útiles como inútiles, sin ayuda de la dialéctica, creen que pueden continuar excelentemente su vida sin ella. En realidad, prescinden de la dialéctica sólo en la medida en que no consiguen afilar, pulir y agudizar teóricamente sus instrumentos de pensamiento, y en la medida en que no consiguen romper con el estrecho círculo de sus relaciones diarias. Cuando se

ven confrontados con grandes acontecimientos, se pierden fácilmente y reinciden en sus hábitos pequeñoburgueses de pensamiento.

Apelar a la “inconsistencia” como justificación para un bloque teórico sin principios, significa presentar uno mismo malas credenciales como marxista. La inconsistencia no es accidental, y en política no aparece solamente como síntoma individual. La inconsistencia, habitualmente, desempeña una función social. Hay grupos sociales que no pueden ser consistentes. Los elementos pequeñoburgueses que no se han liberado de las mohosas tendencias pequeñoburguesas, se ven sistemáticamente obligados dentro de un partido obrero a hacer compromisos teóricos con su propia conciencia.

La actitud del camarada Shachtman hacia el método dialéctico como se expresa en la argumentación arriba citada, no se puede llamar otra cosa que escepticismo ecléctico. Es evidente que Shachtman se ha contagiado con esa actitud no en la escuela de Marx, sino entre los intelectuales pequeñoburgueses, a quienes son propias todas las formas del escepticismo.

ADVERTENCIA Y VERIFICACIÓN

El artículo me asombró en tal forma que inmediatamente escribí al camarada Shachtman: “Acabo de leer el artículo que escribieran usted y Burnham sobre los intelectuales. Muchas partes son excelentes. Sin embargo, el párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como editor de “New International”, podía haber asestado a la teoría marxista. El camarada Burnham dice: “Yo no reconozco la dialéctica”. Eso está claro, y todos tienen que admitirlo. Pero usted dice: “Yo reconozco la dialéctica, pero no importa; no tiene la menor importancia”. Relea lo que escribió. Este párrafo desorienta terriblemente a los lectores de “New International” y es el mejor regalo a los Eastman de toda especie. ¡Bien! Hablaremos de esto públicamente.”

Mi carta fue escrita el 20 de enero, unos meses antes de la actual discusión. Shachtman no contestó hasta el 5 de marzo, cuando replicó, en efecto, que no podía entender por qué yo estaba haciendo tanto alboroto sobre el asunto. El 9 de marzo contesté a Shachtman con las siguientes palabras: “Yo no rechacé en lo más mínimo la posibilidad de colaboración con los antidialécticos, sino únicamente rechacé la conveniencia de escribir un artículo juntos donde la cuestión de la dialéctica juega, o puede jugar, un papel muy importante. La

polémica se desarrolla en dos planos: político y teórico. Vuestra crítica política está muy bien. Vuestra crítica teórica es insuficiente; se detiene en el punto en que debería volverse agresiva. En una palabra, la tarea consiste en demostrar que sus errores (en la medida en que son errores *teóricos*) son producto de su incapacidad y renuncia a pensar las cosas dialécticamente. Esta tarea pudo haberse realizado con serio éxito pedagógico. En lugar de ello, usted declara que la dialéctica es una cuestión privada y que se puede ser un buen compañero sin un pensamiento dialéctico.” Al aliarse en *esta* cuestión con el antidialéctico Burnham, Shachtman se privó de la posibilidad de demostrar por qué Eastman, Hook y muchos otros comenzaron con una lucha filosófica contra la dialéctica, pero terminaron con una lucha política contra la revolución socialista. Esa es, sin embargo, la esencia de la cuestión.

La actual discusión política en el partido ha confirmado mis aprensiones y mi advertencia en forma incomparablemente más profunda de lo que podía haber esperado, o más correctamente, temido. El escepticismo metodológico de Shachtman dio sus deplorables frutos en la cuestión de la naturaleza del Estado soviético. Burnham comenzó a construir hace algún tiempo, en forma puramente empírica, sobre la base de sus impresiones inmediatas, un Estado no-proletario y no-burgués, liquidando de paso la teoría marxista del Estado como órgano de dominación de clase. Shachtman, inesperadamente, adoptó una posición evasiva: “La cuestión, como veis, está sometida a un examen posterior”; además, la definición sociológica de la URSS no ejerce ninguna influencia directa e inmediata sobre nuestras “tareas políticas”, en las que Shachtman acuerda completamente con Burnham. Dejemos al lector nuevamente ver lo que estos camaradas escribieron con respecto a la dialéctica. Burnham rechaza la dialéctica. Shachtman parece aceptarla, pero... el don divino de la “inconsistencia” les permite estar de acuerdo en las conclusiones políticas. *La actitud de cada uno de ellos hacia la naturaleza del Estado soviético reproduce, punto por punto, su actitud hacia la dialéctica.*

En ambos casos, Burnham asume el papel dirigente. Esto no es sorprendente: él *posee* un método: el pragmatismo. Shachtman no tiene ningún método. Se adapta a Burnham. Sin asumir una completa responsabilidad por las concepciones antimarxistas de Burnham, defiende su bloque de agresión contra las concepciones marxistas con Burnham, tanto en la

esfera de la filosofía como en la de la sociología. En ambos casos, Burnham aparece como un pragmático y Shachtman como un ecléctico. Este ejemplo tiene la invaluable ventaja de que el paralelismo completo entre las posiciones de Burnham y de Shachtman en dos planos distintos de pensamiento, y sobre dos cuestiones de fundamental importancia, saltará a los ojos aún de camaradas que no han tenido ninguna experiencia en razonamientos puramente teóricos. El método de pensamiento puede ser dialéctico o vulgar, consciente o inconsciente, pero existe y se hace conocer.

En enero pasado oíamos de nuestros autores: “Pero no sucede ahora, ni nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente las cuestiones políticas concretas de hoy o de mañana...” ¡Ni nadie lo ha demostrado todavía! Pocos meses pasaron antes de que los mismos Burnham y Shachtman demostraran que su actitud hacia una “abstracción” como el materialismo dialéctico, encontraría su manifestación precisa en su actitud hacia el Estado soviético.

Para estar seguros, es necesario mencionar que la diferencia entre los dos casos es más que importante, pero es de carácter político y no teórico. En ambos casos Burnham y Shachtman formaron un bloque sobre la base del rechazo y semi-rechazo de la dialéctica. Pero en el primer caso, ese bloque estaba dirigido contra los adversarios del partido proletario. En el segundo caso, el bloque se concluyó contra el ala marxista de su propio partido. El frente de operaciones militares, por así decirlo, ha cambiado, pero las armas siguen siendo las mismas.

A decir verdad la gente es a menudo inconsistente. La conciencia humana, sin embargo, tiende hacia una cierta homogeneidad. La filosofía y la lógica están obligadas a confiar en esta homogeneidad de la conciencia humana y no en lo que carece de homogeneidad, es decir, en la inconsistencia. Burnham no reconoce la dialéctica, pero la dialéctica reconoce a Burnham, esto es, extiende su dominio sobre él. Shachtman cree que la dialéctica no tiene ninguna importancia en las conclusiones políticas, pero en las conclusiones políticas del mismo Shachtman vemos los frutos deplorables de su desdeñosa actitud hacia la dialéctica. Deberíamos incluir este ejemplo en los libros de texto sobre materialismo dialéctico.

El año pasado me visitó un joven profesor inglés de economía política, simpatizante de la Cuarta Internacional. Durante nuestra conversación sobre

las formas y los medios para realizar el socialismo, expresó repentinamente las tendencias del utilitarismo inglés, en el espíritu de Keynes y otros: “Es necesario determinar un claro objetivo económico, elegir los medios más razonables para su realización”, etcétera. Yo señalé: “Veo que es usted un adversario de la dialéctica”. Me contestó con cierto asombro: “Sí, no veo nada útil en ella.” “Sin embargo -le contesté-la dialéctica me ha permitido determinar, fundándome en unas pocas observaciones tuyas sobre problemas económicos, a qué sector de pensamiento filosófico pertenece usted. Esto solo demuestra que hay un valor apreciable en la dialéctica.” Aunque desde entonces no he tenido noticias de mi visitante, no tengo ninguna duda de que este profesor anti-dialéctico sostiene la opinión de que la URSS no es un Estado obrero, que la defensa incondicional de la URSS es una opinión “pasada de moda”, que nuestros métodos organizativos son malos, etcétera. Así como se puede establecer el tipo general de pensamiento de una persona dada, sobre la base de su relación con los problemas prácticos concretos, también es posible predecir aproximadamente, conociendo su tipo general de pensamiento, cómo se acercará un individuo determinado a una u otra cuestión práctica. Ese es el incomparable valor educativo del método dialéctico de pensamiento.

EL ABC DE LA DIALÉCTICA MATERIALISTA

Escépticos gangrenosos como Souvarine creen que “nadie sabe” lo que es la dialéctica. Y hay “marxistas” que se inclinan reverentemente ante Souvarine y esperan aprender algo de él. Y estos marxistas no solamente se esconden en la “Modern Monthly”. Desafortunadamente existe una corriente de souvarinismo en la actual oposición del SWP. Y es necesario advertir aquí a los camaradas jóvenes: ¡Cuidado con esta maligna infección!

La dialéctica no es ficción ni misticismo, sino una ciencia de las formas de nuestro pensamiento, en la medida en que no se limita a los problemas cotidianos de la vida, sino que trata de llegar a una comprensión de procesos más amplios y complicados. La dialéctica y la lógica formal mantienen una relación similar a la que existe entre las matemáticas inferiores y las superiores.

Trataré aquí de esbozar la esencia del problema en forma muy concisa. La lógica aristotélica del silogismo simple parte de la proposición de que “A” es igual a “A”. Este postulado es aceptable como axioma para una gran cantidad

de acciones humanas prácticas y de generalizaciones elementales. Pero en realidad “A” no es igual a “A”. Esto es fácil de demostrar si observamos estas dos letras bajo una lente: son bastante diferentes entre ellas. Pero, puede objetar cualquiera, la cuestión no es el tamaño o la forma de las letras, puesto que son solamente símbolos de cantidades iguales, por ejemplo de una libra de azúcar. La objeción está fuera de lugar; en realidad, una libra de azúcar nunca es igual a una libra de azúcar: una balanza de mayor precisión descubriría siempre una diferencia. Nuevamente, cualquiera puede objetar: sin embargo una libra de azúcar es igual a sí misma. Tampoco esto es verdad: todos los cuerpos cambian constantemente de tamaño, peso, color, etc. Nunca son iguales a sí mismos. Un sofista contestará que una libra de azúcar es igual a sí misma “en un determinado momento”. Fuera del valor práctico extremadamente dudoso de este “axioma”, tampoco soporta una crítica teórica. ¿Cómo debemos concebir realmente la palabra “momento”? Si se trata de un intervalo infinitesimal de tiempo, entonces una libra de azúcar está sometida durante el transcurso de ese “momento” a cambios inevitables. ¿O el “momento” es una abstracción puramente matemática, es decir, cero tiempo? Pero todo existe en el tiempo; y la existencia misma es un proceso ininterrumpido de transformación; el tiempo es, en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. De este modo, el axioma “A” es igual a “A” significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe.

A primera vista, podría parecer que estas “sutilezas” son inútiles. En realidad, son de una importancia decisiva. El axioma “A” es igual a “A”, es, por una parte, punto de partida de todos nuestros conocimientos, por la otra, lo es también de todos los errores de nuestro conocimiento. Hacer uso indiscriminado del axioma “A” es igual a “A”, sólo es posible dentro de ciertos *límites*. Si los cambios cuantitativos en “A” son despreciables para la tarea que tenemos entre manos, entonces podemos presumir que “A” es igual a “A”. Este es, por ejemplo, el modo en que vendedor y comprador consideran una libra de azúcar. De la misma manera consideramos la temperatura del sol. Hasta hace poco considerábamos de la misma manera el poder adquisitivo del dólar. Pero cuando los cambios cuantitativos sobrepasan ciertos límites se convierten en cambios cualitativos. Una libra de azúcar sometida a la acción del agua o del kerosene deja de ser una libra de azúcar. Un dólar en manos de un presidente deja de ser un dólar. Determinar en el momento preciso el punto crítico en que

la cantidad se transforma en cualidad, es una de las tareas más importantes y difíciles en todas las esferas del conocimiento, incluida la sociología.

Todo obrero sabe que es imposible elaborar dos objetos completamente iguales. En la transformación de bronce en conos, se permite cierta desviación para los conos, siempre que ésta no pase de ciertos límites (a esto se llama tolerancia). Mientras se respetan las normas de la tolerancia, los conos son considerados iguales (“A” es igual a “A”). Cuando se excede la tolerancia, la cantidad se transforma en calidad; en otras palabras, los conos son de inferior calidad o completamente inútiles.

Nuestro pensamiento científico es solamente una parte de nuestra práctica general, incluidas las técnicas. Para los conceptos también existe una “tolerancia” que no está fijada por la lógica formal basada en el axioma “A” es igual a “A”, sino por la lógica dialéctica basada en el axioma de que todo cambia constantemente. El “sentido común” se caracteriza por el hecho de que sistemáticamente excede la “tolerancia” dialéctica.

El pensamiento vulgar opera con conceptos tales como capitalismo, moral, libertad, Estado obrero, etc., considerándolos como abstracciones fijas, presumiendo que capitalismo es igual a capitalismo, moral igual a moral, etc. El pensamiento dialéctico analiza todas las cosas y fenómenos en su cambio continuo, a la vez que determina en las condiciones materiales de aquellos cambios ese límite crítico en que “A” deja de ser “A”, un Estado obrero deja de ser un Estado obrero.

El error fundamental del pensamiento vulgar radica en el hecho de que quiere contentarse con fotografías inertes de una realidad que se compone de eterno movimiento. El pensamiento dialéctico da a los conceptos, por medio de aproximaciones sucesivas, correcciones, concreciones, riqueza de contenido y flexibilidad; diría incluso una suculencia que, en cierta medida, los aproxima a los fenómenos vivos. No hay un capitalismo en general, sino un capitalismo dado, en una etapa de desarrollo dada. No hay un Estado obrero en general, sino un Estado obrero dado, en un país atrasado, rodeado de un cerco capitalista, etc.

La relación entre el pensamiento dialéctico y el pensamiento vulgar es semejante a la de una película con una fotografía. La película no invalida la fotografía inmóvil, sino que combina una serie de ellas de acuerdo a las leyes del movimiento. La dialéctica no niega el silogismo, sino que nos enseña a combinar los silogismos en forma tal que nos lleve a una comprensión más

certera de la realidad eternamente cambiante. Hegel, en su *Lógica*, estableció una serie de leyes: cambio de cantidad en cualidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflicto entre el contenido y la forma, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para las tareas más elementales.

Hegel escribió antes que Darwin y antes que Marx. Gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la Revolución Francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero porque era solamente una *anticipación*, aunque hecha por un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operaba con sombras ideológicas como realidad final. Marx demostró que el movimiento de estas sombras ideológicas no reflejaba otra cosa que el movimiento de cuerpos materiales.

Llamamos materialista a nuestra dialéctica porque sus raíces no están en el cielo ni en las profundidades del “libre albedrío”, sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. La conciencia surgió de lo inconsciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los jalones de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se transformaron en cualitativos. Nuestro pensamiento, incluido el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de expresión de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar para Dios, ni para el Diablo, ni para el alma inmortal, ni para modelos eternos de leyes y morales. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter completamente materialista.

El darwinismo, que explicó la evolución de las especies a través del tránsito de las transformaciones cuantitativas en cualitativas, fue el mayor triunfo de la dialéctica en todo el terreno de la materia orgánica. Otro gran triunfo fue el descubrimiento de la tabla de pesos atómicos de elementos químicos y, posteriormente, la transformación de un elemento en otro.

A estas transformaciones (especies, elementos, etc.) está estrechamente ligada la cuestión de la clasificación, de igual importancia en las ciencias naturales y en las sociales. El sistema de Linneo (siglo XVIII), que utilizaba como punto de partida la inmutabilidad de las especies, se limitaba a la descripción y clasificación de las plantas de acuerdo a sus características exteriores. El período infantil de la botánica es análogo al período infantil de la

lógica, ya que las formas de nuestro pensamiento se desarrollan como todo lo que vive. Únicamente el repudio definitivo de la idea de especies fijas, únicamente el estudio de la historia de la evolución de las plantas y de su anatomía, preparó las bases para una clasificación realmente científica.

Marx, que a diferencia de Darwin era un dialéctico consciente, descubrió una base para la clasificación científica de las sociedades humanas en el desarrollo de sus fuerzas productivas y en la estructura de las relaciones de propiedad, que constituyen la anatomía de la sociedad. El marxismo sustituyó la vulgar clasificación descriptiva de las sociedades y estados que aún florece en las universidades por una clasificación dialéctica marxista. Únicamente mediante el uso del método de Marx es posible determinar correctamente tanto el concepto de lo que es un Estado obrero como el momento de su caída.

Todo esto, como vemos, no contiene nada “metafísico” o “escolástico”, como afirma la ignorancia vanidosa. La lógica dialéctica expresa las leyes del movimiento en el pensamiento científico contemporáneo. La lucha contra la dialéctica materialista expresa, por el contrario, un pasado distante, el conservadurismo de la pequeñoburguesía, la autosuficiencia de los rutinarios universitarios y... un destello de esperanza por un más allá.

LA NATURALEZA DE LA URSS

La definición de la URSS dada por el camarada Burnham -“ni Estado obrero ni Estado burgués”- es puramente negativa, se separa de la cadena del desarrollo histórico, oscila en suspenso por los aires, carece de toda partícula de sociología y representa, sencillamente, una capitulación teórica del pragmatismo ante un fenómeno histórico *contradictorio*.

Si Burnham fuera un materialista dialéctico, hubiera tenido que demostrar las siguientes tres cuestiones: 1) ¿Cuál es el origen histórico de la URSS? 2) ¿Qué cambios ha sufrido este Estado durante su existencia? 3) ¿Pasaron estos cambios del grado cuantitativo al cualitativo? Es decir: ¿crearon estos cambios una dominación históricamente necesaria por parte de una nueva clase explotadora? Contestar estas preguntas hubiera obligado a Burnham a extraer la única conclusión posible: la URSS es todavía un Estado obrero degenerado.

La dialéctica no es una llave mágica para todas las cuestiones. No reemplaza el análisis científico concreto. Pero dirige este análisis por el camino correcto,

poniéndolo a resguardo de los extravíos estériles en el desierto del subjetivismo y del escolasticismo.

Bruno R. ubica a ambos regímenes, soviético y fascista, bajo la misma categoría de “colectivismo burocrático”, por el hecho de que la URSS, Italia y Alemania están todos gobernados por burocracias; aquí y allá se siguen los principios de la planificación; en un caso, se liquida la propiedad privada, en el otro, se la limita, etc. De este modo, sobre la base de una *relativa* similitud de *ciertas* características externas, de *distinto* origen, de *distinto* peso específico, de *distinta* significación de clase, se construye una *identidad* fundamental de regímenes sociales, completamente en el espíritu de los profesores burgueses que establecen categorías de “economía controlada”, “Estado centralizado”, sin considerar para nada la naturaleza de clase ni de uno ni de otro. Bruno R. y sus seguidores o semiseguidores, como Burnham, permanecen, en el mejor de los casos, en la esfera de la clasificación social al nivel de Linneo, en cuya justificación sería necesario destacar, sin embargo, que vivió antes de Hegel, Darwin y Marx.

Peores aún, y más peligrosos tal vez, son aquellos eclécticos que expresan la idea de que el carácter de clase del Estado soviético “no interesa”, y que la dirección de nuestra política está determinada por “el carácter de la guerra”. Como si la guerra fuera una sustancia independiente suprasocial; como si el carácter de la guerra no estuviera determinado por el carácter de la clase dominante, es decir, por el mismo factor social que determina también el carácter del Estado. ¡Es asombroso con qué facilidad algunos camaradas olvidan el ABC del marxismo bajo los golpes de los acontecimientos!

No es de sorprender que los teóricos de la oposición que rechazan el pensamiento dialéctico capitulen lamentablemente ante la naturaleza contradictoria de la URSS. Sin embargo, la contradicción entre las bases sociales sentadas por la revolución y el carácter de la casta surgida de la degeneración de la revolución es no solamente un hecho histórico irrefutable, sino también una fuerza motriz. En nuestra lucha por el derrocamiento de la burocracia nos basamos en esta contradicción. Entre tanto, algunos ultraizquierdistas han llegado al extremo del absurdo al afirmar que ¡es necesario sacrificar la estructura social de la URSS a fin de derrocar a la oligarquía bonapartista! No tienen la menor sospecha de que la URSS, sin la

estructura social creada por la Revolución de Octubre, sería un régimen fascista.

EVOLUCIÓN Y DIALÉCTICA

Probablemente el camarada Burnham protestará diciendo que, como evolucionista, está interesado en el desarrollo de la sociedad y de las formas estatales, no menos que nosotros los dialécticos. No discutiremos esto. Toda persona culta, desde Darwin, se ha autodenominado “evolucionista”. Pero un verdadero evolucionista debe aplicar la idea de la evolución a sus propias formas de pensamiento. La lógica elemental, fundada en el período en que la idea misma de evolución aún no existía, es evidentemente insuficiente para el análisis de los procesos evolutivos. La lógica de Hegel es la lógica de la evolución. Sólo que no debe olvidarse que el concepto de “evolución” ha sido completamente corrompido y castrado por los profesores universitarios y escritores liberales que con ello se refieren al “progreso” pacífico. Quienquiera que haya llegado a entender que la evolución se desarrolla a través de la lucha de fuerzas antagónicas; que una lenta acumulación de cambios hace estallar en determinado momento el viejo caparazón provocando una catástrofe, una revolución; quienquiera que haya aprendido, finalmente, a aplicar las leyes generales de la evolución al pensamiento mismo, es un dialéctico que se diferencia de los evolucionistas vulgares. El entrenamiento dialéctico de la mente -tan necesario para un luchador revolucionario como los ejercicios con los dedos para un pianista- exige que todos los problemas sean tratados como *procesos*, y no como *categorías inmóviles*. En cambio, los evolucionistas vulgares que se limitan generalmente a reconocer la evolución sólo en ciertas esferas, se contentan en todas las demás cuestiones con las banalidades del “sentido común”.

El liberal americano, que se ha reconciliado con la existencia de la URSS - más precisamente, con la burocracia de Moscú- cree, o al menos creía hasta el pacto germano-soviético, que el régimen soviético en su conjunto es “algo progresivo”, que los rasgos repugnantes de la burocracia (“Bueno, ¡naturalmente ellos existen!”) irán borrándose progresivamente, y que el “progreso” pacífico e incruento está por consiguiente asegurado.

El radical pequeñoburgués vulgar se asemeja al “progresista” liberal en que toma a la URSS como un todo, sin comprender su dinámica y contradicciones internas. Cuando Stalin selló una alianza con Hitler, invadió Polonia, y ahora Finlandia, los radicales vulgares triunfaron: ¡la identidad de métodos del stalinismo y el fascismo quedaba demostrada! Sin embargo, se encontraron en dificultades cuando las nuevas autoridades invitaron a la población a expropiar a los terratenientes y capitalistas. ¡No habían previsto para nada esta posibilidad! Entre tanto, las medidas sociales revolucionarias, realizadas por medios burocrático-militares, no solamente no perturbaron *nuestra* definición dialéctica de la URSS como Estado obrero degenerado, sino que la corroboraron de la manera más incontrovertible. En lugar de utilizar este triunfo del análisis marxista para perseverar en la agitación, los opositores pequeñoburgueses comenzaron a gritar con criminal ligereza que los acontecimientos habían refutado nuestra predicción, que nuestras viejas fórmulas ya no eran aplicables, que eran necesarias nuevas palabras. ¿Qué palabras? Ellos mismos aún no se han decidido.

DEFENSA DE LA URSS

Comenzamos con la filosofía y pasamos luego a la sociología. Quedó claro que en ambas esferas, de las dos personalidades dirigentes de la oposición, una había tomado una postura antimarxista, la otra, una postura ecléctica. Si consideramos ahora la política, particularmente la cuestión de la defensa de la URSS, veremos qué grandes sorpresas nos aguardan.

La oposición descubrió que nuestra fórmula de “defensa incondicional de la URSS”, la fórmula de nuestro programa, es “vaga, abstracta y pasada de moda (!?)”. Desgraciadamente, ellos no explican bajo qué futuras “condiciones” están dispuestos a defender las conquistas de la revolución. A fin de dar por lo menos un gramo de sentido a su nueva fórmula, la oposición intenta presentar las cosas como si hasta ahora hubiéramos defendido “incondicionalmente” la política internacional del gobierno del Kremlin con su Ejército Rojo y su GPU. ¡Se pone todo al revés! En realidad, desde hace mucho tiempo no hemos defendido la política internacional del Kremlin, ni siquiera en forma condicional, particularmente desde el momento en que proclamamos abiertamente ¡la necesidad de aniquilar a la oligarquía del Kremlin mediante

una insurrección! Una política equivocada no sólo mutila las tareas actuales, sino que obliga también a presentar el propio pasado bajo una luz falsa.

En el artículo arriba citado del “New International”, Burnham y Shachtman calificaron correctamente al grupo de intelectuales desilusionados de “La Liga de las Esperanzas Abandonadas”, e insistentemente preguntaban cuál sería la posición de esta lamentable Liga en caso de conflicto militar entre un país capitalista y la Unión Soviética. “Aprovechamos esta ocasión, por tanto - escribían-, para exigir de Hook, Eastman y Lyons declaraciones *sin ambigüedades* sobre la cuestión de la defensa de la Unión Soviética ante un ataque de Hitler o Japón... o, si viene al caso, de Inglaterra...” Burnham y Shachtman no establecían ninguna “condición”, no especificaban circunstancias “concretas” algunas y, al mismo tiempo, exigían una respuesta “sin ambigüedades”. “...¿Se abstendría también la Liga (de las Esperanzas Abandonadas) de tomar posición, o se declararían neutrales?” continuaban; “en una palabra, ¿está por la defensa de la Unión Soviética ante un ataque imperialista, *sin tener en cuenta y a pesar del régimen stalinista?*” (Subrayado por mí). ¡Una cita maravillosa! Y esto es exactamente lo que declara nuestro programa. En enero de 1939, Burnham y Shachtman estaban a favor de la defensa incondicional de la Unión Soviética y definieron correctamente el sentido de la defensa incondicional como “sin tener en cuenta y a pesar del régimen stalinista”. Y aún este artículo fue escrito cuando la experiencia de la revolución española había sido agotada hasta el final. El camarada Cannon está absolutamente en lo cierto cuando dice que el papel del stalinismo en España fue incomparablemente más criminal que en Polonia o Finlandia. En el primer caso, la burocracia estranguló una revolución socialista empleando métodos de verdugo. En el segundo caso, dio impulso a la revolución socialista empleando métodos burocráticos. ¿Por qué los mismos Burnham y Shachtman pasaron tan inesperadamente a la posición de la “Liga de las Esperanzas Abandonadas”? ¿Por qué? No podemos considerar como una explicación las superabstractas referencias de Shachtman a la “concreción de los acontecimientos”. No obstante, no es difícil hallar una explicación. La participación del Kremlin en el campo republicano en España fue apoyada por los demócratas burgueses de todo el mundo. La labor de Stalin en Polonia y Finlandia es recibida con la furiosa condenación de los mismos demócratas. A pesar de todas sus ruidosas fórmulas, la oposición aparece como un reflejo

dentro del Socialist Workers Party de los sentimientos de la pequeñoburguesía “izquierdista”. Este hecho es, desgraciadamente, indiscutible.

“Nuestros sujetos”, escribían Burnham y Shachtman sobre la “Liga de Esperanzas Abandonadas”, “se enorgullecen en alto grado al creer que están contribuyendo con algo “fresco”, que están “revalorizando a la luz de nuevas experiencias” que “no son dogmáticos” (¿“conservadores”?-L.T.) que rechazan volver a examinar sus “supuestos básicos”, etc. ¡Qué patético autoengaño! Ninguno de ellos ha traído a luz ningún hecho nuevo ni ha proporcionado ninguna nueva comprensión del presente o del futuro”. ¡Asombrosa cita! ¡No deberíamos agregar un nuevo capítulo a su artículo “Intelectuales en retirada”? Le ofrezco mi colaboración al camarada Shachtman...

¡Cómo es posible que destacados individuos como Burnham y Shachtman, dedicados incondicionalmente a la causa del proletariado, puedan volverse tan temerosos de los nada temibles caballeros de la “Liga de las Esperanzas Abandonadas”! En el plano puramente teórico, la explicación, en lo que respecta a Burnham, descansa en su método incorrecto; en lo que respecta a Shachtman, en su desprecio por el método. Un método correcto no sólo facilita la obtención de una conclusión correcta, sino que al ligar cada nueva conclusión con las precedentes, en una cadena consecutiva, las fija en nuestra memoria. Si las conclusiones políticas son hechas empíricamente, si la inconsistencia es proclamada como una suerte de ventaja, entonces el sistema político marxista se ve invariablemente reemplazado por el impresionismo - característico, en tantas formas, de los intelectuales pequeño-burgueses. Cada nuevo viraje de los acontecimientos toma desprevenido al empírico-impresionista, lo obliga a olvidar lo que él mismo escribió ayer y le produce un ardiente deseo de encontrar nuevas fórmulas antes de que nuevas ideas aparezcan en su cabeza.

LA GUERRA FINO-SOVIÉTICA

La resolución de la oposición sobre la cuestión de la guerra fino-soviética es un documento que, tal vez con ligeros cambios, podrían firmarlo los bordiguistas, Vereecken, Sneevliet, Fenner Brockway, Marceau Pivert y otros, pero en ningún caso los bolcheviques-leninistas. Basada exclusivamente en los rasgos de la burocracia soviética y en el mero hecho de la “invasión”, la

resolución carece del más mínimo contenido social. Pone a Finlandia y a la URSS en un mismo nivel, e inequívocamente “condena, rechaza y se opone a *ambos* gobiernos y a sus ejércitos”. Advirtiendo, sin embargo, que algo no marcha bien, la resolución agrega inesperadamente y sin relación alguna con el texto: “Al aplicar (!) esta perspectiva, la Cuarta Internacional tendrá en cuenta (!), por supuesto (*cuán maravilloso es este por supuesto*), las diferentes relaciones económicas de Finlandia y Rusia.” Cada palabra es una perla. Por circunstancias “concretas”, nuestros amantes de lo “concreto” entienden la situación militar, los sentimientos de las masas y, en tercer lugar, regímenes económicos opuestos. En cuanto a cómo se “tendrán en cuenta” estas tres circunstancias “concretas”, la resolución no nos da el menor indicio. Si la oposición se opone por igual a “ambos gobiernos y a sus ejércitos” en relación a esta guerra, ¿cómo “tendrá en cuenta” las diferencias en la situación militar y en los regímenes sociales? Verdaderamente, nada de esto es comprensible.

Con el objeto de castigar a los stalinistas por sus crímenes indiscutibles, la resolución, siguiendo a los demócratas pequeñoburgueses de todo pelaje, no dice una sola palabra sobre el hecho de que el Ejército Rojo expropia en Finlandia a los grandes terratenientes e introduce el control obrero, mientras prepara la expropiación de los capitalistas.

Mañana los stalinistas estrangularán a los obreros finlandeses, pero ahora están dando -están obligados a dar- un tremendo impulso a la lucha de clases en su forma más aguda. Los jefes de la oposición construyen su política no sobre el proceso “concreto” que está teniendo lugar en Finlandia, sino sobre abstracciones democráticas y nobles sentimientos.

Aparentemente la guerra soviético-finlandesa comienza a ser complementada por una guerra civil en la que el Ejército Rojo se encuentra en la fase dada en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses, mientras el ejército finlandés goza del apoyo de las clases poseedoras, de la conservadora burocracia obrera y de los imperialistas anglosajones. Las esperanzas que el Ejército Rojo despierta entre las clases bajas finlandesas demostrará ser, a menos que intervenga la revolución internacional, una ilusión; la colaboración del Ejército Rojo con dichas clases será sólo temporal. Se dará prisa el Kremlin para volver sus armas contra los obreros y campesinos finlandeses. Todo esto ya lo sabemos ahora, y lo decimos abiertamente como advertencia. Pero en esta guerra civil “concreta” que tiene

lugar en Finlandia, ¿qué posición “concreta” deben tomar los partidarios “concretos” de la Cuarta Internacional? Si lucharon en España en el campo republicano, a pesar del hecho de que los stalinistas estaban estrangulando la revolución socialista, tanto más deben participar en Finlandia en aquel campo en que los stalinistas están obligados a apoyar la expropiación de los capitalistas.

Nuestros innovadores tapan las brechas de su posición con frases violentas. Califican de “imperialista” la política de la URSS. ¡Vasto enriquecimiento de las ciencias! De hoy en adelante, tanto la política exterior del capital financiero como la política de exterminar el capital financiero se llamará imperialismo. ¡Esto ayudará significativamente en la clarificación y en la educación de clase de los obreros! ¡Pero el Kremlin -gritará, permítannos decirlo, el muy temerario Stanley- apoya simultáneamente la política del capital financiero en Alemania! Esta objeción se basa en la sustitución de un problema por otro, en la disolución de lo concreto en lo abstracto (el error común del pensamiento vulgar).

Si mañana Hitler se viera obligado a enviar armas a los indios insurreccionados, ¿deben oponerse los obreros revolucionarios alemanes a esta acción concreta, por medio de huelgas o de sabotaje? Por el contrario, deben asegurar que los insurrectos reciban las armas lo más pronto posible. Esperamos que *esto* esté claro para Stanley. Pero este ejemplo es puramente hipotético. Lo usamos para demostrar que hasta un gobierno fascista del capital financiero puede, en ciertas condiciones, verse obligado a apoyar un movimiento *nacional* revolucionario (a fin de intentar estrangularla al día siguiente). Hitler nunca y bajo ninguna circunstancia apoyaría una revolución proletaria en Francia, por ejemplo. Pero el Kremlin se ve actualmente obligado -y ésta no es una situación hipotética, sino real- a provocar un movimiento social revolucionario en Finlandia (a fin de intentar estrangularlo políticamente mañana). Ocultar determinado movimiento social revolucionario con el término general de imperialismo sólo porque es provocado, mutilado y, al mismo tiempo, estrangulado por el Kremlin, meramente atestigua la pobreza teórica y política.

Es necesario agregar que la extensión del concepto de “imperialismo” incluso carece del atractivo de la novedad. Actualmente, no sólo los “demócratas”, sino también la burguesía de los países democráticos califican de

imperialista la política soviética. El objeto de la burguesía es evidente: velar las contradicciones sociales entre la expansión capitalista y la soviética; ocultar el problema de la propiedad, y ayudar de esta forma al verdadero imperialismo. ¿Cuál es el objetivo de Shachtman y los otros? Ellos mismos no lo saben. Su novedad terminológica los aleja objetivamente de la terminología marxista de la Cuarta Internacional y los acerca a la terminología de los “demócratas”. Esta circunstancia -¡ay!- certifica nuevamente la aguda sensibilidad de la oposición ante la presión de la opinión pública pequeñoburguesa.

LA CUESTIÓN ORGANIZATIVA

En las filas de la oposición uno comienza a oír cada vez más frecuentemente: “la cuestión rusa no es de importancia decisiva en sí y por sí misma; la tarea más importante consiste en cambiar el régimen del partido”. Cambio de régimen, es necesario entenderlo, significa cambio de dirección, o más precisamente, la eliminación de Cannon y de sus más estrechos colaboradores de los puestos dirigentes. Estas voces clamorosas demuestran que la tendencia hacia una lucha contra la “fracción de Cannon” precedió a esa “concreción de los acontecimientos” a la que se refieren Shachtman y otros cuando explican su cambio de posición. Al mismo tiempo, estas voces nos recuerdan toda una serie de grupos opositores del pasado, que tomaron parte en una batalla en distintas ocasiones; y que, cuando la base de los principios comenzó a temblar bajo sus pies, pasaron a la llamada “cuestión organizativa” -el caso fue idéntico con Molinier, Sneevliet, Vereecken y muchos otros. Por desagradables que puedan parecer estos precedentes, es imposible dejarlos de lado.

Sería incorrecto, sin embargo, creer que el deslizamiento de la lucha a la “cuestión organizativa” representa una simple “maniobra” en la lucha fraccional. No; los sentimientos interiores de la oposición les dicen en realidad, aunque confusamente, que la cuestión se refiere no solamente al “problema ruso” sino más bien a todo el tratamiento de los problemas políticos en general, incluidos también los métodos de construir el partido. Y esto, en cierto sentido, es exacto.

También nosotros hemos intentado demostrar más arriba que la cuestión no se refiere sólo al problema ruso, sino más bien al método de pensamiento de la oposición, que tiene raíces sociales. La oposición está bajo la influencia de las

tendencias y los estados de ánimo de la pequeñoburguesía. Esta es la esencia de todo el problema.

Vimos claramente la influencia ideológica de otra clase en los casos de Burnham (pragmatismo) y de Shachtman (eclecticismo). No tomamos en cuenta a otros dirigentes como el camarada Abern, porque él generalmente no participa en discusiones de principio, limitándose al plano de la “cuestión organizativa”. Esto no quiere decir, sin embargo, que Abern no tenga ninguna importancia. Por el contrario, puede decirse que Burnham y Shachtman son aficionados de la oposición, mientras que Abern es el profesional indiscutido. Abern, y sólo él, tiene su propio grupo tradicional que surgió del viejo Partido Comunista y que llegó a deslindarse durante el primer período de la existencia independiente de la “Oposición de Izquierda”. Todos los que tuvieron distintas razones para la crítica o el descontento se aferraron a este grupo.

Toda lucha fraccional seria dentro de un partido es siempre, en último análisis, un reflejo de la lucha de clases. La fracción de la mayoría estableció desde el principio la dependencia ideológica de la oposición ante la democracia pequeño-burguesa. La oposición, por el contrario, precisamente por su carácter pequeño-burgués, ni siquiera intenta buscar las raíces sociales del campo hostil.

La oposición inició una dura lucha fraccional que ahora está paralizándolo al partido en un momento muy crítico. Para que esta lucha pueda justificarse y no ser condenada severamente, serían necesarias razones muy serias y profundas. Para un marxista, tales razones sólo pueden tener un carácter *de clase*. Antes de que comenzasen su áspera lucha, los jefes de la oposición estaban obligados a formularse esta pregunta: ¿qué influencia de clase no-proletaria se refleja en la mayoría del Comité Nacional? Sin embargo, la oposición no ha hecho la más mínima tentativa para semejante valoración clasista de las divergencias. Ve únicamente “conservadurismo”, “errores”, “malos métodos” y similares deficiencias psicológicas, intelectuales y técnicas. La oposición no está interesada en la naturaleza de clase de su fracción opositora, tal como no está interesada en la naturaleza de clase de la URSS. Este solo hecho basta para demostrar el carácter pequeñoburgués de la oposición, con su tono de pedantería académica y su impresionismo periodístico.

A fin de comprender qué capas o clases se reflejan en la lucha fraccional, es necesario estudiar históricamente la lucha de ambas fracciones. Aquellos

miembros de la oposición que afirman que la actual lucha no tiene “nada de común” con las viejas luchas fraccionales, una vez más demuestran su actitud superficial hacia la vida de su propio partido. El núcleo fundamental de la oposición es el mismo que se agrupó hace tres años alrededor de Muste y Spector. El núcleo fundamental de la mayoría es el mismo que se agrupó alrededor de Cannon. De las figuras dirigentes, únicamente Shachtman y Burnham se han pasado de un campo al otro. Pero estos cambios personales, por importantes que sean, no modifican el carácter general de los dos grupos. No entraré aquí en el proceso histórico de la lucha fraccional; remito al lector al excelente artículo, en todos sus aspectos, de Joseph Hansen, “Métodos organizativos y principios políticos”.

Si abstraemos todo lo accidental, personal y episódico, si reducimos los actuales grupos en lucha a sus tipos políticos fundamentales, entonces, sin ninguna duda, la lucha del camarada Abern contra el camarada Cannon ha sido la más consistente. En esta lucha, Abern representa al grupo propagandista, pequeñoburgués en su composición social, unido por viejas ataduras personales y teniendo casi el carácter de una familia. Cannon representa al partido proletario en proceso de formación. El derecho histórico de esta lucha -independientemente de qué equivocaciones y errores puedan haberse cometido- está completamente de parte de Cannon.

Cuando los representantes de la oposición empezaron a gritar que “la dirección está en bancarrota”, que “las previsiones han demostrado ser incorrectas”, que “los acontecimientos nos han tomado de sorpresa”, que “es necesario cambiar nuestras consignas”, todo esto sin esforzarse en lo más mínimo por pensar las cuestiones seriamente, aparecieron fundamentalmente como derrotistas del partido. Esta actitud lamentable se explicaba por la irritación y el miedo del viejo círculo propagandista ante las nuevas tareas y las nuevas relaciones del partido. El sentimentalismo de las ataduras personales no quiere someterse al sentido del deber y la disciplina. La tarea que ante sí tiene el partido consiste en romper las viejas ataduras de camarilla y disolver a los mejores elementos del pasado propagandista dentro del partido proletario. Es necesario desarrollar un espíritu tal de patriotismo partidario que nadie se atreva a decir: “La realidad del asunto no es la cuestión rusa, sino que nos sentimos mejor y más cómodos bajo la dirección de Abern que bajo la de Cannon.”

Yo personalmente no llegué ayer a esta conclusión. Lo he expresado decenas y centenares de veces, en conversaciones sostenidas con miembros del grupo de Abern. Invariablemente, destacué la composición pequeño-burguesa de este grupo. Repetida e insistentemente propuse transferir de la categoría de afiliados a la de simpatizantes a aquellos compañeros de ruta pequeñoburgueses que se habían demostrado incapaces de reclutar obreros para el partido. Cartas privadas, conversaciones y advertencias, como fue demostrado por los eventos subsecuentes, no condujeron a nada -la gente difícilmente aprende de la experiencia ajena. El antagonismo entre las dos capas del partido y los dos períodos de su desarrollo emergió a la superficie y tomó el carácter de una amarga lucha fraccional. No queda otra cosa que dar una opinión, clara y definitivamente, a la sección americana y a toda la Internacional. “La amistad es la amistad, pero el deber es el deber”, dice un proverbio ruso.

Puede plantearse la siguiente pregunta. ¿Si la oposición es una tendencia pequeñoburguesa, significa eso que es imposible conseguir posteriormente la unidad? ¿Cómo reconciliar entonces la tendencia pequeñoburguesa con la proletaria? Plantear así la cuestión equivale a juzgarla unilateralmente, antidualécticamente y, por lo tanto, falsamente. En la discusión actual, la oposición ha manifestado claramente sus rasgos pequeñoburgueses. Pero esto no quiere decir que la oposición no tenga otras características. La mayor parte de los miembros de la oposición está profundamente dedicada a la causa del proletariado y es capaz de aprender. Ligada actualmente a un medio pequeñoburgués, puede ligarse mañana al proletariado. Los inconsistentes, influenciados por la experiencia, pueden tornarse más consistentes. Cuando el partido abarque a miles de obreros, hasta los fraccionalistas profesionales pueden reeducarse en el espíritu de la disciplina proletaria. Es necesario darles tiempo para esto. Por ello, la proposición del camarada Cannon de mantener la discusión libre de toda amenaza de separaciones, expulsiones, etc., era adecuada y absolutamente correcta.

Sin embargo, no es menos indudable que si el partido en su conjunto toma el camino de la oposición, podría quedar completamente destruido. La actual oposición es incapaz de dar al partido una dirección marxista. La mayoría del actual Comité Nacional expresa más profunda, seria y consistentemente que la minoría las tareas proletarias del partido. Precisamente por esto, la mayoría no puede tener ningún interés en derivar la lucha hacia la escisión -las ideas correctas triunfarán. Tampoco pueden desear la ruptura los elementos sanos de

la oposición -la experiencia del pasado demuestra muy claramente que cuanto grupo improvisado hubo que se separara de la Cuarta Internacional se vio condenado a la esterilidad y a la descomposición. Por eso es posible afrontar el próximo congreso del partido sin ningún temor. Éste rechazará las novedades anti-marxistas de la oposición y garantizará la unidad del partido.

15 de diciembre de 1939

CARTA A JOHN G. WRIGHT

19 de diciembre de 1939

Querido amigo:

Leí su carta a Joe^{5*}. Apoyo completamente su opinión sobre la necesidad de una lucha teórica y política firme e implacable contra las tendencias pequeñoburguesas de la oposición. Usted verá por mi último artículo, que le será enviado por correo aéreo mañana, que caracterizo las divergencias de la oposición incluso de manera más dura a como lo ha hecho la mayoría. Pero al mismo tiempo, creo que la implacable lucha ideológica debe ir paralela con una táctica organizativa muy cuidadosa y prudente. Ustedes no tienen el menor interés en una escisión, incluso si la oposición consiguiera, accidentalmente, una mayoría en el próximo congreso. Ni tienen la menor razón para dar un pretexto para escisionar al heterogéneo y desequilibrado ejército de la oposición. Incluso como eventual minoría, en mi opinión, deberían ustedes seguir siendo disciplinados y leales hacia el partido como conjunto. Es extremadamente importante para la educación en el auténtico patriotismo partidario, sobre cuya necesidad Cannon me escribió una vez muy correctamente.

Una mayoría compuesta por esta oposición no durará más de unos pocos meses. Entonces la tendencia proletaria del Partido volverá a ser la mayoría, con una autoridad enormemente acrecentada. Sea extremadamente firme, pero no pierda los nervios, esto ahora afecta más que nunca a la estrategia del ala proletaria del Partido.

Con los saludos y deseos más fraternales. Suyo,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.

P.S.: Este mal viene de: (1) Mala composición, especialmente en la rama más importante de Nueva York. (2) Falta de experiencia, especialmente por parte de los miembros que vienen del Partido Socialista (juventudes).

No es posible sobreponerse a estas dificultades heredadas del pasado con medidas excepcionales. La paciencia y la firmeza son necesarias.

L. T.

CARTA A MAX SHACHTMAN

20 de diciembre de 1939

Querido camarada Shachtman:

Le mando a usted una copia de mi último artículo ^{6*}. Verá usted por mi polémica que considero las divergencias de un carácter decisivo. Creo que se encuentra usted en el lado equivocado de las barricadas, querido amigo. Con su posición, usted le da coraje a todos los elementos pequeñoburgueses y antimarxistas a luchar contra nuestra doctrina, nuestro programa y nuestra tradición. No espero convencerlo con estas líneas, pero le pronostico que, si se niega ahora a buscar una forma de colaborar con el ala marxista contra los revisionistas pequeñoburgueses, lamentará inevitablemente, por años y años, el mayor error de su vida.

Si tuviera la posibilidad, tomaría inmediatamente un avión a Nueva York para discutir con usted cuarenta y ocho o setenta y dos horas ininterrumpidamente. Lamento mucho que usted, en esta situación, no vea la necesidad de venir aquí a discutir conmigo estas cuestiones. O ¿la ve usted? Me haría feliz...

León Trotsky
Coyoacán, D. F.

CUATRO CARTAS A LA MAYORÍA DEL COMITÉ NACIONAL

26 de diciembre de 1939

Queridos amigos:

Hasta ahora era favorable a publicar la discusión en el “Socialist Appeal” y el “New International”, pero debo reconocer que vuestros argumentos son muy serios, y especialmente en relación con los argumentos del camarada Burnham.

El “New International” y el “Socialist Appeal”, no son instrumentos de discusión bajo el control de un comité especial de discusión, sino instrumentos del Partido y de su Comité Nacional. En el boletín de discusión, la oposición puede pedir los mismos derechos que la mayoría, pero las publicaciones oficiales del partido tienen el deber de defender el punto de vista del Partido y de la Cuarta Internacional, hasta que sea cambiado. Una discusión en las páginas de las publicaciones oficiales del partido puede únicamente ser llevada a cabo dentro de los límites establecidos por la mayoría del Comité Nacional. Esto es por sí mismo tan evidente, que no necesita argumentación.

Seguro que las garantías jurídicas permanentes para la minoría, no están copiadas de la experiencia bolchevique. Pero tampoco son un invento del camarada Burnham; el Partido Socialista Francés ha tenido durante mucho tiempo tales garantías constitucionales, que corresponden completamente al espíritu de envidiosas camarillas literarias y parlamentarias, pero que nunca impiden la sumisión de los obreros a la coalición de esas camarillas.

La estructura organizativa de la vanguardia proletaria debe subordinarse a las exigencias positivas de la lucha revolucionaria, y no a las garantías negativas contra su degeneración. Si el Partido no está ajustado a las necesidades de la revolución socialista, degenerará a pesar de las más doctas estipulaciones jurídicas. En el campo organizativo, Burnham muestra una falta total de concepción revolucionaria del Partido, como lo demostró en el campo político en el problema -pequeño, pero muy significativo- del Comité Dies. En ambos casos propone una actitud puramente negativa, así como en la cuestión del Estado soviético dio una definición puramente negativa. No es suficiente aborrecer la sociedad capitalista (una actitud negativa), es necesario aceptar

todas las conclusiones prácticas de una concepción de revolución social. Y éste no es el caso del camarada Burnham.

¿Mis conclusiones prácticas?

Primero, es necesario condenar oficialmente ante el Partido el intento de aniquilar la línea partidaria, poniendo el programa del partido al mismo nivel que toda innovación no aceptada por el partido.

Segundo, si el Comité Nacional encuentra necesario dedicar un número del “New International” a la discusión (no lo propongo ahora), debe hacerse de tal manera que el lector vea dónde está la posición del Partido, y dónde el intento de revisión, y que la última palabra la tenga la mayoría, y no la oposición.

Tercero, si los boletines internos no son suficientes, podría publicarse una colección especial de artículos dedicados a los temas del orden del día del Congreso.

¡La más completa lealtad en la discusión, pero ni la más mínima concesión al espíritu pequeño-burgués y anarquista!

W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.



27 de diciembre de 1939

Queridos amigos:

Debo confesar que vuestra notificación sobre la insistencia de los camaradas Burnham y Shachtman respecto a la publicación de escritos controvertidos en el “New International” y el “Socialist Appeal”, me sorprendió en el primer momento. ¿Cuál pudo ser la razón? me he preguntado. Está descartado que sea porque se sientan muy seguros de su posición. Los argumentos son de naturaleza muy primitiva, las contradicciones entre ellos son agudas y no pueden dejar de sentir que la mayoría representa la tradición y la doctrina marxista. No pueden esperar salir victoriosos de una lucha teórica; no sólo Shachtman y Abern, sino también Burnham entienden esto. ¿Cuál es, pues, la fuente de su sed de publicidad? La explicación es muy simple: están

impacientes por justificarse ante la opinión pública demócrata, por gritar a todos los Eastman, Hooks, y otros, que ellos, la oposición, no son tan malos como nosotros. Esta necesidad interior debe ser especialmente imperiosa para Burnham. Es el mismo tipo de capitulación interna que observamos en Zinoviev y Kamenev en la víspera de la Revolución de Octubre y en muchos “internacionalistas” bajo la presión de la ola de guerra patriótica. Si hacemos abstracción de todas las peculiaridades individuales, accidentes o incomprendimientos y errores, tenemos ante nosotros el primer pecado social-patriota en nuestro propio partido. Ustedes situaron correctamente este hecho desde el principio, pero para mí sólo aparece con total claridad ahora, después de que proclamasen su deseo de anunciar -como los poumistas, los pivertistas y muchos otros- que ellos no son tan malos como los “trotskistas”.

Esta consideración es un argumento suplementario, contra cualquier concesión a ellos en este terreno. Bajo las condiciones actuales, tenemos todo el derecho a decirles: deben esperar el veredicto del partido, y no llamar a los democráticos jueces patrióticos, antes de que la decisión se tome.

Anteriormente consideré la cuestión de manera demasiado abstracta, esto es, sólo desde el punto de vista de la lucha teórica, y desde este punto de vista estoy plenamente de acuerdo con el camarada Goldman en que sólo podemos ganar. Pero criterios políticos más amplios indican que debemos eliminar la intervención prematura del factor democrático-patriótico en nuestra lucha interna partidaria, y que la oposición debe contar en la discusión sólo con su propia fuerza, como la mayoría lo hace. En estas condiciones, la prueba y selección de los diferentes elementos de la oposición tendrá un carácter más eficaz y los resultados para el partido serán más favorables.

Engels habló una vez del mal genio de la pequeñoburguesía encolerizada. Me parece que un rasgo de mal genio puede encontrarse en las filas de la oposición. Ayer, muchos de ellos estaban hipnotizados por la tradición bolchevique. Nunca la asumieron internamente, pero no se atrevían a combatirla abiertamente. Pero Shachtman y Abern les dieron ese coraje y ahora hacen gala abiertamente del genio de la pequeñoburguesía exasperada. Esta es la impresión, por ejemplo, que saqué de los últimos artículos y cartas de Stanley. Ha perdido totalmente su autocritica, y cree sinceramente que toda inspiración que llega a su cerebro es merecedora de ser proclamada e impresa, con tal de que esté dirigida contra el programa y tradición del partido. El

crimen de Shachtman y Abern consiste especialmente en haber provocado tal explosión de autosatisfacción pequeñoburguesa.

W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D.F.

P.S.: Es absolutamente seguro que los agentes stalinistas están trabajando en nuestro medio con el fin de agudizar la discusión y provocar una ruptura. Sería necesario examinar muchos “luchadores” fraccionales desde este especial punto de vista.



3 de enero de 1940

Queridos amigos:

Recibí los dos documentos de la oposición, estudié el del conservadurismo burocrático, y estoy estudiando ahora el segundo, sobre la cuestión rusa. ¡Qué escritos tan lamentables! Es difícil encontrar una frase que exprese una idea correcta o que sitúe una idea correcta en el lugar correcto. Gente inteligente e incluso de talento que asumió una posición evidentemente falsa, se hunde más y más en el callejón sin salida.

La frase de Abern sobre la “escisión” puede tener dos sentidos: o desea asustarnos con una ruptura como lo hizo durante la discusión sobre el entrismo, o realmente quiere cometer su suicidio político. En el primer caso, él, por supuesto, no impedirá que demos una valoración marxista de la política de la oposición. En el segundo caso, nada puede hacerse; si una persona adulta quiere suicidarse, es difícil impedirselo.

La reacción de Burnham es un desafío brutal para todos los marxistas. Si la dialéctica es una religión y si es cierto que la religión es el opio del pueblo, ¿cómo puede renunciar a luchar por la liberación de su propio partido de este veneno? Estoy escribiendo una carta abierta a Burnham sobre esta cuestión. No creo que la opinión pública de la Cuarta Internacional permita al director de una revista teórica marxista ceñirse a tan cínicos aforismos sobre la fundación del socialismo científico. En cualquier caso, no descansaré hasta que las concepciones antimarxistas de Burnham sean desenmascaradas hasta el final,

ante el Partido y la Internacional. Espero enviar la carta abierta, como mínimo el texto ruso, pasado mañana.

Simultáneamente, estoy escribiendo un análisis de los dos documentos. Es excelente su explicación del por qué están de acuerdo en divergir sobre la cuestión rusa.

Estoy furioso de perder el tiempo leyendo estos artículos absolutamente anticuados. Los errores son tan elementales que es necesario hacer un esfuerzo para recordar los argumentos necesarios del ABC del marxismo.

W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.



4 de enero de 1940

Queridos amigos:

Añado una copia de mi carta a Shachtman^{7*} que envié hace más de dos semanas. Shachtman ni siquiera me contestó. Muestra el humor al que ha sido llevado por él mismo, por su lucha sin principios. Hace un bloque con el anti-marxista Burnham y se niega a contestar mis cartas referentes a este bloque. El hecho en sí mismo, por supuesto, tiene dudosa importancia, pero tiene indiscutiblemente un valor sintomático. Esta es la razón de que les envíe una copia de mi carta a Shachtman.

Con los mejores deseos,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.

CARTA A JOSEPH HANSEN

5 de enero de 1940

Querido Joe:

Gracias por su interesante información. En caso de necesidad o de ser aconsejable, Jim^{8*} puede publicar nuestra correspondencia y la que mantuve con Wright referente al asunto de la ruptura. Esta correspondencia muestra nuestro firme propósito de preservar la unidad del Partido a pesar de la aguda lucha fraccional. En mi carta a Wright mencioné que incluso como minoría, el ala bolchevique del partido, en mi opinión, debería seguir siendo disciplinada, y Jim contestó que él, sobre este punto, estaba de acuerdo conmigo, completamente y de todo corazón. Estas dos citas son decisivas para el asunto.

Respecto a mis observaciones sobre Finlandia, en el artículo sobre la oposición pequeño-burguesa, diré aquí sólo unas pocas palabras. ¿Hay una diferencia de principios entre Finlandia y Polonia? -¿sí o no?- ¿La intervención del Ejército Rojo en Polonia, fue acompañada de guerra civil? -¿sí o no?- La prensa de los mencheviques, que están muy bien informados gracias a su amistad con el Bund y los emigrantes del PPS, dice abiertamente que una oleada revolucionaria acompañó el avance del Ejército Rojo. Y no sólo en Polonia, sino también en Rumania.

El Kremlin creó el gobierno Kuusinen con el fin evidente de sustituir la guerra por la guerra civil. Se informó sobre el comienzo de creación de un Ejército Rojo finlandés, sobre el “entusiasmo” de los campesinos pobres finlandeses en las regiones ocupadas, donde las grandes propiedades de tierra fueron confiscadas, y todo eso. ¿Qué es esto sino el comienzo de la guerra civil?

El desarrollo ulterior de la guerra civil depende completamente del avance del Ejército Rojo. El “entusiasmo” del pueblo no fue, evidentemente, lo suficientemente intenso como para producir insurrecciones independientes de los campesinos y obreros que se encuentran bajo la espada del verdugo Mannerheim. La retirada del Ejército Rojo detuvo necesariamente los rasgos de guerra civil en sus mismos comienzos.

Si los imperialistas ayudan eficientemente a la burguesía finlandesa en la defensa del régimen capitalista, la guerra civil en Finlandia sería imposible en el próximo período. Pero si, como es más probable, los destacamentos reforzados

del Ejército Rojo penetran con más éxito en el país, veremos inevitablemente el proceso de guerra civil paralelamente a la invasión.

No podemos predecir todos los acontecimientos militares, los vaivenes de interés puramente táctico; pero no cambian la línea “estratégica” general de los acontecimientos. En este caso, como en todos los otros, la oposición hace una política puramente coyuntural e impresionista, en vez de una política de principios.

(No es necesario repetir que la guerra civil en Finlandia, así como fue el caso en Polonia, tendrá un carácter limitado, semi-ahogado, y que puede convertirse, en la próxima etapa, en una guerra civil entre las masas finlandesas y la burocracia de Moscú. Sabemos esto, al menos tan claramente como la oposición y nosotros prevenimos abiertamente a las masas. Pero nosotros analizamos el proceso como es y no identificamos el primer estadio con el segundo).

Con saludos y deseos fraternales para todos los amigos,

León Trotsky
Coyoacán, D.F.

CARTA ABIERTA AL CAMARADA BURNHAM

7 de enero de 1940

Estimado camarada:

Usted ha expresado, como reacción a mi documento sobre la oposición pequeñoburguesa, según se me ha informado, que no intenta discutir sobre dialéctica conmigo y que solamente discutirá las “cuestiones concretas”. “Ya dejé hace mucho tiempo de discutir sobre religión”, agregó irónicamente. Una vez escuché a Max Eastman pregonar ese mismo pensamiento.

¿ES LÓGICO IDENTIFICAR LA LÓGICA CON LA RELIGIÓN?

Tal como lo entiendo, sus palabras implican que la dialéctica de Marx, Engels y Lenin pertenece a la esfera de la religión. ¿Qué significa esta afirmación? La dialéctica, permítame recordárselo una vez más, es la *lógica de la evolución*. Lo mismo que un almacén de maquinaria de una fábrica suministra herramientas para todos los departamentos, así la lógica es indispensable para todas las esferas del conocimiento humano. Si usted no considera la lógica en general como un prejuicio religioso (lamento decirlo, pero los documentos contradictorios de la oposición se inclinan cada vez más hacia esta lamentable idea), entonces, ¿qué lógica acepta usted? Yo conozco dos sistemas de lógica dignos de atención: la lógica de Aristóteles (lógica formal) y la lógica de Hegel (la dialéctica). La lógica aristotélica toma como punto de partida los fenómenos y objetos inmutables. El pensamiento científico de nuestra época estudia todos los fenómenos en su origen, cambio y desintegración. ¿Asegura usted que el progreso de las ciencias, incluso del darwinismo, el marxismo, la química y la física modernas, etc., no ha influido de ninguna manera en las formas de nuestro pensamiento? En otras palabras: ¿sostiene usted que en un mundo donde todo cambia, el silogismo sólo permanece eterno e inmutable? El Evangelio según San Juan comienza con las palabras: “Al comienzo fue la Palabra”, es decir, en el comienzo fue la Razón o la Palabra (razón expresada por la palabra, es decir, el silogismo). Para San Juan, el silogismo es uno de los seudónimos literarios de Dios. Si usted considera que el silogismo es

inmutable, es decir, que no tiene origen ni desarrollo, significa entonces que para usted es el producto de la revelación divina. Pero si reconoce que las formas lógicas de nuestro pensamiento se desarrollan en el proceso de nuestra adaptación a la naturaleza, entonces haga el favor de tomarse la molestia de informarnos quién, siguiendo a Aristóteles, analizó y sistematizó el subsiguiente progreso de la lógica. En tanto no nos clarifique usted este punto, me tomaré la libertad de afirmar que identificar la lógica (la dialéctica) con la religión revela profunda ignorancia y superficialidad en las cuestiones básicas del pensamiento humano.

¿NO ESTÁ OBLIGADO EL REVOLUCIONARIO A LUCHAR CONTRA LA RELIGIÓN?

Supongamos, sin embargo, que su más presuntuosa insinuación, sea acertada. Pero esto no mejora las cosas a su favor. La religión, espero que estará usted de acuerdo, desvía la atención del conocimiento real al ficticio, aleja de la lucha por una vida mejor hacia las falsas esperanzas de recompensa en el más allá. La religión es el opio del pueblo. Quien sea incapaz de luchar contra la religión es indigno de llevar el nombre de revolucionario. ¿Con qué razones puede usted justificar entonces su rechazo a combatir contra la dialéctica si la considera una de las variedades de la religión?

Usted hace mucho tiempo que dejó de ocuparse, como dice, de la cuestión de la religión. Pero dejó de preocuparse sólo para *usted mismo*. Además de usted, existen todos los demás. Que no son pocos. Nosotros, los revolucionarios, nunca “dejamos” de preocuparnos por las cuestiones religiosas, dado que nuestra tarea no consiste en emanciparnos nosotros mismos de la influencia de la religión, sino también a las masas. Si la dialéctica es una religión, ¿cómo es posible renunciar a la lucha contra este opio dentro del propio partido?

¿O tal vez usted intentó decir que la religión no tiene ninguna importancia política? ¿Que es posible ser religioso y al mismo tiempo un luchador revolucionario, y un comunista consistente? Difícilmente aventurará usted una aseveración tan temeraria. Naturalmente, mantenemos la actitud más considerada hacia los prejuicios religiosos de un obrero atrasado. Si él quisiera luchar por nuestro programa, lo aceptaríamos como miembro del partido;

pero, al mismo tiempo, nuestro partido lo educaría persistentemente en el espíritu del materialismo y del ateísmo. Si usted está de acuerdo con esto, ¿cómo puede rehusar la lucha contra una “religión” sostenida, por lo que sé, por la abrumadora mayoría de aquellos miembros de su propio partido que se interesan por las cuestiones teóricas? Evidentemente, usted ha pasado por alto este importantísimo aspecto de la cuestión.

Hay no pocos entre los burgueses cultos que han roto personalmente con la religión, pero cuyo ateísmo es únicamente para su propio consumo privado; conservan para sí esos pensamientos, pero en público mantienen a menudo que es conveniente que el pueblo tenga una religión. ¿Es posible que usted sostenga esa posición con respecto a su propio partido? ¿Es posible que esto explique su rechazo a discutir con nosotros las bases filosóficas del marxismo? Si ése es el caso, bajo su desdén por la dialéctica se percibe una nota de desprecio por el partido.

Por favor, no haga la objeción de que me he basado en una frase pronunciada por usted en una conversación privada y de que usted no está interesado en refutar públicamente el materialismo dialéctico. Esto no es cierto. Su frase intencionada sirve solamente de ilustración. Siempre que usted ha tenido ocasión, ha proclamado por distintas razones su actitud negativa hacia la doctrina que constituye la teoría fundacional de nuestro programa. Esto es bien conocido por todos en el partido. En el artículo “Intelectuales en retirada”, escrito por usted en colaboración con Shachtman y publicado en el órgano teórico del partido, se afirma categóricamente que usted rechaza el materialismo dialéctico. ¿No tiene derecho el partido, después de todo, a saber por qué? ¿Usted supone realmente que en la Cuarta Internacional el editor de un órgano teórico puede reducirse a la escueta declaración: “Yo rechazo decididamente el materialismo dialéctico”, como si fuera cuestión de un cigarrillo que se le ofrece: “Gracias, no fumo”? La cuestión de una doctrina filosófica correcta, es decir, de un método correcto de pensamiento, es de decisiva importancia para un partido revolucionario tanto como un buen almacén de maquinaria es de decisiva importancia para la producción. Todavía es posible defender la vieja sociedad con los métodos materiales e intelectuales heredados del pasado. Es absolutamente impensable que esta vieja sociedad pueda ser destruida, y una nueva construida sin analizar antes críticamente los métodos corrientes. Si el partido se equivoca en los fundamentos mismos de su pensamiento, su deber elemental consiste en señalar el camino correcto. De

otra manera, su actitud se interpretará inevitablemente como la actitud altiva de un académico hacia la organización proletaria que, después de todo, es incapaz de comprender una verdadera doctrina “científica”. ¿Qué podría ser peor que esto?

EJEMPLOS INSTRUCTIVOS

Cualquiera familiarizado con la historia de las luchas de tendencias dentro de los partidos proletarios sabe que las deserciones al campo del oportunismo y aun al campo de la reacción burguesa empezaron muy frecuentemente con el rechazo de la dialéctica. Los intelectuales pequeño-burgueses consideran la dialéctica como el punto más vulnerable del marxismo y, al mismo tiempo, sacan ventaja del hecho de que a los obreros les resulta más difícil verificar las diferencias en el plano filosófico que en el político. Este hecho, conocido hace mucho, está demostrado por toda la evidencia de la experiencia. Además, es inadmisibile desconocer un hecho aún más importante, y es que todos los más grandes y destacados revolucionarios -primero y sobre todo Marx, Engels, Lenin, Luxemburgo, Franz Mehring- se basaron en el materialismo dialéctico. ¿Puede suponerse que todos ellos eran incapaces de distinguir entre la ciencia y la religión? ¿No es demasiada presunción de su parte, camarada Burnham? Los ejemplos de Bernstein, Kautsky y Franz Mehring son extremadamente instructivos. Bernstein rechazó categóricamente la dialéctica como “escolasticismo” y “misticismo”. Kautsky se mantuvo indiferente hacia la cuestión de la dialéctica, más o menos como el camarada Shachtman. Mehring fue un infatigable propagandista y defensor del materialismo dialéctico. Durante décadas siguió todas las innovaciones de la filosofía y la literatura, desenmascarando incansablemente la esencia reaccionaria del idealismo, del neo-kantismo, del utilitarismo, de todas las formas de misticismo, etc. El destino político de estos tres individuos es muy bien conocido. Bernstein terminó su vida como pulcro demócrata pequeñoburgués; Kautsky, de centrista, se transformó en un vulgar oportunista. En cuanto a Mehring, murió como un comunista revolucionario.

En Rusia, tres marxistas académicos muy prominentes -Struve, Bulgakov y Berdiaev- comenzaron por rechazar la doctrina filosófica del marxismo y terminaron en el campo de la reacción y de la Iglesia ortodoxa. En Estados

Unidos, Eastman, Sidney Hook y sus amigos usaron la oposición a la dialéctica como pretexto para su transformación de compañeros de ruta del proletariado en compañeros de ruta de la burguesía. Para el caso, podrían citarse ejemplos similares de otros países. El ejemplo de Plejánov, que parece ser una excepción, en realidad sólo confirma la regla. Plejánov fue un notable propagandista del materialismo dialéctico pero durante toda su vida nunca tuvo ocasión de participar en la verdadera lucha de clases. Su pensamiento estaba divorciado de la práctica. La revolución de 1905, y posteriormente la Guerra Mundial, lo arrojaron al campo de la democracia pequeño-burguesa y le obligaron a renunciar, en realidad, al materialismo dialéctico. Durante la Guerra Mundial, Plejánov se presentó abiertamente como el protagonista del imperativo categórico kantiano en la esfera de las relaciones internacionales: “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti.” El ejemplo de Plejánov sólo demuestra que el materialismo dialéctico *en y por sí mismo* aún no hace de un hombre un revolucionario.

Shachtman, por otra parte, argumenta que Liebknecht dejó un trabajo póstumo contra el materialismo dialéctico que había escrito en la cárcel. Muchas son las ideas que entran en la cabeza de una persona mientras está en la prisión, ideas que no pueden ser examinadas mediante la discusión con otras personas. Liebknecht, a quien nadie, y mucho menos él mismo, consideraba un teórico, se transformó en un símbolo de heroísmo dentro del movimiento obrero mundial. Si alguno de los adversarios americanos de la dialéctica desplegara el mismo espíritu de sacrificio y de independencia ante el patriotismo durante la guerra, le rendiríamos lo que es debido como revolucionario. Pero esto no resolverá la cuestión del método dialéctico.

Es imposible decir cuáles hubieran sido las conclusiones finales de Liebknecht si hubiera seguido en libertad. En todo caso, antes de publicar su trabajo, sin duda alguna se lo habría mostrado a sus amigos más competentes, es decir, a Franz Mehring y Rosa Luxemburgo. Es muy probable que por su consejo hubiera arrojado sencillamente al fuego el manuscrito. Supongamos, sin embargo, que contra el consejo de personas que lo superaban completamente en la esfera de la teoría, hubiera decidido publicar su trabajo de todas maneras. Mehring, Luxemburgo, Lenin y otros, naturalmente no habrían propuesto que por esto fuese expulsado del partido; por el contrario, hubieran intervenido decisivamente en su apoyo si alguien hubiera hecho tan desatinada propuesta. Pero, al mismo tiempo, no hubieran formado un bloque filosófico

con él, sino que más bien se habrían diferenciado decisivamente de sus errores teóricos.

La conducta del camarada Shachtman, notamos, es bastante diferente. “Observarán -dice ¡y esto para enseñar a la juventud!- que Plejánov era un destacado teórico del materialismo dialéctico, pero terminó como un oportunista; Liebknecht era un notable revolucionario, pero tenía sus dudas sobre el materialismo dialéctico.” Este argumento significa, si es que tiene un significado, que el materialismo dialéctico no sirve de nada para un revolucionario. Con estos ejemplos de Liebknecht y Plejánov, artificialmente arrancados de la historia, Shachtman refuerza y “profundiza” la idea de su artículo del año pasado, es decir, que la política no depende del método, dado que el método está divorciado de la política por el divino don de la inconsistencia. Interpretando falsamente dos “excepciones”, Shachtman trata de destruir la regla. Si este es el argumento de un “defensor” del marxismo, ¿qué podemos esperar de un oponente? La revisión del marxismo pasa aquí a su liquidación lisa y llana; más que eso, a la liquidación de toda doctrina y de todo método.

¿QUÉ PROPONE USTED EN SU LUGAR?

El materialismo dialéctico no es, por supuesto, una filosofía eterna e inmutable. Pensar otra cosa es contradecir el espíritu de la dialéctica. El posterior desarrollo del pensamiento científico creará, indudablemente, una doctrina más profunda en la que el materialismo dialéctico entrará simplemente como material de estructuración. Sin embargo, no hay ninguna base para esperar que esta revolución filosófica se realice bajo el decadente régimen burgués, sin mencionar el hecho de que un Marx no nace todos los años ni todas las décadas. La tarea de vida o muerte del proletariado no consiste actualmente en *interpretar* de nuevo el mundo, sino en *rehacerlo* de arriba abajo. En la próxima época podemos esperar grandes revoluciones de acción, pero difícilmente un nuevo Marx. Únicamente sobre la base de una cultura socialista sentirá la humanidad la necesidad de revisar la herencia ideológica del pasado y nos superará indudablemente no sólo en la esfera de la economía, sino también en la de la creación intelectual. El régimen de la burocracia bonapartista de la URSS es criminal no solamente porque crea una

siempre creciente desigualdad en todos los órdenes de la vida, sino también porque degrada la actividad intelectual del país a la abyección de los desenfrenados imbéciles de la GPU.

Supongamos, sin embargo, que contrariamente a nuestra suposición, el proletariado sea tan afortunado durante la actual época de guerras y revoluciones, como para producir un nuevo teórico o una nueva constelación de teóricos que superen el marxismo y que, en particular, hagan avanzar la lógica más allá de la dialéctica materialista. Está de más decirlo, todos los obreros avanzados aprenderán de los nuevos maestros, y los viejos tendrán que reeducarse de nuevo. Pero entretanto, esto sigue siendo música de futuro. ¿O me equivoco? ¿Tal vez usted llamará mi atención hacia aquellos trabajos que deben suplantar el sistema del materialismo dialéctico para el proletariado? Si estos estuvieran a mano, con seguridad que usted no habría rehusado conducir una lucha contra el opio de la dialéctica. Pero no existe ninguno. Mientras intenta desacreditar la filosofía del marxismo, usted no propone nada con qué reemplazarla.

Imagínese usted un joven médico aficionado que le discuta a un cirujano que emplea el bisturí, que la anatomía moderna, la neurología, etc., no tienen valor, que en ellas hay mucho que permanece poco claro e incompleto, y que únicamente “burócratas conservadores” se pondrían a trabajar con un bisturí basándose en estas pseudo-ciencias, etc. Creo que el cirujano exigiría a su irresponsable colega que abandonara la sala de operaciones. Nosotros tampoco, camarada Burnham, podemos hacer baratas insinuaciones sobre la filosofía del socialismo científico. Por el contrario, ya que en el transcurso de la lucha fraccional la cuestión se ha planteado categóricamente, diremos, dirigiéndonos a todos los miembros del partido, especialmente a la juventud: cuidado con la infiltración del escepticismo burgués en sus filas. Recuerden que el socialismo no ha encontrado hasta el presente una expresión científica superior que el marxismo. Tengan presente que el método del socialismo científico es el materialismo dialéctico. ¡Estudien seriamente! Estudien a Marx, Engels, Plejánov, Lenin y Franz Mehring. Esto es cien veces más importante para ustedes que el estudio de tendenciosos, estériles y ligeramente ridículos tratados sobre el conservadurismo de Cannon. ¡Que la actual discusión produzca al menos este resultado positivo, que la juventud intente introducir en su mente una seria base teórica para la lucha revolucionaria!

FALSO “REALISMO” POLÍTICO

En su caso, sin embargo, el problema no se reduce a la dialéctica. Las apreciaciones en su resolución en el sentido de que usted no plantea ahora para que el partido decida la cuestión de la naturaleza del Estado soviético significan, en realidad, que usted *plantea* esta cuestión, sino jurídicamente, al menos teórica y políticamente. Únicamente los niños pueden no comprender esto. Esta misma declaración tiene también otro significado, mucho más violento y peligroso. Significa que usted divorcia la política de la sociología marxista. Sin embargo, para nosotros el nudo del problema radica precisamente en esto. Si es posible dar una definición correcta del Estado sin utilizar el método del materialismo dialéctico; si es posible determinar correctamente la política sin hacer un análisis de clase del Estado, surge entonces la pregunta: ¿Hay alguna necesidad, cualquiera que sea, para el marxismo?

Estando en desacuerdo entre ellos mismos sobre la naturaleza de clase del Estado soviético, los líderes de la oposición están de acuerdo en esto, que la política exterior del Kremlin debe ser etiquetada como “imperialista” y que la URSS no puede ser apoyada “incondicionalmente” (¡inmensamente importante plataforma!). Cuando la “camarilla” opositora plantee categóricamente en el congreso la cuestión de la naturaleza del Estado soviético (¡qué crimen!) usted, por adelantado convendrá en... no estar de acuerdo, es decir, en votar diferentemente. En el gobierno “nacional” británico, se da este precedente de ministros que “convienen en no estar de acuerdo”, es decir, votar diferentemente. Pero los ministros de Su Majestad gozan de esta ventaja: que saben perfectamente cuál es la naturaleza de *su* Estado y pueden darse el lujo de no estar de acuerdo en cuestiones *secundarias*. Los líderes de la oposición están situados mucho menos favorablemente. Se permiten el lujo de disentir en la cuestión fundamental a fin de solidarizarse en las cuestiones secundarias. Si esto es marxismo y política de principios, entonces yo no sé qué quiere decir contubernio sin principios.

Usted aparentemente parece creer que al rehusarse a discutir el materialismo dialéctico y la naturaleza de clase del Estado soviético y al destacar las cuestiones “concretas”, hace el papel de un político realista. Este autoengaño es resultado de su inadecuado conocimiento de la historia de los pasados 50 años

de luchas fraccionales dentro del movimiento obrero. En toda discusión de principios, sin una sola excepción, los marxistas, invariablemente, procuraron plantear claramente al partido los problemas fundamentales de doctrina y de programa, considerando que únicamente en esta situación se podían situar en su verdadero lugar y proporción las cuestiones “concretas”. Por el otro lado, los oportunistas de todo tipo, especialmente aquellos que ya habían sufrido algunas derrotas en la esfera de las discusiones de principio, contrapusieron invariablemente al análisis marxista de clase, apreciaciones coyunturales “concretas” que formulan, como de costumbre, bajo la presión de la democracia burguesa. A través de décadas de lucha fraccional, esta división de roles ha persistido. La oposición, permítame asegurárselo, no ha inventado nada nuevo. Continúa la tradición del revisionismo en teoría y del oportunismo en política.

A fines del siglo pasado los intentos revisionistas de Bernstein, que en Inglaterra se realizaron bajo la influencia del empirismo y el utilitarismo anglosajón -¡la más despreciable de las filosofías!- fueron despiadadamente rechazados. Después de lo cual, los oportunistas alemanes se retrayeron repentinamente de la filosofía y de la sociología. En los congresos y en la prensa no cesaban de regañar a los marxistas “pedantes” que reemplazaban las “cuestiones políticas concretas” con consideraciones generales de principio. Lea los anales de la socialdemocracia alemana de fines del siglo pasado y de comienzos del actual, y usted mismo quedará asombrado del grado en que, como dicen los franceses, “le mort saisit le vif” (el muerto agarra al vivo).

Usted no conoce el gran papel jugado por “Iskra” en el desarrollo del marxismo ruso. “Iskra” comenzó con la lucha contra el llamado “economicismo” dentro del movimiento obrero y contra los narodniki (Partido de los Socialistas Revolucionarios). El principal argumento de los “economicistas” era que “Iskra” vagaba en la esfera de la teoría mientras ellos, los “economicistas”, se proponían dirigir el movimiento obrero concreto. El principal argumento de los socialistas-revolucionarios era el siguiente: “Iskra” quiere fundar una escuela de materialismo dialéctico, mientras nosotros queremos derrocar la autocracia zarista. Debe destacarse que los terroristas narodniki tomaban al pie de la letra sus palabras: bomba en mano, sacrificaban sus vidas. Nosotros les discutíamos: “En ciertas circunstancias, una bomba es una cosa excelente, pero antes debemos aclarar nuestras mentes.” Pertenece a la experiencia histórica que la mayor revolución de toda la historia no fue dirigida

por el partido que comenzó con bombas, sino por el partido que empezó con el materialismo dialéctico.

Cuando los bolcheviques y los mencheviques eran aún miembros del mismo partido, los períodos pre-congresos y los congresos mismos se caracterizaron invariablemente por una amarga lucha sobre el orden del día. Lenin acostumbraba proponer como primer punto del orden del día cuestiones como la clarificación de la naturaleza de la monarquía zarista, el análisis del carácter de clase de la revolución, la apreciación de las etapas de la revolución por las que estábamos pasando, etc. Martov y Dan, líderes mencheviques, objetaban invariablemente: no somos un club sociológico, sino un partido político; debemos llegar a un acuerdo no sobre la naturaleza de clase de la economía zarista, sino sobre las “tareas políticas concretas”. Cito esto de memoria, pero no corro el menor riesgo de equivocarme ya que estas discusiones se repetían de año en año y tenían un mismo carácter, estereotipado. Podría agregar que yo personalmente cometí no pocos pecados en este aspecto. Pero, desde entonces, he aprendido algo.

A aquellos enamorados de las “cuestiones políticas concretas” Lenin les explicaba invariablemente que nuestra política no era de coyuntura sino de carácter principista; que la táctica está subordinada a la estrategia; que para nosotros el interés fundamental de toda campaña política consiste en guiar a los trabajadores de las cuestiones particulares a las generales, que les enseña la naturaleza de la sociedad moderna y el carácter de sus fuerzas fundamentales. Los mencheviques siempre sentían la urgente necesidad de disimular las diferencias de principios en su conglomerado inestable por medio de evasivas, mientras Lenin, por el contrario, planteaba directamente las cuestiones de principio. Los argumentos comunes de la oposición contra la filosofía y la sociología en favor de las “cuestiones políticas concretas” no son más que una repetición retrasada de los argumentos de Dan. ¡Ni una sola palabra nueva! Lo lamentable es que Shachtman respete la política de principios del marxismo sólo cuando ya ha envejecido suficientemente en los archivos.

Particularmente falso e inadecuado suena en sus labios el llamamiento para pasar de la teoría marxista a las “cuestiones políticas concretas”, camarada Burnham, porque no fui yo sino usted quien planteó la cuestión del carácter de la URSS, obligándome con ello a plantear la cuestión del método a través del cual se determina el carácter de clase del Estado. Es verdad que usted abandonó su resolución. Pero esta maniobra fraccional no tiene ningún significado

objetivo alguno. Usted sacó sus conclusiones *políticas* de su premisa *sociológica*, aun cuando usted temporalmente la haya deslizado en el interior de su cartera. Shachtman sacó exactamente las mismas conclusiones políticas, sin una premisa sociológica: se adaptó a usted. Abern procura sacar provecho, igualmente, para sus combinaciones “organizativas” tanto de la premisa oculta como de la falta de premisa. Esta es la verdadera y no la diplomática situación en el campo de la oposición. Usted procede como antimarxista; Shachtman y Abern como marxistas... *platónicos*. Quién es peor, no es fácil de determinar.

LA DIALÉCTICA DE LA DISCUSIÓN ACTUAL

Cuando examinamos el frente diplomático que cubre las premisas ocultas y la falta de premisas de nuestros adversarios, nosotros, los “conservadores”, naturalmente contestamos: es posible realizar una discusión fructífera sobre “cuestiones concretas” únicamente si especificamos claramente cuáles son las premisas de clase que toman como punto de partida. No estamos obligados a reducirnos a aquellos tópicos de la discusión que han seleccionado artificialmente. Si alguien hubiera propuesto que discutiéramos como cuestiones “concretas” la invasión de Suiza por la flota soviética o el largo de la cola de una bruja de Bronx entonces yo tendría razón en hacer por adelantado las siguientes preguntas: ¿tiene costa marítima Suiza? ¿Existen las brujas?

Toda discusión seria se desarrolla de lo particular y aun de lo accidental a lo general y fundamental. Las causas y los motivos inmediatos de una discusión, en la mayor parte de los casos, son de un interés solamente sintomático. De verdadera importancia política son sólo aquellos problemas que la discusión plantea en su desarrollo. A ciertos intelectuales, ansiosos de señalar el “conservadurismo burocrático” y de desplegar su “espíritu dinámico”, podría parecerles que las cuestiones que se refieren a la dialéctica, al marxismo, a la naturaleza del Estado, al centralismo, son planteadas “artificialmente” y que la discusión ha tomado una dirección “falsa”. El nudo del problema, sin embargo, consiste en que la discusión tiene su propia lógica objetiva que no coincide en nada con la lógica subjetiva de los grupos y de los individuos. El carácter dialéctico de la discusión procede del hecho de que su curso objetivo está determinado por el conflicto viviente de las tendencias opuestas y no por un plan lógico preconcebido. La base materialista de la discusión consiste en que

refleja la presión de clases distintas. De este modo, la actual discusión en el SWP, como el proceso histórico en su conjunto, se desarrolla -con o sin su permiso, camarada Burnham- según las leyes del materialismo dialéctico. No hay forma de escaparse de estas leyes.

“CIENCIA” CONTRA MARXISMO Y “EXPERIMENTOS” CONTRA PROGRAMA

Acusando a sus adversarios de “conservadurismo burocrático” (una simple abstracción puramente psicológica, en que no se ha demostrado que existan intereses sociales subyacentes a este “conservadurismo”), usted exige en su documento que la política conservadora sea reemplazada por una “política crítica y experimental, en una palabra, por una política científica” (p. 32). Esta declaración, a primera vista tan inocente y carente de significado con toda su pomposidad, es en sí misma una exposición completa. Usted no habla de política marxista. Ni habla de política proletaria. Usted habla de política “experimental”, “crítica”, “científica”. ¿Por qué esta terminología pretenciosa y deliberadamente confusa, tan desacostumbrada en nuestras filas? Yo se lo diré. Es el producto de su adaptación, camarada Burnham, a la opinión pública burguesa, y la adaptación de Shachtman y Abern a su adaptación. El marxismo ya no está de moda en los amplios círculos de intelectuales burgueses. Además, si uno tiene que mencionar el marxismo, se lo podría tomar -Dios, no lo permita- por un materialista dialéctico. Es mejor evitar esta desacreditada palabra. ¿Con qué reemplazarla? Bueno, con “ciencia” por supuesto, incluso con Ciencia con mayúscula. Y la ciencia, como todo el mundo sabe, se basa en la “crítica” y los “experimentos”. Tiene su propio sonido: ¡Tan sólida, tan tolerante, tan falta de sectarismo, tan profesoral! Con esta fórmula se puede entrar en cualquier salón democrático.

Relea una vez más, por favor, su propia declaración: “En lugar de políticas conservadoras, debemos emplear una política audaz, flexible, crítica y experimental, en una palabra, una política científica”. ¡Usted no podía haberlo dicho mejor! Pero ésta es precisamente la fórmula que todos los empiristas pequeño-burgueses, todos los revisionistas y, los últimos pero los no menos importantes, todos los aventureros políticos han contrapuesto al “estrecho”, “limitado”, “dogmático” y “conservador” marxismo.

Buffon dijo una vez: “El estilo es el hombre”. La terminología política es no solamente el hombre, sino el partido. La terminología es uno de los elementos de la lucha de clases. Únicamente los pedantes sin vida pueden fracasar en entender esto. En su documento, usted borra cuidadosamente -sí, nadie más que usted, camarada Burnham- no sólo palabras tales como dialéctica y materialismo, sino también la de marxismo. Usted está por encima de todo esto. Usted es un hombre de ciencia “crítica”, “experimental”. Exactamente por la misma razón usted eligió el calificativo de “imperialismo” para definir la política exterior del Kremlin. Esta innovación lo diferencia de la terminología demasiado embarazosa de la Cuarta Internacional, al crear fórmulas menos rigurosas, menos “religiosas”, menos “sectarias”, comunes a usted y -oh, dichosa coincidencia- a la democracia burguesa.

¿Usted quiere experimentar? Pero permítame recordarle que el movimiento obrero posee una larga historia no exenta de experiencia, o si usted lo prefiere, de experimentos. Esta experiencia tan costosamente adquirida ha cristalizado en forma de una doctrina definida, el mismo marxismo cuyo nombre usted evita tan cuidadosamente. Antes de darle a usted el derecho a experimentar, el partido tiene derecho a preguntarle: ¿Qué método usará? Henry Ford difícilmente permitirá experimentar en su fábrica a un hombre que no hubiera asimilado las necesarias conclusiones del pasado desarrollo de la industria y de los innumerables experimentos ya efectuados. Además, los laboratorios de experimentación en las fábricas están cuidadosamente separados de la producción en masa. Mucho más impermisibles son todavía los experimentos de curanderos en el terreno del movimiento obrero, aun cuando se realicen bajo la bandera de la “ciencia” anónima. Para nosotros, la ciencia del movimiento obrero es el marxismo. La ciencia social sin nombre, la Ciencia con letra mayúscula, la dejamos completamente a disposición de Eastman y a los de su índole.

Sé que usted ha discutido con Eastman y que en algunas cuestiones usted ha argumentado muy bien. Pero usted discute con él como representante del mismo círculo y no como un agente del enemigo de clase. Usted reveló esto visiblemente en su artículo en común con Shachtman al terminarlo con la inesperada invitación a Eastman, Hook, Lyons, y el resto, a que sacaran partido de las páginas de “New International” para exponer sus concepciones. Ni siquiera se le ocurrió que hubieran podido plantear la cuestión de la dialéctica, obligándolo de este modo a salir de su diplomático silencio.

El 20 de enero del año pasado, mucho antes de esta discusión, en una carta al camarada Shachtman, insistí en la urgente necesidad de seguir atentamente el desarrollo interno del partido stalinista. Le escribía: “Sería mil veces más importante que invitar a Eastman, Lyons y los demás a presentar sus sudores personales. Me asombró un poco que usted le diera lugar al último arrogante e insignificante artículo de Eastman. Él tiene a su disposición ‘Harper’s Magazine’, ‘Modern Monthly’, ‘Common Sense’, etc. Pero estoy absolutamente perplejo de que usted personalmente *invitara* a esta gente a ensuciar las escasas páginas de ‘New International’. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos intelectuales pequeño-burgueses, pero no a los elementos revolucionarios. Tengo la firme convicción de que es necesaria cierta reorganización de ‘New International’ y del ‘Socialist Appeal’: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera; y más cerca de los obreros y, en este sentido, del partido stalinista”.

Como siempre en tales casos, Shachtman contestó en forma desatenta y sin cuidado. En realidad la cuestión se resolvió por el hecho de que los enemigos del marxismo a quienes había usted invitado, rehusaron aceptar la invitación. Este episodio, sin embargo, merece mayor atención. Por una parte, usted camarada Burnham, apoyado por Shachtman, invita a los demócratas burgueses a enviar amistosas explicaciones para publicarlas en las páginas de nuestro órgano partidario. Por otra, usted, apoyado por este mismo Shachtman, rehúsa entrar a discutir conmigo sobre la dialéctica y la naturaleza de clase del Estado soviético. ¿No significa esto que usted, conjuntamente con su aliado Shachtman, mira hacia los semi-adversarios burgueses y que le da la espalda a su propio partido? Hace mucho tiempo que Abern llegó a la conclusión de que el marxismo es una doctrina digna de atención, pero que una buena combinación opositora es algo mucho más sustancioso. Entretanto, Shachtman resbala y cae, consolándose con sabias tonterías. Creo, sin embargo, que su corazón está algo pesaroso. Después de llegar a cierto punto, espero que Shachtman se levantará y comenzará a subir nuevamente. Con esto expreso la esperanza de que su política fraccional “experimental” se producirá, al menos, en beneficio de la “Ciencia”.

“UN DIALÉCTICO INCONSCIENTE”

Usando como propia mi observación sobre Darwin, Shachtman ha dicho, según se me ha informado, que usted es un “dialéctico *inconsciente*”. Esta ambigua cortesía no contiene un ápice de verdad. Todo individuo es dialéctico en *una u otra medida*, en la mayor parte de los casos, inconscientemente. Un ama de casa sabe que cierta cantidad de sal condimenta agradablemente la sopa, pero que una cantidad mayor hace incomible la sopa. En consecuencia, una campesina analfabeta se guía al hacer la sopa, por la ley hegeliana de la transformación de la cantidad en cualidad. Podrían citarse infinita cantidad de ejemplos similares, obtenidos de la vida diaria. Hasta los animales llegan a sus conclusiones prácticas basándose no solamente en el silogismo aristotélico, sino también en la dialéctica hegeliana. Así, el zorro sabe que hay aves y cuadrúpedos gustosos y nutritivos. Al acechar a una liebre, a un conejo o a una gallina, el zorro deduce: esta criatura extraordinaria pertenece al tipo nutritivo y gustoso, y salta sobre la presa. Tenemos aquí un silogismo completo, aunque podemos suponer que el zorro no leyó nunca a Aristóteles. Cuando el mismo zorro, sin embargo, encuentra al primer animal que lo excede de tamaño, un lobo por ejemplo, extrae rápidamente la conclusión de que la cantidad se transforma en calidad, y procede a huir. Evidentemente, las patas del zorro están equipadas con tendencias hegelianas, aunque no plenamente conscientes. Todo esto demuestra, dicho sea de paso, que nuestros métodos de pensamiento, tanto la lógica formal como la dialéctica, no son construcciones arbitrarias de nuestra razón, sino más bien, expresiones de las verdaderas interrelaciones de la misma naturaleza. En este sentido, el universo entero está saturado de dialéctica “inconsciente”. Pero la naturaleza no se detuvo allí. Se produjo un no pequeño desarrollo antes de que las relaciones internas de la naturaleza fueran convertidas en el lenguaje de la conciencia de zorros y hombres, y que el hombre fuera capaz de generalizar estas formas de conciencia y transformarlas en categorías lógicas (dialécticas), creando así la posibilidad de indagar más profundamente en el mundo que nos rodea.

La expresión más acabada hasta hoy de las leyes de la dialéctica que rigen en la naturaleza y en la sociedad, nos ha sido dada hasta la fecha por Hegel y Marx. A pesar del hecho de que a Darwin no le interesó verificar sus métodos lógicos, su empirismo -el de un genio- en la esfera de las ciencias naturales alcanzó las más elevadas generalizaciones dialécticas. En este sentido, Darwin fue -como manifesté en mi anterior artículo- un “dialéctico inconsciente”. Sin embargo, no apreciamos a Darwin por su incapacidad para elevarse hasta la

dialéctica, sino porque, a pesar de su retraso filosófico, nos explicó el origen de las especies. Engels, debe señalarse, se exasperaba por el estrecho empirismo del método darwiniano, aunque él, como Marx, apreciaron inmediatamente la grandeza de la teoría de la selección natural. Darwin, por el contrario, permaneció, ¡ay!, ignorante del significado de la sociología de Marx hasta el fin de su vida. Si Darwin se hubiera declarado en la prensa contra la dialéctica o el materialismo, Marx y Engels lo habrían atacado con fuerza redoblada a fin de no permitir que su autoridad encubriera la reacción ideológica.

En la defensa de abogado hecha por Shachtman en el sentido de que usted es un “dialéctico inconsciente”, el énfasis debe colocarse en la palabra *inconsciente*. El objetivo de Shachtman (también parcialmente inconsciente) es defender su bloque con usted mediante la degradación del materialismo dialéctico. Porque, en realidad, Shachtman dice: la diferencia entre un dialéctico “consciente” y uno “inconsciente” no es tan grande como para que riñamos sobre ello. Shachtman intenta así desacreditar el método marxista.

Pero el mal va todavía más allá de esto. En el mundo hay muchos dialécticos inconscientes o semiconscientes. Algunos de ellos aplican excelentemente la dialéctica materialista a la política, aun cuando nunca se han interesado por las cuestiones de método. Sería obviamente una pedante estupidez atacar a tales camaradas. Pero es algo muy distinto con usted, camarada Burnham. Usted es un editor del órgano teórico cuya tarea consiste en educar al partido en el espíritu del método marxista. Sin embargo, usted es un *adversario consciente de la dialéctica*, y de ninguna manera un *dialéctico inconsciente*. Aun cuando usted haya seguido con éxito la dialéctica en las cuestiones políticas, como insiste Shachtman, es decir, aún cuando usted esté dotado de un “instinto” dialéctico, igual nos hubiéramos visto obligados a iniciar una lucha contra usted, porque su instinto dialéctico, como otras cualidades individuales, no puede ser transmitido a los demás, y porque el método dialéctico consciente, en uno u otro grado, puede hacerse accesible a todo el partido.

LA DIALÉCTICA Y MR. DIES

Incluso si usted tiene un instinto dialéctico -cosa que no entraré a juzgar- éste se ve ahogado por la rutina académica y por la altanería intelectual. Lo que llamamos instinto de clase del obrero acepta con relativa facilidad la

aproximación dialéctica a las cuestiones. No puede ni siquiera hablarse de semejante instinto de clase en un intelectual burgués. Únicamente superando *conscientemente* su espíritu pequeño-burgués, puede elevarse un intelectual divorciado del proletariado al nivel de la política marxista. Desgraciadamente, Shachtman y Abern están haciendo todo lo posible para obstruirle a usted este camino. Con su apoyo le prestan un muy pobre servicio, camarada Burnham.

Apoyado por su bloque, al que podríamos llamar “Liga del Abandono Fraccional”, usted comete un desatino tras otro: en filosofía, en sociología, en política, en la esfera organizativa. Sus errores no son accidentales. Usted trata toda cuestión aislándola, separándola de su conexión con las demás cuestiones, fuera de su conexión con los factores sociales e independientemente de la experiencia internacional. Usted carece del método dialéctico. A pesar de toda su educación, en política usted procede como un curandero.

En la cuestión del Comité Dies su galimatías se manifestó con no menor transparencia que en la cuestión de Finlandia. A mis argumentos en favor de utilizar este cuerpo parlamentario, usted contestó que la cuestión no debía decidirse de acuerdo a consideraciones de principios, sino por ciertas circunstancias especiales que sólo usted conocía, pero que se abstuvo de especificar. Permítame decirle cuáles eran esas circunstancias: su dependencia ideológica de la opinión pública burguesa. Aunque la democracia burguesa, en todas sus partes, incluido el Comité Dies, defiende con plena responsabilidad al régimen capitalista, se ve obligada, en interés de este mismo capitalismo, a distraer desvergonzadamente la atención de los órganos demasiado expuestos del régimen. ¡Una simple división del trabajo! ¡Un viejo fraude que aún, sin embargo, continúa operando efectivamente! En cuanto a los obreros, a quienes usted alude vagamente, una parte de ellos, y una muy considerable, está como usted bajo la influencia de la democracia burguesa. Pero el obrero medio, no infectado con los prejuicios de la aristocracia obrera, recibiría con alegría toda valiente palabra revolucionaria arrojada a la cara misma del enemigo de clase. Y cuanto más reaccionaria sea la institución que sirve como arena de combate, tanto más completa será la satisfacción del obrero. Esto ha sido demostrado por la experiencia histórica. El mismo Dies, asustado y retrocediendo a tiempo, demostró cuán falsa era su posición. Siempre es mejor obligar al enemigo a retirarse que esconderse sin batalla.

Pero en este punto veo la airada figura de Shachtman que me detiene con un gesto de protesta: “La oposición no asume la responsabilidad por la

posición de Burnham sobre el Comité Dies. Esta cuestión no toma carácter fraccional”, etc., etc. Conozco todo esto. ¡Como si lo único que le faltara a toda la oposición fuera expresarse en favor de la táctica del boicot, tan completamente sin sentido en este caso! Basta con que el líder de la oposición, que tiene una posición y que la ha expresado abiertamente, se pronunciara en favor del boicot. Si usted ha superado la edad en que se discute sobre “religión”, entonces, permítame confesarle que considero que toda la Cuarta Internacional ha superado la edad en que se considera el abstencionismo como la más revolucionaria de las políticas. Aparte de su falta de método, usted reveló en este caso una evidente falta de sagacidad política. En dicha situación, un revolucionario no hubiera necesitado discutir mucho antes de lanzarse por la puerta abierta por el enemigo, aprovechando al máximo la oportunidad. A aquellos miembros de la oposición que conjuntamente con usted se pronunciaron contra la participación en el Comité Dies -y su número no es tan pequeño- en mi opinión es necesario dictarles cursos especiales elementales a fin de explicarles las verdades más elementales de la táctica revolucionaria, que no tiene nada en común con el abstencionismo pseudo-radical de los círculos intelectuales.

“CUESTIONES POLÍTICAS CONCRETAS”

La oposición es más débil precisamente en el terreno donde se imagina que es particularmente fuerte: en el terreno de la política revolucionaria diaria. Esto se aplica sobre todo a usted, camarada Burnham. La impotencia frente a los grandes acontecimientos se manifestó en usted, como en toda la oposición, más evidentemente en las cuestiones de Polonia, de los Estados Bálticos y de Finlandia. Shachtman empezó por descubrir la piedra filosofal: el logro de una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en la Polonia ocupada. La idea era espléndida; lástima que Shachtman no tuvo oportunidad de ponerla en práctica. Los obreros avanzados de Polonia oriental podrían decir con razón: “Una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en un país ocupado por tropas tal vez podría resolverse en forma muy conveniente desde Bronx; pero aquí, en el lugar de los hechos, es más difícil. Nos gustaría oír a Burnham y Shachtman contestar esta “cuestión política concreta”: ¿Qué debemos hacer entre este momento y la llegada de la insurrección?” En el intervalo, el Estado

Mayor del ejército soviético llamó a los obreros y campesinos a que se apoderaran de las fábricas y de la tierra. Este llamamiento, con el apoyo de la fuerza armada, jugó un papel enorme en la vida del país ocupado. Los diarios de Moscú estaban literalmente desbordados de informes sobre el “entusiasmo” sin límites de los obreros y de los campesinos pobres. Deberíamos y debemos considerar estos informes con justificada desconfianza; no faltan las mentiras. Sin embargo, es inaceptable cerrar los ojos ante los hechos. La llamada a ajustar cuentas con los terratenientes y a expulsar a los capitalistas, no habría podido menos que elevar el espíritu de los vejados y oprimidos campesinos y obreros ucranianos y bielorrusos, que veían en el terrateniente polaco a un doble enemigo.

En el órgano parisino de los mencheviques que se solidariza con la democracia burguesa de Francia y no con la Cuarta Internacional, se aseveraba categóricamente que el avance del Ejército Rojo fue acompañado por una oleada de levantamientos revolucionarios, cuyos ecos llegaron hasta las masas campesinas de Rumania. Lo que agrega una importancia especial a los despachos de este órgano, es la estrecha conexión que tiene con los mencheviques, los dirigentes del Bund judío, el Partido Socialista Polaco y otras organizaciones hostiles al Kremlin y que huyeron de Polonia. Estábamos, pues, en una posición completamente correcta cuando dijimos a los bolcheviques de Polonia oriental: “En común con los obreros y campesinos, y en el frente de batalla, deben conducir la lucha contra los terratenientes y capitalistas; no se separen de las masas a pesar de todas sus ilusiones, lo mismo que los revolucionarios rusos no se separaron de las masas que aún no se habían liberado de sus esperanzas en el Zar (el domingo sangriento del 22 de enero de 1905); eduquen a las masas en el transcurso de la lucha, adviértanles contra ingenuas esperanzas en Moscú, pero no se separen de ellas; peleen en su campo, traten de extender y profundizar su lucha y de darles la mayor independencia posible. Únicamente de esta manera prepararán la próxima insurrección contra Stalin”. El desarrollo de los acontecimientos en Polonia ha confirmado completamente esta directiva, que era una continuación y un desarrollo de todas nuestras políticas previas, particularmente en España.

Como no existen diferencias de principios entre las situaciones polaca y finlandesa, no tenemos por qué cambiar nuestra directiva. Pero la oposición, que no fue capaz de comprender el significado de los acontecimientos polacos, trata ahora de aferrarse a Finlandia como a una nueva ancla de salvación.

“¿Dónde está la guerra civil en Finlandia? Trotsky habla de una guerra civil. No hemos visto en la prensa ninguna referencia a ella”, etc. La cuestión de Finlandia aparece ante la oposición como distinta, en principio, de la cuestión de Ucrania occidental y de Bielorrusia. Cada cuestión es aislada y vista separada y aparte del curso general del desarrollo. Confundida por la sucesión de los acontecimientos, la oposición busca en cada ocasión de apoyarse en alguna circunstancia accidental, secundaria, temporal y coyuntural.

¿Significan esos gritos sobre la ausencia de guerra civil en Finlandia que la oposición asumiría nuestra política si la guerra civil se desencadenara realmente en Finlandia? ¿Sí o no? En caso afirmativo, la oposición condenaría su propia política en relación a Polonia, dado que allí, a pesar de la guerra civil, se limitó a rehusar su participación en los acontecimientos, mientras esperaba un levantamiento simultáneo contra Stalin y Hitler. Es evidente, camarada Burnham, que usted y sus aliados no han pensado hasta el fin esta cuestión.

¿Qué hay sobre mi afirmación referente a una guerra civil en Finlandia? Al comienzo de las hostilidades militares podía haberse conjeturado que Moscú realizaría una “pequeña” expedición punitiva para lograr un cambio de gobierno en Helsinki y establecer con Finlandia relaciones similares a las que tiene con los demás Estados Bálticos. Pero la creación del gobierno de Kuusinen en Terijoki demostró que Moscú tenía otros planes y otros fines. Los despachos informaron luego de la formación de un “Ejército Rojo” finlandés. Naturalmente, sólo se trataba de pequeñas formaciones creadas desde arriba. Se dio a conocer el programa de Kuusinen. Los despachos hablaron después de la división de grandes propiedades entre los campesinos pobres. En su totalidad, estos despachos significaban la intención de Moscú de organizar una guerra civil. Naturalmente, ésta es una guerra civil de un tipo especial. No surge espontáneamente de las profundidades de las masas populares. No se realiza bajo la dirección del partido revolucionario finlandés apoyándose en las masas. Es introducida con bayonetas desde fuera. Es controlada por la burocracia de Moscú. Todo esto lo sabemos, y ya lo consideramos al discutir sobre Polonia. Sin embargo, se trata precisamente de una guerra civil, de un llamamiento a los pobres, a las capas más bajas, para que expropien a los ricos, los expulsen, los arresten, etc. No conozco ningún otro nombre para estas acciones que el de guerra civil.

“Pero, después de todo, la guerra civil en Finlandia no se desencadenó”, objetan los líderes de la oposición. “Esto significa que sus predicciones no se

materializaron”. Con la derrota y retirada del Ejército Rojo, respondo, la guerra civil no puede desarrollarse en Finlandia, por supuesto, bajo las bayonetas de Mannerheim. Este hecho no es argumento contra mí, sino contra Shachtman; ya que demuestra que en las primeras etapas de la guerra, en un momento en que la disciplina en los ejércitos es aún fuerte, es mucho más fácil organizar la insurrección, y además en dos frentes, desde Bronx que desde Terijoki.

No previmos las derrotas de los primeros destacamentos del Ejército Rojo. No podíamos haber previsto el grado en que reinan la estupidez y la desmoralización en el Kremlin y en las cumbres del ejército decapitado por el Kremlin. Sin embargo, se trata sólo de un episodio militar, que no puede determinar nuestra línea política. Si Moscú, después de su primer intento fracasado, desiste totalmente de toda nueva ofensiva contra Finlandia, entonces el hecho mismo que hoy oscurece a los ojos de la oposición toda la situación mundial, desaparecería del orden del día. Pero hay pocas probabilidades para esto. Por otra parte, si Inglaterra, Francia y Estados Unidos, partiendo de Escandinavia, fueran en ayuda de Finlandia con fuerza militar, entonces la cuestión finlandesa desaparecería en una guerra entre la URSS y los países imperialistas. En este caso, podemos esperar que incluso a la mayoría de los opositores le venga a la memoria el programa de la Cuarta Internacional.

En el momento actual, sin embargo, a la oposición no le interesan estas dos variantes: ni la suspensión de la ofensiva por parte de la URSS ni el estallido de hostilidades entre la URSS y las democracias imperialistas. A la oposición únicamente le interesa la cuestión aislada de la invasión de Finlandia por la URSS. Muy bien, consideremos esto como punto de partida. Si la segunda ofensiva, como se puede presumir, está mejor preparada y conducida, entonces el avance del Ejército Rojo dentro del país planteará de nuevo la cuestión de la guerra civil en el orden del día y en una escala mucho mayor que durante la primera tentativa fracasada ignominiosamente. Nuestra directiva, en consecuencia, sigue teniendo plena validez en tanto la cuestión permanezca en el orden del día. ¿Pero qué propone la oposición para el caso de que el Ejército Rojo avance con éxito en Finlandia y se desencadene allí la guerra civil? La oposición, aparentemente, no piensa en absoluto en esto, puesto que vive de un día para otro, de un incidente al otro, aferrándose a los episodios y a las frases aisladas de un editorial, alimentando simpatías y antipatías, y creando de este modo para sí la semblanza de una plataforma. La debilidad de los

empiristas y de los impresionistas se ha revelado siempre con mayor claridad en su aproximación a las “cuestiones políticas concretas”.

DESCONCIERTO TEÓRICO Y ABSTENCIONISMO POLÍTICO

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición -aunque puedan ser contradictorios- dos rasgos generales recorren como un hilo conductor desde los pináculos de la teoría hasta los más insignificantes episodios políticos. El primer rasgo general es la falta de una concepción unificada. Los líderes de la oposición separan la sociología del materialismo dialéctico. Separan la política de la sociología. En el campo de la política, separan nuestras tareas en Polonia de nuestra experiencia en España, nuestras tareas en Finlandia de nuestra posición sobre Polonia. La historia se ve transformada en una serie de incidentes excepcionales; la política se ve transformada en una serie de improvisaciones. Tenemos aquí, en el pleno sentido de la palabra, la desintegración del marxismo, la desintegración del pensamiento teórico, la desintegración de la política en sus elementos constituyentes. El empirismo y su hermano adoptivo, el impresionismo, domina de arriba abajo. Es por eso por lo que la dirección ideológica, camarada Burnham, recae sobre usted como adversario de la dialéctica, como empirista que no se sonroja por su empirismo.

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición, hay un segundo rasgo general íntimamente ligado al primero, esto es, una tendencia a abstenerse de la participación activa, una tendencia a la autoeliminación, al abstencionismo, naturalmente bajo la cubierta de frases ultrarradicales. Usted está a favor del derrocamiento de Stalin y Hitler en Polonia, de Stalin y Mannerheim en Finlandia. Y hasta ese momento, rechaza a ambos bandos por igual, en otras palabras, abandona la lucha incluida la guerra civil. Su cita sobre la ausencia de guerra civil en Finlandia es solamente un accidental argumento coyuntural. Si la guerra civil se desencadenara, la oposición tratará de ignorarla, como intentó ignorarla en Polonia, o declarará que tanto más cuanto que la política de la burocracia de Moscú es de carácter “imperialista”, “nosotros” no participaremos en este sucio negocio. Diciendo seguir la pista de las tareas políticas “concretas”, la oposición se pone de hecho fuera del proceso histórico. Su posición con respecto al Comité Dies merece atención, camarada Burnham,

precisamente porque es una expresión gráfica de esta misma tendencia de abstencionismo y desconcierto. Su principio orientador sigue siendo el mismo: “Gracias, no fumo.”

Naturalmente, todo hombre, todo partido e incluso toda clase puede quedar perplejo. Pero en lo que se refiere a la pequeñoburguesía, el desconcierto, especialmente ante los grandes acontecimientos, es una condición ineludible y, por así decir, congénita. Los intelectuales tratan de expresar su estado de perplejidad en el lenguaje de la “ciencia”. La plataforma contradictoria de la oposición refleja el desconcierto pequeñoburgués expresado en el lenguaje rimbombante de los intelectuales. No hay nada de proletario en ello.

LA PEQUEÑOBURGUESÍA Y EL CENTRALISMO

En el terreno organizativo, su opinión es tan esquemática, empírica y no revolucionaria como en el terreno de la teoría y la política. Un Stolberg busca, linterna en mano, una revolución ideal, que no sea acompañada por excesos e inmunizada contra el Thermidor y la contrarrevolución; usted, de la misma manera, busca una democracia partidaria ideal que garantice para siempre y para todos la posibilidad de decir y hacer cualquier cosa que brote en su cabeza, y asegure al partido contra la degeneración burocrática. Usted olvida un detalle, a saber, que el partido no es un campo para la afirmación de la libre individualidad, sino un instrumento de la revolución proletaria; que únicamente una revolución victoriosa puede evitar no solamente la degeneración del partido, sino la del proletariado mismo y la de toda la civilización moderna. Usted no ve que nuestra sección americana no está enferma de demasiado centralismo -es risible aún el mencionarlo-, sino de un monstruoso abuso y desfiguración de la democracia por parte de los elementos pequeñoburgueses. Esta es la raíz de la crisis actual.

El obrero pasa el día en la fábrica. Tiene comparativamente pocas horas para dedicar al partido. En las reuniones le interesa aprender las cosas más importantes: la valoración correcta de la situación y las conclusiones políticas. El aprecia a aquellos dirigentes que hacen esto en la forma más clara y precisa, y que acompañan su marcha a la de los acontecimientos. Los pequeñoburgueses, y especialmente los elementos desclasados, divorciados del proletariado, vegetan en un ambiente cerrado y artificial. Tienen mucho

tiempo para debatir sobre política o su sustituto. Observan los errores, intercambian toda clase de chismes y parloteos relacionados con lo que pasa en las “cumbres” del partido. Siempre localizan a un dirigente que los inicie en todos los “secretos”. La discusión es su elemento natural. Ninguna cantidad de democracia les basta. Para su guerra de palabras buscan la cuarta dimensión. Se vuelven nerviosos, giran en un círculo vicioso y sacian su sed con agua salada. ¿Quieren saber cuál es el programa organizativo de la oposición? Consiste en una loca búsqueda de la cuarta dimensión de la democracia partidaria. En la práctica, esto significa enterrar la política debajo de la discusión; y enterrar el centralismo bajo la anarquía de los círculos intelectuales. Cuando algunos miles de obreros se unan al partido, llamarán severamente al orden a los anarquistas pequeñoburgueses. Cuanto más pronto, mejor.

CONCLUSIONES

¿Por qué me dirijo a usted y no a los otros líderes de la oposición? Porque usted es el líder ideológico del bloque. La fracción del camarada Abern, carente de programa y de bandera, necesita siempre una pantalla. En un tiempo, Shachtman sirvió como pantalla, después vino Muste con Spector, y ahora usted, con Shachtman adaptándose a usted. Yo considero su ideología como la expresión de la influencia burguesa dentro del proletariado.

A algunos camaradas el tono de esta carta tal vez les parezca un poco incisivo. Sin embargo, confieso que he hecho todo lo posible por contenerme. Porque, después de todo, se trata ni más ni menos que de un intento de renunciar, descalificar y destruir los fundamentos teóricos, los principios políticos y los métodos organizativos de nuestro movimiento.

En reacción a mi anterior artículo se ha dicho que el camarada Abern señaló: “Esto significa la escisión”. Semejante respuesta demuestra sencillamente que Abern carece de devoción al partido y a la Cuarta Internacional; es un hombre de círculo. En todo caso, las amenazas de ruptura no nos impedirán que presentemos un análisis marxista de las diferencias. Para nosotros, marxistas, no es cuestión de escisión, sino de educación del partido. Tengo la firme esperanza de que el próximo congreso rechazará despiadadamente a los revisionistas.

El congreso, en mi opinión, debe declarar categóricamente que los dirigentes de la oposición, en sus esfuerzos por separar la sociología del materialismo dialéctico y la política de la sociología, han roto con el marxismo y se han transformado en el mecanismo de transmisión del empirismo pequeñoburgués. A la vez que reafirma -de manera decisiva y completa- su lealtad a la doctrina marxista y a los métodos políticos y organizativos del bolchevismo, a la vez que dedica los comentarios editoriales de sus publicaciones oficiales a promulgar y defender esta doctrina y estos métodos, el partido abrirá en el futuro, por supuesto, las páginas de sus publicaciones a aquellos de sus miembros que se consideren capaces de aportar algo nuevo a la doctrina del marxismo. Pero no permitirá que se juegue al escondite con el marxismo ni que se hagan frívolos sarcasmos sobre él.

La política de un partido tiene un carácter de clase. Sin un análisis de clase del Estado, de los partidos y de las tendencias ideológicas, es imposible llegar a una orientación política correcta. El partido debe condenar como vulgar oportunismo el intento de determinar la política relacionada con la URSS de incidente en incidente e independientemente de la naturaleza de clase del Estado soviético.

La desintegración del capitalismo, que engendra un agudo descontento en la pequeñoburguesía y que empuja hacia la izquierda a sus capas más bajas, abre grandes posibilidades, pero encierra también graves peligros. La Cuarta Internacional necesita solamente a aquellos provenientes de la pequeñoburguesía que hayan roto completamente con su pasado social y que hayan adoptado decisivamente el punto de vista del proletariado.

Este cambio teórico y político debe estar acompañado por una verdadera ruptura con el viejo ambiente y con el establecimiento de una íntima ligazón con los trabajadores, en particular, con la participación en el reclutamiento y la educación de obreros para el partido. Los provenientes del medio pequeñoburgués que hayan demostrado ser incapaces de convivir en el medio proletario deben ser transferidos después de un cierto tiempo, de la categoría de miembros del partido al estado de simpatizantes.

Los miembros del partido que no hayan sido puestos a prueba en la lucha de clases, no deben ser colocados en posiciones responsables. No importa cuán inteligente o consagrado al socialismo sea un proveniente del medio burgués, antes de convertirse en maestro debe pasar primero por la escuela de la clase trabajadora. Los jóvenes intelectuales no deben ser colocados a la cabeza de la

juventud intelectual, sino que deben ser enviados a provincias durante algunos años, a los centros genuinamente proletarios, para realizar duros trabajos prácticos.

La composición de clase del partido debe corresponder a su programa de clase. O la sección americana de la Cuarta Internacional se proletariza, o dejará de existir.

¡Camarada Burnham! Si podemos llegar a un acuerdo con usted sobre la base de estos principios, entonces no habrá dificultad en encontrar una política correcta con respecto a Polonia, Finlandia e incluso la India. Al mismo tiempo, me comprometo a ayudarle a desarrollar una lucha contra cualquier manifestación de burocratismo y de conservadurismo. Estas son, en mi opinión, las condiciones necesarias para cerrar la crisis actual.

Con saludos bolcheviques,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.,

CARTA A JAMES P. CANNON

9 de enero de 1940

Querido amigo:

Ayer envié el texto ruso de mi nuevo documento escrito en forma de carta a Burnham. Posiblemente no todos los camaradas estén de acuerdo en que atribuya el papel más importante en el debate a la cuestión de la dialéctica. Pero estoy seguro de que ahora es el único camino, comenzar la educación teórica del Partido, especialmente de la juventud, e impulsar una reversión del empirismo y eclecticismo.

W. Rork(León Trotsky)

CARTA A FARRELL DOBBS

10 de enero de 1940

Querido amigo:

En mi artículo enviado a Wright para su traducción, no menciono para nada dos cuestiones:

Primero, la del conservadurismo burocrático. Creo que discutimos un poco este asunto con usted aquí. Como tendencia política, el conservadurismo burocrático representa los intereses materiales de una cierta capa social, en concreto de la privilegiada burocracia obrera en los estados capitalistas, especialmente en los imperialistas, y en un grado incomparablemente más alto en la URSS. Sería fantástico, por no decir estúpido, buscar tales raíces del “conservadurismo burocrático” en la mayoría. Si el burocratismo y el conservadurismo no están determinados por condiciones sociales, entonces representan rasgos en los caracteres personales de algunos dirigentes. Tales cosas suceden. ¿Pero cómo explicar en este caso la formación de una fracción? ¿Es una selección de individualidades conservaduristas? Tenemos aquí una explicación psicológica y no política. Si aceptamos (yo personalmente no) que Cannon, por ejemplo, tiene tendencias burocráticas, entonces llegaremos inevitablemente a la conclusión de que la mayoría apoya a Cannon *a pesar* de este rasgo y no a *causa* de él. Significa que la cuestión de los fundamentos sociales de la lucha fraccional, ni siquiera es mencionada por los dirigentes de la minoría.

Segundo, con el fin de comprometer mi “defensa” de Cannon, ellos insisten en que defendí equivocadamente a Molinier. Soy el último en negar que puedo cometer errores de naturaleza política, así como de valoraciones personales. Pero a pesar de todo, el argumento no es muy profundo. Nunca apoyé las falsas teorías de Molinier. Fue especialmente un asunto de su carácter personal: brutalidad, falta de disciplina y sus asuntos financieros privados. Algunos camaradas, entre ellos Vereecken, insistieron en la inmediata separación de Molinier. Yo insistí en la necesidad para la organización de tratar de disciplinar a Molinier. Pero en 1934, cuando Molinier trató de reemplazar el programa del partido por “cuatro consignas” y creó un periódico sobre estas bases, yo estuve entre los que propusieron su expulsión. Esta es toda la historia. Se puede ser de

opinión diferente sobre la sensatez de mi conducta paciente respecto de Molinier; sin embargo, yo me guiaba, por supuesto, no por los intereses personales de Molinier, sino por los intereses de educación del partido: nuestras propias secciones heredaron algún veneno del Comintern en el sentido de que muchos camaradas se inclinan a abusar de medidas como expulsiones, rupturas o amenazas de expulsiones y rupturas. En el caso de Molinier, así como en el caso de algunos camaradas americanos (Field, Weisbord y algunos otros), estuve a favor de una actitud más paciente. En varios casos tuve éxito, en varios otros fracasé. Pero no me arrepiento de ningún modo de mi actitud paciente hacia algunas figuras dudosas de nuestro movimiento. En cualquier caso, mi “defensa” de ellos nunca fue un bloque a expensas de los principios. Si alguien propusiera, por ejemplo, expulsar al camarada Burnham, me opondría enérgicamente a ello. Pero al mismo tiempo, veo necesario llevar adelante la más enérgica lucha ideológica contra sus concepciones anti-marxistas.

Suyo fraternalmente,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.

CARTA A JOHN G. WRIGHT

13 de enero de 1940

Querido camarada Wright:

Estoy completamente de acuerdo con su valoración del folleto del camarada Shachtman. Es el *débil* Shachtman multiplicado por la pasión fraccional. Carece de esa pequeña cosa llamada el punto de vista proletario. Vive en el reino de las sombras literarias: cuando mira hacia el proletariado y el marxismo, sus sombras son útiles puesto que corresponden más o menos a la realidad; ahora da la espalda a la mayoría proletaria del partido y al marxismo y, como resultado, cada palabra que escribe es una fantástica y falsa interpretación de los hechos y las ideas. Ahora me veo obligado a perder otra vez un par de días para analizar de manera más atenta su artículo absolutamente extravagante. Espero demostrar a los miembros del Partido, incluyendo a la mayoría de la minoría, que el documento de Shachtman es, en cada línea, una ruptura patética con el marxismo y con el bolchevismo.

Suyo fraternalmente,
León Trotsky

CARTA A JAMES P. CANNON

16 de enero de 1940

Querido amigo:

Qué escrito más miserable es la carta abierta de Shachtman. Su único mérito es que me fuerza a decirle la verdad absoluta sobre su política. Mi contestación está ya dictada, sólo tengo que pulirla. Desafortunadamente no va a ser más breve que mi carta a Burnham.

León Trotsky

CARTA A WILLIAM F. WARDE^{9*}

16 de enero de 1940

Querido camarada Warde:

Usted es, comparativamente, uno de los pocos camaradas que están interesados seriamente en las cuestiones metodológicas de nuestro movimiento. ¿No cree usted que su intervención en la discusión, desde *este* punto de vista, sería muy útil?

Los amigos me escriben que el interés por el materialismo dialéctico en nuestro partido, especialmente entre la juventud, es muy vivo. ¿No cree usted que los camaradas que puedan orientar este interés, deberían formar ahora una asociación puramente teórica, con el propósito de promover en el partido las doctrinas del materialismo dialéctico? Usted mismo, el camarada Wright, el camarada Gerland (muy familiarizado con el tema) puedan posiblemente formar el primer núcleo de tal asociación, por supuesto, bajo el control del departamento de propaganda del Comité Nacional. Ciertamente, es sólo una vaga sugerencia desde lejos, que debe ser discutida con las instituciones responsables del partido.

Suyo camaraderilmente,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.

CARTA A JOSEPH HANSEN

18 de enero de 1940

Querido Joe:

Mi artículo contra Shachtman está ya escrito. Ahora necesito pulirlo en dos días, y voy a tratar de usar algunas de tus citas.

Pero desearía hablar aquí de otra cuestión más importante. Algunos de los dirigentes de la oposición están preparando una escisión; para ello presentarán a la oposición, en el futuro, como minoría perseguida. Es muy característico de su mentalidad. Creo que debemos responderles aproximadamente como sigue:

“¿Están ya preocupados por nuestras represiones futuras? Les proponemos garantías mutuas para la futura minoría, independientemente de quien pueda ser esta minoría, ustedes o nosotros. Estas garantías podrían ser formuladas en 4 puntos: 1) No prohibición de fracciones; 2) Ninguna otra restricción a la actividad fraccional, más que las dictadas por la necesidad de acción común; 3) Las publicaciones oficiales deben, por supuesto, representar la línea establecida por el nuevo congreso; 4) La futura minoría puede tener, si lo desea, un boletín interno destinado a los miembros del partido, o un boletín común de discusión con la mayoría.”

La continuación de los boletines de discusión inmediatamente luego de una larga discusión y un congreso no es, por supuesto, una regla, sino una excepción, además deplorable. Pero no somos en ningún modo burócratas. No tenemos reglas inmutables. También en el terreno organizativo somos dialécticos. Si tenemos en el partido una minoría importante que no está satisfecha con las decisiones del congreso, es incomparablemente más preferible legalizar la discusión tras el congreso que tener una escisión.

Podemos ir, si es necesario, incluso más lejos, y proponerles publicar, bajo la supervisión del nuevo Comité Nacional, una colección de artículos especiales de la discusión, no sólo para los miembros del partido, sino para el público en general. Debemos ir lo más lejos posible al respecto, con el fin de desarmar sus quejas, como mínimo prematuras, y obstaculizarles el provocar una escisión.

Por mi parte, creo que la prolongación de la discusión, si es canalizada con buena voluntad por ambas partes, sólo puede servir para la educación del partido en las actuales condiciones.

Pienso que la mayoría debe hacer estas proposiciones oficialmente en el Comité Nacional, por escrito. Cualquiera que pueda ser la respuesta, el partido puede sólo ganar.

Con los mejores saludos,
Cornell (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

DE UN RASGUÑO, AL PELIGRO DE GANGRENA

La discusión se desarrolla de acuerdo con su propia lógica interna. Cada campo, conforme a su carácter social y su fisonomía política, trata de golpear en aquellos puntos en que su rival es más débil y vulnerable. Eso es precisamente lo que determina el curso de la discusión, y no los planes *a priori* de los líderes de la oposición. Es tardío y estéril lamentar ahora el estallido de la discusión. Sólo es necesario vigilar atentamente el papel jugado por los provocadores stalinistas, que indiscutiblemente hay en el partido y que tienen órdenes de envenenar la atmósfera de la discusión y dirigir la lucha ideológica hacia la escisión. No es tan difícil reconocer a estos caballeros; su celo es excesivo y, por supuesto, artificial; reemplazan las ideas y los argumentos con chismes y calumnias. Hay que descubrirlos y expulsarlos mediante los esfuerzos conjuntos de ambas fracciones. Pero la lucha principal debe ser llevada hasta el fin, es decir, hasta una seria clarificación de las cuestiones más importantes que han sido planteadas. Es necesario aprovechar así la discusión para que eleve el nivel teórico del partido.

Una considerable proporción de los miembros de la sección americana, así como toda nuestra joven Internacional, vino a nosotros de la Comintern en su período de decadencia o de la Segunda Internacional. Estas son malas escuelas. La discusión ha revelado que amplios círculos del partido carecen de una firme educación teórica. Es suficiente referirnos, por ejemplo, a la circunstancia de que la sección de Nueva York del partido no respondió con un vigoroso reflejo defensivo a los intentos de una frívola revisión del programa y de la doctrina marxista, sino que, por el contrario, dio apoyo en su mayoría a los revisionistas. Esto es lamentable, aunque remediable en la medida en que nuestra sección

americana y toda la Internacional están integradas por individuos honestos que buscan sinceramente su camino hacia la vía revolucionaria. Ellos tienen deseo y voluntad de aprender. Pero no hay tiempo que perder. Es precisamente la penetración del partido en los sindicatos y en los medios obreros, en general, lo que exige la elevación de la calidad teórica de nuestros cuadros. Al decir cuadros no me refiero al “aparato”, sino al partido en su conjunto. Todo miembro del partido debe considerarse un oficial del ejército proletario.

“¿Desde cuándo se han vuelto especialistas en la cuestión de la filosofía?”, preguntan ahora, irónicamente, los opositores a los representantes de la mayoría. La ironía está aquí completamente fuera de lugar. El socialismo científico es la expresión consciente del proceso histórico inconsciente, es decir, de la tendencia elemental e instintiva del proletariado a reconstruir la sociedad sobre principios comunistas. Estas tendencias orgánicas de la psicología de los obreros saltan hoy a la vida con suma rapidez, en la época de crisis y de guerras. La discusión ha revelado detrás de todo problema un conflicto en el partido entre una tendencia pequeñoburguesa y una tendencia proletaria. La tendencia pequeñoburguesa revela su confusión en su esfuerzo por reducir el programa del partido a la moneda de las cuestiones “concretas”. La tendencia proletaria, por el contrario, procura correlacionar todas las cuestiones parciales en una unidad teórica. Lo que está en juego actualmente no es la medida en que los miembros individuales de la mayoría aplican conscientemente el método dialéctico. Lo importante es el hecho de que la mayoría en su conjunto se orienta hacia el planteamiento proletario de los problemas, y precisamente por eso tiende a asimilar la dialéctica, que es el “álgebra de la revolución”. Los opositores -según se me informa- reciben con estallidos de risa la simple mención de la “dialéctica”. En vano. Este método indigno no ayudará. La dialéctica del proceso histórico más de una vez ha castigado cruelmente a quienes trataron de burlarse de ella.

El último artículo del camarada Shachtman, “Carta abierta a León Trotsky”, es un síntoma alarmante. Revela que Shachtman renuncia a aprender de la discusión y que, en su lugar, persiste en ahondar sus errores, explotando para ello no solamente el inadecuado nivel teórico del partido, sino también los prejuicios específicos de su ala pequeñoburguesa. Todo el mundo conoce la facilidad con que Shachtman consigue reunir diversos episodios históricos alrededor de uno u otro eje. Esta capacidad hace de Shachtman un periodista de talento. Desgraciadamente, esto por sí mismo no basta. La cuestión

fundamental es qué eje elegir. Shachtman siempre está absorbido por el reflejo de la política en la literatura y en la prensa. No le interesa el verdadero proceso de la lucha de clases, la vida de las masas, la interrelación entre las diferentes capas dentro de la clase obrera propiamente dicha, etc. He leído no pocos excelentes y hasta brillantes artículos de Shachtman, pero no he visto nunca ni un solo comentario suyo que profundice realmente en la vida de la clase obrera americana o de su vanguardia.

Es necesario hacer una salvedad en este punto: aquí no está representado solamente el defecto personal de Shachtman, sino que es el destino de toda una generación revolucionaria que, debido a una especial coyuntura de condiciones históricas, creció al margen del movimiento obrero. Tuve ocasión de hablar y escribir más de una vez, en el pasado, sobre el peligro de que degenerasen estos valiosos elementos *a pesar* de su dedicación a la revolución. Lo que en su día fue una inevitable característica de la adolescencia, se ha transformado en debilidad. La debilidad invita a la enfermedad. Si se descuida la enfermedad puede ser fatal. Para escapar a este peligro es necesario abrir conscientemente un nuevo capítulo en el desarrollo del partido. Los propagandistas y periodistas de la Cuarta Internacional deben comenzar un nuevo capítulo de su propia conciencia. Es necesario rearmarse. Es necesario girar sobre el propio eje: volver la espalda a los intelectuales pequeñoburgueses, y mirar hacia los obreros.

Sería difícil concebir un error más peligroso para el partido que considerar como la causa de su crisis actual el conservadurismo de su sector obrero; buscar una solución a la crisis a través del triunfo del bloque pequeñoburgués. En realidad, la clave de la actual crisis consiste en el conservadurismo de los elementos pequeñoburgueses que han pasado por una escuela puramente propagandística y que no han encontrado todavía una senda hacia el camino de la lucha de clases. La crisis actual es la lucha final de estos elementos por la autoconservación. Como individuo todo opositor puede encontrar, si lo quiere firmemente, un lugar digno dentro del movimiento revolucionario. Como fracción están condenados. En la lucha que se desarrolla, Shachtman no está en el campo en que debiera estar. Como siempre en estos casos, sus rasgos fuertes han pasado a segundo plano, mientras sus rasgos débiles, por otra parte, han asumido una expresión particularmente acabada. Su "Carta abierta" representa, por así decir, una cristalización de sus rasgos débiles.

Shachtman ha olvidado un detalle: su posición de clase. De aquí sus extraordinarios zigzags, sus saltos e improvisaciones. Reemplaza el análisis de

clase con anécdotas históricas desconectadas, con el único propósito de ocultar su propio cambio, de camuflar la contradicción entre su pasado y su presente. Ese es el proceder de Shachtman con respecto a la historia del marxismo, a la historia de su propio partido y a la historia de la Oposición Rusa. Al hacerlo, acumula errores sobre errores. Todas las analogías históricas a que recurre hablan, como veremos, contra él.

Es mucho más difícil corregir los errores que cometerlos. Debo pedir paciencia al lector para seguir conmigo, paso a paso, todos los zigzags de las operaciones mentales de Shachtman. Por mi parte, prometo no reducirme simplemente a exponer los errores y contradicciones, sino a contraponer desde el principio hasta el fin la posición proletaria contra la pequeñoburguesa, la posición marxista contra la ecléctica. De esta manera, todos nosotros, tal vez, aprendamos algo de la discusión.

“PRECEDENTES”

“¿Cómo es que nosotros, revolucionarios irreconciliables, nos hemos transformado tan repentinamente en una tendencia pequeñoburguesa?”, exclama Shachtman con indignación. ¿Dónde están las pruebas? “¿En qué (se ha) manifestado esta tendencia durante el año (!) o los dos años pasados entre los portavoces representantes de la minoría?” (“Boletín interno”, vol. II, N.º 7, enero de 1940, pág. 11.) ¿Por qué no sucumbimos en el pasado a la influencia de la democracia pequeñoburguesa? ¿Por qué durante la guerra civil española...? y así interminablemente. Este es el argumento fuerte de Shachtman desde que comenzó su polémica contra mí y sobre el que ha tocado variaciones en todos los tonos, dándole aparentemente excepcional importancia. Ni siquiera ha entrado en la cabeza de Shachtman que puedo volver este argumento contra él.

El documento de la oposición “La guerra y el conservadurismo burocrático” admite que Trotsky tiene razón en nueve casos de diez, tal vez en noventa y nueve casos de cien. Comprendo perfectamente bien el carácter calificado y extremadamente magnánimo de esta concesión. La proporción de mis errores es, en verdad, considerablemente mayor. Cómo explicar, entonces, el hecho de que dos o tres semanas después de que fuese escrito este documento, Shachtman decidiese repentinamente que Trotsky:

a) Es incapaz de una actitud crítica hacia la información que se le suministra, aunque uno de sus informadores ha sido, durante diez años, el mismo Shachtman.

b) Es incapaz de distinguir una tendencia proletaria de una tendencia pequeñoburguesa, una tendencia bolchevique de una tendencia menchevique.

c) Es el defensor de la absurda “revolución burocrática” en lugar de la revolución de las masas.

d) Es incapaz de elaborar una respuesta correcta a las cuestiones concretas de Polonia, Finlandia, etc.

e) Manifiesta una tendencia a capitular ante el stalinismo.

f) Es incapaz de comprender el significado del centralismo democrático... y así *ad infinitum*.

En una palabra, durante el espacio de dos o tres semanas, Shachtman ha descubierto que he cometido errores en noventa y nueve casos de cien, especialmente cuando el mismo Shachtman está de por medio. Se me ocurre que este último porcentaje sufre también una ligera exageración, pero esta vez en sentido opuesto. En todo acontecimiento, Shachtman descubrió mi tendencia a reemplazar la revolución de las masas por la “revolución burocrática” mucho más abruptamente de lo que yo descubrí su desviación pequeñoburguesa.

El camarada Shachtman me invita a presentar pruebas de la existencia de una “tendencia pequeñoburguesa” en el partido durante el año pasado o aún hace dos o tres años. Shachtman está completamente justificado por no querer referirse al pasado más distante. Pero de acuerdo con la invitación de Shachtman, me reduciré a los últimos tres años. Por favor pongan atención. A las cuestiones retóricas de mi despiadado crítico contestaré con algunos fieles documentos.

I

El 25 de mayo de 1937, escribí a Nueva York con respecto a la política de la fracción bolchevique-leninista del Partido Socialista:

“...Debo citar dos recientes documentos: a) la carta privada de “Max” sobre el congreso y b) el artículo de Shachtman titulado “Hacia un Partido Socialista Revolucionario”. El título solo de este artículo caracteriza una falsa perspectiva. Me parece que se ha establecido por el desarrollo de los acontecimientos, incluido el último congreso, que el partido está evolucionando no hacia un

partido “revolucionario”, sino hacia una especie de ILP, es decir, a un miserable aborto político centrista sin ninguna perspectiva.

La afirmación de que el Partido Socialista Americano está actualmente “más cerca de la posición del marxismo revolucionario que ningún otro partido de la Segunda o Tercera Internacional” es una cortesía absolutamente inmerecida: el Partido Socialista Americano está sólo más atrasado que las formaciones análogas de Europa -el POUM, el ILP, el SAP, etc.-. Nuestro deber es desenmascarar esta ventaja negativa de Norman Thomas y compañía y no hablar de la “superioridad (de la resolución sobre la guerra) sobre cualquier otra resolución nunca antes adoptada por el partido...” Esta es una *apreciación puramente literaria*, porque toda resolución debe ser considerada en relación con los acontecimientos históricos, con la situación política y sus necesidades imperativas...”

En ambos documentos mencionados en la carta anterior, Shachtman reveló una excesiva capacidad de adaptación hacia el ala izquierda de los demócratas pequeñoburgueses -mimetismo político-, ¡síntoma muy peligroso en un político revolucionario! Es extremadamente importante tomar nota de su elevada apreciación de la posición “radical” de Norman Thomas en relación a la guerra... en Europa. Los oportunistas, como es bien sabido, tienden hacia el mayor radicalismo cuanto más lejos están de los acontecimientos. Teniendo presente esta ley, no es difícil apreciar en su verdadero valor el hecho de que Shachtman y sus aliados nos acusen de una tendencia a “capitular ante el stalinismo”. ¡Ay! Sentado en Bronx es mucho más fácil desplegar irreconciliabilidad hacia el Kremlin que hacia la pequeñoburguesía americana.

II

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo traje por los pelos al debate la cuestión de la composición de clase de las fracciones. Aquí también refirámonos al pasado reciente.

El 3 de octubre de 1937, escribí a Nueva York:

“He señalado centenares de veces que el obrero que permanece inadvertido en las condiciones “normales” de la vida partidaria, revela notables cualidades en un cambio de la situación, cuando no bastan las fórmulas generales y las plumas fluidas, cuando es necesario conocer la vida de los obreros y sus capacidades prácticas. En esas condiciones, un obrero bien dotado revela seguridad en sí mismo y revela también sus capacidades políticas generales.

El predominio de los intelectuales en la organización es inevitable en el primer período del desarrollo de la organización. Al mismo tiempo, es un gran obstáculo para la educación política de los obreros más dotados... Es absolutamente necesario que en el próximo congreso se introduzcan tantos obreros como sea posible en los comités central y locales. Para un obrero, la actividad en los cuerpos dirigentes del partido es al mismo tiempo una alta escuela política...

La dificultad es que en toda organización hay miembros de comité tradicionales y que diferentes consideraciones secundarias, fraccionales y personales, juegan un papel demasiado grande en la composición de la lista de candidatos.”

Nunca merecí atención ni interés del camarada Shachtman en cuestiones de este tipo.

III

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo introduje la cuestión de la fracción del camarada Abern como concentración de individuos pequeñoburgueses, artificialmente y sin ninguna base real. Sin embargo, el 10 de octubre de 1937, en una época en que Shachtman marchaba hombro con hombro con Cannon y se consideraba oficialmente que Abern no tenía fracción, yo escribía a Cannon:

“El partido sólo tiene una minoría de verdaderos obreros fabriles... Los elementos no proletarios representan una levadura muy necesaria y yo creo que podemos estar orgullosos de la buena calidad de estos elementos... pero... nuestro partido puede verse inundado por elementos no proletarios y hasta puede perder su carácter revolucionario. La tarea no consiste, naturalmente, en impedir la afluencia de intelectuales mediante métodos artificiales... sino en orientar prácticamente a toda la organización hacia las fábricas, las huelgas, los sindicatos...”

Un ejemplo concreto: no podemos dedicar fuerzas iguales o suficientes a todas las fábricas. Nuestras organizaciones locales pueden elegir para su actividad en el próximo período una, dos o tres fábricas dentro de su área y concentrar todas sus fuerzas sobre éstas. Si en una de ellas tenemos a dos o tres obreros, podemos crear una comisión especial de apoyo de cinco elementos no proletarios con el propósito de ampliar nuestra influencia en estas fábricas.

Lo mismo puede hacerse en los sindicatos. No podemos introducir afiliados no obreros en los sindicatos obreros. Pero podemos constituir con éxito comisiones de apoyo para la acción oral y literaria relacionada con nuestros camaradas del sindicato. Las condiciones inviolables deberían ser: *no mandar a los obreros, sino solamente ayudarlos*, darles sugerencias, armarlos con los hechos, ideas, periódicos de fábrica, octavillas especiales, etc.

Semejante colaboración tendría una enorme importancia educativa, de un lado, para los camaradas obreros y, de otro lado, para los no obreros que necesitan una sólida reeducación.

Tienen, por ejemplo, un importante número de elementos judíos no obreros en sus filas. Ellos pueden ser una levadura muy valiosa *si el partido logra extraerlos de un medio cerrado* y los liga a través de la actividad cotidiana a los obreros fabriles. Creo que *esa orientación aseguraría también una atmósfera más saludable dentro del partido...*

Podemos establecer de inmediato una regla general: un miembro del partido que no consiga ganar para el partido a un nuevo obrero durante 3 o 6 meses no es un buen miembro del partido.

Si establecemos seriamente semejante orientación general y si verificamos cada semana los resultados prácticos, evitaremos un *gran peligro*; a saber, que los intelectuales y los empleados de cuello blanco ahoguen a la minoría obrera, la condenen al silencio y *transformen al partido en un club de discusión muy inteligente, pero absolutamente inhabitable para los obreros.*

Las mismas reglas deben ser elaboradas en una forma similar para el trabajo y reclutamiento de la *organización de la juventud*, de lo contrario, *corremos el peligro de formar a buenos elementos jóvenes como diletantes revolucionarios y no como luchadores revolucionarios.*”

De esta carta resulta obvio, creo, que no mencioné el peligro de una desviación pequeñoburguesa el día después del pacto Hitler-Stalin, o el día después del desmembramiento de Polonia, sino que lo adelanté persistentemente hace dos años y más. Además, como lo señalé entonces, teniendo en cuenta sobre todo la fracción “inexistente” de Abern, era absolutamente indispensable para poder purificar la atmósfera del partido, que los elementos judíos pequeñoburgueses de la sección de Nueva York fueran sacados de su habitual ambiente conservador y dispersados en el verdadero movimiento obrero. Precisamente por esto, la carta antes mencionada (no la primera de su género), escrita más de dos años antes de que comenzara la

actual discusión, es de un peso mucho mayor como evidencia, que todos los escritos de los líderes de la oposición sobre los motivos que me impulsaron a salir en defensa de la “camarilla de Cannon”.

IV

La inclinación de Shachtman a ceder ante la influencia pequeñoburguesa, especialmente ante la académica y literaria, no ha sido nunca un secreto para mí. Durante la época de la Comisión Dewey, escribí el 14 de octubre de 1937 a Cannon, Shachtman y Warde:

“...He insistido en la necesidad de rodear al Comité de delegados de grupos obreros a fin de crear canales desde el Comité con las masas... Los camaradas Warde, Shachtman y otros afirmaron estar de acuerdo conmigo sobre este punto. Analizamos en común las posibilidades prácticas de realizar este plan... Pero, posteriormente, a pesar de mis repetidas preguntas, no pude tener nunca información sobre el asunto, y sólo accidentalmente me enteré de que el camarada Shachtman se oponía a ello. ¿Por qué? No sé”.

Shachtman nunca me reveló sus razones. En mi carta me expresé con la mayor diplomacia, pero no tenía la menor duda de que, si bien Shachtman estaba de acuerdo conmigo de palabra, en realidad temía herir la excesiva sensibilidad política de sus temporales aliados liberales: en *este* sentido, Shachtman demuestra una excepcional “delicadeza”.

V

El 15 de abril de 1938, escribí a Nueva York:

“Estoy un poco asombrado por la clase de publicidad dada a la carta de Eastman en “New International.” La publicación de la carta está bien, pero la importancia que se le da en la tapa, combinado con el silencio sobre el artículo de Eastman en “Harper’s”, me parece un poco comprometedor para “New Internacional”. Mucha gente interpretará este hecho como disposición nuestra a cerrar los ojos en materia de principios cuando está de por medio la amistad”.

VI

El 1 de junio de 1938, escribí al camarada Shachtman:

“Nos resulta difícil comprender aquí por qué tiene usted una actitud tan tolerante y hasta amistosa hacia Mr. Eugene Lyons. Él habla, según parece, en

sus banquetes; y, al mismo tiempo, habla en los banquetes de los Guardias Blancos”.

Esta carta continuaba la lucha por una política más independiente y resuelta hacia los llamados “liberales”, quienes, a la vez que libran una lucha contra la revolución, desean mantener “relaciones amistosas” con el proletariado, pues esto duplica su valor de mercado ante los ojos de la opinión pública burguesa.

VII

El 6 de octubre de 1938, casi un año antes de que empezara la discusión, escribí sobre la necesidad de que nuestra prensa partidaria se volviera decididamente hacia los trabajadores:

“En este aspecto es muy importante la actitud del “Socialist Appeal”. Indudablemente, es un periódico marxista muy bueno, pero no es un verdadero instrumento de acción política... He tratado de interesar al comité de redacción del “Socialist Appeal” sobre esta cuestión, pero sin éxito”.

Una nota de queja de evidencia en estas palabras. Y no es accidental. El camarada Shachtman, como ya ha sido mencionado, despliega mucho mayor interés por los episodios literarios aislados de luchas hace tiempo concluidas, que por la composición social de su propio partido o los lectores de su propio periódico.

VIII

El 20 de enero de 1939, en una carta que ya he citado en relación con el materialismo dialéctico, abordé una vez más la cuestión de la gravitación del camarada Shachtman hacia el ambiente de la fraternidad literaria pequeñoburguesa:

“No puedo comprender por qué el “Socialist Appeal” da casi por inexistente al partido stalinista. Este partido representa actualmente una masa de contradicciones. Las escisiones son inevitables. Las próximas adquisiciones importantes vendrán seguramente del partido stalinista. Nuestra atención política debe concentrarse en él. Debemos seguir el desarrollo de sus contradicciones, día a día, hora a hora. Alguno de los camaradas de la dirección debe dedicar el grueso de su tiempo a las ideas y acciones de los stalinistas. Podemos provocar una discusión y, si es posible, publicar las cartas de stalinistas vacilantes.

Sería mil veces más importante que invitar a Eastman, Lyons y demás, a presentar sus sudores individuales. Me asombró un poco que usted diera lugar al último insignificante y arrogante artículo de Eastman... Pero estoy absolutamente perplejo de que usted, personalmente, *invite* a esta gente a ensuciar las poco numerosas páginas de “New International”. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos *intelectuales pequeñoburgueses*, pero no a los elementos revolucionarios.

Tengo la firme convicción de que es necesaria cierta reorganización en “New International” y en “Socialist Appeal”: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera, y más cerca de los obreros y, en este sentido, del partido stalinista”.

Los recientes acontecimientos han demostrado, es lamentable decirlo, que Shachtman no se alejó de Eastman y compañía, sino que, por el contrario, se acercó a ellos.

IX

El 27 de mayo de 1939, escribí nuevamente sobre el carácter del “Socialist Appeal”, en relación con la composición social del partido:

“Por las actas, veo que está teniendo dificultades con el “Socialist Appeal”. El periódico está muy bien hecho desde el punto de vista periodístico; pero es un periódico para los trabajadores y no un periódico obrero...”

Tal como es, el periódico está dividido entre varios escritores, cada uno de ellos muy bueno, pero en conjunto no permiten que los obreros penetren en las páginas del “Appeal”. Cada uno de ellos habla para los obreros (y habla muy bien) pero nadie escuchará a los obreros en estas páginas. A pesar de su brillantez literaria, el periódico ha caído víctima, en cierto grado, de la rutina periodística. Ustedes no escuchan para nada cómo viven los obreros, cómo luchan, cómo se baten con la policía o cómo toman whisky. Ello es muy peligroso para el periódico como instrumento revolucionario del partido. La tarea no consiste en hacer un periódico mediante los esfuerzos conjuntos de un calificado comité de redacción, sino en alentar a los obreros a que hablen por ellos mismos.

Un cambio radical y valiente es necesario como condición de éxito...

Por supuesto, no es sólo una cuestión del periódico, sino de todo el curso de la política. Continúo siendo de la opinión de que tienen *demasiados muchachos y muchachas pequeñoburgueses* que son muy buenos y dedicados al partido, pero que no se dan cuenta plenamente de que su deber no es discutir entre ellos sino

penetrar en el fresco medio de los obreros. Repito mi proposición: todo miembro pequeñoburgués del partido que durante cierto tiempo, digamos tres o seis meses, no gane un obrero para el partido, debe ser transferido a la categoría de simpatizante y, después de otros tres meses, expulsado del partido. En algunos casos podría parecer injusto, pero el partido en su conjunto recibiría una conmoción saludable, que necesita mucho. Es necesario un cambio muy radical”.

Al proponer medidas tan draconianas como la expulsión de aquellos elementos pequeñoburgueses incapaces de ligarse a los obreros, no estaba pensando en la “defensa” de la fracción de Cannon, sino en salvar al partido de la degeneración.

X

Comentando las palabras escépticas que habían llegado a mis oídos del Socialist Workers Party, escribí al camarada Cannon, el 16 de junio de 1939:

“La situación de preguerra, la agravación del nacionalismo, etcétera, es un obstáculo natural para nuestro desarrollo y la causa profunda de la depresión en nuestras filas. Pero se debe subrayar ahora *que cuanto más pequeñoburguesa sea la composición del partido, tanto más estará sujeto a los cambios de la opinión pública oficial*. Es un argumento suplementario en favor de la necesidad de realizar una valiente y activa reorientación hacia las masas.

Los razonamientos pesimistas que usted menciona en su artículo son, por supuesto, un reflejo de la presión patriótica nacionalista de la opinión pública oficial. “Si el fascismo sale victorioso en Francia...” “Si el fascismo sale victorioso en Inglaterra...” Y así por el estilo. Los triunfos del fascismo son importantes, pero la agonía del capitalismo es más importante”.

La cuestión de la dependencia del ala pequeñoburguesa del partido ante la opinión pública oficial fue planteada, en consecuencia, varios meses antes de que comenzara la discusión actual y no fue traída de ningún modo artificialmente a fin de desacreditar a la oposición.

El camarada Shachtman exigía que yo proporcionara “precedentes” de tendencias pequeñoburguesas entre los dirigentes de la oposición durante el pasado período. Fui tan lejos en la contestación de su pregunta como para seleccionar al mismo camarada Shachtman entre los líderes de la oposición.

Estoy lejos de haber agotado el material a mi disposición. Citaré más adelante dos cartas -una de Shachtman, otra mía- que son, tal vez, todavía más interesantes como “precedentes”. Que no objete Shachtman que los errores y olvidos a que se refiere la correspondencia también pueden ser utilizados contra otros camaradas, incluidos representantes de la actual mayoría. Posiblemente. Probablemente. Pero el nombre de Shachtman no se repite por casualidad en esta correspondencia. Donde otros han cometido errores episódicos, Shachtman ha evidenciado una tendencia.

En todo caso y en completa oposición a lo que ahora pretende Shachtman sobre mis “repentinas” e “inesperadas” apreciaciones, soy capaz de demostrar, documentos en mano -y creo haberlo demostrado- que mi artículo sobre la “Oposición pequeñoburguesa” no fue más que el resumen de mi correspondencia con Nueva York durante los últimos tres años (en realidad, de los pasados diez años). Shachtman pidió “precedentes” en forma muy demostrativa. Le he dado “precedentes”. Hablan totalmente contra Shachtman.

EL BLOQUE FILOSÓFICO CONTRA EL MARXISMO

Los círculos de la oposición consideran posible asegurar que la cuestión del materialismo dialéctico fue introducida por mí sólo porque carecía de una respuesta a las cuestiones “concretas” de Finlandia, Letonia, India, Afganistán, Beluchistán, etc. Este argumento, carente de todo mérito en sí mismo, es interesante, sin embargo, en la medida en que caracteriza el nivel de ciertos individuos de la oposición, su actitud hacia la teoría y hacia la lealtad ideológica elemental. No sería inapropiado, por lo tanto, referirnos al hecho de que mi primera conversación seria con los camaradas Shachtman y Warde, en el tren, inmediatamente después de mi llegada a México, en enero de 1937, estuvo consagrada a la necesidad de propagar persistentemente el materialismo dialéctico. Luego de que nuestra sección americana se separó del Partido Socialista, insistí lo más enérgicamente en la publicación más pronta posible de un órgano teórico teniendo de nuevo en mente la necesidad de educar al partido, primero y principalmente a sus nuevos miembros, en el espíritu del materialismo dialéctico. En Estados Unidos -escribí entonces-, donde la burguesía inculca sistemáticamente el empirismo vulgar en los trabajadores, es más necesario que en cualquier otra parte apresurar la elevación del

movimiento a un nivel teórico adecuado. El 20 de enero de 1939, escribí al camarada Shachtman en relación a su artículo en colaboración con el camarada Burnham, “Intelectuales en retirada”:

“El párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como editor de “New International”, podía haber asestado a la teoría marxista... ¡Bien! Hablaremos de esto públicamente”.

Así, hace un año, di abiertamente la noticia, adelantándome a Shachtman, de que tenía el propósito de emprender una lucha pública contra sus tendencias eclécticas. En aquel momento, no se habló nada de la próxima oposición; en todo caso, muy lejos de mi mente estaba la suposición de que el bloque filosófico contra el marxismo preparaba el terreno para un bloque político contra el programa de la Cuarta Internacional.

El carácter de las diferencias que han salido a la superficie solamente ha confirmado mis anteriores temores tanto en el aspecto de la composición social del partido como en el de la educación teórica de los cuadros. No hubo nada que requiriera un cambio de pensamiento o de introducción “artificial”. Así es como están las cosas en realidad. ¡Permítaseme agregar que me siento algo avergonzado ante el hecho de que es casi necesario justificarse para salir en defensa del marxismo dentro de una de las secciones de la Cuarta Internacional!

En su “Carta abierta”, Shachtman se refiere particularmente al hecho de que el camarada Vincent Dunne expresase satisfacción respecto al artículo sobre los intelectuales. Pero yo también lo alabé: “Muchas partes son excelentes”. Sin embargo, como dice el proverbio ruso, una cucharada de alquitrán puede echar a perder un barril de miel. Se trata precisamente de esta cucharada de alquitrán. La sección consagrada al materialismo dialéctico expresa un número de concepciones monstruosas desde el punto de vista marxista, cuya finalidad, ahora está claro, fue preparar el terreno al bloque político. Ante la obstinación con que Shachtman persiste en que yo me he aferrado al artículo como un pretexto, permítaseme citar una vez más el pasaje principal de la sección que nos interesa: “...así como nadie ha demostrado todavía que el acuerdo o el desacuerdo sobre las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente (!) las tareas políticas concretas de hoy y de mañana; y los partidos políticos, los programas y luchas se basan en tales tareas concretas” (“New International”, enero de 1939, p. 7). ¿No es suficiente sólo con esto? Lo que sobre todo es asombroso es esta fórmula, indigna de revolucionarios: “...los

partidos políticos, programas y luchas se basan en tales tareas concretas”. ¿Qué partidos? ¿Qué programas? ¿Qué luchas? Todos los partidos y todos los programas se encuentran aquí amontonados juntos. El partido del proletariado es un partido diferente a todos los demás. No está basado, en modo alguno, sobre “tales tareas concretas”. En su misma base, es diametralmente opuesto a los partidos de los negociantes burgueses sin escrúpulos y de los ropavejeros pequeñoburgueses. Su tarea es la preparación de una revolución social y la regeneración de la humanidad sobre nuevas bases materiales y morales. Con el objeto de no abandonar la ruta, bajo la presión de la opinión pública burguesa y de la represión policíaca, el revolucionario proletario, con mayor razón un dirigente, necesita una concepción del mundo clara, sagaz, completamente puntualizada. Solamente sobre la base de una concepción marxista unificada, es posible abordar correctamente las cuestiones “concretas”.

Aquí comienza precisamente la traición de Shachtman; no un mero error, como quise creer el año pasado, sino, como resulta claro ahora, una franca traición teórica. Siguiendo los pasos de Burnham, Shachtman enseña al joven partido revolucionario que “nadie ha demostrado hasta ahora razonablemente” que el materialismo dialéctico afecte la actividad política del partido. “Nadie ha demostrado hasta ahora”, en otras palabras, que el marxismo sea de alguna utilidad en la lucha del proletariado. Consecuentemente, el partido no tiene el menor motivo para apropiarse y defender el materialismo dialéctico. Esto no es nada más que renunciar al marxismo, al método científico en general, una lamentable capitulación ante el empirismo. Precisamente esto, constituye el bloque filosófico de Shachtman con Burnham y a través de Burnham, con los sacerdotes de la “Ciencia” burguesa. Precisamente a esto y sólo a esto es a lo que me refería en mi carta del 20 de enero del año pasado.

El 5 de marzo contestó Shachtman: “He releído el artículo de enero de Burnham y Shachtman al que usted se refería, y aún cuando a la luz del cual usted me ha escrito que yo debería haber propuesto una formulación diferente aquí (!) y allá (!), si es que el artículo tuviese que ser hecho de nuevo, no puedo estar de acuerdo con la esencia de su crítica”.

Esta réplica, como acontece siempre con Shachtman en una situación seria, en realidad no expresa nada absolutamente pero todavía da la impresión de que Shachtman ha dejado un puente abierto para la retirada. Ahora, tomado por el frenesí fraccional, promete “hacerlo de nuevo y repetidamente mañana”. ¿Hacer qué? ¿Capitular ante la “Ciencia” burguesa? ¿Renunciar al marxismo?

Shachtman me explica extensamente (ya veremos en breve con qué fundamento) la utilidad de éste o de aquel *bloque político*. Yo hablo acerca de la naturaleza mortífera de la *traición política*. Un bloque puede estar justificado o no dependiendo de su contenido y las circunstancias. La traición teórica no puede estar justificada por ningún bloque. Shachtman se refiere al hecho de que su artículo es de carácter puramente político. Yo no hablo del artículo, sino de aquella sección que renuncia al marxismo. Si un libro de texto de física contuviera aunque fueran sólo dos líneas sobre Dios como la causa primera, estaría en mi derecho al concluir que el autor es un obscurantista.

Shachtman no responde a la acusación, sino que trata de distraer la atención volviéndose hacia asuntos irrelevantes. “¿En qué difiere -pregunta- lo que usted llama mi bloque con Burnham en la esfera filosófica del bloque de Lenin con Bogdanov? ¿Por qué éste sí tenía principios y el nuestro no? Me interesaría mucho conocer la respuesta a esta pregunta”. Me ocuparé en seguida de la diferencia política, o mejor dicho, de la diametral oposición política entre ambos bloques. Aquí nos interesa la cuestión del método marxista. ¿En dónde está la diferencia que usted pregunta? En esto, en que Lenin nunca proclamó en beneficio de Bogdanov que el materialismo dialéctico fuese superfluo para resolver “cuestiones políticas concretas”. En esto, en que Lenin nunca confundió teóricamente al partido bolchevique con partidos en general. Él era orgánicamente incapaz de profesar semejantes abominaciones. Y no solo él, sino ni uno solo de los bolcheviques serios. Esa es la diferencia. ¿Comprende usted? Sarcásticamente, Shachtman me prometió que a él le “interesaría” una clara respuesta. Confío en que se la he dado. No reclamo el “interés”.

LO ABSTRACTO Y LO CONCRETO, ECONOMÍA Y POLÍTICA

La sección más lamentable del lamentable escrito de Shachtman es el capítulo “El Estado y el carácter de la guerra”. “¿Cuál es, pues, nuestra posición?”, pregunta el autor. “Simplemente ésta: es imposible deducir *directamente* nuestra política, respecto de una guerra *específica*, de una caracterización *abstracta* del carácter de clase del Estado envuelto en la guerra; más particularmente, de las formas de propiedad prevalecientes en ese Estado. Nuestra política debe desprenderse de un examen *concreto* del carácter de la guerra, en relación a los intereses de la revolución socialista internacional”

(Loc. cit. p. 13, subrayado por mí. L. T.). ¡Qué confusión! ¡Qué embrollo sofisticado! Si es imposible deducir nuestra política *directamente* del carácter de clase de un Estado, entonces, ¿por qué no podría conseguirse eso *indirectamente*? ¿Por qué el análisis del carácter del Estado ha de ser *abstracto* mientras que el análisis del carácter de la guerra es *concreto*? Formalmente hablando, se puede decir con el mismo derecho -en realidad, con mucho mayor derecho- que nuestra política en relación a la URSS, puede deducirse no de una caracterización *abstracta* de la guerra como “imperialista”, sino sólo de un análisis *concreto* del carácter del Estado en la situación histórica dada. El sofismo fundamental sobre el que Shachtman construye todo lo demás es bastante simple: puesto que la base económica no determina *inmediatamente* los acontecimientos de la superestructura; puesto que la sola caracterización de clase del Estado *no basta* para resolver las tareas prácticas, por tanto, podemos salir adelante sin examinar la economía ni la naturaleza de clase del Estado, reemplazándola tal como expresa Shachtman en su jerga periodística, con las “realidades de los acontecimientos vivos”. (Loc. cit., p. 14.)

El mismo artificio hecho circular por Shachtman para justificar su bloque filosófico con Burnham (el materialismo dialéctico no determina inmediatamente nuestra política, por consiguiente... no afecta en general las “tareas políticas concretas”) se repite aquí palabra por palabra en relación a la sociología marxista; puesto que las formas de propiedad no determinan inmediatamente la política de un Estado, es posible, por lo tanto, arrojar por la borda la sociología marxista en general al determinar las “tareas políticas concretas”.

Pero, ¿por qué se detiene ahí? Puesto que la ley del valor del trabajo no determina los precios “directa” ni “inmediatamente”; puesto que las leyes de la selección natural no determinan “directa” ni “inmediatamente” el nacimiento de un cerdo glotón; puesto que las leyes de la gravedad no determinan “directa” ni “inmediatamente” el rodar de un policía ebrio por una escalera, por lo tanto... por lo tanto, dejemos a Marx, a Darwin, a Newton y a todos los demás enamorados de las “abstracciones” coleccionar polvo en sus anaqueles. Esto es nada menos que el entierro solemne de la ciencia, ya que, después de todo, el curso entero del desarrollo de la ciencia procede desde las causas “directas” e “inmediatas” hasta las más remotas y profundas; desde las múltiples variedades y acontecimientos caleidoscópicos hasta la unidad de las fuerzas directrices.

La ley del valor del trabajo no determina los precios “inmediatamente”, pero, sin embargo, los determina. Fenómenos “concretos” tales como la bancarrota del New Deal encuentran su explicación, en último análisis, en la “abstracta” ley del valor. Roosevelt no lo sabe, pero un marxista tiene cuidado en no proceder sin conocerla. No en forma inmediata, sino a través de toda una serie de factores intermedios y de su interacción recíproca, las formas de propiedad determinan no sólo la política sino también la moral. Un político proletario que trate de ignorar la naturaleza de clase del Estado terminaría invariablemente como el policía que ignora las leyes de la gravitación; es decir, rompiéndose la nariz.

Es evidente que Shachtman no toma en cuenta la distinción entre lo abstracto y lo concreto. Esforzándose hacia lo concreto, nuestra mente opera con abstracciones. Aún “este” perro “dado”, “concreto”, es una abstracción porque empieza a cambiar, por ejemplo, dejando caer su cola en el “momento” en que lo señalamos con el dedo. Lo concreto es un concepto relativo y no absoluto: lo que es concreto en un caso se torna abstracto en otro; es decir, insuficientemente definido para un propósito dado. Con el objeto de obtener un concepto suficientemente “concreto” *para una necesidad dada* es preciso correlacionar varias abstracciones en una, exactamente igual que cuando reproducimos un segmento de vida en una pantalla, que es una imagen en movimiento, tenemos que combinar cierto número de fotografías fijas.

Lo concreto es una combinación de abstracciones, no una combinación arbitraria o subjetiva, sino una que corresponda a las leyes del movimiento de un fenómeno dado.

“Los intereses de la revolución socialista internacional” a los que apela Shachtman contra la naturaleza de clase del Estado, representa en este caso dado la más vaga de todas las abstracciones. Después de todo, la cuestión que nos ocupa es precisamente ésta: ¿en qué forma concreta podemos promover los intereses de la revolución? No estaría mal recordar, también, que la tarea de la revolución socialista es crear un Estado obrero. Antes de hablar de la revolución socialista es necesario, en consecuencia, aprender a distinguir entre “abstracciones” tales como burguesía y proletariado, Estado capitalista y Estado obrero.

Shachtman, verdaderamente, derrocha su propio tiempo y el de los demás en probar que la propiedad nacionalizada no determina “en sí y por sí misma”, “automáticamente”, “directamente”, “inmediatamente”, la política del

Kremlin. Respecto a la cuestión de cómo la “base” económica determina la “superestructura” política, jurídica, filosófica, artística, etc., existe una rica literatura marxista. La opinión de que presumiblemente la economía determina directa e inmediatamente la capacidad creadora de un compositor o siquiera el veredicto de un juez, representa una vieja caricatura del marxismo que el profesorado burgués de todos los países ha hecho circular interminablemente para ocultar su impotencia intelectual.

En cuanto a la cuestión que nos concierne inmediatamente, la interrelación entre los fundamentos sociales del Estado soviético y la política del Kremlin, permítaseme recordar al olvidadizo Shachtman que durante 17 años hemos venido señalando públicamente la *contradicción* creciente entre los fundamentos establecidos por la Revolución de Octubre y las tendencias de la “superestructura” estatal. Paso a paso, hemos seguido la creciente independencia de la burocracia respecto al proletariado soviético y el crecimiento de su dependencia respecto a otras clases y grupos, tanto de dentro como de fuera del país. ¿Qué pretende añadir Shachtman en este dominio al análisis que ya hemos realizado?

Sin embargo, a pesar de que la economía no determina ni directa ni inmediatamente la política, sino sólo en último análisis, a *pesar de todo, la economía determina la política*. Los marxistas afirman precisamente esto, en contraposición a los profesores burgueses y sus discípulos. Mientras analizábamos y exponíamos la creciente independencia política de la burocracia respecto al proletariado, nunca perdimos de vista los límites sociales objetivos de esta “independencia”; es decir, la propiedad nacionalizada, complementada por el monopolio del comercio exterior.

¡Esto es asombroso! Shachtman continúa apoyando la consigna de una revolución política contra la burocracia soviética. ¿Ha pensado él alguna vez seriamente en el significado de esta consigna? Si nosotros sostuviéramos que los fundamentos sociales establecidos por la Revolución de Octubre se reflejan “automáticamente” en la política del Estado, entonces ¿por qué sería necesaria una *revolución* contra la burocracia? Por otra parte, si la URSS ha dejado de ser completamente un Estado obrero, no se precisaría una revolución *política*, sino una revolución *social*. En consecuencia, Shachtman continúa sosteniendo la siguiente consigna: 1) La del carácter de la URSS como un Estado obrero; 2) La del antagonismo irreconciliable entre los fundamentos sociales del Estado y la burocracia. Pero mientras él repite esta consigna, trata de socavar sus

cimientos teóricos. ¿Será quizá con el fin de demostrar una vez más la independencia de su política respecto a las “abstracciones” científicas?

Bajo el disfraz de librar una lucha contra la caricatura burguesa del materialismo dialéctico, Shachtman abre de par en par las puertas al idealismo histórico. Las formas de la propiedad y el carácter de clase del Estado son motivo de *indiferencia* para él en el análisis de la política de un gobierno. El Estado mismo se le presenta como un animal de sexo indeterminado. Con ambos pies firmemente plantados en su lecho de rosas, Shachtman nos explica pomposamente -¡en pleno 1940!- que además de la propiedad nacionalizada existe también la inmundicia bonapartista y su política reaccionaria. ¡Vaya novedad! ¿Pensó Shachtman por casualidad que estaba hablando en una guardería?

SHACHTMAN HACE UN BLOQUE... TAMBIÉN CON LENIN

Para camuflar su fracaso para entender la esencia del problema de la naturaleza del Estado soviético, Shachtman se abalanzó sobre las palabras que Lenin dirigió contra mí el 30 de diciembre de 1920, durante la llamada discusión sobre los sindicatos: “El camarada Trotsky habla del Estado obrero. Permítanme; esto es una abstracción... Nuestro Estado no es en realidad un Estado Obrero sino un Estado obrero y campesino... Nuestro actual Estado es tal que aún el proletariado organizado debe defenderse a sí mismo y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para la defensa de los obreros contra su Estado y para defensa de nuestro Estado por los obreros”. Apoyándose en esta cita y apresurándose a proclamar que yo he repetido mi “error” de 1920, Shachtman no se dio cuenta, en su precipitación, de un error mayúsculo en la cita relacionada con la definición de la naturaleza del Estado soviético. El 19 de enero, Lenin mismo escribió lo siguiente acerca de su discurso del 30 de diciembre: “Yo declaré: nuestro Estado no es en realidad un Estado obrero sino un Estado obrero y campesino... Al leer la versión de la discusión, veo ahora que estaba equivocado... Debí haber dicho: “El Estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado obrero con los siguientes rasgos especiales: 1) Son los campesinos y no los obreros los que predominan en la población; 2) es un Estado obrero con deformaciones burocráticas”. De este episodio se sacan dos conclusiones: Lenin atribuía tan

gran importancia a la definición sociológica precisa del Estado ¡que consideró necesario corregirse a sí mismo en el fragor de una polémica! Pero Shachtman se interesa tan poco en la naturaleza de clase del Estado soviético ¡que veinte años más tarde no advierte ni el error de Lenin, ni la corrección de Lenin!

No me detendré aquí sobre la cuestión de lo bien que dirigía Lenin sus argumentos contra mí. Creo que lo hizo incorrectamente... dado que no existían diferencias de opinión entre nosotros sobre la definición del Estado. Pero no es ese el problema ahora. La formulación teórica sobre la cuestión del Estado hecha por Lenin en el párrafo arriba citado, conjuntamente con la importante corrección que él mismo introdujo días más tarde, es absolutamente correcta. Pero oigamos qué increíble empleo hace Shachtman de la definición de Lenin: “Del mismo modo como era posible hablar hace 20 años -escribe- del término “Estado obrero” como de una abstracción, así también es posible hablar del término Estado obrero degenerado como de una abstracción.” (Loc. cit. p. 14.) Es patente que Shachtman no consigue entender a Lenin. Hace 20 años, el término Estado obrero no podía ser considerado de ningún modo una abstracción *en general*: es decir, algo irreal o inexistente. La definición “Estado obrero”, aunque correcta en sí y por sí misma, era *inadecuada* en relación a una tarea *particular*, o sea, la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos; y sólo en este sentido era abstracta. Sin embargo, en relación a la defensa de la URSS contra el imperialismo, esta misma definición era, en 1929 al igual que hoy, incommoviblemente concreta, al hacer obligatoria para los obreros la defensa del Estado en cuestión.

Shachtman no está de acuerdo. Escribe: “Así como fue necesario una vez, en conexión con el problema de los sindicatos, hablar concretamente de qué *tipo* de Estado obrero existía en la Unión Soviética, hoy es necesario establecer, en conexión con la guerra actual, el *grado* de degeneración del Estado soviético... y el *grado* de degeneración del régimen no puede ser establecido por medio de una referencia abstracta a la existencia de la propiedad nacionalizada, sino por la observación de las realidades (!) de los acontecimientos (!) vivos (!).” De esto resulta completamente incomprensible por qué en 1920 la cuestión del carácter de la URSS fue suscitada en conexión con los sindicatos, es decir, con cuestiones particulares internas del régimen, mientras que ahora es suscitada en conexión con la defensa de la URSS, esto es, en conexión con el destino global del Estado. En el primer caso, el Estado obrero era contrapuesto a los obreros;

en el último, a los imperialistas. Pequeño prodigio el de la analogía que cojea de ambas piernas; lo que Lenin contraponía, Shachtman lo identifica.

No obstante, incluso si tomamos las palabras de Shachtman por su valor nominal, se concluye que la cuestión que a él interesa es sólo el *grado de degeneración* (¿de qué?, ¿de un Estado obrero?), es decir, las diferencias cuantitativas de la evaluación. Supongamos que Shachtman haya puntualizado (¿dónde?) el “grado” más precisamente que nosotros. Pero ¿en qué forma pueden diferencias puramente cuantitativas en la evaluación de la degeneración del Estado *obrero* afectar nuestra decisión sobre la defensa de la URSS? Es imposible hacer de esto algo que tenga pies y cabeza. En realidad Shachtman continúa fiel al eclecticismo, es decir, a sí mismo, empeñado en la cuestión del “grado”, sólo en un esfuerzo para mantener su equilibrio entre Abern y Burnham. Lo que se discute, de hecho, no es de ningún modo el *grado* determinado por las “realidades de los acontecimientos vivos” (¿cuán precisa, “científica”, “concreta” y “experimental” terminología!), sino si estos cambios *cuantitativos* se han transformado en cambios *cualitativos*; es decir, si la URSS es todavía un Estado obrero, incluso aunque sea degenerado, o si se ha transformado en un nuevo tipo de Estado explotador.

Shachtman no tiene ninguna respuesta a esta pregunta básica; no siente ninguna necesidad de una respuesta. Su argumento es simplemente mimetismo verbal de las palabras de Lenin, pronunciadas en relación a algo diferente, con diferente contenido y que incluían un error subsanado. Lenin declaró en su versión corregida: “El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero, sino un Estado obrero con deformaciones burocráticas.” Shachtman afirma: “El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero degenerado, sino...”, ¿sino qué? Nada consigue añadir Shachtman. Ambos, orador y auditorio se miran uno a otro, boquiabiertos.

¿Qué significa “Estado obrero degenerado” en nuestro programa? A esta cuestión responde nuestro programa con un grado de concreción que resulta enteramente adecuado para resolver la cuestión de la defensa de la URSS; esto es: 1) aquellos rasgos que en 1920 constituían una “deformación burocrática” del sistema soviético se han vuelto ahora un régimen burocrático independiente, que ha devorado a los soviets; 2) la dictadura de la burocracia, incompatible con las tareas internas e internacionales del socialismo, ha introducido y continúa introduciendo, también en la vida económica del país, deformaciones profundas; 3) básicamente, sin embargo, el sistema de la

economía planificada, sobre la base de la propiedad estatal de los medios de producción, se ha preservado, y continúa siendo una conquista colosal de la humanidad. La derrota de la URSS en una guerra contra el imperialismo significaría, no sólo la liquidación de la dictadura burocrática, sino la de la economía estatal planificada; y el desmembramiento del país en zonas de influencia; una nueva estabilización del imperialismo; y un nuevo debilitamiento del proletariado mundial.

De la circunstancia de que la deformación “burocrática” ha crecido hasta convertirse en un régimen de autocracia burocrática, sacamos nosotros la conclusión de que la defensa de los obreros por medio de sus sindicatos (que han sufrido la misma degeneración que el Estado) es hoy, en contraste con 1920, completamente irreal; es necesario derrocar a la burocracia; esta tarea sólo puede llevarse a cabo por medio de la creación de un partido bolchevique ilegal en la URSS.

De la circunstancia de que la degeneración del sistema político todavía no ha llevado a la destrucción de la economía estatal planificada, sacamos la conclusión de que todavía es deber del proletariado mundial defender a la URSS contra el imperialismo y ayudar al proletariado soviético en su lucha contra la burocracia.

¿Qué es exactamente lo que Shachtman encuentra abstracto en nuestra definición de la URSS? ¿Qué enmiendas concretas propone? Si la dialéctica nos enseña que “la verdad es siempre concreta”, entonces, esta ley se aplica con igual fuerza a la crítica. No basta con calificar de abstracta una definición. Es preciso señalar exactamente qué es lo que le falta. De otro modo, la crítica misma se vuelve estéril. En lugar de concretar o modificar la definición que él sostiene que es abstracta, Shachtman la sustituye con el vacío. Eso no es suficiente. El vacío, aun el más pretencioso, debe ser comprendido como la peor de todas las abstracciones: puede llenársele con cualquier contenido. Pequeño prodigio que el vacío teórico, desplazando al análisis de clase, haya absorbido la política del impresionismo y el aventurerismo.

ECONOMÍA CONCENTRADA

Shachtman continúa citando las palabras de Lenin de que “la política es economía concentrada” y de que, en este sentido, “la política no puede sino

tomar la primacía sobre la economía”. De las palabras de Lenin, Shachtman dirige contra mí la moraleja de que estoy interesado, si me permiten, sólo en “la economía” (medios de producción nacionalizados) y que paso por alto la “política”. Este segundo esfuerzo por explotar a Lenin no es más feliz que el primero. ¡Aquí, el error de Shachtman asume verdaderamente vastas proporciones! Lenin quiere decir: cuando los procesos, tareas e intereses económicos adquieren un carácter *consciente* y *generalizado* (“concentrado”), entran en la esfera de la política, en virtud de este mismo hecho, y constituyen la esencia de la política. En este sentido, la política, como economía concentrada, surge por encima de la actividad económica cotidiana, atomizada, inconsciente y no generalizada.

La justeza de la política, desde el punto de vista marxista, se determina precisamente por la medida en que “concentra” profundamente y en todos sus aspectos la economía; esto es, en que expresa las tendencias progresivas de su desarrollo. Por eso basamos nuestra política, primero y por encima de todo, en nuestro análisis de las formas de propiedad y de las relaciones de clase. Un análisis más detallado y concreto de los factores de la “superestructura” sólo es posible para nosotros sobre esta base teórica. Así, por ejemplo, si acusáramos a una fracción adversa de “conservadurismo burocrático”, inmediatamente buscaríamos en lo social, es decir, las raíces de clase de este fenómeno. Cualquier otro procedimiento nos rebajaría a la categoría de marxistas “platónicos”, sino a la de simples payasos ruidosos.

“La política es economía concentrada.” Hay que pensar en aplicar también esta proposición al Kremlin. O bien, como excepción a la regla general, ¿no es la política del gobierno de Moscú “economía concentrada”, sino una manifestación del libre albedrío de la burocracia? Nuestro esfuerzo por reducir la política del Kremlin a la economía nacionalizada, refractada a través de los intereses de la burocracia, provoca una frenética resistencia de Shachtman. Él se guía, en relación a la URSS, no por la consciente generalización de la economía, sino por la “observación de las realidades de los acontecimientos vivos”; esto es, por la regla del pulgar, por las improvisaciones, simpatías y antipatías. Contrapone esta política impresionista a nuestra política sociológicamente fundada y, al mismo tiempo, nos acusa de... ignorar la política. ¡Increíble, pero cierto! Seguramente, en último análisis, la política cobarde y caprichosa de Shachtman es igualmente expresión “concentrada” de la economía, sólo que ¡ay!- de la economía de la pequeñoburguesía desclasada.

COMPARACIÓN CON GUERRAS BURGUESAS

Shachtman nos recuerda que las guerras burguesas fueron en una época progresivas y que en otro período se volvieron reaccionarias y que, por lo tanto, no basta con dar la definición de clase de un Estado comprometido en una guerra. Esta proposición no esclarece la cuestión, sino que la confunde. Las guerras burguesas pudieron ser progresivas sólo en una época en que todo el régimen burgués era progresivo; en otras palabras, en un tiempo en que la *propiedad burguesa*, en contraposición con la propiedad feudal, era un factor constructivo y progresivo. Las guerras burguesas se volvieron reaccionarias cuando la propiedad burguesa se convirtió en un freno para el desarrollo. ¿Quiere decir Shachtman, en relación con la URSS, que la propiedad estatal de los medios de producción se ha vuelto un freno para el desarrollo y que la extensión de esta forma de propiedad a otros países constituye una reacción económica? Es evidente que Shachtman no quiere decir esto. Sencillamente, no saca la conclusión lógica de sus propios pensamientos.

El ejemplo de las guerras nacionales burguesas ofrece verdaderamente una lección muy instructiva, pero Shachtman lo pasa por encima despreocupadamente. Marx y Engels pugnaron por una república alemana unificada. En la guerra de 1870-71, estuvieron del lado de los alemanes a pesar del hecho de que la lucha por la unificación era explotada y distorsionada por los parásitos dinásticos.

Shachtman se refiere al hecho de que Marx y Engels inmediatamente se volvieron contra Prusia al realizarse la anexión de Alsacia-Lorena. Pero este cambio no hace más que ilustrar aún más luminosamente nuestro punto de vista. Es inadmisibles olvidar por un instante que se trataba de una guerra entre dos Estados *burgueses*. Así, ambos campos tenían un denominador común de clase. Decidir cuál de los dos era el “mal menor” -en la medida en que la historia da algún lugar para elegir- sólo era posible sobre la base de factores suplementarios. Del lado alemán, se trataba de crear un Estado *nacional* burgués como campo económico y cultural. El Estado *nacional* durante ese período era un factor histórico progresivo. En esa medida, Marx y Engels estuvieron del lado de los alemanes, a pesar de los Hohenzollern y de sus junkers. La anexión de Alsacia-Lorena violó el principio del Estado nacional,

tanto en lo que se refiere a Francia como a Alemania, y puso las bases para una guerra de revancha. Marx y Engels, lógicamente, se volvieron violentamente contra Prusia. Sin embargo, no corrieron de ningún modo el riesgo de prestar algún servicio a un sistema de economía inferior contra otro superior, dado que en ambos campos, repetimos, prevalecían relaciones burguesas. Si Francia hubiera sido un Estado obrero en 1870, entonces Marx y Engels habrían estado desde el principio a favor de Francia, puesto que ellos -uno se siente avergonzado de tener que volver a mencionarlo- se guiaban en toda su actividad por el criterio de clase.

Hoy, en los viejos países capitalistas, ya no es la resolución de las tareas nacionales lo que se halla en juego. Por el contrario, la humanidad sufre la contradicción entre las fuerzas productivas y el armazón demasiado estrecho del Estado nacional. La economía planificada, sobre la base de la propiedad socializada, liberada de las fronteras nacionales, es la tarea del proletariado internacional, sobre todo... en Europa. Precisamente esta tarea se expresa en nuestra consigna: “¡Por los Estados Unidos Socialistas de Europa!” La expropiación de los dueños de la propiedad en Polonia, lo mismo que en Finlandia, es un factor progresivo en sí y por sí mismo. Los métodos burocráticos del Kremlin, en este proceso, ocupan el mismo sitio que los métodos dinásticos de los Hohenzollern en la unificación de Alemania. Siempre que nos confrontemos a la necesidad de elegir entre la defensa de formas reaccionarias de propiedad, mediante medidas reaccionarias, y la introducción de formas progresivas de propiedad mediante medidas burocráticas, no colocaremos de ningún modo a ambos campos en un mismo nivel, sino que elegiremos el mal menor. En esto no hay más “capitulación” ante el stalinismo de la que hubo ante los Hohenzollern en la política de Marx y Engels. Casi no es necesario añadir que el papel de los Hohenzollern en la guerra de 1870-71 no justificó ni el papel histórico general de la dinastía ni mucho menos su existencia.

DERROTISMO COYUNTURAL O EL HUEVO DE COLÓN

Permítasenos ahora verificar cómo Shachtman, auxiliado por un vacío teórico, opera con las “realidades de los acontecimientos vivos” en una cuestión especialmente vital. Escribe: “Nunca hemos apoyado la política internacional

del Kremlin... Pero, ¿qué es la guerra? La guerra es la continuación de la política por otros medios. Entonces, ¿por qué habríamos de apoyar la guerra que es la continuación de la política internacional que nosotros *no* apoyamos?” (Loc cit. p. 15.) No se puede negar lo completo de este argumento; bajo la forma de un sencillo silogismo, se nos pone aquí frente a una acabada teoría de *derrotismo*. ¡Tan sencillo como el huevo de Colón! Puesto que nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin, no debemos *nunca* apoyar a la URSS. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Nosotros rechazamos las políticas interna e internacional del Kremlin previo al pacto soviético-alemán y también de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo. Esto significa que las “realidades de los acontecimientos vivos” del año pasado no tienen la más mínima relación con el caso. Si fuimos defensores en el pasado con respecto a la URSS, sólo fue como resultado de la inconsistencia. Shachtman revisa no sólo la política actual de la Cuarta Internacional, sino también la del pasado. Puesto que estamos contra Stalin debemos estar, por tanto, también contra la URSS. Stalin hace mucho tiempo que sostiene esta opinión. Shachtman ha llegado a ella sólo recientemente. De su rechazo de la política del Kremlin, se desprende un derrotismo total e indivisible. Entonces, ¿por qué no decirlo!

Pero Shachtman no puede decirlo. En un pasaje anterior escribe: “Nosotros decíamos -la minoría continúa diciéndolo- que si los imperialistas asaltaban a la Unión Soviética con el propósito de aplastar la última conquista de la Revolución de Octubre y reducir a Rusia a un mosaico de colonias, apoyaríamos incondicionalmente a la Unión Soviética.” (Loc. cit. p. 15) ¡Un momento, un momento! La política internacional del Kremlin es reaccionaria; la guerra es la continuación de su política reaccionaria; no podemos apoyar una guerra reaccionaria. ¿Cómo es, pues, que resulta inesperadamente que si los perversos imperialistas “asaltan” la URSS y si los perversos imperialistas persiguen el poco recomendable propósito de transformarla en una colonia, cómo es que bajo semejantes “condiciones” excepcionales defenderá Shachtman a la URSS... “incondicionalmente”? ¿Qué tiene esto de sensato? ¿Dónde está la lógica? ¿O es que Shachtman, siguiendo el ejemplo de Burnham, también ha relegado la lógica a la esfera de la religión y otros artículos de museo?

La clave de este embrollo de confusión estriba en el hecho de que la declaración: “Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin” es

una abstracción. Debe ser diseccionada y concretada. En su actual política, tanto interior como exterior, la burocracia coloca en primer y principal lugar la defensa de sus propios intereses parasitarios. En esa medida, sostenemos una lucha mortal contra ella; pero, en último análisis, a través de los intereses de la burocracia, de una forma muy distorsionada, se reflejan los intereses del Estado obrero. Nosotros defendemos estos intereses... con nuestros propios métodos. Así, no luchamos de ningún modo contra el hecho de que la burocracia salvaguarde (¡a su modo!) la propiedad estatal, el monopolio del comercio exterior o se niegue a pagar las deudas zaristas. Sin embargo, en una guerra entre la URSS y el mundo capitalista -independientemente de los incidentes que hubieren llevado a la guerra o de los “fines” de este o de aquel gobierno- lo que se debate es el destino de precisamente aquellas conquistas históricas que nosotros defendemos incondicionalmente, es decir, a pesar de la política reaccionaria de la burocracia. En consecuencia, la cuestión se reduce *-en última y decisiva instancia-* a la naturaleza de clase de la URSS.

Lenin dedujo la política del derrotismo del carácter imperialista de la guerra; pero no se detuvo ahí. Dedujo el carácter imperialista de la guerra de una etapa específica en el desarrollo del régimen capitalista y de su clase dominante. Puesto que el carácter de la guerra está determinado precisamente por el carácter de clase de la sociedad y del Estado, Lenin recomendó que al determinar nuestra política frente a la guerra imperialista, nos abstrajéramos de circunstancias “concretas” tales como la democracia y la monarquía, la agresión y la defensa nacional. En oposición a esto, Shachtman propone que deduzcamos el derrotismo de las condiciones coyunturales. Este derrotismo es indiferente al carácter de clase de la URSS y de Finlandia. Son suficientes los rasgos reaccionarios de la burocracia y la “agresión”. Si Francia, Inglaterra o Estados Unidos mandan aviones y cañones a Finlandia, esto no tiene nada que ver en la determinación de la política de Shachtman. Pero si las tropas británicas desembarcan en Finlandia, entonces Shachtman pondrá un termómetro bajo la lengua de Chamberlain y determinará sus intenciones, ya sea que pretenda sólo salvar a Finlandia de la política imperialista del Kremlin, ya sea que, además, se proponga derrocar la “última conquista de la Revolución de Octubre”. Estrictamente de acuerdo con la lectura del termómetro, Shachtman, el derrotista, está listo para transformarse en defensor. Esto es lo que él quiere decir con sustituir los principios abstractos por las “realidades de los acontecimientos vivos”.

Shachtman, como ya hemos visto, demanda persistentemente la mención de precedentes: ¿cuándo y dónde han manifestado en el pasado los líderes de la oposición su oportunismo pequeñoburgués? La respuesta que ya le he dado sobre este punto debo complementarla con dos cartas que intercambiamos sobre la cuestión del defensismo y de los métodos del defensismo en relación con los acontecimientos de la revolución española. El 18 de septiembre de 1937, Shachtman me escribió:

“...Usted dice: “si tuviéramos un miembro en las Cortes, votaría *contra* el presupuesto militar de Negrín”. A menos que esto sea un error tipográfico esto nos parece una incoherencia. Si -en lo que estamos todos de acuerdo- *el elemento de una guerra imperialista* no es dominante actualmente en la lucha española, y si, en cambio, el elemento decisivo es todavía la lucha entre la democracia burguesa en descomposición, con todo lo que ello significa, por una parte, y el fascismo por la otra, y si además estamos obligados a prestar apoyo militar a la lucha contra el fascismo, no vemos cómo sería posible votar en las Cortes contra el presupuesto militar... Si un camarada socialista del frente de Huesca le preguntara a un bolchevique-leninista por qué su representante en las Cortes votó contra la propuesta de Negrín para destinar un millón de pesetas a la compra de rifles para el frente, ¿qué contestaría este bolchevique-leninista? Nos parece que no tendría una respuesta efectiva...” (Subrayado por mí. L. T.)

Esta carta me asombró. Shachtman quería otorgarle confianza al pérfido gobierno de Negrín sobre la base puramente negativa de que “el elemento de una guerra imperialista” no era dominante en España.

El 20 de septiembre de 1937, le contesté a Shachtman:

“Votar el presupuesto militar del gobierno de Negrín significa votarle nuestra confianza *política*... Hacerlo sería un crimen. ¿Cómo explicaríamos nuestro voto a los obreros anarquistas? Muy simplemente: no tenemos la menor confianza en la capacidad de este gobierno para conducir la guerra y asegurar la victoria. Acusamos a este gobierno de proteger a los ricos y de dejar morir de hambre a los pobres. Este gobierno debe ser aplastado. Hasta tanto no seamos suficientemente fuertes para reemplazarlo, luchamos bajo su mando. Pero en toda ocasión expresamos abiertamente nuestra falta de confianza en él: es la única posibilidad de movilizar *políticamente* a las masas contra este gobierno y preparar su derrocamiento. Cualquier otra política sería una traición a la revolución.”

El tono de mi respuesta refleja muy débilmente el... asombro que me produjo la posición oportunista de Shachtman. Los errores aislados son, por supuesto, inevitables, pero ahora, dos años y medio después, esta correspondencia se ilumina con nueva luz. Puesto que defendemos la democracia burguesa contra el fascismo, razona Shachtman, no podemos rehusar por lo tanto, nuestra confianza al gobierno burgués. Al aplicar este mismo teorema a la URSS, se transforma en su opuesto: puesto que no otorgamos ninguna confianza al gobierno del Kremlin, no podemos, por lo tanto, defender el Estado obrero. El seudorradicalismo es, también en este caso, el reverso del oportunismo.

RENUNCIA AL CRITERIO DE CLASE

Permítasenos volver una vez más al ABC. En la sociología marxista, el punto inicial de análisis de un fenómeno dado, por ejemplo Estado, partido, tendencia filosófica, escuela literaria, etcétera, es su definición *de clase*. En la mayor parte de los casos, sin embargo, la simple definición de clase es inadecuada, ya que una clase se compone de diferentes estratos, pasa por diferentes fases de desarrollo, se encuentra bajo diferentes condiciones, está sujeta a la influencia de otras clases. Se hace necesario tener en cuenta factores de segundo y tercer orden, con el objeto de redondear el análisis; según el propósito específico se les toma ya sea parcial o completamente. Pero, para un marxista, el análisis es imposible sin una caracterización de clase del fenómeno que se considere.

El sistema óseo y muscular no agota la anatomía de un animal; sin embargo, un tratado de anatomía que intentara “abstraerse” de los huesos y de los músculos, se quedaría en el aire. La guerra no es un órgano, sino una función de la sociedad, es decir, de su clase dominante. Es imposible definir y estudiar una función sin comprender el órgano, es decir, el Estado; es imposible conseguir un entendimiento científico del órgano sin comprender la estructura general del organismo, es decir, la sociedad. Los huesos y músculos de la sociedad están constituidos por las fuerzas productivas y las relaciones (de propiedad) de clase. Sostiene Shachtman que es posible que una función, a saber, la guerra, pueda ser estudiada “concretamente”, independientemente del órgano al cual pertenece, es decir, el Estado. ¿No es esto monstruoso?

Este error fundamental se complementa con otro igualmente evidente. Después de separar la función del órgano, Shachtman, al estudiar la función misma, en contra de todas sus promesas, procede, no de lo abstracto a lo concreto, sino, al contrario, disuelve lo concreto en lo abstracto. La guerra *imperialista* es una de las funciones del capital financiero, es decir, de la burguesía que, llegada a cierta fase de desarrollo, se apoya sobre un capitalismo de estructura específica, a saber, el capital monopolista. Esta definición es suficientemente concreta para nuestras conclusiones políticas básicas. Pero al extender el término de guerra *imperialista* abarcando también el Estado soviético, Shachtman socava el terreno bajo sus propios pies. Con el fin de encontrar una justificación aunque sea superficial para aplicar la misma designación a la expansión del capital financiero y a la expansión del Estado obrero, Shachtman se ve obligado a desprenderse de la estructura social de ambos Estados en conjunto, proclamando que es... una abstracción. Así, jugando al escondite con el marxismo, Shachtman designa lo concreto como abstracto y hace pasar lo abstracto como concreto!

Este juego escandaloso con la teoría no es accidental. En Estados Unidos, todo pequeñoburgués, sin excepción, está listo a llamar “imperialista” cualquier ocupación de territorio, especialmente ahora que Estados Unidos no está ocupado en conquistar territorios. Pero si se dice a este mismo pequeñoburgués que toda la política exterior del capital financiero es imperialista, independientemente de que en el momento dado se ocupe de llevar a cabo una anexión o de “defender” a Finlandia contra la anexión, entonces, nuestro pequeñoburgués saltará de fervorosa indignación. Naturalmente, los líderes de la oposición difieren considerablemente del pequeñoburgués medio en su propósito y en su nivel político; pero, desgraciadamente, tienen raíces comunes de pensamiento. Un pequeñoburgués, invariablemente, trata de separar los acontecimientos políticos de su base social, ya que existe un conflicto orgánico entre una aproximación de clase a los hechos y la posición social y la educación de la pequeñoburguesía.

UNA VEZ MÁS: POLONIA

Mi observación de que el Kremlin, con sus métodos burocráticos, daba un impulso a la revolución socialista en Polonia, es convertida por Shachtman en

una afirmación de que, en mi opinión, una “revolución burocrática” del proletariado es presumiblemente posible. Esto no sólo es incorrecto, sino desleal. Mi expresión estaba rígidamente limitada. No se trata de una “revolución burocrática”, sino solamente de un impulso burocrático. Negar este impulso es negar la realidad. Las masas populares de Ucrania Occidental y de Bielorrusia, en todo caso, sintieron este impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para llevar a cabo una transformación drástica en las relaciones de propiedad. Un partido revolucionario que fracasase en entender este impulso a tiempo y que rehusara utilizarlo, no sería bueno más que para arrojarlo al cesto de basura.

Este impulso en dirección de la revolución socialista fue posible sólo porque la burocracia de la URSS se apoya y tiene sus raíces en la economía de un Estado obrero. La utilización revolucionaria de este “impulso” por los ucranianos y bielorrusos fue posible sólo mediante la lucha de clases en los territorios ocupados y mediante la fuerza del ejemplo de la Revolución de Octubre. Finalmente, el rápido estrangulamiento o semiestrangulamiento de este movimiento revolucionario de masas fue posible en virtud de su aislamiento y del poder de la burocracia de Moscú. Quien no sea capaz de entender la interacción dialéctica de estos tres factores: Estado obrero, masas oprimidas y burocracia bonapartista, haría mejor en abstenerse de palabrerías sobre los acontecimientos de Polonia.

En las elecciones para la Asamblea Nacional de la Ucrania Occidental y de Bielorrusia Occidental, el programa electoral, dictado por supuesto por el Kremlin, incluyó tres puntos extremadamente importantes: inclusión de ambas provincias en la Federación de la URSS; confiscación de los latifundios en favor de los campesinos; y nacionalización de la gran industria y de los bancos. Los demócratas ucranianos, a juzgar por su conducta, consideraron un mal menor estar unificados bajo jurisdicción de un solo Estado. Y desde el punto de vista de la futura lucha por la independencia, están en lo correcto. En cuanto a los otros dos puntos del programa, uno pensaría que no podía haber ninguna duda entre nosotros sobre su carácter progresista. Tratando de esquivar la realidad, es decir, que no fueron más que las bases sociales de la URSS las que impusieron al Kremlin un programa social revolucionario, Shachtman hace referencia a Letonia, Lituania y Estonia, donde todo ha permanecido como antes. ¡Argumento increíble! Nadie ha dicho que la burocracia soviética *siempre y en cualquier lugar*, quiera o sea capaz de llevar a cabo la expropiación de la

burguesía. Solamente decimos que ningún otro gobierno podría haber realizado la transformación social que la burocracia del Kremlin, no obstante su alianza con Hitler, se vio obligada a sancionar en Polonia del Este. De no hacerlo, no habría podido incluir el territorio en la Federación de la URSS.

Shachtman se da por enterado del derrocamiento mismo. No puede negarlo. Es incapaz de explicarlo. Pero, sin embargo, trata de salvar su prestigio. Escribe: “En la Ucrania polaca y en la Rusia Blanca, donde la explotación de clase se intensificó con la opresión nacional... los campesinos comenzaron a tomar la tierra por ellos mismos y a arrojar a los terratenientes que ya comenzaban a huir”, etc. (Loc. cit. p. 16.) Resulta que el Ejército Rojo no tuvo nada que ver con todo esto. Vino a Polonia sólo como “una fuerza contrarrevolucionaria”, con el propósito de suprimir el movimiento. Entonces, ¿por qué los obreros y campesinos de Polonia Occidental, tomada por Hitler, no organizaron una revolución? ¿Por qué fueron principalmente revolucionarios “demócratas” y judíos los que huyeron de allí, mientras que de Polonia Oriental fueron principalmente terratenientes y capitalistas quienes huyeron? Shachtman no tiene tiempo para pensar en esto: está muy apurado explicándome que la concepción de la “revolución burocrática” es absurda, ya que la emancipación de los trabajadores sólo pueden llevarla a cabo los trabajadores mismos. ¿No estoy en lo justo al repetir que Shachtman siente ostensiblemente que está dentro de una guardería?

En el órgano parisino de los mencheviques -quienes, si eso es posible, son todavía más “irreconciliables” en su actitud hacia la política exterior del Kremlin que Shachtman- se informa que “en las aldeas, muy frecuentemente con la simple aproximación de las tropas soviéticas (es decir, aun antes de su entrada en un distrito dado. L.T.), surgieron comités campesinos por todas partes, órganos elementales del autogobierno revolucionario campesino...”. Las autoridades militares se apresuraron, claro está, a subordinar estos comités a los órganos burocráticos establecidos por ellas en los centros urbanos. Sin embargo, se vieron obligados a apoyarse en los comités campesinos, puesto que sin ellos era imposible llevar a cabo la revolución agraria.

El líder de los mencheviques, Dan, escribió el 19 de octubre: “*De acuerdo con el testimonio unánime de todos los observadores*, la aparición del ejército y de la burocracia soviéticos provocó, no sólo en el territorio ocupado por ellos sino más allá de sus límites, un impulso (!!!) al desorden social y a las transformaciones sociales”. El “impulso”, como puede verse, no fue inventado

por mí, sino por “el testimonio unánime de todos los observadores” dotados de ojos y oídos. Dan va todavía más lejos y expresa la suposición de que “las oleadas engendradas por este impulso no sólo golpearán al poderío alemán en un lapso relativamente corto de tiempo, sino que también, en grado mayor o menor, envolverán a otros Estados”.

Otro autor menchevique escribe: “A pesar de lo que hayan podido intentar en el Kremlin para evitar cualquier cosa que pudiera tener sabor a la gran revolución, el mismo hecho de la entrada de las tropas soviéticas en los territorios de Polonia Oriental, con sus viejas relaciones agrarias semif feudales, tenían que provocar un tempestuoso movimiento agrario. Con la aproximación de las tropas soviéticas, los campesinos comenzaron a tomar los latifundios de los terratenientes y a formar comités campesinos”. Ustedes observarán: con la *aproximación* de las tropas soviéticas, y de ningún modo con su *expulsión*, como debiera ser de acuerdo con las palabras de Shachtman. Cito el testimonio de los mencheviques porque están muy bien informados, sus fuentes de información provienen de los emigrados judíos y polacos llegados a Francia y con quienes están en amistosos términos, y también porque como estos caballeros han capitulado ante la burguesía francesa, no puede sospecharse que hayan capitulado ante el stalinismo.

El testimonio de los mencheviques, por lo demás, se confirma con los informes de la prensa burguesa.

“La revolución agraria en la Polonia soviética ha tenido la fuerza de un movimiento espontáneo. Tan pronto como se extendió la noticia de que el Ejército Rojo había cruzado el río Zbrucz, los campesinos comenzaron a repartir entre ellos las hectáreas de los terratenientes. Se dio la tierra primero a los pequeños propietarios y así se expropió cerca de un 30 por ciento de la tierra laborable.” (“N. Y. Times”, 17 de enero de 1940).

Como si se tratara de un nuevo argumento, Shachtman me lanza mis propias palabras para sostener que la expropiación de los terratenientes en Polonia Oriental no puede alterar nuestra apreciación de la política *general* del Kremlin. ¡Claro que no! Nadie lo ha propuesto. Con la ayuda de la Comintern, el Kremlin ha desorientado y desmoralizado a la clase obrera, de forma que no sólo ha facilitado el estallido de una nueva guerra imperialista, sino que también ha hecho extremadamente difícil la utilización de esta guerra para la revolución. Comparada con aquellos crímenes, la transformación social en las dos provincias, que fue pagada con creces por la esclavitud de Polonia, es, por

supuesto, de importancia secundaria, y no puede alterar el carácter general reaccionario de la política del Kremlin. Pero, por iniciativa de la misma oposición, la cuestión ahora planteada no es de política general, sino de su refracción concreta bajo condiciones específicas de tiempo y de lugar. Para los campesinos de Galitzia y de Bielorrusia Occidental la transformación agraria fue de la mayor importancia. La Cuarta Internacional no podía haber boicoteado esta transformación sobre la base de que la iniciativa fue tomada por la burocracia reaccionaria. Nuestro estricto deber era participar en la transformación, junto a los obreros y campesinos, *y en esa medida*, del lado del Ejército Rojo. Al mismo tiempo, era indispensable advertir incansablemente a las masas sobre el carácter reaccionario general de la política del Kremlin y de aquellos peligros que eso supone para los territorios ocupados. Saber cómo combinar estas dos tareas o, más precisamente, los dos aspectos de una misma tarea, precisamente esa es la política bolchevique.

UNA VEZ MÁS: FINLANDIA

Habiendo revelado tan singular perspicacia para entender los acontecimientos de Polonia, Shachtman se lanza sobre mí con autoridad redoblada, en relación con los acontecimientos de Finlandia. En mi artículo “Una oposición pequeñoburguesa” escribí que “la guerra soviético-finlandesa está *comenzando aparentemente* a ser *complementada* por una guerra civil, en la que el Ejército Rojo se encuentra en la fase dada en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses...” Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi valoración de los acontecimientos de Polonia lo había sacado de quicio. “Encuentro todavía menos [pruebas] para sus -¿cómo tendré que decir?- asombrosas observaciones acerca de Finlandia”, escribe Shachtman en la página 16 de su “Carta”. Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo sobre ello.

En los Estados bálticos, el Kremlin limitó su labor a conseguir ventajas estratégicas con el cálculo indiscutible de que en el futuro estas bases militares estratégicas también permitirán la soviétización de estas antiguas zonas del imperio zarista. Estos éxitos en el Báltico, alcanzados por la amenaza diplomática, se encontraron, sin embargo, con la resistencia de Finlandia.

Conciliar con esta resistencia habría significado para el Kremlin comprometer su “prestigio” y, por lo tanto, sus éxitos en Estonia, Letonia y Lituania. Así, contrariando sus planes iniciales, el Kremlin se vio obligado a recurrir a la fuerza armada. De este hecho, cualquier persona que piense, se preguntaría: ¿Pretende el Kremlin sólo atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos?

A esta pregunta, claro que no puede haber una respuesta “automática”. Era necesario -a la luz de las tendencias generales- orientarse, a base de síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de esto.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Partido Comunista Finlandés, indudablemente situado en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo trabajador de Finlandia. Este manifiesto proclamaba: “Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase obrera finlandesa está comenzando una lucha contra el yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos, en 1918, terminó con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo trabajador tendrá que vencer!” Este manifiesto indicaba claramente por sí solo que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno Popular, publicada el 2 de diciembre, afirma: “En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado ya y proclamado la creación de una República democrática”. Esta afirmación es obviamente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las noticias referentes a “insurrecciones” constituyeron una llamada a la insurrección. Por lo demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del “primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas de obreros y campesinos revolucionarios”. Más allá de que hubieran mil hombres en este “cuerpo”, o fueran sólo cien, el significado del “cuerpo” en la determinación de la política del Kremlin fue indiscutible. Al mismo tiempo, despachos cablegráficos informaban de la expropiación de grandes terratenientes en las regiones fronterizas. No existe la menor duda de que esto es exactamente lo

que aconteció durante el primer avance del Ejército Rojo. Pero aun cuando estos despachos fueran considerados invenciones, conservan, enteramente, su significado como un llamamiento para una revolución agraria. De ese modo, yo tenía todo derecho para declarar que “la guerra soviético-finlandesa está comenzando aparentemente a ser complementada por una guerra civil”. A principios de diciembre, es verdad, sólo tenía a mi disposición una parte de estos hechos. Pero en el contexto de la situación general y, me tomo la libertad de agregar, con la ayuda de una comprensión de su lógica interna, los síntomas aislados me permitieron sacar las conclusiones concernientes a la dirección de toda la lucha. Sin semejantes conclusiones casi *a priori*, se podrá ser un observador que razona, pero en ningún caso un participante activo de los acontecimientos. Pero, ¿por qué el llamamiento del “Gobierno Popular” no consiguió una respuesta inmediata de las masas? Por tres razones: 1.º Finlandia está completamente dominada por un aparato militar reaccionario, sostenido no sólo por la burguesía sino también por las capas altas del campesinado y por la burocracia obrera; 2.º la política del Kremlin logró transformar al Partido Comunista Finlandés en un factor insignificante; 3.º el régimen de la URSS de ningún modo es capaz de levantar el entusiasmo entre las masas trabajadoras finlandesas. Aun en Ucrania, entre 1918 y 1920, los campesinos respondieron muy lentamente a los llamamientos para tomar la propiedad de los terratenientes, porque el poder local soviético era todavía débil y cada triunfo de los Blancos traía consigo despiadadas persecuciones punitivas. Hay menos razones para sorprenderse de que los campesinos pobres finlandeses tardaran en responder a un llamamiento para una revolución agraria. Para poner a los campesinos en movimiento, se requerían triunfos importantes del Ejército Rojo. Pero durante el primer avance mal preparado, el Ejército Rojo sólo sufrió derrotas. Bajo tales condiciones ni siquiera era posible hablar de un levantamiento campesino. Era imposible esperar una guerra civil independiente en Finlandia en ese determinado estadio: mis cálculos hablaban muy precisamente de complementar las operaciones militares con medidas de guerra civil. Tengo en la mente -por lo menos hasta que el ejército finlandés sea aniquilado- sólo el territorio ocupado y las regiones cercanas. Hoy, 17 de enero, mientras escribo estas líneas, despachos de fuente finlandesa informan que una de las provincias fronterizas ha sido invadida por destacamentos de emigrados finlandeses y que, literalmente, hermano a hermano se están matando allí. ¿Qué es esto sino un episodio de una guerra civil? En todo caso,

no puede dudarse de que un nuevo avance del Ejército Rojo en Finlandia confirmará a cada paso nuestra apreciación general de la guerra. Shachtman no tiene ni un análisis de los acontecimientos, ni la pista de un pronóstico. Él se limita a la noble indignación y por esta razón a cada paso se hunde más en el lodo.

La declaración del “Gobierno Popular” llamaba al control obrero. ¡Qué puede significar esto! -exclama Shachtman-. No existe control obrero en la URSS, ¿de dónde llegará a Finlandia? Es triste decirlo, pero Shachtman revela una total falta de comprensión de la situación. En la URSS, el control obrero es una fase consumada hace largo tiempo. Del control sobre la burguesía pasaron allí al manejo de la producción nacionalizada. De la gestión de los obreros, al mando de la burocracia. Un nuevo control obrero significaría ahora un control sobre la burocracia. Esto no puede establecerse salvo como resultado de un levantamiento victorioso contra la burocracia. En Finlandia, el control obrero todavía significa nada más que expulsar a la burguesía nativa, cuyo sitio se propone ocupar la burocracia. Por lo demás, no se puede pensar que el Kremlin sea tan estúpido como para intentar gobernar Polonia Oriental o Finlandia por medio de comisarios importados. Para el Kremlin, es de la mayor urgencia extraer un nuevo aparato administrativo de entre la población trabajadora de las áreas ocupadas. Esta tarea sólo puede resolverse en varias etapas. La primera, son los comités campesinos y los comités de control obrero.¹⁰¹

Shachtman se aferra ansiosamente incluso al hecho de que el programa de Kuusinen “es, formalmente, el programa de una ‘democracia’ burguesa”. ¿Quiere decir con esto que el Kremlin se interesa más en establecer una democracia burguesa en Finlandia que en incluir a ésta dentro de la estructura de la URSS? Shachtman mismo no sabe lo que quiere decir. En España, que Moscú no se preparaba a fusionar con la URSS, de lo que se trató en realidad fue de demostrar la capacidad del Kremlin para salvaguardar la democracia burguesa contra la revolución proletaria. Esta tarea emanaba de los intereses de la burocracia del Kremlin en aquella situación internacional particular. Hoy, la situación es distinta. No se prepara el Kremlin a demostrar su utilidad a Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Como lo han probado sus acciones, está firmemente decidido a soviétizar Finlandia en una o en dos etapas. El programa de gobierno de Kuusinen, aunque se lo analice desde el punto de

vista “formal”, no se diferencia del programa de los bolcheviques en noviembre de 1917. Ciertamente, Shachtman explota mucho el hecho de que yo generalmente dé importancia al manifiesto del “idiota” Kuusinen. Sin embargo, me tomaré la libertad de considerar que el “idiota” Kuusinen, siguiendo el *decreto* del Kremlin y con el apoyo del Ejército Rojo, representa un factor político mucho más serio que el que representan sabiondos superficiales que se niegan a pensar a través de la lógica interna (dialéctica) de los acontecimientos.

Como resultado de su notable análisis, Shachtman propone, abiertamente esta vez, una política derrotista en relación a la URSS, y añadiendo (para caso de emergencia) que no deja de ser, de ningún modo, un “patriota de su clase”. Nos place mucho la información. Pero el problema es que Dan, líder de los mencheviques, desde el 12 de noviembre escribió que en el caso de que la Unión Soviética invadiera Finlandia, el proletariado mundial “debe tomar una posición derrotista definitiva en relación con esa violación” (“Sozialisticheski Vestnik”, N.º 19-20, pág. 43). Es necesario agregar que durante el régimen de Kerenski, Dan fue un rabioso defensor; no consiguió ser derrotista ni siquiera bajo el zar. Sólo la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo ha convertido a Dan en derrotista. Naturalmente, no por eso ha dejado de ser “un patriota de su clase”. ¿Qué clase? Esta cuestión no carece de interés. Shachtman no está de acuerdo con Dan en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, ya que éste, por encontrarse más cerca del teatro de la acción, no puede sustituir los hechos por la ficción; en forma de compensación, en lo que se refiere a las “conclusiones políticas concretas”, Shachtman ha resultado ser un “patriota” de la mismísima clase que Dan. Esta clase, en sociología marxista, si la oposición me lo permite, se llama *pequeñoburguesía*.

LA TEORÍA DE LOS “BLOQUES”

Para justificar su bloque con Burnham y Abern -contra el ala proletaria del partido, contra el programa de la Cuarta Internacional y contra el método marxista-, Shachtman no ha prescindido de la historia del movimiento revolucionario, que -según sus palabras- estudió especialmente a fin de transmitir grandes tradiciones a la joven generación. La finalidad es, naturalmente, excelente. Pero exige un método científico. Mientras tanto,

Shachtman ha comenzado por sacrificar el método científico en aras de un bloque. Sus ejemplos históricos son arbitrarios, no meditados, y categóricamente falsos.

No toda colaboración es un bloque en el sentido propio de la palabra. Los acuerdos episódicos no son poco frecuentes pero de ninguna manera se transforman y no se debe tratar de transformar en un bloque prolongado. Por otra parte, la pertenencia a un mismo partido, difícilmente puede llamarse un bloque. Nosotros, junto al camarada Burnham, hemos pertenecido (y espero que seguiremos perteneciendo hasta el final) a un mismo partido internacional; pero esto todavía no es un bloque. Dos partidos pueden convenir en un bloque a largo plazo para luchar juntos contra un enemigo común: tal fue la política del “Frente Popular”. Tendencias próximas, pero no idénticas, dentro de un único y mismo partido, pueden convenir en formar un bloque contra una tercera fracción.

Para la evaluación de los bloques internos del partido, son de importancia decisiva dos cuestiones: 1) Primero y sobre todo, ¿en contra de quién o de qué está dirigido el bloque? 2) ¿Cuál es la relación de fuerzas dentro del bloque? Así, para una lucha contra el chauvinismo dentro del propio partido, está totalmente permitida la formación de un bloque entre internacionalistas y centristas. El resultado del bloque dependería en este caso, de la claridad del programa de los internacionalistas, de su cohesión y disciplina, ya que estos rasgos frecuentemente son más importantes para determinar la relación de fuerzas que su fuerza numérica.

Como dijimos antes, Shachtman apela al bloque de Lenin con Bogdanov. Ya he afirmado que Lenin no hizo ni las más mínimas concesiones teóricas a Bogdanov. Ahora examinaremos el aspecto político del “bloque”. En primer lugar, es necesario establecer que de lo que en realidad se trató no fue de un bloque, sino de una colaboración en una organización común. La fracción bolchevique desarrollaba una existencia independiente. Lenin no formó un “bloque” con Bogdanov contra otras tendencias dentro de su propia organización. Al contrario, conformó un bloque incluso con los bolcheviques conciliadores (Dubrovinski, Rykov y otros) contra las herejías teóricas de Bogdanov. En esencia, la cuestión, en lo que se refiere a Lenin, era si sería posible continuar con Bogdanov en una misma organización que, a pesar de denominarse “fracción”, tenía todos los rasgos de un partido. Si Shachtman no

ve a la oposición como una organización independiente, entonces su referencia al “bloque” Lenin-Bogdanov se hace pedazos.

Pero el error en la analogía no se limita a esto. La fracción-partido bolchevique desarrollaba una lucha contra el menchevismo, que en ese momento ya se había revelado completamente como una agencia pequeñoburguesa de la burguesía liberal. Esto era mucho más serio que la acusación de supuesto “conservadurismo burocrático”, cuyas raíces de clase Shachtman ni siquiera intenta definir. La colaboración de Lenin con Bogdanov fue una colaboración entre una tendencia proletaria y una tendencia centrista sectaria, contra el oportunismo pequeñoburgués. Las líneas de clase están claras. El “bloque” (si se usa este término en el caso dado) estaba justificado.

La historia posterior del “bloque” no carece de importancia. En la carta a Gorki citada por Shachtman, Lenin expresaba la esperanza de que sería posible separar las cuestiones políticas de las puramente filosóficas. Shachtman olvida añadir que la esperanza de Lenin no se materializó de ningún modo. Se desarrollaron diferencias desde las cimas de la filosofía hasta abajo, en todas las demás cuestiones, inclusive las más corrientes. Si el “bloque” no desacreditó al bolchevismo sólo fue porque Lenin tenía un programa acabado, un método correcto, una fracción firmemente soldada, en la cual el grupo de Bogdanov constituía una pequeña minoría inestable.

Shachtman ha constituido un bloque con Burnham y Abern contra el ala proletaria de su propio partido. Es imposible evadir esto. La relación de fuerzas dentro del bloque está completamente contra de Shachtman. Abern tiene su propia fracción. Burnham, con ayuda de Shachtman, puede crear un remedo de fracción integrada por los intelectuales desilusionados del bolchevismo. Shachtman no tiene ningún programa independiente, ningún método independiente, ninguna fracción independiente. El carácter ecléctico del “programa” de la oposición está determinado por las tendencias contradictorias dentro del bloque. En caso de que el bloque colapse -y el colapso es inevitable- Shachtman saldrá de la lucha sin otra cosa que daño para el partido y para sí mismo.

Shachtman apela además al hecho de que en 1917 Lenin y Trotsky se unieron, después de una larga lucha, y que más tarde habría sido incorrecto recordarles sus diferencias pasadas. Este ejemplo se encuentra un poco comprometido por el hecho de que Shachtman lo utilizó ya una vez, antes, para explicar su bloque con... Cannon, contra Abern. Pero aparte de esta

desagradable circunstancia, la analogía histórica es falsa hasta la médula. Al unirse al partido bolchevique, Trotsky reconoció completamente y con toda lealtad la corrección de los métodos leninistas de construcción del partido. Al mismo tiempo, la irreconciliable tendencia de clase del bolchevismo había corregido un pronóstico incorrecto. Si yo no suscité nuevamente la cuestión de la “revolución permanente” en 1917, fue porque había sido ya decidida para ambos bandos por la marcha de los acontecimientos. La base para el trabajo conjunto fue constituida no por combinaciones subjetivas o episódicas, sino por la revolución proletaria. Esta es una sólida base. Además, lo que estaba en cuestión aquí no era un “bloque”, sino la unificación en un solo partido, contra la burguesía y sus agentes pequeñoburgueses. Dentro del partido, el bloque de octubre de Lenin y Trotsky estaba dirigido en contra de las vacilaciones pequeñoburguesas sobre la cuestión de la insurrección.

Igualmente superficial es la referencia de Shachtman al bloque de Trotsky con Zinoviev en 1926. La lucha en esa época estaba dirigida no contra el “conservadurismo burocrático” como rasgo psicológico de unos cuantos individuos antipáticos, sino contra la más poderosa burocracia del mundo, sus privilegios, su gobierno arbitrario y su política reaccionaria. El radio de diferencias permitidas en un bloque está determinado por el carácter del adversario.

La relación de elementos dentro del bloque era completamente diferente. La oposición de 1923 tenía su propio programa y sus propios cuadros, en ningún modo compuestos de intelectuales, como afirma Shachtman, haciéndose eco de los stalinistas, sino de trabajadores de base. La oposición Zinoviev-Kamenev, a petición nuestra, reconoció en un documento especial que la oposición de 1923 estaba en lo correcto en todas las cuestiones fundamentales. Sin embargo, puesto que teníamos tradiciones distintas y estábamos lejos de ponernos de acuerdo en todo, nunca llegó a realizarse la fusión; ambos grupos siguieron siendo fracciones independientes. En ciertas cuestiones de importancia, es cierto, la oposición de 1923 hizo concesiones de principio a la oposición de 1926 -en contra de mi voto-, concesiones que consideré y aún considero como inadmisibles. La circunstancia de que no protestase abiertamente contra estas concesiones fue más bien un error. Pero generalmente no había mucho lugar para protestas abiertas, nosotros trabajábamos ilegalmente. En cualquier caso, ambos campos quedaron bien enterados de mis opiniones sobre las cuestiones controversiales. Dentro de la oposición de 1923, novecientos noventa y nueve

por mil, si no más, apoyaron mi punto de vista, y no el de Zinoviev o el de Radek. Con semejante relación entre los dos grupos dentro del bloque, pudo haber este o aquel error parcial, pero no hubo nada parecido al aventurerismo.

Con Shachtman, el caso es completamente distinto. ¿Quién estaba en lo cierto en el pasado, y precisamente cuándo y dónde? ¿Por qué estuvo primero Shachtman con Abern, después con Cannon, y ahora de nuevo con Abern? La propia explicación de Shachtman respecto a las amargas luchas fraccionales pasadas es digna no de una figura política responsable, sino de una niña: “Juanito se equivocó un poquito, Max otro poquito, todos un poquito y, ahora, todos estamos un poquito en lo cierto.” ¿Quién estaba en un error y en qué? Ni una palabra de esto. La tradición no existe. El ayer ha sido borrado de los cálculos, y ¿cuál es la razón de todo esto? Es que en el organismo del partido, el camarada Shachtman desempeña el papel de un riñón flotante.

En busca de analogías históricas, Shachtman evita un ejemplo que realmente sí tiene parecido con su actual bloque. Tengo en mente el llamado bloque de agosto de 1912. Yo participé activamente en este bloque. En cierto modo, yo lo creé. Políticamente, yo difería de los mencheviques en todas las cuestiones fundamentales. También difería de los bolcheviques ultraizquierdistas, de los miembros del grupo “Vperiod”. En la tendencia política general, me encontraba mucho más cerca de los bolcheviques. Pero estaba contra el “régimen” leninista porque todavía no había aprendido a comprender que a fin de realizar la meta revolucionaria, es indispensable un partido centralizado, firmemente unido. Y así formé este bloque episódico, compuesto de elementos heterogéneos que estaba dirigido contra el ala proletaria del partido.

En el bloque de agosto los liquidadores tenían su propia fracción, los “Vperiod” tenían algo parecido a una fracción. Yo me mantuve aislado, tenía a quienes pensaban como yo, pero no una fracción. Muchos de los documentos fueron escritos por mí, y a través de evitar las diferencias de principio, tenían por objeto la creación de una apariencia de unanimidad respecto a las “cuestiones políticas concretas”. ¡Ni una palabra sobre el pasado! Lenin sometió al bloque de agosto a una crítica despiadada, y los golpes más rigurosos me correspondieron a mí. Lenin demostró que tanto más cuanto que yo no me había puesto de acuerdo ni con los mencheviques ni con los miembros del grupo “Vperiod”, mi política era aventurerismo. Esto fue severo, pero cierto.

Como “circunstancia atenuante” permítaseme mencionar el hecho de que yo me había fijado como tarea, no el apoyar a la fracción derechista o ultraizquierdista contra los bolcheviques, sino la de unir al partido en su conjunto. Los bolcheviques también fueron invitados a la conferencia de agosto. Pero como Lenin se rehusó de plano a unirse con los mencheviques (en lo que estaba completamente acertado), me vi colocado en un bloque artificial, con los mencheviques y los miembros del grupo “Vperiod”. La segunda circunstancia atenuante es que el fenómeno mismo del bolchevismo, como genuino partido revolucionario, se desarrollaba entonces por primera vez; en la práctica de la Segunda Internacional no habían precedentes. Pero no trato por ese medio de absolverme en lo más mínimo de culpa. No obstante, la concepción de la revolución permanente, que revelaba indudablemente la perspectiva correcta, no me había liberado en aquella época, especialmente en la esfera organizativa, de los rasgos del revolucionario pequeñoburgués. Estaba enfermo de la enfermedad del conciliacionismo hacia el menchevismo, y de una actitud desconfiada hacia el centralismo leninista. Inmediatamente después de la conferencia de agosto, el bloque comenzó a desintegrarse en sus partes componentes. A los pocos meses, yo estaba fuera del bloque, no sólo en materia de principios, sino organizativamente.

Hoy dirijo a Shachtman el mismo reproche que Lenin me dirigió hace 27 años: “Su bloque carece de principios”. “Su política es aventurerismo”. De todo corazón, expreso la esperanza de que de estas acusaciones, Shachtman extraiga las mismas conclusiones que una vez extraje yo.

LAS FRACCIONES EN LUCHA

Shachtman expresa sorpresa acerca del hecho de que Trotsky, “el líder de la oposición de 1923”, sea capaz de apoyar a la fracción burocrática de Cannon. En esto, como en la cuestión del control obrero, Shachtman revela de nuevo su falta de tacto para la perspectiva histórica. Verdaderamente, para justificar su dictadura, la burocracia soviética explotó los principios del centralismo bolchevique, pero en el proceso real, los transformó en su justo contrario. Pero esto para nada desacredita los métodos del bolchevismo. Durante un período de muchos años, Lenin educó al partido en el espíritu de la disciplina proletaria y de un severo centralismo. Mientras lo hacía, sufrió muchas veces el

ataque de las fracciones y de las camarillas pequeñoburguesas. El centralismo bolchevique fue un factor profundamente progresivo que aseguró en última instancia el triunfo de la revolución. No es difícil comprender que la lucha de la actual oposición en el seno del Socialist Workers Party nada tiene en común con la lucha de la oposición rusa de 1923 contra la privilegiada casta burocrática; pero sí tiene, en cambio, una gran semejanza con la lucha de los mencheviques en contra del centralismo bolchevique.

Según la oposición, Cannon y su grupo son “expresión de un tipo de política que podría muy bien describirse como conservadurismo burocrático”. ¿Qué quiere decir esto? La dominación de una burocracia obrera conservadora, copartícipe en los beneficios de la burguesía nacional, sería inconcebible sin el apoyo directo o indirecto del Estado capitalista. El gobierno de la burocracia stalinista sería inconcebible sin la GPU, el ejército, los tribunales, etc. La burocracia soviética apoya a Stalin, precisamente porque es el burócrata que defiende sus intereses mejor que ningún otro. La burocracia sindical apoya a Green y Lewis precisamente porque sus vicios, como burócratas diestros y hábiles, salvaguardan los intereses materiales de la aristocracia obrera. ¿Sobre qué bases se apoya el “conservadurismo burocrático” del SWP? Obviamente no es sobre intereses materiales, sino en una selección de tipos burocráticos, en contraste con otro campo donde se han reunido los espíritus dinámicos, innovadores e iniciadores. La oposición no señala ningún objetivo, como, por ejemplo, las bases sociales del “conservadurismo burocrático”. Todo se reduce a pura psicología. Bajo tales condiciones, todo obrero inteligente dirá: Es posible que el camarada Cannon realmente peque en lo referente a en la línea de las tendencias burocráticas -me es difícil juzgar a la distancia-, pero si la mayoría del Comité Nacional y de todo el partido, que en modo alguno está interesada en “privilegios” burocráticos, apoya a Cannon, lo hace, no en razón de sus tendencias burocráticas, sino a pesar de ellas. Esto significa que él tiene otras virtudes que contrapesan largamente sus defectos personales. Eso es lo que dirá un miembro serio del partido. Y, en mi opinión, estará en lo correcto.

Para probar sus quejas y acusaciones, los líderes de la oposición sacan a luz anécdotas y episodios que pueden contarse por centenares y por miles en todo partido, y que, además, son imposibles de verificar objetivamente en la mayoría de los casos. La indulgencia está muy lejos de mí cuando critico la sección de narraciones de historias de los documentos de la oposición. Pero hay un episodio sobre el que deseo expresarme como testigo y participante. Los líderes

de la oposición refieren de modo muy arrogante la facilidad con que Cannon y su grupo aceptó, presumiblemente sin crítica y sin deliberación, el programa de reivindicaciones transitorias. He aquí lo que escribí al camarada Cannon el 15 de abril de 1938, en lo que respecta a la elaboración de este programa:

“Le hemos enviado el borrador del programa de transición y una breve declaración sobre el partido obrero. Sin la visita de ustedes a México nunca hubiera podido escribir el proyecto de programa, porque durante las discusiones aprendí muchas cosas importantes que me permitieron ser más explícito y concreto...”

Shachtman conoce perfectamente estas circunstancias ya que él fue uno de los que tomaron parte en la discusión.

Los rumores, las especulaciones personales y los simples chismes no ayudan para nada, pero ocupan un sitio importante en los círculos pequeñoburgueses, en donde las personas están unidas, no por ligámenes de partido, sino por relaciones personales, y donde no se ha adquirido el hábito de una aproximación clasista de los acontecimientos. De boca en boca ha pasado el hecho de que he sido visitado exclusivamente por representantes de la mayoría y que se me ha apartado de la senda de la verdad. ¡Mis queridos camaradas, no crean esta insensatez! Yo obtengo información política por los mismos métodos que uso generalmente en mi trabajo. Una actitud crítica con respecto a la información es parte orgánica de la fisonomía política de todo político. Si yo fuese incapaz de distinguir las comunicaciones falsas de las verdaderas, ¿qué valor podrían tener mis juicios en general?

Conozco personalmente a no menos de veinte miembros de la fracción de Abern. Hacia algunos de ellos me siento obligado por su amistosa ayuda en mi labor, y los considero a todos, o a casi todos, como valiosos miembros del partido. Pero debo decir al mismo tiempo que lo que los distingue a uno de otro en mayor o menor grado es esa aureola del medio pequeñoburgués, la falta de experiencia en la lucha de clases y, en cierta medida, la falta del contacto indispensable con el movimiento proletario. Sus rasgos positivos los ligan a la Cuarta Internacional. Sus rasgos negativos los atan a la más conservadora de todas las fracciones.

“Se inculca una actitud anti-intelectual y anti-intelectuales en las mentes de los miembros del partido”, se queja el documento sobre el “Conservadurismo burocrático” (*Boletín Interno*, Vol. 2, N.º 6, enero de 1940, pág. 12). Este

argumento está traído por los pelos. Los intelectuales que están en cuestión no son aquellos que se han pasado completamente al lado del proletariado, sino aquellos elementos que tratan de llevar a nuestro partido a la posición del eclecticismo pequeñoburgués. Este mismo documento declara: “Se desparrama una propaganda contra la sección de Nueva York que, en el fondo, se alimenta de prejuicios no siempre saludables” (ídem). ¿A qué prejuicios se alude aquí? Aparentemente al antisemitismo. Si en nuestro partido existen prejuicios antisemitas u otros prejuicios raciales, es necesario librar una implacable lucha contra ellos mediante ataques abiertos y no a través de vagas insinuaciones. Pero la cuestión de los intelectuales y semi-intelectuales judíos de Nueva York es una cuestión *social* y no *nacional*. En Nueva York, hay gran cantidad de proletarios judíos, pero la fracción de Abern no está formada por ellos. Los elementos pequeñoburgueses de esta fracción se han demostrado incapaces hasta ahora de encontrar el camino hacia los obreros judíos. Se sienten satisfechos con su propio medio.

Ha habido más de un ejemplo en la historia -más precisamente: no ha ocurrido de otra manera en la historia- de que en la transición del partido de un período al siguiente, aquellos elementos que jugaron un papel progresivo en el pasado, pero que demostraron ser incapaces de adaptarse a tiempo a las nuevas tareas, se han unido entre sí frente al peligro y han revelado casi exclusivamente sus rasgos negativos, y no los positivos. Ese es precisamente el actual papel de la fracción de Abern, en la que Shachtman juega el papel de periodista y Burnham el papel de consejo de expertos teóricos. “Cannon sabe -insiste Shachtman- cuán falso es introducir en la actual discusión la ‘cuestión Abern’. El sabe lo que todo dirigente informado del partido, y muchos miembros, saben, a saber: que durante los varios años pasados, al menos no ha existido nada semejante a un ‘grupo Abern’.” Me tomo la libertad de señalar que si alguien está aquí distorsionando la realidad no es otro que el mismo Shachtman. He estado siguiendo el desarrollo de las relaciones internas de la sección americana durante casi diez años. La composición específica y el papel especial jugado por la organización de Nueva York, fue evidente para mí antes que ninguna otra cosa. Shachtman tal vez recordará que, mientras yo estaba en Prinkipo, aconsejé al Comité Nacional que se trasladara de Nueva York y de su atmósfera de disputas pequeñoburguesas durante algún tiempo a algún centro industrial de provincias. Después de mi llegada a México, tuve oportunidad de conocer mejor el idioma inglés y gracias a muchas visitas de mis amigos del

Norte, de llegar a una descripción más viva de la composición social y de la psicología política de los distintos grupos. Sobre la base de mis propias observaciones personales inmediatas durante los pasados tres años, puedo afirmar que la fracción Abern ha existido ininterrumpidamente, sino “dinámicamente”, al menos estáticamente.

Los miembros de la fracción Abern son fácilmente reconocibles para el que tenga cierta dosis de experiencia política, no sólo por sus rasgos sociales sino por su enfoque de todas las cuestiones. Estos camaradas siempre han negado formalmente la existencia de su fracción. Hubo un período en que algunos de ellos trataron realmente de integrarse en el partido. Pero intentaron esto violentándose a sí mismos, y en todas las cuestiones críticas entraron en relación con el partido como grupo. Estaban mucho más interesados en las combinaciones en la cumbre, los conflictos personales y los incidentes acostumbrados del “Estado Mayor” que en las cuestiones de principios, en particular, la cuestión de cambiar la composición social del partido. Esta es la escuela de Abern. Yo advertí insistentemente a muchos de estos camaradas que el empaparse de esta existencia artificial, los llevaría infaliblemente, tarde o temprano, a una nueva explosión fraccional.

Los líderes de la oposición hablan irónica y despectivamente de la composición proletaria de la fracción de Cannon; a sus ojos, este “detalle” incidental carece de importancia. ¿Qué es esto, si no desdén pequeñoburgués combinado con ceguera? En el Segundo Congreso de los socialdemócratas rusos, en 1903, en el que se produjo la escisión entre los bolcheviques y los mencheviques, sólo había tres obreros entre varias decenas de delegados. Los tres se pasaron a la mayoría. Los mencheviques se mofaron de Lenin porque atribuía a este hecho una gran importancia sintomática. Los mismos mencheviques explicaron la posición de los tres trabajadores por su falta de “madurez”. Pero, como es sabido, fue Lenin quien resultó estar en lo justo.

Si la sección proletaria de nuestro partido americano es “políticamente atrasada”, entonces la primera tarea de los “avanzados” debía haber consistido en elevar a los trabajadores a un nivel superior. ¿Pero por qué ha fracasado la actual oposición en encontrar su camino hacia estos trabajadores? ¿Por qué dejó que esta labor la hiciera la “camarilla de Cannon”? ¿Qué es lo que hay en todo esto? ¿No son suficientemente buenos los obreros para la oposición? ¿O es que la oposición no convence a los obreros?

Sería estúpido pensar que la sección obrera del partido es perfecta. Los obreros sólo alcanzan gradualmente una clara conciencia de clase. Los sindicatos siempre crean un caldo de cultivo para las desviaciones oportunistas. Inevitablemente, nos enfrentaremos a esta cuestión en una de las próximas etapas. Más de una vez el partido tendrá que recordar a sus propios sindicalistas que una *adaptación pedagógica a las capas más atrasadas del proletariado no debe transformarse en una adaptación política a la burocracia conservadora de los sindicatos*. Toda nueva etapa de desarrollo, todo aumento en las filas partidarias y la complicación de los métodos de su trabajo, no solamente abre nuevas posibilidades, sino también nuevos peligros. Los obreros en los sindicatos, aun aquellos educados en la escuela más revolucionaria, a menudo desarrollan una tendencia a liberarse del control del partido. Actualmente, sin embargo, esto no es lo que está en cuestión. Actualmente, la oposición no proletaria, arrastrando tras de sí a la mayoría de la juventud no proletaria, está tratando de revisar nuestra teoría, nuestro programa, nuestra tradición; y hace todo esto frívolamente y, dicho sea de paso, para mayor utilidad en la lucha contra la “camarilla de Cannon”. Actualmente, la falta de respeto por el partido no la muestran los sindicalistas, sino los opositores pequeñoburgueses. Precisamente en el futuro a fin de impedir que los sindicalistas vuelvan las espaldas al partido es necesario condenar decisivamente a los opositores pequeñoburgueses.

Además, es inadmisibles olvidar que los errores posibles o reales de aquellos camaradas que trabajan en los sindicatos reflejan la presión del proletariado americano tal como es hoy. Esta es nuestra clase. No nos estamos preparando para no capitular ante su presión. Pero esta presión nos indica al mismo tiempo dónde está nuestra principal ruta histórica. Los errores de la oposición, por el contrario, reflejan la presión de otra clase extraña. La condición elemental de nuestros futuros éxitos está en la ruptura ideológica con esa clase.

Los razonamientos de la oposición con respecto a la juventud son falsos en extremo. Por supuesto, sin la conquista de la juventud proletaria el partido revolucionario no puede crecer. Pero la dificultad consiste en que tenemos una juventud casi enteramente pequeñoburguesa y que tiene en grado considerable un pasado socialdemócrata, es decir, oportunista. Los dirigentes de esta juventud tienen indudables virtudes y condiciones, pero, ¡ay!, han sido educados en el espíritu del combinacionismo pequeñoburgués y, si no se los arranca de su medio habitual, si no se les envía sin sus altisonantes títulos a los

barrios obreros a hacer el penoso trabajo cotidiano entre el proletariado, pueden perecer para siempre para el movimiento revolucionario. En relación a la juventud, como en todas las demás cuestiones, Shachtman ha tomado, desafortunadamente, una posición falsa hasta la médula.

¡ES HORA DE DETENERSE!

Hasta qué extremo el pensamiento de Shachtman, desde un punto de partida falso, se ha degradado, podemos verlo en el hecho de que describe mi posición como una defensa de la “camarilla de Cannon” y que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé también erróneamente a la “camarilla de Molinier”. Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con total independencia de sus programas. El ejemplo de Molinier viene a espesar aún más la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fue acusado no de alejarse de nuestro programa, sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse a toda clase de aventuras financieras para sostener al partido y su fracción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y tiene indiscutibles cualidades prácticas, me pareció necesario -no sólo en interés de Molinier, sino sobre todo, en interés de la organización misma- agotar todas las posibilidades de convencerlo y reeducarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que muchos de sus adversarios poseían todos sus defectos y ningunas de sus virtudes, hice lo posible para convencerlos no para precipitar una escisión, sino para probar a Molinier una y otra vez. Esto fue lo que constituyó mi “defensa” de Molinier en el período de adolescencia de nuestra sección francesa.

Al tener una actitud paciente hacia los camaradas torpes o indisciplinados, y al hacer repetidos esfuerzos para reeducarlos en el espíritu revolucionario como algo absolutamente obligatorio, no apliqué estos métodos, de ninguna manera, únicamente a Molinier. Hice esfuerzos por atraer al partido y salvar a Kurt Landau, Field, Weisbord, al austríaco Frey, al francés Treint y varios otros. En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en algunos, fue posible rescatar a valiosos camaradas.

En todo caso, no hice la menor concesión de principios a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de “cuatro consignas”, en lugar de nuestro programa, y dio pasos independientes para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el

hecho de que en el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional estuve a favor nuevamente, una vez más, de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la Internacional, para ver si se habían convencido de lo erróneo de su política. Esta vez tampoco dio ningún resultado el intento. Sin embargo, no renunció a repetirlo nuevamente y una vez más bajo condiciones adecuadas. Resulta más curioso que entre los más encarnizados adversarios de Molinier hubiese gente como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, se unieron a él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a “gente sin esperanza”. He contestado que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las personas con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apresuro a declararlas “sin esperanza” sobre la base de unos cuantos errores, por serios que sean.

Cuando me pareció claro que Shachtman estaba empujándose a sí mismo y a cierto sector del partido hacia un callejón sin salida, le escribí que si estuviera en posibilidad de hacerlo, tomaría un avión y volaría a Nueva York, a fin de discutir con él durante setenta y dos horas tendidas de una vez. Le pregunté si no quería hacer lo posible para reunimos de alguna manera. Shachtman no contestó. Estaba en su total derecho. Es muy posible que aquellos camaradas que en el futuro se pongan en contacto con mis archivos, digan, también en este caso, que mi carta a Shachtman fue un paso en falso por mi parte y que citen este “error” mío en relación con mi exagerada insistencia de “defender” a Molinier. No me convencerán. Es una tarea extremadamente difícil la de formar una vanguardia proletaria internacional en las actuales condiciones. Correr tras los individuos a expensas de los principios sería, naturalmente, un crimen. Pero hacer todo lo posible por traer nuevamente a nuestro programa a destacados aunque errados camaradas, lo he considerado y sigo considerándolo mi deber.

De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente falta de relevancia, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: “Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias siempre comienzan por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez una pequeña herida; pero si la pequeña herida se hubiera infectado, podría haberse producido una enfermedad mortal”. Así habló Lenin el 23 de enero de 1921. Es imposible no cometer errores; algunos

erran muy frecuentemente, otros menos. El deber de un revolucionario proletario es no persistir en los errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino saber detenerse a tiempo. ¡Es hora de que el camarada Shachtman se detenga! De otra manera, el rasguño, que ya se ha transformado en úlcera, puede llegar a la gangrena.

León Trotsky.
Coyoacán, D. F., 24 de enero de 1940

CARTA A MARTIN ABERN

29 de enero de 1940

Querido camarada Abern:

Por el camarada Cannon he tenido conocimiento de la expresión que a usted se le atribuye: “Esto significa escisión”. Él me escribió el 28 de diciembre de 1939:

“Su documento ha sido ya distribuido ampliamente en el partido. Hasta ahora he oído sólo dos comentarios definitivos por parte de dirigentes de la minoría. Abern, tras leer el título y los primeros párrafos, dijo a Goldman: ‘Esto significa la escisión’.”

Conozco a Cannon como un camarada digno de toda confianza, y no tengo la más mínima razón para dudar de la veracidad de su comunicación.

Usted dice que este informe “es una mentira”. Sé, por una larga experiencia, que durante una lucha aguda, malentendidos de este tipo son muy frecuentes de una y otra parte, sin mala intención.

Usted me pregunta si he hecho algún esfuerzo por investigar la veracidad de ese informe. Ninguno. Si lo hubiera difundido en correspondencia privada como hecho conocido por mí, hubiera sido desleal. Pero lo publiqué con la indicación “se ha informado” y así le di a usted la entera posibilidad de confirmar o negar el informe. Creo que ésta es la mejor investigación posible en una discusión partidaria.

Usted dice al principio de su carta: “He ignorado en el pasado muchas afirmaciones falsas, pero noto entre otras cosas, en su carta abierta...” etc. ¿Qué significa aquí la frase “muchas afirmaciones falsas”? ¿De quién? ¿Qué significa la expresión “entre otras cosas”? ¿Qué tipo de cosas? ¿No cree usted que sus expresiones pueden ser entendidas por camaradas sin experiencia como insinuaciones vagas? Si, en mi artículo, hay “muchas afirmaciones falsas” y “otras cosas”, sería mejor enumerarlas exactamente. Si las afirmaciones falsas no son más, no entiendo por qué las introduce usted en la carta que me dirige. Tampoco puedo entender cómo se puede “ignorar” muchas afirmaciones falsas si tienen alguna importancia política: puede ser interpretado como falta de atención al Partido.

En cualquier caso, veo con satisfacción que usted niega categóricamente la frase “Esto significa la escisión”. Interpreto el tono enérgico de su carta en este

sentido, en el sentido de que su negativa no es formal, es decir, que usted no sólo niega la cita, sino que considera, como yo, que la idea de la ruptura en sí misma es una traición despreciable a la Cuarta Internacional.

Fraternalmente suyo,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.
Copia a Cannon

DOS CARTAS A ALBERT GOLDMAN

10 de febrero de 1940

Querido camarada Goldman:

Estoy completamente de acuerdo con su carta del 5 de febrero. Si publiqué la cita de Abern sobre la escisión, fue con el propósito de forzar una declaración clara y no ambigua, por parte del camarada Abern y otros dirigentes de la oposición, no sobre las intenciones ocultas a los dirigentes de la mayoría en relación a esto, sino sobre las de ellos.

He oído ya el aforismo sobre los “ciudadanos de segunda clase”. Querría preguntar a los dirigentes de la oposición: cuando ellos califican al grupo opuesto como “la camarilla de Cannon” o “los burócratas conservaduristas” y todo esto, ¿desean hacer de ellos ciudadanos de segunda clase? Sólo puedo agregar que la sensibilidad extrema es uno de los rasgos más destacados de todas las fracciones pequeñoburguesas. No sé si Shachtman, por ejemplo, quiere con su “*Carta Abierta*” hacer de mí un ciudadano de segunda clase. Estoy interesado sólo en sus ideas, no en sus especulaciones psicoanalíticas.

Tengo un poco la impresión de que, conmocionados por toda una serie de errores, los dirigentes de la oposición se empujan unos a otros a un estado de histeria y entonces, para justificar ante sus propios ojos su histeria fraccional, atribuyen a sus adversarios las maquinaciones más oscuras e increíbles. Cuando dicen que mi intercambio de correspondencia con Cannon era un camuflaje, no puedo más que encogerme de hombros.

El mejor tratamiento para la histeria pequeñoburguesa, es el objetivismo marxista. Seguiremos discutiendo sobre la dialéctica, la sociología marxista, la naturaleza del Estado Soviético, el carácter de la guerra, pero no con el propósito absurdo y criminal de provocar una escisión, sino con el más razonable propósito de convencer a una parte importante del partido y de ayudarla a pasar de una posición pequeñoburguesa a una posición proletaria.

Con los más cálidos saludos comunistas,
León Trotsky



19 de febrero de 1940

Querido camarada Goldman:

Un Congreso de la minoría es sólo una camarilla a escala nacional^{11*}. Esto es por lo que, en sí misma, no significa un cambio de principio en la situación. Es sólo un nuevo paso en el mismo camino, un mal paso en el camino de la escisión, pero no necesariamente la escisión misma. Posiblemente, incluso seguramente, existen dos o tres tendencias dentro de la oposición en relación con la cuestión de la escisión, y el objetivo del Congreso es unificarlas. ¿Sobre qué bases? Probablemente que algunos dirigentes, en su desesperación, no vean otra salida más que la escisión.

En estas condiciones, una intervención vigorosa por parte de la mayoría en favor de la unidad del partido, posiblemente pueda hacer más difícil la tarea de los rupturistas conscientes. Su asamblea, o mejor incluso, la mayoría oficial del Comité Nacional o del Comité Político, podría enviar al Congreso de Cleveland un mensaje concerniente a una sola cuestión, esto es la unidad del partido, en concreto. En tal carta yo no introduciría la cuestión del carácter de la Unión Soviética o de la guerra mixta, de otro modo se podría entender que su posición sobre estos puntos debe ser abandonada como precondition para quedarse en el partido. De ninguna manera. Ustedes los aceptan a ellos tal y como son, si tienen una entrega real al partido y a la Cuarta Internacional, y si están dispuestos a aceptar la disciplina, en la acción.

Con los mejores saludos,
León Trotsky

¡DE VUELTA AL PARTIDO!

21 de febrero de 1940

Queridos camaradas:

Los dirigentes de la minoría, hasta ahora, no han respondido a ninguno de nuestros argumentos políticos o teóricos. La inconsistencia de sus propios argumentos fue desenmascarada en los escritos de la mayoría. Ahora parece que los dirigentes de la oposición se han pasado a la guerra de guerrillas: es el destino de otros muchos ejércitos derrotados. El camarada Goldman caracterizó acertadamente el nuevo método de la oposición, en su carta circular del 12 de febrero. Uno de los ejemplos más curiosos de esta nueva guerra es el ataque, más valiente que sensato, del camarada Mac Donald, en relación a mi artículo en "Liberty". Como puede verse, no encontró en este artículo un análisis del carácter contradictorio del Estado Soviético y del "papel progresivo" del Ejército Rojo. Con la misma lógica que él muestra en la edición del "Partisan Review" y en sus análisis del levantamiento de Kronstadt, descubre que yo soy "en realidad" un minoritario, un shachtmanista, o un macdonaldista, por lo menos cuando hablo para la prensa burguesa, y, que mis declaraciones contradictorias, capitulacionistas ante el stalinismo, son hechas en los boletines internos con el fin de ayudar a Cannon. Si tuviéramos que expresar de forma más articulada el descubrimiento de Mac Donald, significaría que: cuando Trotsky desea adaptarse a la opinión pública burguesa, hacerse agradable a los lectores de "Liberty", escribe como Shachtman, y casi como Mac Donald; pero cuando habla al Partido, se convierte terriblemente en un anti-minoritario. El "Partisan Review" está muy interesado en el psicoanálisis, y me permito decir que el director de esta revista, si se analiza a sí mismo un poco, reconocerá que ha descubierto su propio subconsciente.

Nadie pide a la minoría que analice en cada artículo y en cada discurso la naturaleza contradictoria del Estado Soviético y el papel contradictorio del Ejército Rojo. Lo que les pedimos es que entiendan esta naturaleza y su papel, y que apliquen su comprensión adecuadamente en cada ocasión. Mi artículo estaba dedicado a la política de Stalin y no a la naturaleza del Estado Soviético. En la prensa burguesa, mexicana, se publicó una declaración anónima afirmando "de fuentes próximas a Trotsky" que yo apruebo la política

internacional de Stalin y que yo estoy buscando una reconciliación con Stalin. No sé si estas declaraciones aparecieron también en la prensa de Estados Unidos. Es claro que la prensa burguesa mexicana únicamente reprodujo, a su manera, la seria y terrible acusación de Mac Donald y compañía sobre mi capitulación ante el stalinismo. Con el fin de impedir tal tergiversación de la discusión interna por parte de la prensa burguesa mundial, dediqué mi artículo en "Liberty" a desenmascarar el papel de Stalin en la política internacional, y en ningún modo a los análisis sociológicos sobre la naturaleza del Estado Soviético. Escribí lo que creí más urgente en ese momento. La política no consiste en decir en cada momento todo lo que uno sabe, sino en decir en una ocasión dada precisamente lo que es necesario. Posiblemente yo coincida, por lo tanto, con algunas afirmaciones de la oposición, pero seguramente las afirmaciones correspondientes de la oposición fueran sólo una repetición de ideas que ya expresamos miles de veces antes de que Mac Donald apareciese en nuestro horizonte.

Pero pasaremos a cosas más serias. La carta del camarada Abern dirigida a mí, es una proclamación absolutamente clara de su voluntad de escindir. La justificación que da es, simultáneamente, lamentable y escandalosa: estas son las palabras más suaves que puedo encontrar. Si la "camarilla de Cannon" tiene la mayoría en el Congreso, como ven, transformará a Abern y sus asociados en ciudadanos de "segunda clase". Esto es por lo que Abern prefiere tener su propio estado, donde él, al igual que Weisbord, Field y Oehler, será el primero de los ciudadanos de primera clase. ¿Quién puede decidir sobre el lugar de los diferentes "ciudadanos" dentro del Partido? El mismo Partido. ¿Cómo puede el Partido tomar una decisión? A través de una discusión libre. ¿Quién tomó la iniciativa en esta discusión? Abern y sus asociados. ¿Dónde están limitados el uso de su pluma o de su lengua? En ningún sitio. Por la carta de Abern, parece que fracasaron en convencer al Partido. Peor que esto: se han desprestigiado un poco a los ojos del Partido y de la Internacional. Esto es muy lamentable, puesto que son gente valiosa. Ahora pueden restablecer su autoridad sólo a través de un trabajo asiduo y serio en el partido. Se necesita tiempo, firmeza y paciencia. Pero parece que Abern ha perdido toda esperanza de convencer al Partido, basado en los principios de la Cuarta Internacional. La tendencia escisionista es un tipo de deserción. Esto es por lo que es tan lamentable.

¡Pero también es escandalosa! El tono subyacente es el desprecio de los elementos pequeñoburgueses hacia la mayoría proletaria: somos tan excelentes

escritores, oradores y organizadores; y ellos, gente no cultivada, son incapaces de apreciarnos en nuestro justo valor. ¡Tanto mejor para crear nuestra liga de almas elevadas!

En la Tercera Internacional insistimos con todas nuestras fuerzas en continuar siendo una tendencia o una fracción. Nos persiguieron, nos privaron de cualquier medio de expresión legal, inventaron las peores calumnias, arrestaron y dispararon a nuestros camaradas en la URSS -a pesar de todo ello no quisimos separarnos de los obreros. Nos consideramos una fracción hasta la última posibilidad. Y todo esto, a pesar de la corrompida burocracia totalitaria de la Tercera Internacional. La Cuarta Internacional es la única organización revolucionaria honesta en el mundo. Nosotros no tenemos una burocracia profesional. Nuestro “aparato” no tiene medio de coerción. Cada cuestión se decide, y cada camarada es apreciado, a través de los métodos de la más completa democracia partidaria. Si la mayoría de los miembros del Partido están equivocados, la minoría puede, luego, educarlos. Si no es antes del próximo Congreso, entonces después de él. La minoría puede atraer nuevos miembros al Partido y transformarse en mayoría. Sólo es necesario tener un poco de confianza en los obreros, y un poco de esperanza en que los obreros puedan imbuirse de confianza en los dirigentes de la oposición. Pero estos dirigentes crearon en su propio medio una atmósfera de impaciencia histórica. Se adaptan a la opinión pública burguesa; pero no quieren adaptarse al ritmo de desarrollo de la Cuarta Internacional. Su impaciencia tiene un carácter de clase, es la cara opuesta del desprecio de los intelectuales pequeñoburgueses hacia los trabajadores. ¡Por esto la tendencia rupturista expresada por Abern es tan escandalosa!

El camarada Abern en su valoración y en su perspectiva está movido por el odio, tanto en su valoración, como en su perspectiva. Y el odio personal es un sentimiento abominable en política. Estoy seguro de que la actitud de Abern y sus objetivos escisionistas, sólo pueden repeler a todo miembro sano de la oposición. ¡Vuelta al Partido camaradas! El camino de Abern es un callejón sin salida. No hay otro camino que la Cuarta Internacional.

León Trotsky
Coyoacán, D. F.

CIENCIA Y ESTILO

23 de febrero de 1940

Queridos camaradas:

Recibí “Ciencia y Estilo” de Burnham. El abceso está abierto, y esto es una ventaja política importante. El atraso teórico de la opinión “radical” americana está expresado en el hecho de que Burnham únicamente repite -con algunas ilustraciones “modernizadas”-, lo que Struve escribió en Rusia hace más de cuarenta años y, mayormente, lo que Dühring trató de enseñar a la socialdemocracia alemana hace tres cuartos de siglo. Desde el punto de vista de la “ciencia”, esto es así. En lo que concierne al “estilo”, francamente, prefiero a Eastman.

El interés del documento no es en ningún modo de carácter teórico: la mil y una refutación profesoral de la dialéctica no tiene más valor que todas las precedentes. Pero, desde el punto de vista político, la importancia del documento es indiscutible. Muestra que el inspirador teórico de la oposición, no está de ninguna manera más cerca del socialismo científico que lo estuvo Muste, el antiguo asociado de Abern. Shachtman mencionó la filosofía de Bogdanov. Pero es absolutamente imposible imaginar la firma de Bogdanov bajo tal documento, incluso tras su ruptura definitiva con el bolchevismo. Creo que el Partido debe preguntar a los camaradas Abern y Shachtman, como yo lo hago en este momento: ¿Qué piensan de la “ciencia” de Burnham y del “estilo” de Burnham? La cuestión de Finlandia es importante, pero en última instancia es un episodio, y el cambio de la situación internacional, mostrando los factores auténticos de los acontecimientos, puede disipar de una vez las divergencias sobre este punto concreto. Pero pueden ahora los camaradas Abern y Shachtman, tras la aparición de “Ciencia y Estilo”, seguir tomando la mínima responsabilidad, no por el pobre documento como tal, sino por la concepción global de Burnham sobre la ciencia, el marxismo, la política y la “moral”. Aquellos minoritarios que se prepararon para una ruptura deben considerar que van a estar ligados, no por una semana, ni sólo durante la guerra soviético-finlandesa, sino por años, con un “dirigente” que no tiene, en su concepción global, nada en común con la revolución proletaria.

El abceso está abierto. Abern y Shachtman ya no pueden seguir repitiendo que lo único que desean es discutir un poco sobre Finlandia y Cannon. No pueden seguir jugando a las escondidas con el marxismo y con la Cuarta Internacional. ¿Debe el Socialist Workers Party permanecer en las tradiciones de Marx, Engels, Franz Mehring, Lenin, Rosa Luxemburgo -una tradición que Burnham proclama “reaccionaria”- o debe aceptar las concepciones de Burnham, que sólo son una reproducción tardía del socialismo pequeñoburgués premarxista?

Sabemos muy bien qué es lo que significó *políticamente* en el pasado tal revisionismo. Ahora, en la época de la agonía mortal de la sociedad burguesa, las consecuencias políticas del Burnham mismo serán incomparablemente mucho más inmediatas y contrarrevolucionarias.

¡Camaradas Abern y Shachtman, tienen ustedes la palabra!

León Trotsky.
Coyoacán, D. F.

CARTA A JAMES P. CANNON

27 de febrero de 1940

Querido amigo:

Estoy contestando su carta del 20 de febrero. El congreso de la minoría supongo que ya habrá finalizado, y creo que en las cuestiones tácticas concretas que usted analiza en su carta, sus movimientos *inmediatos* dependen, como mínimo en un 51 %, de los resultados de este congreso.

Ustedes están convencidos de que la minoría en su conjunto se está preparando para una ruptura, y de que ustedes no pueden ganar a nadie. Acepto esta premisa. Por ello, era más necesario aún, antes del congreso de Cleveland, realizar un gesto de paz enérgico, con el fin de cambiar radicalmente la línea tras su negativa a contestar. Aprecio completamente su valoración en favor de la necesidad de publicar un número de "New International" preparando a la opinión pública para una escisión. Pero el congreso de la minoría se celebró el 24-25 de febrero, y el congreso del Partido no se celebrará hasta el comienzo de abril. Disponen ustedes de suficiente tiempo para la propuesta de paz, para la denuncia de la negativa de la minoría, y para la publicación del número de "New International". Tenemos que hacer todo, con el fin de convencer también a las otras secciones de que la mayoría agotó todas las posibilidades para mantener la unidad. Es por lo que nosotros tres hicimos la propuesta al Comité Ejecutivo Internacional: es necesario también poner a prueba a cada miembro de este órgano, no despreciable.

Entiendo bien la impaciencia de muchos camaradas de la mayoría (supongo que esta impaciencia *está*, frecuentemente, ligada a la indiferencia teórica), pero deben recordar que los acontecimientos en el Socialist Workers Party tienen ahora una gran importancia internacional y que ustedes deben actuar no sólo en base a sus apreciaciones subjetivas, por muy correctas que éstas puedan ser, sino en base a hechos objetivos accesibles a todos.

R. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

CARTA A JOSEPH HANSEN

29 de febrero de 1940

Mi querido Joe:

Si Shachtman afirma que la carta citada por mí sobre España, fue firmada no sólo por él, sino también por Cannon y Carter, entonces está completamente equivocado. Por supuesto yo no habría ocultado las otras firmas, sino que no existieron. Como podrá usted ver por la fotografía, la carta fue firmada sólo por Shachtman.

En mi artículo admitía que en diferentes cuestiones los camaradas de la mayoría han podido compartir los mismos errores que Shachtman pero nunca han hecho de ellos un sistema, ellos nunca los transformaron en una plataforma fraccional. Y esa es toda la cuestión.

Abern y Burnham están indignados de que yo cite sus declaraciones orales sin una “verificación” previa. Evidentemente quieren decir que en vez de publicar estas declaraciones que se les atribuyen, y de darles a ambos la total posibilidad de confirmarlas o negarlas, yo debería haber enviado desde aquí un comité investigador, con cinco o siete personas imparciales y un par de mecanógrafos. ¿Y por qué la terrible conmoción moral? Varias veces Burnham identificó la dialéctica con la religión. Sí, es un hecho. Pero en esta especial ocasión no pronunció la frase que yo cito (tal como se me informó). ¡Oh, qué horror! ¡Oh, cinismo bolchevique!, etc.

Lo mismo con Abern. En la carta que me envió muestra claramente que se está preparando para una escisión. Pero, ya ven, el nunca dijo a Goldman la frase sobre la ruptura. ¡Es una difamación! ¡Una invención deshonest! ¡Una calumnia!, etc.

Por lo que recuerdo, mi artículo sobre la moral empieza con una cita sobre los sudores morales de la pequeñoburguesía desorientada. ¡Ahora tenemos un nuevo caso del mismo fenómeno en nuestro propio partido!

Los nuevos moralistas, he oído que citan mi terrible crimen concerniente a Eastman y el Testamento de Lenin. ¡Qué hipócritas despreciables! Eastman, por propia iniciativa, publicó el documento en un momento en que nuestra fracción decidió interrumpir toda actividad pública, con el fin de evitar una escisión prematura. No olviden que fue antes del famoso Comité Sindical

Anglo-Ruso y antes de la Revolución China, incluso antes de la aparición de la oposición de Zinoviev. Estuvimos obligados a maniobrar para ganar tiempo. La Troika, por el contrario, quería utilizar la publicación de Eastman para provocar algún tipo de aborto de la oposición. Presentaron un ultimátum: o bien yo firmaba la declaración escrita por la Troika en mi nombre, o inmediatamente abrirían la lucha sobre la cuestión. El centro opositor decidió unánimemente que *esa* alternativa en *ese* momento era absolutamente desfavorable, decidió que yo aceptase el ultimátum y firmase mi nombre en la declaración escrita por el Politburó. Transformar esta necesidad política en una cuestión moral abstracta, sólo es posible para charlatanes pequeñoburgueses que están listos para proclamar: “Pereat mundus, fiat justicia” (¡el mundo puede perecer, viva la justicia!), pero que para sus propias actuaciones diarias tienen una contabilidad mucho más indulgente. ¡Y esta gente piensa que ellos son revolucionarios! Nuestros viejos mencheviques fueron verdaderos héroes en comparación con ellos.

W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

TRES CARTAS A FARRELL DOBBS

4 de marzo de 1940

Querido camarada Dobbs:

Por supuesto, es difícil para mí el seguir desde aquí la febril evolución política de la oposición. Pero estoy de acuerdo en que cada vez más dan la impresión de ser gente que está presurosa por quemar todos los puentes detrás suyo. El artículo “Ciencia y Estilo” de Burnham no es, en sí mismo, inesperado. Pero la tranquila aceptación del artículo por Shachtman, Abern, y los demás, es el síntoma más decepcionante, no sólo desde el punto de vista político y teórico, sino también desde el punto de vista de sus auténticas ideas sobre la unidad del Partido.

Por lo que yo puedo juzgar desde aquí, desean una escisión bajo el nombre de la unidad. Shachtman encuentra, o por mejor decirlo, inventa “precedentes históricos”. En el Partido Bolchevique, la oposición tenía sus propios periódicos públicos, etc. Olvida únicamente que en aquellos momentos el Partido tenía cientos de miles de miembros, que la discusión tenía como objetivo llegar a esos cientos de miles de miembros, y convencerlos. En tales condiciones no era fácil limitar la discusión a círculos internos. Por otro lado el peligro de coexistencia de los periódicos del Partido y la oposición se mitigó por el hecho de que la decisión final dependía de cientos de miles de obreros, y no de dos pequeños grupos. Comparativamente el Partido americano tiene sólo un reducido número de miembros, la discusión era y es más que abundante. Las líneas de demarcación parecen ser lo suficientemente firmes, por lo menos para el próximo período. Bajo tales condiciones, para la oposición, tener su periódico o revista propios, es un medio, no para convencer al Partido, sino para llamar al mundo exterior contra el Partido.

La homogeneidad y cohesión de una organización revolucionaria de propaganda como el Socialist Workers Party debe ser incomparablemente más grande que la de un partido de masas. Estoy de acuerdo con usted en que en tales condiciones, la Cuarta Internacional no debe, ni puede admitir una unidad puramente ficticia bajo cuya cobertura dos organizaciones independientes se dirijan al mundo externo con diferentes teorías, diferentes programas, consignas diferentes y distintos principios organizativos. En tales

condiciones una ruptura abierta sería mil veces preferible a tal unidad hipócrita.

La oposición se refiere también al hecho de que, en ciertos períodos, tuvimos dos grupos paralelos en el mismo país. Pero tales situaciones anormales fueron admitidas temporalmente sólo en dos casos: cuando la fisonomía política de los dos grupos o de uno de ellos, no era suficientemente clara y la Cuarta Internacional necesitaba tiempo para hacerse su propia idea sobre el asunto; o la coexistencia de dos grupos era admitida en el caso de una divergencia concreta, limitada, pero muy fuerte (la entrada en el PSOP, etc.). La situación en los Estados Unidos es absolutamente diferente. Tuvimos un partido unido con una tradición seria, ahora tenemos dos organizaciones, una de las cuales, gracias a su composición social y a la presión externa, ha entrado en un conflicto irreconciliable con nuestra teoría, nuestro programa, nuestra política y nuestros métodos organizativos, en el período de un par de meses.

Si ellos están de acuerdo en trabajar con ustedes sobre la base del centralismo democrático, pueden ustedes tener la esperanza de convencer y ganar a los mejores elementos por la práctica común. (Ellos tienen el mismo derecho de esperar convencerles a ustedes). Pero como organización independiente con su propia publicación, sólo pueden evolucionar en la dirección de Burnham. En este caso, la Cuarta Internacional no puede tener, en mi opinión, el menor interés en garantizarles esta cobertura, esto es, en camuflar su inevitable degeneración, ante los obreros. Los intereses de la Cuarta Internacional serán, por el contrario, en este caso el forzar a la oposición a tener su experiencia, de forma absolutamente independiente de nosotros, no sólo sin la protección de nuestra bandera, sino por el contrario, con la más fuerte advertencia abierta dirigida por nosotros a las masas.

Esta es la razón por la que el Congreso tiene, no sólo el derecho, sino el deber de formular una alternativa clara y enérgica: o una auténtica unidad basada en el principio del centralismo democrático (con garantías serias y amplias para la minoría *dentro* del Partido) o una ruptura abierta, clara e ilustrativa ante toda la clase obrera.¹²¹

Con los mejores saludos,
W. Rork (León Trotsky)

Coyoacán, D. F.

P. S.: Acabo de recibir la resolución de Cleveland sobre la unidad del Partido. Mi impresión: la base de la minoría no desea la escisión. Los dirigentes están interesados, no en una actividad política, sino puramente periodística. Los dirigentes presentaron una resolución sobre la ruptura del Partido, bajo el nombre de una resolución sobre la unidad del Partido, con el propósito de implicar a sus seguidores en una ruptura. La resolución dice: “Las minorías del Partido Bolchevique, tanto antes como durante la Primera Guerra Mundial” tuvieron sus propios periódicos públicos. ¿Qué minorías? ¿En qué momento? ¿Qué periódicos? Los dirigentes llevan a sus seguidores a un error con el fin de camuflar sus intenciones rupturistas.

Todas las esperanzas de los dirigentes de la minoría están basadas en su capacidad literaria. Se aseguran unos a otros que su periódico superará seguro al de la mayoría. La misma fue siempre la esperanza de los mencheviques rusos quienes, como fracción pequeñoburguesa, tenían más intelectuales y periodistas capaces.

Pero sus esperanzas fueron en vano. Una pluma fluida no es suficiente para crear un partido revolucionario: una base teórica granítica es necesaria, un programa científico, una consistencia en el pensamiento político y unos firmes principios organizativos. La oposición, como oposición, no tiene nada de esto; es lo opuesto a todo esto. Esta es la razón por la que estoy completamente de acuerdo con usted: si ellos desean presentar las teorías de Burnham, la política de Shachtman, y los métodos organizativos de Abern a la opinión pública externa, deben hacerlo en su propio nombre, sin ninguna responsabilidad del Partido de la Cuarta Internacional.

W. R.



4 de abril de 1940

Querido camarada Dobbs:

Cuando reciba usted esta carta el Congreso habrá finalizado, y usted probablemente tendrá una idea clara sobre si la escisión es inevitable. En este caso, la cuestión de Abern perderá interés. Pero en el caso de que la minoría se retracte, me permito insistir sobre mis propuestas previas. La necesidad de mantener en secreto las discusiones y decisiones del Comité Nacional, es un interés muy importante, pero no el único, y en la situación actual no es el más importante. Cerca del 40% de los miembros del Partido creen que Abern es el mejor organizador. Si ellos permanecen dentro del Partido, usted no podrá evitar el dar a Abern la oportunidad de demostrar su superioridad en cuestiones organizativas, o comprometerse. En la primera sesión del Comité Nacional, la primera decisión debe proclamar que nadie tiene el derecho de divulgar los acontecimientos internos del Comité Nacional, excepto el Comité como conjunto o sus instituciones oficiales (Comité Político o Secretariado). El Secretariado puede, a su vez, concretar las reglas del secreto. Si, a pesar de todo ello, se da una filtración, debe hacerse una investigación oficial, y si Abern fuera culpable, debería recibir una advertencia pública; en caso de otra falta más, debe ser apartado del Secretariado. Tal procedimiento, a pesar de sus desventajas temporales, es, a largo plazo, incomparablemente más favorable que dejar a Abern, el organizador de Nueva York, fuera del Secretariado, y por lo tanto, fuera del control del Secretariado.

Comprendo muy bien que usted esté satisfecho con el actual Secretariado. En caso de ruptura, es posiblemente el mejor Secretariado que se puede desear. Pero si la unidad se mantiene, no puede haber un Secretariado compuesto por representantes de la mayoría únicamente. Deberán ustedes tener, probablemente, un Secretariado incluso de cinco miembros: tres mayoritarios, y dos minoritarios.

Si la Oposición está vacilante, sería mejor hacérselo saber de manera informal: estamos dispuestos a mantener a Shachtman como miembro, no sólo del Comité Político, sino también de nuestro equipo editorial; estamos incluso dispuestos a incluir a Abern en el Secretariado; estamos preparados para considerar otras combinaciones del mismo tipo; la única cosa que no podemos aceptar es la transformación de la minoría en un factor político independiente.

Recibí una carta de Lebrun, del Comité Ejecutivo Internacional. ¡Gente muy peculiar! Creen que, ahora, en el período de la agonía de muerte del

capitalismo, en condiciones de guerra y clandestinidad venidera, el centralismo bolchevique debe ser abandonado en favor de una democracia sin límites. ¡Todo está patas arriba! Pero su democracia tiene un significado puramente individual: déjenme hacer lo que quiera. Lebrun y Johnson fueron elegidos al Comité Ejecutivo Internacional sobre la base de ciertos principios y como representantes de ciertas organizaciones. Ambos abandonaron los principios e ignoraron completamente a sus propias organizaciones. Estos “demócratas” actuaron totalmente como bohemios despreocupados. Si tuviéramos la posibilidad de convocar un Congreso Internacional, serían despedidos, seguro, con la más severa censura. Ni ellos mismos lo dudan. Al mismo tiempo, se consideran como senadores inamovibles ¡en nombre de la democracia!

Como dicen los franceses, adoptemos medidas de guerra durante la guerra. Esto significa que debemos adaptar el organismo dirigente de la Cuarta Internacional a la real relación de fuerzas en nuestras secciones. Hay más democracia en esto, que en las pretensiones de los senadores inamovibles.

Si este problema surge en la discusión, puede usted citar estas líneas como mi respuesta al documento de Lebrun.

W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.



16 de abril de 1940

Querido camarada Dobbs:

Recibimos las comunicaciones suya y de Joe sobre el Congreso. En lo que podemos juzgar desde aquí, ustedes hicieron todo lo que pudieron para preservar la unidad del Partido. Si bajo estas condiciones, no obstante, la minoría comete una ruptura, ello únicamente demostrará a cada obrero cuán lejos están ellos de los principios del bolchevismo y cuán hostiles son a la mayoría proletaria del Partido. Sobre los detalles de sus decisiones, juzgaremos más concretamente cuando tengamos más información.

Me permito llamar su atención sobre otro artículo, concretamente el de Gerland contra Burnham, concerniente a la lógica simbólica, la lógica de Bertrand Russell y los otros. El artículo es muy agudo, y en el caso de

permanencia de la oposición en el Partido y de Burnham en el equipo editorial del “New International”, el artículo posiblemente podría ser reescrito desde el punto de vista de expresiones “amistosas”. Pero la presentación de la lógica simbólica es muy seria y buena, y me parece muy útil, especialmente para lectores americanos.

El camarada Weber dedicó también una parte importante de su último artículo al mismo tema. Mi opinión es que él debería elaborar esta parte en forma de un artículo independiente para “New International”. Deberíamos ahora continuar sistemática y seriamente nuestra campaña teórica en favor del materialismo dialéctico.

El folleto de Jim ^{13*} es excelente. Es el escrito de un auténtico dirigente obrero. Si la discusión no hubiera producido más que este documento, estaría justificada.

Con los más amistosos saludos para todos ustedes,
W. Rork (León Trotsky)
Coyoacán, D. F.

LOS MORALISTAS PEQUEÑOBURGUESES Y EL PARTIDO PROLETARIO

La discusión en el Socialist Workers Party de Estados Unidos fue profunda y democrática^{14*}. La preparación del Congreso se realizó con absoluta lealtad. La minoría participó en el Congreso reconociendo de este modo su legalidad y autoridad. La mayoría ofreció a la minoría todas las garantías permitiéndole llevar a cabo una lucha por sus propios puntos de vista después del Congreso. La minoría exigía autorización para dirigirse a las masas por encima del partido. La mayoría rechazó, naturalmente, esta monstruosa pretensión. Entre tanto, a espaldas del partido, la minoría se entregaba a oscuras maquinaciones y se apropiaba de “New International”, que había sido publicada mediante los esfuerzos de todo el partido y de la Cuarta Internacional. Debo agregar que la mayoría había acordado otorgar a la minoría dos puestos de los cinco del comité de redacción de este órgano teórico. ¿Pero cómo puede seguir siendo minoría una “aristocracia” intelectual en un partido obrero? ¿Poner a un profesor en el mismo plano que a un obrero, después de todo, eso es “conservadurismo burocrático”!

En su reciente artículo polémico contra mí, Burnham explicaba que el socialismo es un “ideal moral”. Por supuesto, esto no es nada nuevo. A comienzos del siglo pasado, la moral sirvió de base al “verdadero socialismo alemán” que Marx y Engels criticaron al comienzo mismo de su actividad. Al comenzar nuestro siglo, los socialistas revolucionarios rusos contraponían el “ideal moral” al socialismo materialista. Lamento decir que estos sostenedores de la moral se transformaron en el campo de la política en vulgares estafadores. En 1917, traicionaron completamente a los obreros en favor de la burguesía y del imperialismo extranjero.

Una larga experiencia política me ha enseñado que cada vez que un profesor pequeñoburgués o un periodista comienza a hablar de elevados niveles morales, es necesario echar mano firme a la billetera. Esta vez también ocurrió así. En nombre de un “ideal moral” un intelectual pequeñoburgués ha robado el órgano teórico del bolsillo del partido proletario. Aquí tenéis un pequeño

ejemplo vivo de los métodos organizativos de estos innovadores, campeones y paladines de la democracia.

¿Qué es democracia partidaria a los ojos de un pequeñoburgués “adecuado”? Un régimen que le permita decir y escribir lo que le plazca. ¿Qué es el “burocratismo” a los ojos de un pequeñoburgués “adecuado”? Un régimen en el cual la mayoría proletaria fortalece con métodos democráticos sus decisiones y disciplina. ¡Obreros, ténganlo bien presente!

La minoría pequeñoburguesa del SWP se escinde de la mayoría proletaria sobre la base de una lucha contra el marxismo revolucionario. Burnham proclamó que el materialismo dialéctico es incompatible con su apolillada “ciencia”. Shachtman proclamó que el marxismo revolucionario no tenía ninguna importancia desde el punto de vista de las “tareas prácticas”. Abern se apresuró a enganchar su pequeña secta al bloque anti-marxista. Y ahora estos caballeros llaman a la revista que robaron al partido “un órgano del marxismo revolucionario”. ¿Qué es esto sino charlatanería ideológica? Dejemos que los lectores exijan de estos editores la publicación del único trabajo programático de la minoría, o sea, el artículo de Burnham “Ciencia y estilo”. Si los editores no se dispusieran a imitar al comerciante que ofrece mercancía averiada bajo llamativos envoltorios, se sentirían obligados a publicar este artículo. Todo el mundo podría ver entonces por sí mismo la clase de “marxismo revolucionario” que se expone allí. Pero *no se atreverán* a hacerlo. Tienen vergüenza de mostrar sus verdaderos rostros. Burnham está acostumbrado a ocultar en su cartera sus artículos y resoluciones demasiado reveladoras, mientras Shachtman ha hecho una profesión de servir de abogado de concepciones ajenas debido a que carece de todo punto de vista propio.

Los primeros artículos “programáticos” del órgano robado ya revelan la frivolidad y vacuidad de esta nueva agrupación antimarxista que aparece bajo el rótulo del “tercer campo”. ¿Qué es este animal? Está el campo del capitalismo; está el campo del proletariado. ¿Pero es que hay tal vez un “tercer campo”: un santuario pequeñoburgués? Usualmente no existe otra cosa. Pero, como siempre, el pequeñoburgués camufla su “campo” con las flores de papel de la retórica. ¡Escuchemos con atención! Aquí hay un campo: Francia e Inglaterra. Aquí otro: Hitler y Stalin. Y un tercer campo: Burnham, con Shachtman. Para ellos, la Cuarta Internacional está en el campo de Hitler (Stalin hace tiempo que hizo ese descubrimiento). Y de ahí surge una nueva gran consigna:

¡Pacifistas y desorientados del mundo, todos los que sufren los alfilerazos del destino, únanse al “tercer” campo!

Pero el hecho es que los dos campos beligerantes de ninguna manera agotan al mundo burgués. ¿Qué pasa con los países neutrales y semineutrales? ¿Qué hay con Estados Unidos? ¿Qué lugar asignar a Italia y Japón? ¿Y los países escandinavos? ¿India? ¿China? No estamos pensando en el proletariado revolucionario indio o chino, sino a India y a China como países oprimidos. El esquema escolar de los tres campos olvida un pequeño detalle: ¡el mundo colonial, la mayor porción de la humanidad!

La India participa en la guerra imperialista del lado de Gran Bretaña. ¿Quiere decir esto que nuestra actitud hacia la India -no hacia los bolcheviques indios sino hacia la *India*- es la misma que hacia Gran Bretaña? Si existen en este mundo, además de Burnham y Shachtman, sólo dos campos imperialistas, entonces, permítame preguntar ¿dónde poner a la India? Un marxista dirá que a pesar de que la India forma parte integrante del Imperio Británico, y participa en la guerra imperialista; a pesar de la pérfida política de Gandhi y de otros líderes nacionalistas, nuestra actitud hacia la India es radicalmente distinta de nuestra actitud hacia Inglaterra. Defendemos a la India contra Inglaterra. ¿Por qué, entonces, no puede ser distinta nuestra actitud hacia la Unión Soviética de nuestra actitud hacia Alemania, a pesar del hecho de que Stalin esté aliado con Hitler? ¿Por qué no podemos defender las formas sociales más progresivas que son capaces de desarrollo contra las formas reaccionarias que sólo son capaces de descomposición? ¡No sólo podemos, sino que debemos hacerlo! Los teóricos de la revista robada reemplazan el análisis de clase con una construcción mecánica muy cautivadora para los intelectuales pequeñoburgueses, debido a su seudosimetría. Así como los stalinistas camuflan su subordinación ante el nacionalsocialismo (los nazis) con duros epítetos dirigidos a las democracias imperialistas, Shachtman y Cía. ocultan su capitulación ante la opinión pública pequeñoburguesa de Estados Unidos con la pomposa fraseología del “tercer campo”. ¿Cómo si este “tercer campo” (¿qué es? ¿un partido? ¿un club? ¿una Liga de Esperanzas Abandonadas? ¿un “Frente Popular”?) estuviera libre de la obligación de tener una política correcta hacia la pequeñoburguesía, los sindicatos, India y la URSS!

El otro día, Shachtman se refirió a sí mismo como “trotskista” en la prensa. Si *esto* es trotskismo, yo al menos no soy trotskista. Con las actuales ideas de

Shachtman, sin hablar de las de Burnham, no tengo nada en común. Acostumbré a colaborar asiduamente en “New International”, protestando epistolarmente contra la frívola actitud de Shachtman hacia la teoría y sus concesiones sin principios a Burnham, el presumido y pedante pequeñoburgués. Pero entonces, Burnham y Shachtman eran mantenidos a raya por el partido y la Internacional. Actualmente, la presión de los demócratas pequeñoburgueses los ha liberado. Hacia su nueva revista mi actitud sólo puede ser la misma que tengo hacia todas las demás falsificaciones pequeñoburguesas del marxismo. En cuanto a sus “métodos organizativos” y a su “moral” política, no me inspiran más que desprecio.

Si los agentes conscientes del enemigo de clase hubieran operado a través de Shachtman, no lo habrían aconsejado mejor para que hiciera todo lo que ha perpetrado. Se unió a los elementos anti-marxistas para librar una lucha contra el marxismo. Ayudó a fusionar una fracción pequeñoburguesa contra los obreros. Se abstuvo de utilizar la democracia interna del partido y de realizar un esfuerzo honesto para convencer a la mayoría proletaria. Engendró una escisión bajo condiciones de una nueva guerra mundial. Y para coronarlo, arrojó sobre esta escisión el velo de un sucio y despreciable escándalo, que parece especialmente maquinado para proveer de municiones a nuestros enemigos. ¡Estos son los “demócratas” y esa es su “moral”!

Pero todo esto resultará inútil. Están en bancarrota. A pesar de las traiciones de los intelectuales vacilantes y de las burlas baratas de todos sus primos democráticos, la Cuarta Internacional seguirá adelante por su camino, creando y educando una verdadera selección de revolucionarios proletarios capaces de entender qué es el partido, qué significa la lealtad a la bandera y qué significa la disciplina revolucionaria.

¡Obreros avanzados! ¡Ni un gramo de confianza en el “tercer frente” de la pequeñoburguesía!

23 de abril de 1940

BALANCE DE LOS ACONTECIMIENTOS FINESES

ELLOS NO LO PUDIERON PREVER

“Nosotros” previmos la alianza con Hitler -escriben Shachtman y Burnham-, pero... ¿el apoderamiento de Polonia Oriental? ¿la invasión de Finlandia? No, “nosotros” no previmos tales acontecimientos. Estos acontecimientos improbables y totalmente inesperados exigen, según ellos, a una completa revisión de nuestra política. Estos políticos actuaban, por lo visto, bajo la impresión de que Stalin procuraba una alianza con Hitler para decorar huevos de Pascua con él. “Previeron” la alianza (¿cuándo? ¿dónde?), pero no por qué y para qué.

Reconocen al Estado obrero el derecho de maniobrar entre los bandos imperialistas y la realización de acuerdos con uno contra otro. Estos acuerdos tendrían, evidentemente, como finalidad, la defensa del Estado obrero, la adquisición de ventajas económicas, estratégicas, etc., y si las circunstancias lo permiten la extensión de sus bases. El Estado obrero degenerado intenta realizar estos objetivos mediante sus propios métodos burocráticos, que a cada paso entran en conflicto con los intereses del proletariado mundial. Pero exactamente, ¿qué hay de inesperado e imprevisto en la tentativa del Kremlin de obtener las mayores ventajas posibles de su alianza con Hitler?

Si nuestros políticos desafortunados fracasaron al prever “esto”, es sólo porque no piensan una sola cuestión seriamente hasta el fin. Durante las prolongadas negociaciones con la delegación anglofrancesa en el verano de 1939, el Kremlin **exigió** abiertamente el control militar de los Estados bálticos. Como Inglaterra y Francia rehusaron otorgarle este control, Stalin rompió las negociaciones... Esto sólo indicaba claramente que un acuerdo con Hitler le aseguraría a Stalin, cuando menos, el control de los Estados bálticos. Las personas políticamente maduras de todo el mundo consideraban la cuestión precisamente desde ese ángulo, se preguntaban a sí mismos: ¿cómo alcanzará Stalin este objetivo? ¿Recurrirá a la fuerza militar? El curso de los acontecimientos dependía en grado considerable, sin embargo, más de Hitler que de Stalin. En general, los acontecimientos concretos no pueden predecirse. Pero la dirección fundamental de los eventos como en realidad se desarrollan no contiene esencialmente nada nuevo.

Debido a la degeneración del Estado obrero, la Unión Soviética llegó al filo de la Segunda Guerra imperialista más débil de lo necesario. El acuerdo de Stalin con Hitler tenía como objetivo asegurar a la URSS contra un asalto alemán y, en general, proteger a la URSS de ser arrastrada a una guerra mayor. Para apoderarse de Polonia, Hitler tenía que protegerse en el Este. Stalin se vio obligado, con la autorización de Hitler, a invadir Polonia Oriental a fin de obtener algunas garantías suplementarias contra Hitler sobre la frontera occidental de la URSS. Como resultado de estos acontecimientos, sin embargo, la URSS ganó una frontera común con Alemania y en virtud de ese mismo hecho el peligro de una Alemania triunfante se tornó mucho más directo, mientras la dependencia de Stalin hacia Hitler aumentó enormemente.

El episodio de la partición de Polonia tuvo su desarrollo y secuela en la arena escandinava. Hitler no habrá dejado de informar a su “amigo” Stalin que planeaba apoderarse de los países escandinavos. Stalin no habrá podido evitar un frío estremecimiento. Después de todo, esto significaba la completa dominación germana del mar Báltico, de Finlandia, y por lo tanto constituía una directa amenaza a Leningrado. Una vez más, Stalin tuvo que buscar garantías suplementarias contra su aliado; esta vez en Finlandia. Sin embargo, encontró allí seria resistencia. La “excursión militar” fracasó. Entretanto, Escandinavia amenazaba con convertirse en la arena de una guerra general. Hitler, que había completado los preparativos para su golpe contra Dinamarca y Noruega, exigió que Stalin celebrara una rápida paz. Stalin tuvo que interrumpir sus planes y renunciar a la soviétización de Finlandia. Estos son los rasgos salientes del curso de los acontecimientos en Europa nororiental.

LAS PEQUEÑAS NACIONES EN LA GUERRA IMPERIALISTA

Bajo las condiciones de la guerra mundial, tratar la cuestión del destino de los pequeños Estados, desde el punto de vista de la “independencia nacional”, “neutralidad”, etc., es permanecer en el terreno de la mitología imperialista. La lucha es por la dominación mundial. La cuestión de la existencia de la URSS será resuelta en ella. Este problema que actualmente está en segundo plano, en determinado momento pasará al primero. En tanto, los Estados pequeños y de segunda categoría, no son sino peones en manos de las grandes potencias. La

única libertad que les resta, y aún en una extensión limitada, es la libertad de elegir entre los amos.

Dos gobiernos lucharon en cierto momento en Noruega: el gobierno de los nazis noruegos, apoyado por las tropas alemanas en el sur, y el antiguo gobierno socialdemócrata con su rey en el norte. ¿Debían haber apoyado los obreros noruegos el campo “democrático” contra el fascista? Siguiendo la analogía de España, parecería a primera vista que la respuesta debiera ser afirmativa. En realidad, hubiese sido el más crudo de los engaños. En España existía una guerra civil aislada; la intervención de las potencias imperialistas extranjeras, si bien importante, tenía un carácter secundario. En Noruega se trata de un conflicto directo e inmediato entre dos campos imperialistas, en cuyas manos los gobiernos noruegos en lucha son meros instrumentos auxiliares. En la arena mundial no apoyamos ni al campo de los aliados ni al de Alemania. En consecuencia no tenemos la menor razón o justificación para apoyar a cualquiera de sus temporarios instrumentos dentro de Noruega.

El mismo tratamiento debe aplicarse a Finlandia. Desde el punto de vista de la estrategia del proletariado mundial, la resistencia finesa no es un acto mayor de defensa de la independencia nacional que la resistencia de Noruega. La mejor demostración de esto la dio el mismo gobierno finés que prefirió cesar toda resistencia antes que Finlandia se transformara completamente en una base militar de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Factores secundarios como la independencia nacional de Finlandia o Noruega, la defensa de la democracia, etc., por importantes que sean, están actualmente implicados en la lucha de fuerzas mundiales infinitamente más poderosas y completamente subordinados a ellas. Debemos descartar los factores secundarios y determinar nuestra política en concordancia con los factores básicos.

Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra dieron una respuesta exhaustiva a esta cuestión, hace seis años. Las tesis establecen: “La idea de defensa nacional, especialmente si coincide con la idea de defensa de la democracia, puede ser utilizada fácilmente para engañar a los obreros de los países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica en particular, los países escandinavos ...)”. Y más adelante: “Sólo un pequeñoburgués obtuso (como Robert Grimm), metido en un desolado pueblo suizo, puede creer seriamente que una guerra mundial en la que se vería envuelto, sería un medio de defender la independencia de Suiza.” Otros pequeñoburgueses, igualmente estúpidos,

imaginan que la guerra mundial es un medio de defender Finlandia, que es posible determinar la *estrategia* proletaria sobre la base de un episodio *táctico* como la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo.

GEORGIA Y FINLANDIA

Así como durante una huelga dirigida contra los grandes capitales los obreros a menudo atentan contra la alta suficiencia del pequeñoburgués, así también en una lucha militar contra el imperialismo o al procurarse garantías militares contra el imperialismo, el Estado obrero -aún completamente sano y revolucionario- puede verse obligado a violar la independencia de este o aquel pequeño Estado. Derramar lágrimas sobre la rudeza de la lucha de clases en el plano interno o internacional puede ser propio de los filisteos democráticos pero no de revolucionarios proletarios.

En 1921 la República Soviética sovietizó por la fuerza a Georgia, que constituía un camino abierto para el asalto imperialista en el Cáucaso. Desde el punto de vista de los principios de la autodeterminación nacional mucho podría objetarse a tal sovietización. Desde el punto de vista de extender la arena de la revolución socialista, la intervención militar en un país campesino era un acto más que dudoso. Desde el punto de vista de la autodefensa del Estado obrero rodeado de enemigos, la sovietización forzosa estaba justificada: la salvaguardia de la revolución socialista se imponía a los principios democráticos formales.

El imperialismo mundial utilizó durante mucho tiempo el tema de la violencia en Georgia como el grito de guerra para movilizar la opinión pública contra los Soviets. La Segunda Internacional tomó la dirección de esta campaña. La Entente se orientaba hacia la preparación de una posible y nueva intervención militar contra los Soviets.

Exactamente de la misma manera que en el caso de Georgia, la burguesía mundial utilizó la invasión de Finlandia para movilizar a la opinión pública mundial contra la URSS. También en este caso la socialdemocracia se constituyó en la vanguardia del imperialismo democrático. El desafortunado “tercer campo” de la estampida pequeñoburguesa trotó a su zaga.

A pesar de la notable similitud entre estos dos ejemplos de intervención militar existe, sin embargo, una profunda diferencia: la actual URSS está lejos

de ser la República Soviética de 1921. Las tesis de 1934 de la Cuarta Internacional sobre la guerra declaran: “El monstruoso desarrollo del burocratismo soviético y las penosas condiciones de vida de los trabajadores han disminuido extraordinariamente la fuerza atractiva de la URSS para la clase obrera mundial.” La guerra fino-soviética reveló gráfica y completamente que a distancia de un tiro de cañón de Leningrado, cuna de la revolución de Octubre, el actual régimen de la URSS es incapaz de ejercer una fuerza atractiva. Sin embargo, de esto no surge que la URSS deba ser entregada a los imperialistas, sino que la URSS debe ser arrancada de las manos de la burocracia.

“¿DÓNDE ESTÁ LA GUERRA CIVIL?”

“¿Pero dónde está la guerra civil que prometiste en Finlandia?”, preguntan los líderes de la antigua oposición, transformados ahora en los líderes del “tercer campo”. Yo no prometí nada. Sólo analicé una de las posibles variantes del ulterior desarrollo del conflicto fino-soviético. La obtención de bases aisladas en Finlandia era tan probable como la ocupación completa del país. La obtención de bases suponía mantener el régimen burgués en todo el resto del país. La ocupación suponía un cambio social que hubiera sido imposible sin arrastrar a la guerra civil a los obreros y campesinos pobres. Las negociaciones diplomáticas iniciales entre Moscú y Helsinki indicaban una tentativa de solucionar la cuestión en la forma en que lo fue en los países bálticos. La resistencia de Finlandia obligó al Kremlin a buscar sus objetivos a través de medidas militares. Stalin sólo podía justificar la guerra ante las amplias masas mediante la soviétización de Finlandia. La constitución del gobierno de Kuusinen indicaba que el destino que aguardaba a Finlandia no era el de los Estados Bálticos, sino el de Polonia, donde Stalin -sin importar los garabatos de los columnistas aficionados del “tercer campo”- se vio obligado a provocar la guerra civil y a derribar las relaciones de propiedad.

Yo señalé varias veces que *si* la guerra en Finlandia no era involucrada en una guerra general y *si* Stalin no se veía obligado a retroceder ante una amenaza del exterior, se vería forzado a llevar adelante la soviétización de Finlandia. Esta tarea era, en sí misma, mucho más difícil que la soviétización de Polonia oriental. Más difícil desde el punto de vista *militar* dado que

Finlandia resultaba estar mejor preparada. Más difícil desde el punto de vista *nacional* dado que Finlandia posee una extensa tradición de lucha contra Rusia por la independencia nacional, mientras que los ucranianos y rusos blancos estaban luchando contra Polonia. Más difícil desde el punto de vista *social* porque la burguesía finesa había solucionado a su manera el problema agrario precapitalista a través de la creación de una pequeñoburguesía agrícola. Sin embargo, la victoria militar de Stalin sobre Finlandia, indiscutiblemente, hubiera hecho totalmente posible un cambio en las relaciones de propiedad con mayor o menor apoyo de los obreros y pequeños campesinos fineses.

¿Por qué entonces Stalin no llevó a cabo este plan? Porque comenzó una gigantesca movilización de la opinión pública burguesa contra la URSS. Porque Inglaterra y Francia plantearon seriamente la cuestión de la intervención militar. Finalmente -y no de menor importancia- porque Hitler no podía seguir esperando. La aparición de tropas inglesas y francesas en Finlandia hubiera constituido una amenaza directa a los planes escandinavos de Hitler que se basaban en la conspiración y la sorpresa. Atrapado entre dos peligros -por un lado los Aliados y del otro Hitler- Stalin renuncia a sovieterizar Finlandia, limitándose a la toma de posiciones estratégicas aisladas.

Los partidarios del “tercer campo” (el campo de la estampida pequeñoburguesa) unen ahora las piezas en la siguiente construcción: Trotsky dedujo la guerra civil en Finlandia de la naturaleza de clase de la URSS; dado que la guerra civil no se produjo, significa que la URSS no es un Estado obrero. En realidad no era necesario “deducir” lógicamente una posible guerra civil en Finlandia de la definición sociológica de la URSS: bastaba basarse en la experiencia de Polonia oriental. El cambio de las relaciones sociales que allí se produjo sólo podía realizarlo el Estado surgido de la Revolución de Octubre. Este cambio fue impuesto a la oligarquía del Kremlin debido a su lucha por la autopreservación bajo condiciones especiales. No había la menor razón para dudar que *bajo condiciones análogas* se vería obligada a repetir la misma operación en Finlandia. Eso fue todo lo que señalé. Pero las condiciones cambiaron durante el transcurso de la lucha. La guerra, como la revolución, da con frecuencia bruscos virajes. Con el cese de las operaciones militares por parte del Ejército Rojo, naturalmente que no podía hablarse del desarrollo de una guerra civil en Finlandia.

Todo pronóstico histórico es siempre condicional y cuanto más concreto es el pronóstico, más condicional es. Un pronóstico no es una letra de cambio que pueda cobrarse a plazo fijo. El pronóstico sólo esboza las tendencias definidas del desarrollo. Pero junto a estas tendencias actúa un orden distinto de fuerzas y tendencias que en cierto momento comienzan a ser predominantes. Aquellos que buscan predicciones exactas de los acontecimientos concretos deben consultar a los astrólogos. El pronóstico marxista sólo ayuda a orientarse. Yo hice reservas varias veces sobre la condicionalidad de mi pronóstico como *una* de varias posibles variantes. Aferrarse ahora, como a una roca de salvación, a un hecho histórico de décima categoría a propósito de que el destino de Finlandia estuvo temporariamente determinado de acuerdo al modelo de Estonia, Letonia y Lituania, en lugar del modelo de Polonia oriental, sólo puede ocurrírsele a escolásticos estériles o a... los líderes del “tercer campo”.

LA DEFENSA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El asalto de Stalin sobre Finlandia por supuesto que no era *solamente* un acto de defensa de la Unión Soviética. La política de la Unión Soviética está guiada por la burocracia bonapartista. A esta burocracia le interesa principal y fundamentalmente su poder, su prestigio, sus ingresos. Se defiende a sí misma mucho mejor de lo que defiende a la URSS. Se defiende a sí misma a expensas de la URSS y a expensas del proletariado mundial. Esto se reveló con absoluta claridad a través de todo el desarrollo del conflicto soviético-finés. No podemos, por lo tanto, asumir ni siquiera la sombra de una responsabilidad, directa o indirecta, por la invasión de Finlandia que representa solamente un eslabón aislado en la cadena de la política de la burocracia bonapartista.

Una cosa es solidarizarse con Stalin, defender su política, asumir responsabilidad por ella (como lo hace la triplemente infame Internacional Comunista) y otra es explicar a la clase obrera mundial que no importa de qué crímenes Stalin sea culpable no podemos permitir al imperialismo mundial que aplaste a la Unión Soviética, restablezca el capitalismo y convierta en una colonia a la tierra de la Revolución de Octubre. Esta explicación es la que proporciona las bases para nuestra defensa de la Unión Soviética.

La tentativa de los derrotistas de coyuntura, es decir, de los aventureros del derrotismo, de sortear sus dificultades con la promesa de que en caso de que los Aliados intervengan cambiarán su política derrotista por una defensiva, constituye una evasiva despreciable. En general, no es fácil determinar la política con un cronómetro, especialmente en tiempos de guerra. En los críticos días de la guerra soviético-finesa (como se ha sabido ahora), los estados mayores aliados llegaron a la conclusión de que sólo podía prestarse una rápida y eficaz ayuda a Finlandia mediante la destrucción del ferrocarril de Murmansk, bombardeándolo desde el aire. Desde el punto de vista de la estrategia esto era completamente correcto. La cuestión de la intervención o no intervención de las fuerzas aéreas aliadas pendía de un hilo. Pendiente del mismo hilo aparentemente se balanceaba también la posición de principios del “tercer campo”. Desde el comienzo mismo consideramos que era necesario determinar nuestra posición de acuerdo a los campos básicos de clase en guerra. Era mucho más seguro.

NO CEDER AL ENEMIGO LAS POSICIONES YA GANADAS

La política del derrotismo no es un castigo a un gobierno dado por este o aquel crimen que haya cometido, sino una resultante de las relaciones de clase. La línea marxista de conducta en la guerra está determinada no por consideraciones sentimentales o de moral abstracta, sino por la apreciación social de un régimen en sus relaciones recíprocas con otros regímenes. Apoyamos a Abisinia no porque el Negus fuese política o “moralmente” superior a Mussolini, sino porque la defensa de un país atrasado contra la opresión colonial asesta un golpe al imperialismo, que es el principal enemigo de la clase trabajadora. Defendemos a la URSS independientemente de la política del Negus de Moscú por dos razones fundamentales. Primero: la derrota de la URSS proporcionaría al imperialismo nuevos y colosales recursos y prolongaría por muchos años la agonía mortal de la sociedad capitalista. Segundo: las bases sociales de la URSS, liberadas de la burocracia parasitaria, pueden tener un progreso económico y cultural ilimitado, mientras que las bases capitalistas no ofrecen otra posibilidad excepto que una mayor decadencia.

Lo que desenmascara por completo a los ruidosos críticos es que continuaron considerando a la URSS como Estado obrero en la época en que Stalin estaba destruyendo al partido bolchevique; cuando estaba estrangulando la revolución proletaria en España; cuando estaba traicionando a la revolución mundial en nombre de los “frentes populares” y de la “seguridad colectiva”. ¡Bajo todas estas condiciones reconocieron la necesidad de defender a la URSS como Estado obrero! Pero tan pronto como este mismo Stalin invade a la “democrática” Finlandia, tan pronto como la opinión pública burguesa de las democracias imperialistas -que justificaron y aprobaron todos los crímenes de Stalin contra comunistas, obreros y campesinos- pone el grito en el cielo, nuestros innovadores declaran: “¡Sí, esto es intolerable! Y siguiendo a Roosevelt, declararon un embargo moral contra la Unión Soviética.

El educado razonamiento del curandero Burnham sobre el tema de que al defender a la URSS defendemos *por eso* a Hitler, es un pequeño claro ejemplo de la estupidez pequeñoburguesa que procura constreñir la realidad contradictoria dentro del marco del silogismo bidimensional. ¿Al defender a la República Soviética después de la paz de Brest-Litovsk apoyaron los obreros a los Hohenzollern? ¿Sí o no? Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra, que tratan en detalle esta cuestión, establecen categóricamente que los acuerdos entre el Estado soviético y este o aquel Estado imperialista no imponen ninguna restricción al partido revolucionario de tales Estados. Los intereses de la revolución mundial están por encima de una combinación diplomática aislada, por justificada que esta última sea en sí misma. Al defender a la URSS, luchamos más seriamente contra Stalin y Hitler que Burnham y Cía.

Es cierto, Burnham y Shachtman no están solos. León Jouhaux, el notorio agente del imperialismo francés, también clama indignado por el hecho de que “los trotskistas defienden a la URSS.” ¡Quién podría indignarse mejor sino él! Pero nuestra actitud hacia la URSS es la misma que nuestra actitud hacia la CGT (Confederación General del Trabajo): la defendemos contra la burguesía a pesar del hecho de que la Confederación está dirigida por canallas como León Jouhaux que engañan y traicionan a los obreros a cada paso. Los mencheviques rusos también gritan: “¡La Cuarta Internacional está en un callejón sin salida!”, porque la Cuarta Internacional continúa reconociendo a la URSS como Estado obrero. Estos mismos caballeros son miembros de la

Segunda Internacional, la que es dirigida por traidores tan eminentes como el típico alcalde burgués Huysmans y León Blum, que traicionó una situación revolucionaria excepcionalmente favorable en junio de 1936, haciendo posible con esto la presente guerra. Los mencheviques reconocen como partidos *obreros* a los partidos de la Segunda Internacional pero se rehúsan a reconocer a la Unión Soviética como Estado *obrero* porque está dirigida por burócratas traidores. Esta falsedad apesta a cinismo y descaro. Stalin, Molotov y el resto, como capa social, no son mejores ni peores que los Blum, Jouhaux, Citrine, Thomas, etcétera. La diferencia es solamente esta, que Stalin y Cía. explotan y mutilan las bases vitales económicas del desarrollo socialista, mientras que los Blum se aferran a las bases totalmente podridas de la sociedad capitalista.

El Estado obrero debe ser tomado tal como salió del despiadado laboratorio de la historia, no como lo imagina un profesor “socialista”, que reflexiona mientras hurga con un dedo su nariz. El deber de los revolucionarios es defender toda conquista de la clase trabajadora aunque haya sido desfigurada por la presión de fuerzas hostiles. Aquellos que no pueden defender viejas posiciones, nunca conquistarán otras nuevas.

25 de abril de 1940

CARTA A JAMES P. CANNON

28 de mayo de 1940

Queridos camaradas:

La renuncia de Burnham es una confirmación excelente de nuestros análisis y pronósticos concernientes a la ex minoría. No creemos que sea la última separación.

W.R. (León Trotsky)

CARTA A ALBERT GOLDMAN

5 de junio de 1940

Querido amigo:

Burnham no reconoce la dialéctica, pero la dialéctica no le permite a él escapar de su red. Está atrapado como una mosca en una tela de araña. El golpe que le dio a Shachtman es irreparable. ¡Qué lección sobre bloques principistas y aprincipistas! Y pobre Abern. Hace cuatro años encontró en la persona del Santo Padre Muste y su monaguillo Spector, al protector de su camarilla familiar; ahora repitió el mismo experimento con el católico secularizado Burnham y su abogado Shachtman... En los buenos viejos tiempos, esperamos, a menudo durante años y décadas, la verificación de un pronóstico. Ahora el ritmo de los acontecimientos es tan febril, que la verificación llega inesperadamente al día siguiente. ¡Pobre Shachtman!

Con los mejores deseos,
León Trotsky
Coyoacán, D. F.

SOBRE EL PARTIDO “OBRERO”

Pregunta: ¿Existieron, en su opinión, suficientes diferencias políticas entre la mayoría y la minoría como para justificar una escisión?

Trotsky: También aquí es necesario considerar el problema dialécticamente, y no mecánicamente. ¿Qué significa esta terrible palabra “dialéctica”? Significa el considerar las cosas en su desarrollo, no en su situación estática. Si tomamos las diferencias políticas como son, podemos decir que no eran suficientes para una escisión, pero si desarrollaron una tendencia a desviarse del proletariado en dirección a los círculos pequeñoburgueses, entonces las mismas diferencias pueden tener un valor absolutamente diferente; un peso diferente; si están conectadas con un grupo social diferente. Este es un punto muy importante.

Tenemos el hecho de que la minoría se escindió de nosotros, a pesar de todas las medidas tomadas por la mayoría para no romper. Esto significa que su sentimiento social interno era tal que, para ellos, es imposible proseguir con nosotros conjuntamente. Es una tendencia pequeñoburguesa, no proletaria. Si usted desea una nueva confirmación de esto, tenemos un ejemplo excelente en el artículo de Dwigth Mac Donald.

Ante todo, ¿qué caracteriza a un revolucionario proletario? Nadie está obligado a participar en un partido revolucionario, pero si participa, considera de manera seria al Partido. Si osamos llamar a la gente a un cambio revolucionario de la sociedad, asumimos una responsabilidad tremenda, que debemos considerar muy seriamente. ¿Y qué es nuestra teoría, si no simplemente las herramientas de nuestra acción? Estas herramientas son nuestra teoría marxista porque, hasta hoy, no hemos encontrado mejores herramientas. Un obrero no actúa caprichosamente con las herramientas -si son las mejores herramientas que puede tener, es cuidadoso con ellas; no las abandona, ni pide unas herramientas fantásticas que no existen.

Burnham es un intelectual snob. Prueba un partido, lo abandona, toma otro. Un obrero no puede hacer esto. Si se adhiere a un partido revolucionario, se dirige a la gente, la llama a la acción, es lo mismo que un general en la guerra -debe saber a dónde los está dirigiendo. Qué pensarían ustedes de un general que dijera que pensaba que los fusiles eran malos; que sería mejor esperar diez años hasta que se inventasen mejores fusiles, y que mientras, mejor irse todos a casa. Esta es la forma en que razona Burnham. Por tanto, abandona

el Partido. Pero sigue habiendo desocupados, la guerra se mantiene. Estas cosas no pueden ser pospuestas. Por lo tanto, es sólo Burnham el que ha pospuesto su acción.

Dwight Mac Donald no es un snob, pero es un poco estúpido. Cito: “El intelectual, si ha de realizar alguna función útil en la sociedad, no debe engañarse ni a sí mismo ni a los demás, no debe aceptar como buena moneda la que sabe que es falsa, no debe olvidar en un momento de crisis lo que ha aprendido durante un período de años y décadas.” Bien. Absolutamente correcto. Cito otra vez: “Sólo si afrontamos los tumultuosos y terribles años que vienen con, a la vez, *escepticismo* y devoción -escepticismo hacia *todas* las teorías, gobiernos y sistemas sociales; devoción hacia la lucha revolucionaria de las masas- sólo entonces nos podemos justificar como intelectuales.”

Aquí está uno de los dirigentes del llamado Partido “Obrero”, que se considera a sí mismo no un proletario, sino un “intelectual”. Habla de escepticismo hacia todas las teorías.

Nos hemos preparado para esta crisis estudiando, construyendo un método científico, y nuestro método es el marxismo. Entonces la crisis llega y el señor Mac Donald dice “sean escépticos hacia todas las teorías”, y luego habla de devoción a la revolución, sin reemplazarla con cualquier nueva teoría. A menos que sea esta teoría escéptica, de su cosecha. ¿Cómo podemos trabajar sin una teoría? ¿Qué es la lucha de las masas y qué es un revolucionario? Todo el artículo es escandaloso, y un Partido que pueda tolerar a tal individuo como uno de sus dirigentes, no es serio.

Cito de nuevo: “¿Cuál es entonces la naturaleza de la bestia (el fascismo)? Trotsky insiste, ni más, ni menos, en que es el fenómeno familiar del bonapartismo, en el cual una camarilla permanece en el poder enfrentando a una clase con la otra, dando así al poder de Estado un carácter autónomo temporal. Pero estos regímenes totalitarios modernos no son asuntos temporales; casi han cambiado la estructura económica y social subyacente, no sólo manipulando las viejas formas sino también destruyendo su vitalidad interna. ¿Es una nueva clase dirigente la burocracia nazi, entonces, y el fascismo una nueva forma de sociedad comparable al capitalismo? Esto, tampoco parece ser cierto.”

Aquí, él crea una nueva teoría, una nueva definición del fascismo, pero desea, no obstante, que seamos escépticos hacia todas las teorías. Así, también dirá a los obreros que los instrumentos y herramientas con los que trabajan no

son importantes, ¡pero que deben tener devoción a su trabajo! Creo que los obreros encontrarían una expresión muy dura para tal declaración.

Esto es muy característico del intelectual desilusionado. Ve la guerra, la terrible época que viene, con pérdidas, con sacrificios, y tiene miedo. Empieza a propagar el escepticismo y sigue creyendo que es posible unificar el escepticismo con la devoción revolucionaria. Sólo podemos desarrollar una devoción revolucionaria si estamos seguros de que es racional y posible, y no podemos tener tales seguridades sin una teoría operante. Aquél que propaga el escepticismo teórico es un traidor.

En el fascismo hemos analizado diferentes elementos:

1. El elemento que el fascismo tiene en común con el viejo bonapartismo, es que usa los antagonismos entre las clases para dar al poder de Estado la mayor independencia posible. Pero siempre hemos subrayado que el viejo bonapartismo se dio en un tiempo de una ascendente sociedad burguesa, mientras que el fascismo es un poder de Estado de la declinante sociedad burguesa.

2. Que el fascismo es un intento de la clase burguesa de superar, de sobrepasar la contradicción entre la nueva técnica y la propiedad privada, sin eliminar la propiedad privada. Es la “economía planificada” del fascismo. Es un intento de salvar la propiedad privada y, al mismo tiempo, de controlar la propiedad privada.

3. Para superar la contradicción entre la técnica nueva, moderna, de las fuerzas productivas en las limitadas fronteras del Estado nacional. Esta nueva técnica no puede ser limitada por las fronteras del viejo Estado nacional y el fascismo intenta superar esta contradicción. El resultado es la guerra. Ya hemos analizado todos estos elementos.

Dwight Mac Donald abandonará el Partido como lo hizo Burnham, pero, posiblemente, porque él es un poco más perezoso, lo hará más tarde.

¿Burnham fue considerado en algún momento como un “buen elemento”? Sí, el partido proletario en nuestra época debe hacer uso de cada intelectual que pueda contribuir al partido. Invertí muchos meses con Diego Rivera, para salvarle para nuestro movimiento, pero no tuve éxito. Pero toda Internacional ha tenido una experiencia de este tipo. La Primera Internacional tuvo problemas con el poeta Freiligrath, que era también muy caprichoso. La Segunda y Tercera Internacionales tuvieron problemas con Maxim Gorki. La Cuarta Internacional con Rivera. En todos los casos se separaron de nosotros.

Burnham, por supuesto, estuvo más cercano al movimiento, pero Cannon tuvo sus dudas sobre él. Sabe escribir, y tiene un pensamiento formalmente construido, no profundo, pero hábil. Puede aceptar tu idea, desarrollarla, escribir un artículo sobre ella -y luego olvidarla. El autor puede olvidar -pero el obrero no. No obstante, tanto tiempo como podamos utilizar a esta gente, tanto mejor. ¡Mussolini, una vez, también fue un “buen elemento”!

Coyoacán, D. F., 7 de agosto de 1940

CARTA A ALBERT GOLDMAN

9 de agosto de 1940

Sr. Albert Goldman.

Querido amigo:

No sé si ha visto usted el artículo de Dwight Mac Donald en el número de agosto de su "Partisan Review".

Este hombre fue discípulo de Burnham, el intelectual snob. Después de la deserción de Burnham, Dwight Mac Donald se quedó en el partido de Shachtman como el único representante de la "Ciencia".

En la cuestión del fascismo, Mac Donald ofrece una pobre compilación de plagios de nuestro arsenal, que él presenta como sus propios descubrimientos, y a los cuales opone algunas banalidades que él caracteriza como nuestras ideas. Todo, sin perspectiva, sin proporción, y sin una elemental honestidad intelectual.

Sin embargo, esto no es lo peor. El huérfano de Burnham proclama: "Debemos volver a examinar, bajo una mirada fría y escéptica, las premisas básicas del marxismo" (Pág. 266). ¿Y qué deberá hacer el pobre "Partido Obrero" durante este período de "examen"? ¿Qué deberá hacer el proletariado? Deben, por supuesto, esperar el resultado del estudio de Dwight Mac Donald. Probablemente este resultado será la deserción de Mac Donald, para ir al campo de Burnham.

Las cuatro últimas líneas del artículo, no pueden ser otra cosa más que la preparación para una deserción personal. "Sólo si afrontamos los tumultuosos y terribles años que vienen con, a la vez, escepticismo y devoción -escepticismo hacia todas las teorías, gobiernos y sistemas sociales; devoción hacia la lucha revolucionaria de las masas- sólo entonces nos podemos justificar como intelectuales."

La actividad revolucionaria basada en el escepticismo teórico es la más torpe de las contradicciones internas. "La devoción a la lucha revolucionaria de las masas" es imposible sin la comprensión teórica de las leyes de esta lucha revolucionaria. La devoción revolucionaria sólo es posible si uno tiene la seguridad de que su devoción es razonable, adecuada; que corresponde a sus

objetivos. Esta seguridad sólo puede ser creada por una penetración teórica en la lucha de clases. El “escepticismo hacia todas las teorías” no es sino la preparación para la desertión personal.

Shachtman permanece silencioso; como “Secretario General” está demasiado ocupado como para defender las “premisas más básicas del marxismo” contra filisteos pequeñoburgueses y snobs...

Fraternalmente suyo,
L. Trotsky

CARTA A CHRIS ANDREWS

17 de agosto de 1940

Querido Chris:

Me agradó mucho su valoración de la posición antipacifista aceptada por el Partido. Hay dos grandes ventajas en esta posición: la primera, que es revolucionaria en su esencia y basada en el carácter total de nuestra época, cuando todas las cuestiones serán decididas, no sólo por el arma de la crítica, sino por la crítica de las armas; segundo, está absolutamente libre del sectarismo. No oponemos a los acontecimientos y a los sentimientos de las masas una afirmación abstracta de nuestra santidad.

El triste “Labor Action” del 12 de agosto escribe: “En su lucha contra el reclutamiento, estamos con Lewis al 100%.” *Nosotros* no estamos con Lewis ni siquiera en un 1 %, porque Lewis trata de defender la Patria Capitalista por medios completamente anticuados. La gran mayoría de los obreros comprenden o sienten que estos medios (armamento profesional voluntario) están anticuados desde un punto de vista militar, y son extremadamente peligrosos desde el punto de vista de clase. Por esto es que los obreros están por el reclutamiento. Es una forma muy confusa y contradictoria de adherirse al “armamento del proletariado”. No rechazamos categóricamente este gran cambio histórico, como hacen los sectarios de todo tipo. Decimos “¿Reclutamiento? Sí. Pero hecho por nosotros mismos.” Es un excelente punto de partida.

Con los mejores recuerdos. Fraternalmente,
Vuestro Viejo (León Trotsky)

Apéndice

UNA VEZ MÁS: LA UNIÓN SOVIÉTICA Y SU DEFENSA

CRAIPEAU OLVIDA LAS PRINCIPALES ENSEÑANZAS DEL MARXISMO

El camarada Craipeau quiere convencernos, una vez más, de que la burocracia soviética, como tal, es una clase. Sin embargo, para él, el problema no es de orden puramente “sociológico”. No. Todo lo que quiere, como veremos, es trazar, de una vez por todas, una vía libre y directa para el tipo de internacionalismo que le es propio, un internacionalismo que, lamentablemente, no está seguro para nada de sí mismo. Si la burocracia no es una clase, si todavía se puede reconocer la Unión Soviética como un Estado obrero, es necesario apoyarla en caso de guerra. ¿Cómo, entonces, mantenerse una oposición irreconciliable al propio gobierno si éste es aliado de los soviets? La tentación de caer en el socialpatriotismo es terrible. No, es preferible hacer un cambio radical de posición: la burocracia stalinista es una clase explotadora y, en caso de guerra, casi no es necesario hacer una distinción entre los soviéticos y el Japón.

Desgraciadamente, este radicalismo en la terminología no lleva muy lejos. Admitamos por el momento que la burocracia sea realmente una *clase* en el sentido que este término tiene en la sociología marxista. En este caso, tenemos entonces una nueva forma de clase social, que no es idéntica ni a la sociedad feudal ni a la sociedad capitalista, y que jamás había sido prevista por los teóricos marxistas. Un descubrimiento tal es digno de un análisis más atento.

¿Por qué se encuentra la sociedad capitalista en un callejón sin salida? Porque ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas, ya sea en los países avanzados o en los atrasados. La cadena del mundo imperialista ha sido rota en su eslabón más débil, Rusia. Y ahora descubrimos que en el lugar de la sociedad burguesa ha sido establecida una nueva clase social. Craipeau no le ha dado todavía nombre, como tampoco ha analizado sus leyes internas. Pero esto no nos impide constatar que esta nueva sociedad es progresiva en relación al

capitalismo, pues, sobre la base de la propiedad nacionalizada, la nueva “clase” dominante ha asegurado un desarrollo de las fuerzas productivas sin igual en la historia del mundo. El marxismo nos enseña que las fuerzas productivas son el factor fundamental del progreso histórico. Una sociedad que no es capaz de asegurar el crecimiento del poder económico es menos capaz todavía de asegurar el bienestar de las masas trabajadoras, sea cual sea el modo de distribución. El antagonismo entre el feudalismo y el capitalismo y el declinar del primero estuvieron determinados precisamente por el hecho de que el último abría posibilidades nuevas y grandiosas a las fuerzas productivas estancadas. Lo mismo se aplica a la URSS. Sea el que sea el modo de explotación que la caracterice, esta nueva sociedad es, por sus mismas características, superior a la sociedad capitalista. Aquí reside el verdadero punto de partida de un análisis marxista.

Este factor fundamental que son las fuerzas productivas se refleja también en el dominio ideológico. Mientras que la vida económica de los países capitalistas no nos muestra más que las más variadas formas de estancamiento y descomposición, la economía nacionalizada y planificada de la URSS es la escuela más grande para la humanidad que aspira a un futuro mejor. Hay que estar ciego para no ver la diferencia.

En la guerra entre Japón y Alemania de una parte, y la URSS de otra, lo que estaría puesto en cuestión no serían los problemas de igualdad de distribución, de la democracia proletaria o de la justicia de Vychinski, sino el destino de *la propiedad nacionalizada y de la economía planificada*. La victoria de los estados imperialistas no significaría solamente el hundimiento de la nueva “clase” explotadora en la URSS, sino también el de las nuevas formas de producción, y por tanto la caída de toda la economía soviética al nivel de un capitalismo atrasado y semicolonial. Pregunto, pues, a Craipeau: cuando estamos frente a la lucha de dos Estados que son los dos -admitámoslo- Estados de clase, pero de los cuales uno representa el estancamiento imperialista y el otro el formidable progreso económico, ¿no debemos sostener al Estado progresivo contra el Estado reaccionario? ¿Sí o no?

En toda su tesis, Craipeau habla de las cosas más diversas, e incluso de las cosas más alejadas del tema, pero no menciona ni una sola vez el factor que la sociología marxista considera decisivo: el desarrollo de las fuerzas productivas. Es por esta razón que toda su elaboración está suspendida en el aire. Engaña

con sombras terminológicas (“clase”, “no-clase”) en lugar de intentar aprehender la realidad. Piensa que es suficiente atribuir el calificativo de “clase” a la burocracia para evitar tener que analizar el lugar que ocupa la nueva sociedad en el desarrollo histórico de la humanidad. Deseoso de obligarnos a no hacer ninguna distinción entre una sociedad que es absolutamente reaccionaria puesto que traba e incluso destruye las fuerzas productivas y una sociedad que es relativamente progresiva puesto que ha asegurado un gran salto de la economía hacia adelante, Craipeau quiere imponernos la política de “neutralidad” reaccionaria. ¡Sí, camarada Craipeau, reaccionaria!

PERO, ¿ES LA BUROCRACIA UNA CLASE?

Por lo que precede, uno ve que podríamos muy bien dejar de analizar nuevamente este problema teórico, o, dicho de otro modo, el problema que preocupa a Craipeau y que, en sí mismo, está lejos de ser decisivo en época de guerra. Pero el problema de la naturaleza social de la burocracia es, a pesar de todo, muy importante desde un punto de vista más general y no vemos ninguna razón de hacer, en este terreno, la más mínima concesión a Craipeau. Nuestro crítico cambia de argumentos sin que ello le signifique el menor inconveniente. En este caso logra su golpe de efecto de una cita de *La Revolución Traicionada* según la cual “todos los medios de producción pertenecen al Estado y el Estado, *en cierta medida, a la burocracia*” (subrayado por mí). Craipeau se pone contento. Si los medios de producción pertenecen al Estado y el Estado a la burocracia, ésta se convierte en el propietario colectivo de los medios de producción y, por este solo hecho, en una clase poseedora y explotadora. El resto de la argumentación de Craipeau no tiene sino un carácter puramente literario. Otra vez nos dice, dándose el aire de polemizar conmigo, que la burocracia thermidoriana es malvada, rapaz, reaccionaria, sanguinaria, etc. ¡Qué revelación! Sin embargo, no hemos dicho nunca que la burocracia stalinista sea virtuosa. Solamente le hemos negado el carácter de clase en el sentido que el marxista da a este término, es decir en relación a la propiedad de los medios de producción. Pero he aquí que Craipeau me obliga a desautorizarme a mí mismo ya que he reconocido que la burocracia trata al Estado como propiedad personal suya. “Aquí está la clave del enigma”. Con esta argumentación hipersimplista, Craipeau da muestra de una deplorable

ausencia de sentido dialéctico. No he afirmado nunca que la burocracia soviética equivaliera a la burocracia de la monarquía absoluta o a la del capitalismo liberal. La nacionalización de la economía crea para la burocracia una situación totalmente nueva, y abre nuevas posibilidades tanto de progreso como de degeneración. Lo sabíamos más o menos antes de la revolución. La analogía entre la burocracia soviética y la burocracia del Estado fascista es más pertinente, sobre todo desde el punto de vista que nos interesa. También la burocracia fascista trata al Estado como propiedad suya. Impone serias restricciones al capital privado, en cuyo seno provoca a menudo convulsiones. Podemos decir, por la vía de la argumentación lógica: si la burocracia fascista consiguiera imponer cada vez más al capitalismo su disciplina y las restricciones que de ella se desprenden sin encontrar resistencia real, esta burocracia podría transformarse gradualmente en una nueva “clase” dominante, absolutamente análoga a la burocracia soviética. Pero el Estado fascista no pertenece a la burocracia más que “en cierta medida” (ver cita más arriba). Estas son tres pequeñas palabras que Craipeau ignora deliberadamente. Sin embargo tienen su importancia. Incluso son decisivas. Son parte integrante de la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad. Si Hitler intenta convertirse en propietario del Estado y, con ello, convertirse en propietario de la propiedad privada, completamente y no ya sólo “en cierta medida”, se topará con la oposición violenta de los capitalistas; esto abriría grandes posibilidades revolucionarias para los trabajadores. Hay, sin embargo, ultraizquierdistas, que aplican a la burocracia fascista el razonamiento de Craipeau sobre la burocracia soviética y que ponen un signo de igualdad entre los regímenes fascistas y stalinistas (ciertos spartakistas alemanes, Hugo Urbahns, ciertos anarquistas, etc.). Hemos dicho de ellos lo que decimos de Craipeau: su error está en creer que las bases de la sociedad pueden ser cambiadas sin revolución o contrarrevolución; desenrollan al revés la película del reformismo.

Es en este momento cuando Craipeau, más contento que nunca, cita otra afirmación de *La Revolución Traicionada* a propósito de la burocracia soviética: “si estas relaciones llegan a ser estabilizadas, legalizadas, elevadas al rango de normas sin ninguna resistencia o a pesar de la resistencia de los trabajadores, conducirán a la liquidación completa de las conquistas de la revolución proletaria”. Y Craipeau concluye: “Así pues, el camarada Trotsky prevé (para el futuro) la posibilidad de la transición del Estado obrero al Estado capitalista sin intervención militar. (?) En 1933, solíamos llamar a esto desenrollar al revés la

película reformista”. En 1937, se llama de la misma manera. Lo que a mis ojos no era sino un argumento lógico se convierte para Craipeau en un pronóstico histórico. Sin guerra civil victoriosa, la burocracia no puede dar origen a una nueva clase dominante. Esta fue siempre y sigue siendo mi convicción. Por el contrario, lo que se produce en este momento en la URSS no es sino una guerra civil preventiva, desencadenada por la burocracia. Y a pesar de todo no ha tocado todavía las bases económicas del Estado creado por la revolución; las cuales, a pesar de toda su deformación y distorsión, aseguran un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas.

Nadie ha negado la posibilidad -particularmente en el caso de una decadencia mundial prolongada- de la restauración de una nueva clase poseedora salida de la burocracia. La actual posición social de la burocracia, que, por medio del Estado, tiene “en cierta medida” las fuerzas productivas en sus manos, constituye un punto de partida de una extrema importancia para un proceso tal de transformación. Es, sin embargo, un problema de una posibilidad histórica y no de algo ya realizado.

¿UNA CLASE ES EL PRODUCTO DE CAUSAS ECONÓMICAS O DE CAUSAS POLÍTICAS?

En *La Revolución Traicionada*, he intentado dar una definición del actual régimen soviético. Esta definición comprende nueve párrafos. No es demasiado elegante, lo admito, esta serie de fórmulas descriptivas y prudentes. Pero se trata de una tentativa de ser honesto en relación a la realidad. Eso siempre es una ventaja. Craipeau ni menciona esta definición. No le opone ninguna otra. No dice si la nueva sociedad de explotación es superior o inferior a la antigua y no se pregunta si esta nueva sociedad representa una etapa inevitable entre el capitalismo y el socialismo o si se trata simplemente de un “accidente” histórico. Sin embargo, desde el punto de vista de nuestras perspectivas históricas generales, tal como están formuladas en el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, la definición sociológica de la burocracia asume una importancia capital.

La burguesía vino al mundo como elemento salido de las nuevas formas de producción; ha seguido representando una necesidad histórica mientras las nuevas formas de producción no han agotado sus posibilidades. Se puede

afirmar lo mismo de todas las clases sociales anteriores: propietarios de esclavos, señores feudales, maestros-artesanos medievales. En su tiempo, fueron los representantes y los dirigentes de sistemas de producción que jugaron un papel en el progreso de la humanidad. Pero ¿cómo entonces sitúa Craipeau el lugar histórico de la “clase burocrática”? No dice nada de esta cuestión decisiva. Sin embargo, hemos repetido muchas veces, con la ayuda del mismo Craipeau, que la degeneración del Estado soviético es producto del retraso de la revolución mundial, es decir, el resultado de causas políticas y “coyunturales”, por así decirlo. ¿Se puede hablar de una nueva clase... “coyuntural”? Verdaderamente lo dudo mucho. Si Craipeau permite verificar su muy apresurada concepción tomando en consideración la sucesión histórica de los regímenes sociales, él mismo reconocerá seguramente que dar a la burocracia el nombre de clase dominante no es sólo un abuso terminológico, sino sobre todo un gran peligro político que tiene el riesgo de descarrilarnos completamente de nuestras perspectivas históricas. ¿Ve Craipeau razones suficientes para revisar la concepción marxista en este punto capital? Por mi parte, no veo ninguna. Es por esto que rehúso seguir a Craipeau.

Sin embargo, podemos y debemos decir que la burocracia soviética tiene todos los vicios de una clase poseedora, sin tener ninguna de sus “virtudes” (estabilidad orgánica, ciertas normas morales, etc.). La experiencia nos ha enseñado que el Estado obrero es todavía un Estado, dicho en otra forma, el producto del pasado bárbaro; que es doblemente bárbaro en un país retrasado y aislado; que, en condiciones desfavorables, puede degenerar hasta el punto de volverse irreconocible; que una revolución suplementaria puede ser necesaria para su regeneración. Pero el Estado obrero no deja por ello de ser una etapa inevitable en nuestro camino. No se puede sobrepasar esta etapa sino por la revolución permanente del proletariado internacional.

Y, ¿DÓNDE ESTÁ LA DIALÉCTICA?

No puedo seguir punto por punto la totalidad de la argumentación de Craipeau; para hacerlo sería preciso recapitular el conjunto de la concepción marxista. El problema es que Craipeau no analiza los hechos tal como son, sino que junta argumentos lógicos en favor de una tesis preconcebida. En su esencia

este método es antidualéctico y por tanto antimarxista. Voy a poner algunos ejemplos de esto:

“Desde hace ya muchos años el proletariado ruso ha perdido toda esperanza de poder político (...)” Craipeau tiene mucho cuidado en no decir precisamente *desde cuándo*. Quiere simplemente dar la impresión de que nuestra tendencia ha alimentado ilusiones desde hace “muchos años”. Olvida decir que en 1923 la burocracia estaba sacudida hasta sus fundamentos y que sólo la derrota alemana y la desmoralización que hizo nacer en el proletariado ruso han dado una nueva estabilidad a su posición. En el curso de la revolución china (1925-1927), la crisis se repitió con fases similares. El primer Plan Quinquenal y la gran agitación que precedió a la ascensión de Hitler en Alemania (1931-1933) amenazaron una vez más el dominio de la burocracia. Finalmente, ¿podemos dudar por un instante que el proletariado ruso no habría podido, si la revolución española hubiese sido victoriosa y si los trabajadores franceses hubiesen sido capaces de llevar hasta el final su ofensiva en mayo-junio de 1936, recobrar su valor y su combatividad y derrocar a la burocracia thermidoriana con un mínimo de esfuerzos? Es solamente una sucesión de las más terribles y desmoralizantes derrotas en todo el mundo la que ha estabilizado el régimen de Stalin. Craipeau opone el resultado, la verdad sea dicha, perfectamente contradictorio, al proceso que lo ha engendrado y a nuestra política, que ha sido el reflejo de este proceso.

A fin de refutar el argumento según el cual la burocracia manipula los recursos nacionales más que como una corporación gremial -que es extremadamente inestable- y que los burócratas aislados no tienen el derecho de disponer libremente de la propiedad estatal, Craipeau replica: “Los mismos burgueses han debido esperar mucho tiempo antes de poder transmitir los títulos de propiedad sobre los medios de producción a sus descendientes. En los albores de los gremios, el jefe era elegido por sus compañeros (...)”, etc. Pero Craipeau omite una pequeña cuestión: en “los albores de los gremios” precisamente, éstos no estaban todavía divididos en clases y el jefe no era un “burgués” en el sentido moderno de la palabra. La transformación de la cantidad en cualidad no existe para Craipeau.

“La propiedad privada está siendo restaurada, la herencia, restablecida (...)”. Pero Craipeau se abstiene de decir que se trata de la propiedad de los objetos de utilidad personal y no de los medios de producción. Olvida igualmente mencionar el hecho de que lo que los burócratas, incluidos aquellos de alto

rango, poseen a título privado no es nada al lado de los recursos materiales que les proporcionan sus cargos; también olvida que la reciente “purga” que, de un solo plumazo, redujo a la pobreza a miles y miles de familias de burócratas, muestra precisamente la extrema fragilidad de los lazos que existen entre los mismos burócratas -y con más razón su familia- y la propiedad del Estado.

La guerra civil preventiva que en la actualidad lleva la camarilla dirigente demuestra nuevamente que esta última no podrá ser derrocada más que por la violencia revolucionaria. Pero ya que esta nueva revolución debe surgir sobre las bases de la propiedad de Estado y de la economía planificada, hemos caracterizado el derrocamiento de la burocracia como revolución política en oposición a la revolución social de 1917. Craipeau encuentra que esta distinción “compete al dominio de la casuística”. Y ¿por qué tal severidad? Porque, verán, la reconquista del poder por el proletariado tendrá consecuencias sociales. Pero las revoluciones políticas burguesas de 1830, 1848 y septiembre de 1870 también tuvieron consecuencias sociales, en la medida en que modificaron seriamente el reparto de la renta nacional. Pero, mi querido Craipeau, todo es relativo en este mundo, que no es la creación de formalistas ultraizquierdistas. Los cambios sociales provocados por las así llamadas revoluciones políticas, por serios que hayan podido ser, aparecen como totalmente secundarios cuando se los compara con la gran Revolución francesa que fue la revolución *social* burguesa por excelencia. Lo que le falta al camarada Craipeau es el sentido de las proporciones y el concepto de relatividad. Nuestro joven amigo no está para nada interesado por la ley de la transformación de la cantidad en cualidad. Sin embargo, ésta es la más importante de las leyes de la dialéctica. Claro que las autoridades del mundo académico de la burguesía piensan que la misma dialéctica “compete al dominio de la casuística”.

No es por azar que Craipeau se inspira en la sociología de M. Yvon. Las observaciones personales de Yvon son honestas y muy importantes. Pero no es un accidente que ha encontrado refugio en el pequeño cielo de *La Révolution Proletarienne*. Yvon se interesa por la “economía” del “taller” -por emplear la terminología de Proudhon- y no por la “política”, es decir por *la economía generalizada*. Pertenece formalmente a la escuela proudhoniana, y eso precisamente le ha permitido permanecer neutral en el curso de la lucha entre la oposición de izquierda y la burocracia; no había comprendido que de ella dependía la suerte del “taller”. Lo que ha dicho sobre la lucha “por la herencia

de Lenin” sin distinguir entre las tendencias sociales -¡incluso hoy en 1937!- revela claramente su concepción totalmente pequeñoburguesa absolutamente no revolucionaria. Para Yvon la noción de clase es una abstracción que coloca superpuesta a la abstracción del “taller”. ¡Es verdaderamente triste que Craipeau no encuentre otra fuente de inspiración teórica!

DEFENSA DE LA URSS Y SOCIALPATRIOTISMO

Todo este andamiaje sociológico, desgraciadamente muy frágil, no sirve a Craipeau, como hemos dicho, más que para evadirse de la necesidad de hacer distinción en el curso de la guerra entre la URSS y los Estados imperialistas. Muy reveladores son los dos últimos párrafos del tratado suyo donde aborda el problema. Craipeau nos dice: “En nuestros días, toda guerra europea o mundial se transforma en conflicto imperialista y sólo los imbéciles stalinistas y reformistas pueden creer que, por ejemplo, lo que estará en juego en la guerra futura será el régimen fascista o democrático.” Atención a esta tesis magistral: aunque un poco simplificada, es exacta y por tanto extraída, esta vez sí, del arsenal del marxismo. Inmediatamente después, con el fin de caracterizar y vapulear la URSS como “campeón de la guerra imperialista”, Craipeau nos dice: “En el campo de Versalles, su diplomacia (la de la URSS) juega ahora el mismo papel de animador que la diplomacia hitleriana en el otro campo.” Admitámoslo. Pero, ¿el carácter imperialista de la guerra viene determinado por el papel provocador de la diplomacia fascista? En absoluto. “Sólo los imbéciles stalinistas o reformistas pueden creerlo.” Y espero que, por nuestra parte, no vayamos a aplicar el mismo criterio al Estado soviético. Se es derrotista en los países imperialistas -¿no es verdad?- porque se quiere abatir el régimen de la propiedad privada y no porque se quiera castigar a un “agresor” cualquiera. En la guerra entre Alemania y la URSS, la cuestión para los imperialistas será cambiar las bases económicas de esta última, no castigar a Stalin y Litvinov. ¿Y luego? Craipeau no ha expuesto su tesis fundamental sino para tomar inmediatamente una vía opuesta. El peligro, el verdadero peligro, según él, es que los social-patriotas de toda especie tomarán la defensa de la URSS como pretexto de nuevas traiciones. “En tales condiciones todo equívoco en nuestra actitud se convierte en fatal.” Y concluye: “Hoy es necesario escoger: o la ‘defensa incondicional’ de la URSS, es decir (!!!) el sabotaje de la revolución en

nuestro país al igual que en la **Unión Soviética**, o el derrotismo y la revolución.”

Esta es la cuestión. El problema no es en absoluto el **carácter** social de la URSS -¿qué importa eso?- ya que, según Craipeau, la defensa de un Estado obrero, incluso aunque sea totalmente **auténtico**, implica que el proletariado de los países imperialistas, aliados a dicho Estado, concluye una unión sagrada con su propia burguesía. “Aquí está la clave del enigma” como dicen otros. Craipeau cree que en caso de guerra -con G mayúscula- el proletariado no tiene ningún interés en saber si se trata de una guerra contra Alemania, la URSS o Marruecos insurrecto, ya que en todos los casos es indispensable proclamar “el derrotismo sin ambigüedades” como la única posibilidad de escapar a la influencia del socialpatriotismo. Nuevamente vemos, y con qué claridad, que el ultraizquierdismo es siempre un oportunismo que tiene miedo de sí mismo y pide, en consecuencia, garantías absolutas -es decir garantías inexistentes- de que permanecerá fiel a su bandera. Este tipo de intransigencia nos recuerda los hombres débiles y tímidos que, cuando se ponen furiosos, gritan a sus amigos: “Agárrenme o hago una desgracia.” ¡Deme tesis herméticamente selladas, pónganme una venda totalmente impenetrable sobre mis ojos o si no... voy a hacer alguna cosa terrible! ¡Verdaderamente hemos encontrado la clave del enigma!

Pero después de todo, ¿Craipeau duda, por ejemplo, del carácter proletario del Estado soviético entre 1918 y 1923 o, al menos, para hacer una concesión a los ultraizquierdistas, entre 1918 y 1921? Durante este período el Estado soviético maniobraba en el terreno internacional y buscaba aliados temporales. Pero es precisamente en este período que el derrotismo fue erigido a la categoría de deber para los obreros de todos los países imperialistas, fuesen “enemigos” o “aliados”. El deber de defender la URSS nunca ha significado que el proletariado revolucionario debiese dar un voto de confianza a su burguesía. La actitud del proletariado durante la guerra es la prolongación de su actitud en tiempo de paz. El proletariado defiende la URSS por medio de su política revolucionaria que no está nunca subordinada a la burguesía, pero siempre adaptada a las circunstancias concretas. Tal es la enseñanza de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. ¿Quiere Craipeau que revisemos retrospectivamente esta enseñanza?

Si Blum, en lugar de proclamar la pérfida “no-intervención”, siempre obedeciendo las órdenes del capital financiero, hubiera sostenido a Caballero, Negrín y su democracia capitalista, ¿hubiera renunciado Craipeau a su oposición irreductible al gobierno del “Frente Popular”? ¿O habría renunciado a su deber que es distinguir entre los dos campos que luchan en España y **adaptar su política** a esta distinción?

La misma constatación vale para el Extremo Oriente. Si Tchang, pisándole los talones a Inglaterra, declarase la guerra a Japón, ¿participaría, Craipeau, en la Unión Sagrada para ayudar a China? O, por el contrario, ¿proclamaría que no hay ninguna diferencia entre China y Japón que pueda influenciar su política? La alternativa de Craipeau: sea la defensa de la URSS, de Etiopía, de la España republicana, de la China colonial por medio de la Unión Sagrada, sea el derrotismo sistemático herméticamente sellado y de amplitud cósmica; esta alternativa fundamentalmente errónea se hará polvo a la primera prueba de los hechos y abrirá ampliamente la puerta a las más groseras formas de socialpatriotismo.

“¿Nuestras propias tesis sobre la guerra, pregunta Craipeau, están exentas de todo equívoco sobre el problema?” ¡Desgraciadamente no! Analizando la necesidad del derrotismo, subrayan que *“en la naturaleza de las acciones prácticas, pueden ser provocadas considerables diferencias por la situación concreta en la guerra”*. Por ejemplo, las tesis indican que en caso de guerra entre la URSS y el Japón “no debemos sabotear el envío de armas a la URSS” y en consecuencia evitar suscitar huelgas que sabotearan la fabricación de armas, etc. Apenas se puede creer lo que ven los ojos. Los acontecimientos han confirmado nuestra posición en este terreno con una fuerza notable e indiscutible, particularmente en Francia. Durante meses los mítines obreros han vibrado al grito de “¡aviones para España!”. Imaginemos por un momento que Blum hubiese decidido mandar algunos. Imaginemos que en este momento exacto una huelga de estibadores o marineros estuviese realizándose. ¿Qué haría Craipeau? ¿Se habría opuesto al grito de “aviones para España”? ¿Habría aconsejado a los trabajadores en huelga hacer una excepción para cargar los aviones? Pero ocurre que la URSS ha enviado efectivamente aviones (a muy alto precio y a título de ayuda al régimen capitalista, lo sé perfectamente) ¿Deberían los bolcheviques leninistas llamar a los obreros soviéticos a sabotear estos envíos? ¿Sí o no? Si mañana, los trabajadores franceses se enteran que los

cargamentos de municiones están siendo preparados para ser expedidos desde Francia uno a Japón y otro a China, ¿Cuál será la actitud de Craipeau? Considero que es suficientemente revolucionario para llamar a los trabajadores a boicotear el barco destinado a Tokio y dejar ir el destinado a China sin, por ello, cambiar su opinión sobre Chiang Kai-Shek, ni expresar la menor confianza en Chautemps. Es esto precisamente lo que dicen nuestras tesis: “en la naturaleza de las acciones prácticas, pueden ser provocadas considerables diferencias por la situación concreta en el curso de la guerra”. A propósito de esta fórmula podían despertarse dudas en la época en que el borrador de estas tesis fue publicado en anteproyecto. Pero hoy, después de la experiencia de Etiopía, de España, de la guerra Chino-Japonesa, hablar de equívoco en nuestras tesis me parece que revela la actitud de un Borbón ultraizquierdista que no quiere ni aprender ni olvidar nada.

Camarada Craipeau, el equívoco está totalmente de su lado. Su artículo está lleno de tales equívocos. Es hora de que se deshagan de ellos. Sé muy bien que, hasta en sus errores, están guiados por su odio revolucionario a la opresión que encarna la burocracia thermidoriana. Pero, por sí solo, el sentimiento, por legítimo que sea, no puede reemplazar una política correcta, basada en los hechos objetivos. El proletariado tiene razones suficientes para derribar y destruir la burocracia stalinista, corrompida hasta la médula. Pero, por esta misma razón, no puede, ni directa ni indirectamente, dejar esta tarea a Hitler o al Mikado. Stalin derribado por los trabajadores: es un gran paso hacia el socialismo. Stalin eliminado por los imperialistas: es la contrarrevolución triunfante. ¡Tal es el sentido preciso de nuestra defensa de la URSS se trata de una orientación análoga a nuestra defensa de la democracia a escala nacional!

4 de noviembre de 1937

¿UN ESTADO NI OBRERO NI BURGUÉS?

LA FORMA POLÍTICA Y EL CONTENIDO SOCIAL

Los camaradas Burnham y Carter, de nuevo, han puesto en cuestión la naturaleza de clase del Estado soviético. La respuesta que proponen es, en mi opinión, completamente errónea. Pero, ya que estos camaradas no tratan, a diferencia de algunos ultraizquierdistas, de suplantar el análisis científico por alaridos estridentes, se puede y se debe discutir seriamente esta cuestión extremadamente importante con Burnham y Carter.

Ellos no olvidan que la diferencia principal entre la URSS y un Estado burgués contemporáneo se expresa en el poderoso desarrollo de las fuerzas productivas, resultado de la transformación de las formas de propiedad. Más adelante admiten que “la estructura económica tal como fue establecida por la revolución de Octubre permanece, en lo fundamental, inalterada”. De ello deducen que el proletariado soviético y mundial tiene el deber de defender la URSS contra los ataques imperialistas. En esto hay completo acuerdo entre Burnham y Carter y nosotros. Pero por importantes que sean los puntos de acuerdo, no agotan toda la cuestión.

Sin solidarizarse con los ultraizquierdistas, Burnham y Carter consideran, sin embargo, que la URSS ha dejado de ser un Estado obrero “en el sentido tradicional (?) dado a este término por el marxismo”. Pero como “la estructura económica (...) permanece todavía básicamente inalterada” la URSS tampoco se ha convertido en un Estado burgués. Al mismo tiempo Burnham y Carter niegan -por esto sólo podemos felicitarlos- que la burocracia sea una clase independiente. Estos postulados, incompatibles entre ellos, conducen a que, al igual que los stalinistas, el Estado soviético no es ya el órgano de una dominación de clase. ¿Qué es entonces?

Así tenemos bajo nuestros ojos un nuevo intento de revisar la teoría de clase del Estado. No somos, está demás decirlo, fetichistas. Si nuevos hechos históricos exigen una revisión de la teoría no nos detendremos ante esta necesidad. Pero la experiencia lamentable de las viejas revisiones debiera, en

todo caso, inspirarnos una saludable prudencia. Pensaremos diez veces la vieja teoría y los nuevos hechos antes de formular una nueva doctrina.

Los mismos Burnham y Carter afirman de paso que el Estado del proletariado puede, en función de las condiciones objetivas y subjetivas, “expresarse en un considerable número de formas gubernamentales diferentes”. Añadimos para clarificar las cosas: o a través de una lucha libre de diversos partidos en el seno de los soviets o través del monopolio de un sólo partido, o incluso a través de la concentración del poder de hecho en las manos de un solo individuo. La dictadura personal significa, por supuesto, el síntoma de peligro extremo para el régimen. Pero, al mismo tiempo, aparece a veces como la única forma de salvar este régimen. En consecuencia, la naturaleza de clase del Estado se define, no por sus formas políticas, sino por su contenido social, es decir por el carácter de las formas de propiedad y de las relaciones de producción que el Estado en cuestión protege y defiende.

Burnham y Carter en principio no niegan esto, sin embargo se rehúsan a ver en la Unión Soviética un Estado obrero, y ello por dos razones, una de carácter económico y otra de carácter político. “Durante el año pasado, escriben, la burocracia se ha colocado definitivamente en el camino de la destrucción de la economía planificada y nacionalizada” (¿No hace más que “colocarse en el camino de”?) Observamos más lejos que el curso del desarrollo “lleva a la burocracia a enfrentarse sin cesar ya, y cada vez más profundamente a las necesidades y a los intereses de la economía nacionalizada” (¿no hace todavía más que “llevarla”?)

Las contradicciones entre la burocracia y la economía se observaban ya antes, pero durante el año pasado “los actos de la burocracia sabotean activamente el plan y arruinan el monopolio del Estado” (¿“arruinan” solamente? ¿por lo tanto todavía no lo han destruido?)

Como dijimos, el segundo argumento tiene un carácter político. “El concepto de dictadura del proletariado no constituye una categoría esencialmente económica sino, en primer lugar, predominantemente política (...) Todas las formas, todos los organismos, todas las instituciones del Estado de clase del proletariado están hoy destruidas y ello significa que el Estado de clase del proletariado está destruido.” Este segundo argumento, considerado aisladamente, parece sorprendente, después de escuchar acerca de los desarrollos sobre las “formas diversas” de régimen proletario. Por supuesto la dictadura del proletariado es, no sólo “esencialmente” sino total y enteramente,

una “categoría política”. Sin embargo, la política en sí misma no es sino economía concentrada. La dominación de la socialdemocracia en el Estado y los soviets (en Alemania en 1918-1919) no tenía nada en común con la dictadura del proletariado en la medida en que dejaba intacta la propiedad burguesa. En cambio, un régimen que conserva la propiedad expropiada y nacionalizada contra el imperialismo es, por ello, independientemente de las formas políticas, la dictadura del proletariado.

Burnham y Carter “en general” lo admiten. Es por ello que combinan un argumento económico y uno político. La burocracia, afirman, no solamente ha expropiado definitivamente al proletariado del poder político, sino que también han colocado a la economía en un callejón sin salida. Si en el período previo la burocracia, a pesar de sus rasgos reaccionarios, ha jugado un papel relativamente progresivo, durante el último período, por el contrario, se ha transformado definitivamente en un factor reaccionario. Este razonamiento comporta un núcleo sano que corresponde plenamente a todas las apreciaciones y todos los pronósticos de la Cuarta Internacional. Más de una vez hemos recordado que el “despotismo ilustrado” había jugado un papel progresista en el desarrollo de la burguesía para transformarse luego en un freno a este desarrollo. Una revolución, como sabemos, resolvió el conflicto. El “despotismo ilustrado”, hemos escrito, puede jugar un papel progresivo en la formación de la economía socialista en un período de tiempo infinitamente más corto. Este pronóstico se confirma claramente ante nuestros ojos. Engañada por sus propios éxitos, la burocracia esperaba obtener sin cesar un coeficiente más grande de desarrollo económico. Sin embargo, se encaminaba a una profunda crisis de la economía que constituye una de las fuentes de su actual pánico y de la represión desencadenada. ¿Significa esto que en la URSS las fuerzas productivas han dejado de crecer? No podemos avanzar en semejante afirmación. Las posibilidades creadoras de la economía nacionalizada son tan grandes que las fuerzas productivas, a pesar del freno burocrático, todavía son capaces de desarrollarse durante numerosos años, pero a un ritmo de progresión mucho más moderado que hasta ahora. Hoy es casi imposible avanzar en un pronóstico preciso a este respecto. En todo caso la crisis *política* que desgarró a la burocracia en pedazos en este momento es mucho más peligrosa para ella que la perspectiva de un alto en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo, para simplificar la cuestión podemos admitir que la burocracia se ha convertido hoy en un freno absoluto al desarrollo económico. ¿Significa este hecho por sí mismo que la naturaleza de clase de la URSS ha cambiado o que la URSS está privada de toda naturaleza de clase? Aquí reside, a mi entender, el error principal de nuestros camaradas.

La sociedad burguesa ha desarrollado las fuerzas productivas hasta la primera guerra mundial. No es sino durante el último cuarto de siglo que la burguesía se ha convertido en un freno absoluto a su desarrollo. ¿Significa esto, por tanto, que la sociedad burguesa ha dejado de ser burguesa? No. Eso solamente significa que se ha convertido en una sociedad burguesa en *putrefacción*. En toda una serie de países el mantenimiento de la propiedad privada sólo ha sido posible a través de la instauración de un régimen fascista. En otras palabras, la burguesía se ha privado de todas las formas y de todos los medios de dominación política directa y debe usar un intermediario. ¿Significa esto que, por tanto, el Estado ha dejado de ser burgués? En la medida en que el fascismo protege por sus bárbaros métodos la propiedad privada de los medios de producción, el Estado, bajo el fascismo, permanece burgués.

De ninguna manera queremos dar a nuestra analogía un significado exhaustivo. Pero muestra, sin embargo, que la concentración del poder en las manos de la burocracia y ralentización del desarrollo de las fuerzas productivas no cambian por sí mismas la naturaleza de clase de la sociedad y de su Estado. Sólo la intervención de la violencia revolucionaria o contrarrevolucionaria en el terreno de las relaciones de propiedad puede modificar esta naturaleza.¹⁵¹

Pero, ¿la historia no conoce casos de oposición entre el Estado y la economía? ¡Sí! Cuando el “tercer estado” se apoderó del poder, la sociedad permaneció feudal todavía algunos años. Durante los primeros meses del régimen soviético el proletariado dirigía una economía burguesa. En el campo de la agricultura la dictadura del proletariado se ha apoyado durante varios años, y en cierta medida se apoya todavía en una economía pequeñoburguesa. En caso de triunfo de la contrarrevolución burguesa en la URSS el nuevo gobierno debería apoyarse durante un largo período sobre la economía nacionalizada. Pero ¿qué significa una contradicción temporal de esta naturaleza entre el Estado y la economía? Significa la *revolución* o la *contrarrevolución*.

La victoria que una clase consigue sobre la otra lleva, precisamente, a reconstruir la economía en el sentido de los intereses del vencedor. Pero una situación tal de dicotomía que constituye un momento necesario en toda revolución social no tiene nada en común con la teoría del Estado sin clases que, a falta de un verdadero patrón, es explotado por un empleado, es decir, el burócrata.

LA NORMA Y EL HECHO

Lo que impide a numerosos camaradas tener una apreciación sociológica correcta de la URSS es que un acercamiento subjetivo y “normativo” al problema sustituye un acercamiento objetivo y dialéctico. Burnham y Carter dicen también -y no sin razón- que no se puede considerar a la Unión Soviética como un Estado obrero “en el sentido tradicional dado por el marxismo a este término”. Ello simplemente significa que la URSS no responde a las normas del Estado obrero tal como las establece nuestro programa. En este punto no puede haber desacuerdo. Nuestro programa se basa en un desarrollo progresivo del Estado obrero y por ello mismo sobre su desaparición gradual. La historia, que no siempre actúa de acuerdo a un programa, nos ha confrontado a un proceso de degeneración del Estado obrero. Sin embargo, ¿ello significa que el Estado obrero que entra en contradicción con las exigencias de nuestro programa ha dejado por ello de ser un Estado obrero? Un hígado enfermo por la malaria no corresponde a un tipo normal de hígado. Pero no deja, por ello, de ser un hígado. La anatomía y la fisiología no son suficientes para comprender su naturaleza. Es preciso añadir la patología. Por supuesto es mucho más fácil decir a la vista de un hígado enfermo “este objeto no es de mi agrado” y volverle la espalda. Sin embargo un médico no puede permitirse un lujo semejante. Debe descubrir en las condiciones de la misma enfermedad y en la deformación del órgano suscitada por esta enfermedad los medios terapéuticos de la curación (la “reforma”) o de la intervención quirúrgica (la “revolución”). Pero para ser capaz de hacerlo antes que nada debe comprender con toda claridad que el órgano deformado es un hígado enfermo y no cualquier otra cosa.

Pero tomemos una comparación más próxima: comparemos el Estado obrero y el sindicato. Desde el punto de vista de nuestro programa el sindicato

debe ser una organización de lucha de clases. ¿Qué actitud tomar respecto a la American Federation of Labor (AFL)? Sus dirigentes son notorios agentes de la burguesía. Sobre todas las cuestiones fundamentales, los señores Green, Woll y compañía llevan una política directamente opuesta a los intereses del proletariado. Se puede llevar la analogía más lejos y declarar que si, antes de la formación de la CIO, la AFL llevaba a cabo hasta cierto punto un trabajo progresivo, hoy, cuando la actividad esencial de la AFL consiste en luchar contra las tendencias progresistas (o menos reaccionarias) de la CIO, el aparato de Green se ha convertido definitivamente en un factor reaccionario. Esto puede ser perfectamente correcto. Pero de ello no se deduce de ninguna manera que la AFL deje de ser una organización sindical.

El carácter de clase del Estado se define por su relación con las formas de propiedad de los medios de producción. Lo que define una organización obrera como sindicato está determinado por su relación con el reparto de la renta nacional. El hecho de que Green y Cía. defiendan la propiedad privada de los medios de producción los define como burgueses. Si además estos señores defendiesen los beneficios de la burguesía contra todos los atentados por parte de los trabajadores, es decir si luchasen contra las huelgas, contra los aumentos de salarios, contra las ayudas a los desocupados, tendríamos entonces una organización amarilla y no un sindicato. Sin embargo, para no romper con su base, Green y Cía. están obligados, dentro de ciertos límites, a dirigir el combate de los trabajadores por el aumento de salarios o al menos contra la disminución de la parte que les está reservada en la renta nacional. Este síntoma objetivo es suficiente para permitirnos trazar en todas las ocasiones importantes una línea de demarcación entre los sindicatos más reaccionarios y las organizaciones amarillas. Por lo mismo estamos obligados a no solamente combatir dentro de la AFL sino incluso defenderla contra los amarillos, el Ku-Klux- Klan, etc.

La función de Stalin, como la de Green, tiene un carácter doble. Stalin sirve a la burocracia y por ello a la burguesía mundial, pero no puede servir a la burocracia sin defender la base social que la burocracia explota en su propio interés. En esta medida Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra el imperialismo y contra las capas demasiado impacientes y codiciosas de la burocracia. Sin embargo él realiza esta defensa por métodos que preparan la destrucción general de la sociedad soviética. Es por ello que es preciso derrocar la camarilla stalinista. Pero es el proletariado revolucionario quien debe

derribarla. No puede confiar esta tarea a los imperialistas. El proletariado defiende a la URSS contra los ataques imperialistas, a pesar de Stalin.

El desarrollo histórico nos ha acostumbrado a tener delante nuestro los sindicatos más diversos: sindicatos combativos, reformistas, revolucionarios, reaccionarios, liberales y católicos. Esto es distinto en un Estado obrero. Es la primera vez que asistimos a una experiencia parecida. De aquí la tendencia a mirar a la URSS exclusivamente bajo el ángulo de las *normas* del programa revolucionario. Al mismo tiempo el Estado obrero es un *hecho* histórico objetivo que está sometido a la acción de distintas fuerzas históricas que entran en total contradicción con las normas “tradicionales”.

Los camaradas Burnham y Carter están completamente en lo correcto en decir que Stalin y Cía. sirven a la burguesía internacional por su política. Pero se debe colocar esta idea en condiciones determinadas de tiempo y lugar. Hitler también sirve a la burguesía. Sin embargo hay una diferencia entre las funciones de Stalin y las de Hitler. Este último defiende las formas burguesas de la propiedad. Stalin adapta los intereses de la burocracia a las formas de propiedad proletarias. El mismo Stalin en España, es decir sobre el terreno del régimen burgués, lleva a cabo la función de Hitler (en el dominio de los métodos políticos en general se diferencian poco el uno del otro). La comparación de los diferentes roles sociales del mismo Stalin en la URSS y en España nos muestra bastante bien que la burocracia no constituye una clase independiente sino un instrumento de las clases; y que a la vez es imposible definir la naturaleza social del estado por la virtud o vileza de la burocracia.

La afirmación de que la burocracia de un Estado obrero tiene un carácter burgués no sólo debe parecer incomprensible, sino simplemente sin sentido a la gente de espíritu formalista.

Sin embargo, no ha existido nunca ni existe un Estado químicamente puro. La monarquía prusiana semi-feudal ha cumplido las más importantes tareas políticas de la burguesía, pero las ha cumplido a su manera, es decir con un estilo feudal y no jacobino. Hoy observamos en el Japón una relación análoga entre el carácter burgués del Estado y el carácter semi-feudal de la casta dirigente. Todo ello no impide que establezcamos una distinción lo bastante clara entre la sociedad feudal y la sociedad burguesa. Se puede objetar, es verdad, que es infinitamente más fácil la colaboración entre las fuerzas feudales y burguesas que la colaboración de las fuerzas burguesas y proletarias. Pues en

el primer caso se trata de dos formas de la explotación de clase. Esto es completamente correcto pero el Estado obrero no crea una nueva sociedad en un solo día.

Marx escribía que en el primer período de su existencia las normas *burguesas* de reparto subsisten en el seno del Estado obrero (sobre esto véase *La Revolución Traicionada* en el apartado “El socialismo y el estado”, página 53). Es preciso meditar esta idea, hasta el final. El mismo Estado obrero, en tanto que *Estado*, es necesario precisamente porque en él permanecen vigentes las normas burguesas de reparto. Esto significa que la burocracia, incluso la más revolucionaria, representa hasta cierto punto en el Estado obrero un organismo burgués.

Evidentemente, lo que tiene un sentido decisivo es el *grado* de este carácter burgués y la tendencia general del desarrollo. Si el Estado obrero se desburocratiza y se reduce progresivamente a la nada, el desarrollo va pues en la dirección del socialismo. Si, por el contrario, la burocracia se hace cada vez más potente, autoritaria, privilegiada y conservadora es porque las tendencias burguesas en el Estado obrero se desarrollan en detrimento de las tendencias socialistas; en otros términos, la contradicción interna que existe *hasta cierto grado* en el Estado obrero desde los primeros días de su constitución no disminuye como lo exige la “norma” sino que crece. Por cuanto, a pesar del largo tiempo transcurrido, esta contradicción no ha pasado del terreno de la distribución al de la producción y no ha hecho explotar la propiedad nacionalizada y la economía planificada, el Estado permanece obrero.

Hace quince años Lenin decía: “Tenemos un Estado obrero pero con deformaciones burocráticas.” Entonces las deformaciones burocráticas constituían la herencia directa del régimen burgués y, en este sentido, parecían un simple residuo del pasado. Sin embargo, bajo la influencia de condiciones históricas desfavorables, el “residuo” burocrático se ha visto alimentado por nuevas fuentes y se ha transformado en un enorme factor histórico. Precisamente por ello hoy hablamos de la *degeneración* del Estado obrero. Esta degeneración, como lo muestra la actual bacanal de terror bonapartista, se acerca al punto crítico. Lo que no era más que una “deformación burocrática” se prepara hoy para devorar el Estado obrero sin dejar una migaja y levantar, sobre las ruinas de la propiedad nacionalizada, una nueva clase poseedora. Se aproxima considerablemente una posibilidad así, pero no es todavía más que

una posibilidad, y no estamos dispuestos a inclinarnos ante ella antes de tiempo.

La URSS como Estado obrero no se corresponde con la norma “tradicional”. Ello no significa que no sea un Estado obrero. Pero tampoco significa que la norma se haya demostrado falsa. La “norma” está definida en función de la victoria del proletariado internacional. La URSS no es más que una expresión parcial y mutilada del Estado obrero, retrasado y aislado.

Una forma de pensar “puramente” normativa, idealista y ultimatista quiere construir el mundo a su imagen y deshacerse simplemente de los fenómenos que le disgustan. Sólo los sectarios, es decir, la gente que es revolucionaria sólo en su propia imaginación, se dejan guiar por normas idealistas vacías. Dicen: estos sindicatos no nos gustan, no nos uniremos a ellos; este estado obrero no es de nuestro agrado, no lo defenderemos. Cada vez prometen volver a empezar la historia desde cero. Edificarán, eso sí, un Estado obrero cuando el buen Dios les ponga entre las manos un partido ideal y sindicatos ideales. Esperando este feliz momento lloriquean frente a la realidad. Una vigorosa mueca es la más alta expresión del “revolucionarismo” sectario.

Un modo de pensar puramente histórico, reformista, menchevique, pasivo, conservador, se ocupa, según la expresión de Marx, en justificar la podredumbre de hoy por la podredumbre de ayer. Los representantes de este tipo de pensamiento entran en las organizaciones de masas para disolverse en su seno. Los despreciables “amigos” de la URSS se adaptan a las bajezas de la burocracia, invocando las condiciones históricas.

En oposición a estos dos tipos de pensamiento el modo de pensar dialéctico, marxista, bolchevique, comprende los fenómenos en su desarrollo objetivo y al mismo tiempo encuentra en las contradicciones internas de este desarrollo la base que le permite realizar sus “normas”. Es por supuesto necesario no olvidar, haciendo esto, que sólo se puede esperar que se realicen las normas programáticas si representan la expresión generalizada de las tendencias progresivas del mismo “proceso *histórico* objetivo”.

Se puede dar, aproximadamente, la siguiente definición programática del sindicato: organización de trabajadores de una corporación o de una industria que tiene por objetivo: 1) luchar contra el capitalismo para mejorar la situación de los trabajadores; 2) participar en la lucha revolucionaria por derrocar a la burguesía; 3) participar en la organización de la economía sobre fundamentos

socialistas. Si comparamos esta definición “normativa” y la realidad efectiva, parecería que estuviésemos obligados a afirmar: no existe un solo sindicato en el mundo. Pero semejante manera de oponer las normas y el hecho, es decir, la expresión *generalizada* del desarrollo a una manifestación *particular* de este mismo desarrollo, una oposición formal semejante, ultimata y no dialéctica entre el programa y la realidad está totalmente sin vida y no abre ninguna vía de intervención a un partido revolucionario. Al mismo tiempo los actuales sindicatos oportunistas *pueden*, bajo el impacto de la decadencia del capitalismo -y si llevamos una política correcta en ellos *deben*- acercarse a nuestras normas programáticas y jugar un papel histórico progresivo. Esto supone, está claro, un cambio completo de dirección. Es necesario que los trabajadores de Estados Unidos, de Francia, de Inglaterra echen a Green, Citrine, Jouhaux y Cía. Es necesario que los trabajadores soviéticos echen a Stalin y Cía. Si el proletariado echa *a tiempo* a la burocracia soviética, al día siguiente de su victoria encontrará los medios de producción nacionalizados y los elementos esenciales de la economía planificada. Esto significa que no tendrá que volver a empezar de cero. ¡Enorme ventaja! Sólo señoritos radicales habituados a saltar despreocupadamente de rama en rama pueden rechazar a la ligera una posibilidad parecida. La revolución socialista es una tarea demasiado grandiosa y difícil para que se puedan rechazar a la ligera de un manotazo sus inestimables conquistas materiales y volver a empezar de cero.

Es excelente que los camaradas Burnham y Carter, a diferencia de nuestro camarada francés Craipeau y otros, no olviden el factor que constituyen las fuerzas productivas y no rechacen defender la Unión Soviética. Pero ésta es una posición totalmente insuficiente. ¿Y si la dirección criminal de la burocracia detiene el desarrollo de la economía? ¿En este caso, los camaradas Burnham y Carter, dejarán al imperialismo destruir las bases sociales de la URSS? Estamos seguros de que no. Sin embargo, su definición no marxista de la URSS caracterizada como un Estado no-obrero y no-burgués, abre la puerta a *todo tipo* de deducciones. Es por eso que su definición debe ser categóricamente rechazada.

CLASE DIRIGENTE Y AL MISMO TIEMPO OPRIMIDA

“¿Cómo podría no indignarse nuestra conciencia política, dicen los ultraizquierdistas, cuando se nos quiere forzar a creer que en la URSS, bajo el régimen de Stalin, el proletariado es la clase dirigente?” Bajo una forma tan abstracta, semejante afirmación es, efectivamente, susceptible de provocar la indignación. Pero el problema es que las categorías abstractas, necesarias en el proceso de análisis, no convienen totalmente para la síntesis que exige el mayor carácter concreto posible. El proletariado de la URSS constituye la clase dirigente en un país *atrasado* donde los bienes materiales de primera necesidad son producidos en cantidad insuficiente. El proletariado de la URSS domina en un país que no representa más que la doceava parte de la humanidad; el imperialismo domina las otras once doceavas partes. La dominación del proletariado, ya deformada por el atraso y la pobreza del país, está todavía dos o tres veces más deformada por la presión del imperialismo mundial. El órgano de dominación del proletariado -el Estado- se convierte así en órgano de la presión del imperialismo (la diplomacia, el ejército, el comercio exterior, las ideas y las costumbres). A escala histórica la lucha por la dominación no se desarrolla entre proletariado y burocracia sino entre el proletariado y la burguesía mundial. En esta lucha la burocracia no es más que un mecanismo de transmisión. La lucha no ha terminado. A pesar de todos los esfuerzos que la camarilla moscovita desarrolla para demostrar que representa una fuerza conservadora confiable (la política contrarrevolucionaria de Stalin en España) el imperialismo mundial no le da su confianza a Stalin; no le ahorra los más humillantes latigazos y está dispuesto a derribarlo a la primera ocasión favorable. Hitler -aquí está su fuerza- no hace más que expresar de la forma más consecuente y más franca la relación que liga a la burguesía mundial y a la burocracia soviética. La burguesía, sea fascista o democrática, no puede satisfacerse con las aisladas hazañas contrarrevolucionarias de Stalin; tiene necesidad de la contrarrevolución completa en las relaciones de propiedad y de la apertura del mercado ruso. En tanto no consiga esto considera al Estado soviético como un enemigo. Y tiene razón.

En los países coloniales y semicoloniales el régimen interior tiene un carácter principalmente burgués. Pero la presión del imperialismo extranjero cambia y altera de tal forma la estructura económica y política de estos países que la burguesía nacional (incluso en los países políticamente independientes de América del Sur), no llega, más que parcialmente, a la situación de clase dirigente. La presión del imperialismo sobre los países atrasados no cambia, en

verdad, su carácter social *fundamental*, ya que opresor y oprimido representan sólo dos niveles diferentes del desarrollo de una misma y sola sociedad burguesa. Sin embargo, la diferencia entre Inglaterra y la India, el Japón y China, los Estados Unidos y México es tan grande que establecemos una rigurosa distinción entre los países burgueses opresores y oprimidos y consideramos nuestro deber sostener a los segundos contra los primeros. La burguesía de los países coloniales y semicoloniales representa una clase medio dirigente y medio oprimida.

La presión del imperialismo sobre la Unión Soviética busca modificar la misma naturaleza de la sociedad soviética. Esta lucha -hoy pacífica, mañana militar- atañe a las formas de propiedad. En tanto que mecanismo de transmisión de esta lucha, la burocracia se apoya bien en el proletariado contra el imperialismo, bien en el imperialismo contra el proletariado para aumentar su propia fuerza. Al mismo tiempo explota despiadadamente su papel de distribuidor de los magros bienes materiales para garantizar su propia prosperidad y su poder. Por lo mismo la dominación del proletariado tiene un carácter limitado, falseado, deformado. Está plenamente fundamentado decir que el proletariado *dominante* en un solo país atrasado y aislado, todavía sigue siendo una clase *explotada*. El imperialismo mundial es la fuente de la opresión; la burocracia es el mecanismo de transmisión de esta opresión. Si hay una contradicción entre los términos “clase dirigente y oprimida” esta contradicción no surge de los errores en el pensamiento, sino de una contradicción en la misma situación de la URSS. Es precisamente por ello que rechazamos la teoría del socialismo en un solo país.

Reconocer en la URSS un Estado obrero -no el modelo de este Estado sino una deformación del modelo- en absoluto significa que se le conceda a la burocracia soviética una amnistía teórica y política; al contrario, su carácter reaccionario aparece plenamente a la luz de la contradicción entre su política antiproletaria y las exigencias del Estado obrero. Sólo una manera tal de plantear el problema da su verdadera fuerza motriz a nuestra actividad dirigida a desenmascarar los crímenes de la camarilla stalinista. Defender la URSS no solamente es luchar sin reserva contra el imperialismo sino también preparar el derrocamiento de la burocracia bonapartista.

La experiencia de la URSS muestra lo grandioso de las posibilidades que el Estado obrero contiene, y el vigor de su capacidad de resistencia. Pero esta

experiencia demuestra también la potencia de la presión ejercida por el capitalismo y por su agencia burocrática, la dificultad que encuentra el proletariado en llegar a su emancipación total y cuán necesaria es la tarea de educar y temprar a la nueva Internacional en el espíritu de una lucha revolucionaria implacable.

Coyoacán, D.F., 25 de noviembre de 1937

ANEXO

***MANIFIESTO DE LA CUARTA
INTERNACIONAL SOBRE LA GUERRA
IMPERIALISTA Y LA REVOLUCIÓN
PROLETARIA MUNDIAL***

Introducción

El “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial” que presentamos al lector, fue elaborado en la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, realizada desde el 19 al 26 de mayo de 1940, en Nueva York.

Ya Trotsky en 1939 sostenía que: *“Si la revolución española hubiera resultado victoriosa, habría dado un poderoso impulso al movimiento revolucionario en Francia y otros países de Europa. En este caso, habría sido posible esperar con confianza que un victorioso movimiento socialista se anticipase a la guerra imperialista, haciéndola inútil e imposible. Pero el proletariado socialista de España fue estrangulado por la coalición Stalin-Azaña-Caballero-Negrin-García Oliver, aún antes de que fuera aplastada por las bandas de Franco. La derrota de la revolución española pospuso la perspectiva revolucionaria y puso a la orden del día la guerra imperialista”* (“Sólo la revolución puede terminar con la guerra”). La derrota del proletariado europeo (de la revolución española y francesa, y con el proletariado alemán aplastado por la bota de Hitler) marcaba el inicio de la Segunda Guerra Interimperialista. La camarilla de Stalin, aterrorizada, se aliaba con Hitler.

En marzo de 1939, el XVIII Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) votó proponerle un pacto de no agresión al imperialismo alemán. Hitler, que entonces preparaba la invasión a Francia, aceptó gustoso un acuerdo que le aseguraría la retaguardia y aprovisionamiento, y en agosto se firmó el pacto Molotov-Ribbentrop.

Hitler, como correctamente denunciaba la Cuarta Internacional, firmó dicho pacto con la burocracia stalinista porque necesitaba del trigo de Ucrania para abastecer sus ejércitos y así marchar sobre Occidente para tomar Francia - como lo hizo- y toda Europa. Por su parte, la burocracia stalinista, como casta usurpadora del poder de la clase obrera en la URSS, quería seguir administrando el Estado obrero, la fuente de sus privilegios. Temerosa de perderlos ante una invasión alemana y consciente de su impotencia como casta parasitaria, firmó entonces dicho pacto. El ejército alemán no terminaba de llegar a las puertas de París y ya largaba un ataque furibundo sobre la URSS que, en una semana, dejó el saldo de 500.000 obreros y campesinos asesinados.

Como afirmaba Trotsky, el acuerdo de “no agresión” de Stalin con Hitler significaba “decirle al zorro que no se coma a la gallina”, puesto que la Segunda Guerra Mundial demostraba tener un doble carácter, como correctamente lo había predicho la Cuarta Internacional. Era interimperialista en la medida en que Alemania debía romper el cerco del tratado de Versalles que le habían impuesto los vencedores de la Primera Guerra Mundial, y también en la medida en que Estados Unidos debía salir con su enorme capital financiero a dominar el mundo. Pero a su vez, el objetivo de ambos imperialismos (el fascista y el “democrático”) no era otro que recuperar a la URSS restaurando el capitalismo. Así se armaba teóricamente y se preparaba el trotskismo para centralizar las fuerzas de los internacionalistas frente a la segunda carnicería mundial, a la que la decadencia del imperialismo empujaba a la civilización entera.

Mientras Hitler continuaba invadiendo la URSS, Stalin se sentaba en la mesa con Churchill y Roosevelt a formar el nuevo comando “democrático” de la contrarrevolución mundial. Éstas eran las condiciones internacionales en las que la KGB complotaba y preparaba los golpes contrarrevolucionarios contra los militantes trotskistas y en particular contra el camarada Trotsky. Es que la Cuarta Internacional enfrentaba la cobarde política del stalinismo también en la guerra misma.

El asesinato de Trotsky persiguió el objetivo de dispersar las filas de la Cuarta Internacional y poner en pie ese “frente democrático” entre la burocracia soviética y los imperialismos “democráticos” de Churchill y Roosevelt, que al finalizar la guerra con la derrota alemana le garantizara la propiedad de conjunto al imperialismo y al capitalismo mundial. Y sobre todo, que le permitiera a este bloque, predecesor y fundador de la ONU actual, realizar la restauración del capitalismo en la URSS a la salida de la guerra.

No todo les salió según sus planes. La guerra resultó ser nuevamente partera de revoluciones y, aún todos juntos, no pudieron impedir la expropiación de la burguesía en un tercio del planeta.

Si la burocracia stalinista no le entregó las llaves de Moscú al imperialismo “democrático” -como lo hicieran Yeltsin y Gorbachov en los '80; si Churchill y Roosevelt no pudieron llegar, comandando a los mismos generales alemanes que se rindieron luego de la caída de Hitler en Alemania, o sea si el comando de los imperialismos “democráticos” esta vez con Mc Arthur a la cabeza no pudo llegar a tomar la URSS, fue por la heroica resistencia de las masas. El

proletariado soviético, de Europa del Este y de Occidente dejó más de 20 millones de muertos para aplastar al fascismo, y algunos millones más para derrotar a las fuerzas asesinas japonesas y de Chiang Kai-Shek en China y hacer huir en desbandada de Asia a las tropas de Mc Arthur tras la guerra de Corea en 1952, que la canalla burocracia stalinista-maoísta contuvo en el paralelo 38. De la misma manera, la camarilla stalinista contuvo el avance de las masas de la URSS y del este europeo en las puertas de Berlín, justamente para no expropiar al imperialismo alemán y que no triunfara la revolución en ese país. El pacto de Yalta y Postdam le dio a la burocracia stalinista el rol de controlar la revolución proletaria en Oriente desde Alemania del Este hasta Moscú y de desarmar al proletariado italiano, griego, francés, etc. para impedir el triunfo de la revolución socialista en la Europa imperialista de Occidente.

Nada más justo que el pronóstico y el programa de la Cuarta Internacional con el que se preparó al proletariado mundial frente a la guerra a mediados del siglo XX. Trotsky en persona, en la conferencia de la Cuarta Internacional, ajustó e intervino de forma decisiva en la declaración de dicha conferencia: el “Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial”. De estas lecciones y programa reniegan hoy todos los ex trotskistas, negándose a preparar de esta forma a las nuevas generaciones del proletariado para las próximas guerras, revoluciones y contrarrevoluciones que preparará el siglo XXI en condiciones aún más agudas.

En 1940 el programa de la Cuarta Internacional afirmaba: ¡Ningún apoyo a los imperialismos “democráticos” ni de Roosevelt ni de Churchill, ni mucho menos a las pandillas imperialistas francesas, aliadas unas a Hitler y otras a Churchill! Porque si éstas ganan la guerra con sus aliados angloyanquis masacrarán en el mundo peor o igual que el fascismo. Estas afirmaciones mantienen hoy una enorme vigencia y enfrentan abiertamente a todas las direcciones serviles de las “caras democráticas” de los carniceros imperialistas.

¡Cuánta razón y justeza encierra el programa y el legado de la Cuarta Internacional! Ya en la posguerra vimos a los asesinos de las pandillas imperialistas “democráticas” francesas masacrar a un millón de obreros y campesinos en la revolución que sacudiera a Argelia en los ‘50, y dando cursos y lecciones de tortura a todos los ejércitos contrarrevolucionarios del planeta.

Ni hablar de las masacres y genocidios cometidos en los últimos 70 años por el imperialismo angloyanqui, el vencedor “democrático” de la Segunda Guerra Mundial, cuyo resultado se terminó de definir en el ‘89. Allí la burocracia

stalinista, una vez que fue derrotado y sacado de escena el proletariado en Occidente, entregó los Estados obreros y se pasó con armas y bagajes al capitalismo.

Así Estados Unidos, imponiendo la restauración capitalista, termina por erigirse como el vencedor de la guerra. Esta vez su mercado interno ya es el mundo entero, y lo domina con la teoría de Hitler y de los generales nazis de “civilización o barbarie”, donde ellos son la “civilización” que deben masacrar, contener y dominar a los pueblos “bárbaros” y oprimidos con centenares de bases militares en todo el mundo, organizadas y centralizadas con 5 comandos militares en todo el planeta.

¡Qué certeros los pronósticos de Trotsky y la Cuarta Internacional! Del “frente imperialista democrático” surgieron los generales “nazis” de Obama y Wall Street para masacrar y controlar el mundo.

Durante la guerra imperialista la Cuarta Internacional luchaba por la defensa de la URSS invadida por Hitler. Pero afirmaba que esa defensa pasaba por organizar células revolucionarias en la base del ejército alemán para que los obreros dieran vuelta el fusil en la Francia ocupada y en el frente de batalla de Stalingrado, para apuntar contra Hitler y su pandilla imperialista.

La Cuarta Internacional afirmaba que mientras se combatía al fascismo, como lo hacían millones de obreros y campesinos rojos, se conquistaban las mejores condiciones para derrotar a Stalin, que era el gran impedimento para que sea el proletariado quien gane la guerra y no las pandillas imperialistas. Por esa vía se defendía la URSS. El grito de guerra de los trotskistas era: “¡Para defender la URSS hay que derrotar a la pandilla contrarrevolucionaria de Stalin, que se apresta a entregar el estado obrero al imperialismo “democrático” de Churchill y Roosevelt!”

Todo obrero con conciencia de clase podrá ver que más allá de los ritmos, este proceso de entrega de la URSS a Roosevelt, Reagan, Churchill y Thatcher se dio apenas 40 años después. La tardanza fue gracias a la heroicidad del proletariado mundial y sus procesos de revoluciones en Occidente que lo impidieron, y no por la “defensa de la URSS” que hicieron las pandillas stalinistas, liquidando y abortando la revolución socialista mundial.

Para el trotskismo y la Cuarta Internacional el triunfo de la revolución política contra la burocracia stalinista era la única garantía de poner a la URSS como bastión de la revolución europea durante y después de la guerra.

“¡Pero esto no se dio!”, chillan los revisionistas. Sin embargo, si esto no se dio no fue por la valentía del stalinismo, al que ellos sirven, sino por la heroicidad de las masas y porque no triunfó la revolución política ni durante ni a la salida de la guerra. No olvidemos que todos los renegados del trotskismo en Europa, bajo las órdenes del pablismo, ya habían colocado dentro de los Partidos Comunistas a la Cuarta Internacional. ¿Cómo iba a encabezar el trotskismo los procesos de revolución política, si estaba dentro de los Partidos Comunistas?

Porque no triunfaron las revoluciones políticas que sacudieron a los Estados obreros en toda la posguerra (revoluciones que fueron traicionadas abiertamente por los liquidadores de la Cuarta Internacional), es que los triunfos tácticos del proletariado mundial devinieron en derrotas estratégicas en 1989.

Pablistas, mandelistas, morenistas, healistas, lambertistas, han revisado el programa, la teoría y la estrategia con los que la Cuarta Internacional preparó al proletariado mundial para la guerra y para todo el período de la posguerra, para jugar un rol central y decisivo en el período histórico que se abría.

El morenismo y el pablismo afirmaban, como así también lo hacían las secciones nacionales de la Cuarta Internacional abandonadas a su suerte durante la guerra en Europa, que ésta había sido una “guerra de regímenes” entre “democracia y fascismo”.

Los oportunistas del trotskismo de Yalta se creyeron la novela del imperialismo “democrático” de Roosevelt y sus sucesores. Se creyeron el verso del desembarco en Normandía de las tropas del imperialismo “democrático”, es decir la invasión a Europa que éstos hicieron “para liberarla del fascismo” recién en 1945, dejando que las tropas alemanas desgastaran, masacraran y devastaran a la Unión Soviética. Como lo afirman todos los archivos hoy desclasificados del Pentágono, la política yanqui era que Alemania aplaste a la URSS, pero que no gane la guerra. Esto lo expresaba cínicamente Truman, que afirmaba que *“Alemania debe destruir lo suficientemente a Rusia como para que nos permita a nosotros quedarnos con ella sin resistencia, pero no puede derrotarla más allá de la cuenta y ganar la guerra”*. Es que si lo hacía, Alemania se quedaba con un nuevo mercado y abría con Estados Unidos una disputa por el mundo. Así, el imperialismo “democrático” se preparaba para quedarse con el botín del Estado obrero. En su estrategia, el fascismo de Hitler era un componente

decisivo y clave para quedarse con la URSS, junto al sometimiento del stalinismo al frente de los aliados con Churchill y Roosevelt.

¡Cuánta verdad encerraba, como síntesis del bolchevismo, la estrategia y el combate de la Cuarta Internacional frente a la guerra!

Y esto no es música del pasado. Ayer vimos a toda la izquierda mundial ponerse a los pies de Obama y sostener a los gobiernos bolivarianos “democráticos”, como los frentes populares de Bolivia, Brasil, etc. ¡Cuánta actualidad la de estas lecciones revolucionarias! Ahí está en la historia el frente popular “democrático” del imperialismo francés. Luego de estrangular la revolución del ‘36 en Francia, cuando las tropas de Hitler llegaban a las puertas de París en el ‘38, el imperialismo francés, con León Blum a la cabeza, va a buscar al general Petain, que es nombrado por el parlamento como el “salvador de Francia” para que la “defienda” de Hitler.

Ese “salvador” Petain, el general del frente popular, fue el que le entregó las llaves de París a Hitler y se asoció con el ocupante para hacer buenos negocios, demostrando que el capitalismo no tiene fronteras sino negocios comunes y/o guerras por el botín cuando las necesitan.

Cualquier similitud con el socialista Allende no es mera casualidad. Allende nombró a Pinochet como comandante en jefe de las fuerzas armadas en Chile en el ‘73, para que luego éste aplaste a los cordones industriales con un golpe contrarrevolucionario. Cualquiera parecido con el pacto de Morales y la Media Luna fascista para mantener el poder de la Rosca -que fue enfrentado por la revolución del 2003/2005 en Bolivia-, tampoco es pura casualidad.

La estrategia burguesa de Clinton y Obama, sosteniendo con una mano a los golpistas en Honduras y con la otra al depuesto presidente Zelaya recorriendo Centroamérica, para luego legitimar con elecciones al régimen golpista, no fue inventada por los estrategas del pentágono en el año 2010.

En nombre de la “democracia” y la “libertad” mandaron a Irak a la Edad Media y enviaron tropas “democráticas” para masacrar en Afganistán. No es novedad que en nombre de la “democracia” y la “libertad” hayan aplastado a sangre y fuego la cadena de revoluciones que se desataron en el Norte de África y Medio Oriente, con cruentos golpes militares como en Egipto y con el genocidio más grande del siglo XXI contra los trabajadores y el pueblo sirio, que ya cuenta con 600 mil víctimas, más de 10 millones de refugiados y más de 50 mil presos políticos en verdaderos campos de concentración en Europa. La izquierda mundial que ayer sostuvo a Zelaya en Honduras, es la que ha

sostenido al perro Bashar Al Assad, a Putin, a Erdogan y a los ejércitos del imperialismo, comandados por Obama. Tampoco es novedoso que todas las organizaciones obreras socialimperialistas hayan sostenido al "democrático" Obama, de la mano del "socialista" Sanders.

Años de adaptaciones de los liquidadores de la Cuarta Internacional, de no sacar lecciones revolucionarias de las capitulaciones, las revisiones y de los combates dados, no formaron los cuadros ni el estado mayor que la clase obrera necesitaba y merecía para vencer. Terminaron así transformando a nuestro partido mundial en un apéndice del stalinismo y la socialdemocracia durante Yalta.

En 1989 el imperialismo definió a su favor la relación de fuerzas imponiendo la restauración del capitalismo en los Estados obreros. El stalinismo entregaba la mayor conquista del proletariado mundial, el camino a las masas para los revolucionarios estaba indudablemente cerrado. Comenzaba la noche negra para las masas y a los revolucionarios nos separaban de ellas.

Los renegados del trotskismo lloraban porque las masas derribaban las estatuas de Lenin, lloraban por el atraso de las masas en Medio Oriente y en la URSS y porque no existía un partido trotskista en la Unión Soviética. Cuando en realidad fueron durante años un grupo de presión sobre el stalinismo y la socialdemocracia y durante 70 años se negaron a poner en pie la sección soviética de la Cuarta Internacional. En 1989 cruzaron el Rubicón pues para esconder sus adaptaciones y capitulaciones le echaron la culpa a Trotsky por haber "fallado" en su pronóstico de que la Cuarta Internacional sería de masas a la salida de la guerra. Esto, afirmaban los renegados del trotskismo, fue por culpa del "sectarismo de Trotsky".

El "Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista..." de 1940 alertaba que *"si el régimen burgués sale impune de la guerra todos los partidos revolucionarios degenerarán. Si la revolución proletaria conquista el poder, desaparecerán esas condiciones que provocan la degeneración"*. Y este pronóstico, lamentablemente, se cumplió, pues todos los partidos y grupos, casi sin excepción, degeneraron.

Por ello nos reivindicamos de la Cuarta Internacional de 1938, porque su programa, su teoría y su estrategia fueron correctos, pasaron la prueba de la guerra y de todo el periodo de posguerra, los que hablaban en nombre del trotskismo, no. Parafraseando a Trotsky, los devenidos en centristas cambiaron su rumbo. Y por esta razón, a partir de 1989, cuando termina de definirse a

favor del imperialismo la segunda posguerra, comienza la degeneración definitiva de los centristas. Ellos con un revisionismo desenfrenado en los '90 prepararon su pasaje al campo de la reforma, su transformación en tercera horneada de menchevismo cuando el crac, la revolución y la contrarrevolución marcaban el final del siglo XX; y en los comienzos del siglo XXI terminaron por adaptarse completamente al stalinismo. El revisionismo de la Cuarta Internacional, continuador del menchevismo y el stalinismo, no le ha dejado ningún legado al proletariado mundial. Sólo una trampa que lo somete a la burguesía.

Sin sacar las lecciones revolucionarias de la revolución y las guerras del siglo XX, no se podrán conquistar las condiciones para la victoria del proletariado en el siglo XXI ni mucho menos preparar a los partidos revolucionarios para nuevas guerras que depara el putrefacto sistema imperialista mundial, que a no dudarlo, si no triunfa la revolución proletaria, comenzará en el siglo XXI donde terminó la Segunda Guerra Mundial, con los bombazos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

¡Ay del proletariado mundial -plantea el Manifiesto de la Cuarta Internacional de 1940 ante la guerra- si cree que la anterior fue la última de las guerras!

Carlos Munzer

"Este Manifiesto de la Cuarta Internacional fue adoptado en la Conferencia de Emergencia, en la que diez secciones nacionales estuvieron representadas, que tuvo lugar entre el 19 y el 26 de Mayo, 'en algún lugar del Hemisferio Occidental'. Las noticias y los documentos de dicha Conferencia no fueron publicados hasta que los delegados pudieron volver a sus respectivos países.

Aunque haya pasado más de un mes desde que el Manifiesto fue adoptado -un mes en que ocurrieron acontecimientos ni siquiera soñados por la mayoría del planeta- el Manifiesto pudo con éxito pasar el test de esos acontecimientos, previendo sus grandes rasgos. Por eso, es un estimativo, no meramente de los eventos inmediatos, sino de toda esta época de guerra y revolución.

Un símbolo del futuro es el hecho de que nuestro Manifiesto es el primero en ser

publicado por cualquier organización internacional del movimiento obrero, previendo el carácter de los eventos que estamos presenciando y – más decisivo – va a permanecer siendo el único que provee un programa audaz para que la clase obrera internacional salga de este caos hacia un mundo de paz y socialismo. Este Manifiesto incluye un análisis completo de la situación mundial. Pero es mucho más que eso. Es un llamamiento a la acción para salvar la raza humana de la extinción. ¡Todo trabajador avanzado en el movimiento obrero debe tener la oportunidad de leer este grandioso documento! "

Texto que acompañó la primera publicación del "Manifiesto..."
en el periódico Socialist Appeal del SWP norteamericano.
15 de junio de 1940

Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial

Mayo de 1940

La Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, el partido mundial de la revolución socialista, se reúne en el momento inicial de la Segunda Guerra imperialista. Atrás quedó ya la etapa de intentos de aperturas, de preparativos, de relativa inactividad militar. Alemania desató las furias del infierno en una ofensiva general a la que los aliados están respondiendo igualmente con todas las fuerzas destructivas que disponen. De ahora en adelante y por mucho tiempo el curso de la guerra imperialista y sus consecuencias económicas y políticas determinarán la situación de Europa y la de toda la humanidad.

La Cuarta Internacional considera que éste es el momento de decir abierta y claramente cómo ve esta guerra y a sus participantes, cómo caracteriza la política respecto a la guerra de las distintas organizaciones laborales y, lo más importante, cuál es el camino para lograr la paz, la libertad y la abundancia.

La Cuarta Internacional no se dirige a los gobiernos que arrastraron a los pueblos a la matanza, ni a los políticos burgueses responsables de estos gobiernos, ni a la burocracia sindical que apoya a la burguesía belicista. La Cuarta Internacional se dirige a los trabajadores y las trabajadoras, a los soldados y los marineros, a los campesinos arruinados y a los pueblos coloniales esclavizados. La Cuarta Internacional no tiene ninguna ligazón con los opresores, los explotadores, los imperialistas. Es el partido mundial de los trabajadores, los oprimidos y los explotados. Este manifiesto está dirigido a ellos.

LAS CAUSAS GENERALES DE LA GUERRA ACTUAL

La tecnología es hoy infinitamente más poderosa que a fines de la guerra de 1914 a 1918, mientras que la humanidad es mucho más pobre. Descendió el nivel de vida en un país tras otro. En los umbrales de la guerra actual la

situación de la agricultura era peor que cuando estalló la guerra anterior. Los países agrícolas están arruinados. En los países industriales las clases medias están siendo arruinadas económicamente y se ha formado una subclase permanente de desempleados, los modernos parias. El mercado interno se ha achicado. Se redujo la exportación de capitales. El imperialismo realmente destrozó el mercado mundial, dividiéndolo en sectores dominados individualmente por países poderosos. Con el considerable incremento de la población del planeta, el intercambio comercial de ciento nueve países del mundo decayó casi en una cuarta parte durante la década anterior a la guerra actual. En algunos países el comercio exterior se redujo a la mitad, a la tercera o a la cuarta parte.

Los países coloniales sufren sus propias crisis internas y las de los centros metropolitanos. Naciones atrasadas que ayer todavía eran semilibres hoy están esclavizadas (Abisinia, Albania, China...). Cada país imperialista necesita poseer sus propias fuentes de materias primas sobre todo para la guerra, es decir, para una nueva lucha por las materias primas. A fin de enriquecerse posteriormente, los capitalistas están destruyendo y asolando el producto del trabajo de siglos enteros.

El mundo capitalista decadente está superpoblado. La admisión de cien refugiados extras constituye un problema grave para una potencia mundial como Estados Unidos. En la era de la aviación, el teléfono, el telégrafo, la radio y la televisión, los pasaportes y las visas paralizan el traslado de un país a otro. El período del desgaste del comercio exterior y el declive del interior es al mismo tiempo el de la intensificación monstruosa del chovinismo, especialmente del antisemitismo. El capitalismo, cuando surgió, sacó al pueblo judío del ghetto y lo utilizó como instrumento de su expansión comercial. Hoy la sociedad capitalista en decadencia trata de expulsar por todos sus poros al pueblo judío; ¡entre dos mil millones de personas que habitan el globo, diecisiete millones, es decir menos del uno por ciento, ya no pueden encontrar un lugar en nuestro planeta! Entre las vastas extensiones de tierras y las maravillas de la tecnología, que además de la tierra conquistó los cielos para el hombre, la burguesía logró convertir nuestro planeta en una sucia prisión.

El 1° de noviembre de 1914, a comienzos de la última guerra imperialista, Lenin escribió: *“El imperialismo pone en juego el destino de la cultura europea. Después de esta guerra, si no triunfan unas cuantas revoluciones, vendrán otras guerras; el cuento de hadas de ‘una guerra que acabará con todas las guerras’ es eso,*

un vacío y pernicioso cuento de hadas...” ¡Obreros, recuerden esta predicción! La guerra actual, la Segunda Guerra imperialista, no es un accidente; no es el resultado de la voluntad de tal o cual dictador. Hace mucho se la previó. Su origen deviene inexorable de las contradicciones de los intereses capitalistas internacionales. Al contrario de lo que afirman las fábulas oficiales para engañar al pueblo, la causa principal de la guerra, como de todos los otros males sociales (el desempleo, el alto costo de la vida, el fascismo, la opresión colonial) es la propiedad privada de los medios de producción y el estado burgués que se apoya en este fundamento.

Con el nivel actual de la tecnología y de la capacidad de los obreros es posible crear condiciones adecuadas para el desarrollo material y espiritual de toda la humanidad. Sólo sería necesario organizar correcta, científica y racionalmente la economía de cada país y de todo el planeta, siguiendo un plan general. Sin embargo, mientras las principales fuerzas productivas de la sociedad estén en manos de los trusts, es decir, de camarillas capitalistas aisladas y mientras el estado nacional siga siendo una herramienta manejada por estas camarillas, la lucha por los mercados, las fuentes de materias primas, la dominación del mundo asumirá inevitablemente un carácter cada vez más destructivo. Solamente la clase obrera revolucionaria puede arrancar de las manos de estas rapaces camarillas imperialistas el poder del estado y el dominio de la economía. Ese es el sentido de la advertencia de Lenin de que “si no triunfan unas cuantas revoluciones” inevitablemente estallará una nueva guerra imperialista. Los distintos pronósticos y promesas que se hicieron entonces fueron sometidos a la prueba de los hechos. Se comprobó que era una mentira el cuento de hadas de “la guerra para acabar con todas las guerras”. La predicción de Lenin se convirtió en una trágica verdad.

LAS CAUSAS INMEDIATAS DE LA GUERRA

La causa inmediata de la guerra actual es la rivalidad entre los viejos imperios coloniales ricos, Gran Bretaña y Francia, y los ladrones imperialistas que llegaron retrasados, Alemania e Italia.

El siglo XIX fue la era de la hegemonía indiscutida de la potencia imperialista más antigua, Gran Bretaña. Entre 1815 y 1914 reinó, aunque no sin explosiones militares aisladas, la “paz británica”. La flota británica, la más

poderosa del mundo, jugó el rol de policía de los mares. Esta era, sin embargo, es cosa del pasado. Ya a fines del siglo pasado, Alemania, armada con una moderna tecnología, comenzó a avanzar hacia el primer lugar en Europa. Del otro lado del océano surgió un país aun más poderoso, una antigua colonia británica. La contradicción económica más importante que llevó a la guerra de 1914-1918 fue la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania. En cuanto a Estados Unidos, su participación en la guerra fue de carácter preventivo; no se podía permitir que Alemania sometiera el continente europeo. La derrota arrojó a Alemania a la impotencia total. Desmembrada, rodeada de enemigos, en bancarrota por las indemnizaciones, debilitada por las convulsiones de la guerra civil, parecía haber quedado fuera de circulación por mucho tiempo, sino para siempre. En el continente europeo el primer violín volvió temporalmente a las manos de Francia. El balance de la victoriosa Inglaterra después de la guerra resultó, en última instancia, deficitario: independencia creciente de los dominios, movimientos coloniales por la independencia, pérdida de la hegemonía naval, disminución de la importancia de su armada por el gran desarrollo de la aviación.

Por inercia, Inglaterra todavía intentó jugar el rol dirigente en la escena mundial durante los primeros años que siguieron a la victoria. Sus conflictos con Estados Unidos comenzaron a asumir un carácter obviamente amenazantes. Parecía que la próxima guerra estallaría entre los dos aspirantes anglosajones a la dominación del mundo. Sin embargo, Inglaterra pronto tuvo que convencerse de que su fuerza económica era inadecuada para combatir con el coloso de allende el océano. Su acuerdo con Estados Unidos sobre la igualdad naval significó su renuncia formal a la hegemonía naval, que en la actualidad ya ha perdido. Su reemplazo del libre comercio a las barreras aduaneras fue la admisión franca de la derrota de la industria británica en el mercado mundial. Su renuncia a la política de “espléndido aislamiento” trajo como consecuencia la introducción del servicio militar obligatorio. Así se hicieron humo todas las sagradas tradiciones.

Francia también se caracteriza, aunque en menor escala, por una falta de correspondencia similar entre su poderío económico y su posición en el mundo. Su hegemonía en Europa se apoyaba en una coyuntura temporal de circunstancias creadas por la aniquilación de Alemania y las estipulaciones artificiales del Tratado de Versalles. El tamaño de su población y sus bases económicas eran demasiado reducidas para asentar sobre ellas su hegemonía.

Cuando se disipó el encantamiento de la victoria salió a la superficie la relación de fuerzas real. Francia demostró ser mucho más débil que lo que creían tanto sus amigos como sus enemigos. Al buscar protección se convirtió, en esencia, en el último de los dominios conquistados por Gran Bretaña.

La regeneración de Alemania en base a su tecnología de primer orden y su capacidad organizativa era inevitable. Ocurrió antes de lo que se pensaba, en gran medida gracias al apoyo de Inglaterra a Alemania en contra de la URSS, en contra de las pretensiones excesivas de Francia y, más indirectamente, en contra de Estados Unidos. La Inglaterra capitalista, más de una vez, tuvo éxito en esas maniobras internacionales en el pasado, mientras era la potencia más fuerte. En su senilidad se demostró incapaz de dominar los espíritus que ella misma evocó.

Armada con una tecnología más moderna, más flexible y de mayor capacidad productiva, Alemania comenzó otra vez a competir con Inglaterra en mercados muy importantes, especialmente del sudeste de Europa y América Latina. En el siglo XIX la competencia entre los países capitalistas se desarrollaba en un mercado mundial en expansión. Hoy, en cambio, el espacio económico de la lucha se estrecha de tal manera que los imperialistas no tienen otra alternativa que la de arrancarse unos a otros los pedazos del mercado mundial.

La iniciativa de efectuar una nueva división del mundo proviene ahora, como en 1914, naturalmente, del imperialismo alemán. El gobierno inglés, que fue tomado desprevenido, intentó primero comprar la posibilidad de quedar al margen de la guerra con concesiones a expensas de otros (Austria, Checoslovaquia). Pero esta política tenía una corta vida. La “amistad” con Gran Bretaña fue para Hitler solamente una breve fase táctica. Londres ya le había concedido más de lo que él había calculado conseguir. El acuerdo de Múnich, con el cual Chamberlain esperaba sellar una larga amistad con Alemania sirvió por el contrario para apresurar la ruptura. Hitler ya no podía esperar nada más de Londres; la expansión ulterior de Alemania golpearía vitalmente a la propia Gran Bretaña. Así fue como “la nueva era de paz” proclamada por Chamberlain en octubre de 1938 condujo en pocos meses a la más terrible de todas las guerras.

EL ROL DEL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE

Mientras Gran Bretaña hacía todos los esfuerzos posibles, desde los primeros meses de la guerra, para apropiarse de las posiciones que la bloqueada Alemania dejó libres en el mercado mundial, Estados Unidos, casi automáticamente, desalojaba a Gran Bretaña. Los dos tercios de todo el oro del mundo se concentran en las arcas norteamericanas. El tercio restante sigue el mismo camino. El rol de banquero del mundo que jugó Inglaterra ya es cosa del pasado. Y en otras esferas las cosas no andan mucho mejor. Mientras la armada y la marina mercante de Gran Bretaña están sufriendo grandes pérdidas, los astilleros norteamericanos construyen a un ritmo colosal los barcos que garantizarán el predominio de la flota norteamericana sobre la británica y la japonesa. Estados Unidos se prepara, evidentemente, para alcanzar el nivel de las dos potencias (una armada más poderosa que las flotas combinadas de las dos potencias que le siguen). El nuevo programa para la flota aérea se propone garantizar la superioridad de Estados Unidos sobre el resto del mundo.

Sin embargo, la fuerza industrial, financiera y militar de Estados Unidos, la potencia capitalista más avanzada del mundo, no asegura en absoluto el florecimiento de la economía norteamericana. Por el contrario, vuelve especialmente maligna y convulsiva la crisis que afecta su sistema social. ¡No se puede hacer uso de los miles de millones en oro, ni de los millones de desocupados! En las tesis de la Cuarta Internacional, “La guerra y la Cuarta Internacional”, publicadas hace seis años, se pronosticaba:

“El capitalismo de Estados Unidos se enfrenta con los mismos problemas que en 1914 empujaron a Alemania a la guerra. (...) Para Alemania se trataba de ‘organizar Europa’. Los Estados Unidos tienen que ‘organizar’ el mundo. La historia está enfrentando a la humanidad con la erupción volcánica del imperialismo norteamericano.”

El New Deal y la “política del buen vecino” fueron los últimos intentos de postergar el estallido aliviando la crisis social con concesiones y acuerdos. Después de la bancarrota de esta política, que se tragó decenas de billones, al imperialismo norteamericano no le quedaba otra cosa por hacer que recurrir al método del puño de hierro. Con uno u otro pretexto y con cualquier consigna Estados Unidos intervendrá en el tremendo choque para conservar su dominio del mundo. El orden y el momento de la lucha entre el capitalismo norteamericano y sus enemigos no se conoce todavía; tal vez ni siquiera Washington lo sabe. La guerra con Japón tendría como objetivo conseguir más

“espacio vital” en el Océano Pacífico. La guerra en el Atlántico, aunque en lo inmediato se dirija contra Alemania, sería para conseguir la herencia de Gran Bretaña.

La posible victoria de Alemania sobre los aliados pende sobre Washington como una pesadilla. Con el continente europeo y los recursos de sus colonias como su base, con todas las fábricas de municiones y astilleros europeos a su disposición, Alemania (especialmente si está aliada con Japón en Oriente), constituiría un peligro mortal para el imperialismo norteamericano. Las titánicas batallas que se libran actualmente en los campos de Europa son, en este sentido, episodios preparatorios de la lucha entre Alemania y Norteamérica. Francia e Inglaterra son sólo posiciones fortificadas del imperialismo norteamericano del otro lado del Atlántico. Si las fronteras de Inglaterra llegan hasta el Rin, como lo planteó uno de los premiers británicos, los imperialistas norteamericanos podrían decir muy bien que las fronteras de Estados Unidos llegan hasta el Támesis. En su febril actividad de preparación de la opinión pública para la guerra inminente, Washington no deja de demostrar una noble indignación por la suerte de Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... Con la ocupación de Dinamarca surgió inesperadamente la cuestión de Groenlandia, que “geológicamente” formaría parte del Hemisferio Occidental y, por feliz casualidad, contiene depósitos de creolita, indispensable para la producción de aluminio. Tampoco desprecia Washington a la esclavizada China, a las indefensas Filipinas, a las huérfanas Indias Holandesas y a las rutas marinas libres. De este modo las simpatías filantrópicas por las naciones oprimidas y hasta las consideraciones geológicas están arrastrando a Estados Unidos a la guerra.

Las fuerzas armadas norteamericanas, sin embargo, podrán intervenir con éxito solamente si cuentan con Francia y las Islas Británicas como sólidas bases de apoyo. Si Francia fuera ocupada y las tropas alemanas llegaran hasta el Támesis, la relación de fuerzas se volcaría drásticamente en contra de Estados Unidos. Todas estas consideraciones obligan a Washington a acelerar el ritmo, pero al mismo tiempo a plantearse el problema de si no se ha dejado pasar el momento oportuno.

Contra la posición oficial de la Casa Blanca se levantan las ruidosas protestas del aislacionismo norteamericano, que constituye sólo una variante distinta del mismo imperialismo. El sector capitalista cuyos intereses están ligados fundamentalmente al continente americano, Australia y el Lejano Oriente

considera que, en el caso de una derrota de los aliados, Estados Unidos automáticamente obtendría para sí el monopolio de Latinoamérica y también de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En cuanto a China, las Indias Holandesas y el Oriente en general, toda la clase gobernante de los Estados Unidos está convencida de que, de todos modos, la guerra con Japón es inevitable en un futuro próximo. Con el pretexto del aislacionismo y el pacifismo, un sector influyente de la burguesía prepara un programa para la expansión continental de Norteamérica y para la lucha contra el Japón. De acuerdo con este plan, la guerra con Alemania por la dominación del mundo únicamente queda diferida. En cuanto a los pacifistas pequeñoburgueses del tipo de Norman Thomas y su fraternidad, son sólo los corifeos de uno de los planes imperialistas.

Nuestra lucha contra la intervención de Estados Unidos en la guerra no tiene nada en común con el aislacionismo y el pacifismo. Nosotros les decimos abiertamente a los obreros que el gobierno imperialista no puede dejar de arrastrar este país a la guerra. Las disputas internas de la clase dirigente son solamente alrededor de cuándo entrar a la guerra y contra quién abrir fuego primero. Pretender mantener a Estados Unidos en la neutralidad por medio de artículos periodísticos y resoluciones pacifistas es como tratar de hacer retroceder la marea con una escoba. La verdadera lucha contra la guerra implica la lucha de clase contra el imperialismo y la denuncia implacable del pacifismo pequeñoburgués. Sólo la revolución podrá evitar que la burguesía norteamericana intervenga en la Segunda Guerra imperialista o comience la tercera. Cualquier otro método es nada más que charlatanería o estupidez, o una combinación de ambos.

LA DEFENSA DE LA “PATRIA”

Hace casi cien años, cuando el estado nacional todavía constituía un factor relativamente progresivo, el “Manifiesto Comunista” proclamó que los proletarios no tienen patria. Su único objetivo es la creación de la patria de los trabajadores, que abarca el mundo entero. Hacia fines del siglo XIX el estado burgués, con sus ejércitos y sus tarifas aduaneras, se transformó en el mayor freno del desarrollo de las fuerzas productivas, que exigen un campo de acción mucho más extenso. Un socialista que hoy salga en defensa de la “patria” juega

el mismo rol reaccionario que los campesinos de la Vendée, que salieron en defensa del régimen feudal, es decir, de sus propias cadenas.

En los últimos años, e incluso en los meses más recientes, el mundo vio con asombro con qué facilidad desaparecen del mapa de Europa los estados: Austria, Checoslovaquia, Albania, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... Nunca antes se transformó el mapa político con tanta rapidez, salvo en la época de las guerras napoleónicas. En ese entonces se trataba de estados feudales que habían sobrevivido y tenían que dejar paso al estado nacional burgués. Hoy se trata de estados burgueses sobrevivientes que deben dejar paso a la federación de pueblos socialistas. La cadena, como siempre, se rompe por su eslabón más débil. La lucha de los bandidos imperialistas deja tan poco espacio a los pequeños estados independientes como la lucha viciosa de los trusts y los cárteles a los pequeños manufactureros y comerciantes independientes.

A causa de su posición estratégica, Alemania considera más provechoso atacar a sus enemigos fundamentales a través de los países pequeños y neutrales. Gran Bretaña y Francia, por el contrario, se benefician más cubriéndose con la neutralidad de los estados pequeños y dejando que Alemania con sus ataques los arrastre al campo de los aliados “democráticos”. El nudo de la cuestión no cambia por esta diferencia en los métodos estratégicos. Los pequeños satélites se hacen polvo entre las trituradoras de los grandes países imperialistas. La “defensa” de las patrias mayores hace necesaria la liquidación de una docena de países pequeños y medianos.

Pero lo que le interesa a la burguesía de los grandes estados no es en absoluto la defensa de la patria sino la de los mercados, las concesiones extranjeras, las fuentes de materias primas y las esferas de influencia. La burguesía nunca defiende la patria por la patria misma. Defiende la propiedad privada, los privilegios, las ganancias. Cuando estos sagrados valores se ven amenazados la burguesía inmediatamente toma el camino del derrotismo. Fue lo que ocurrió con la burguesía rusa, cuyos hijos, después de la Revolución de Octubre, lucharon y están dispuestos a luchar una vez más en todos los ejércitos del mundo contra su propia antigua patria. Para salvar su capital, la burguesía española pidió ayuda militar a Mussolini y Hitler contra su propio pueblo. La burguesía noruega colaboró en la invasión de Hitler a su país. Así fue y así será siempre.

El patriotismo oficial es una máscara que encubre los intereses de los explotadores. Los obreros con conciencia de clase arrojan despreciativamente esta máscara. No defienden la patria burguesa sino los intereses de los trabajadores y los oprimidos de su país y del mundo entero. Las tesis de la Cuarta Internacional afirman: *“Contra la consigna reaccionaria de la ‘defensa nacional’ es necesario plantear la consigna de la destrucción revolucionaria del estado nacional. Es necesario oponer a la locura de la Europa capitalista el programa de los Estados Unidos Socialistas de Europa como etapa previa en el camino a los Estados Unidos Socialistas del Mundo.”*

LA “LUCHA POR LA DEMOCRACIA” ES UNA MENTIRA

No es menor el engaño de la consigna de la guerra por la democracia contra el fascismo. ¡Como si los obreros hubieran olvidado que el gobierno británico ayudó a subir al poder a Hitler y su horda de verdugos! Las democracias imperialistas son en realidad las mayores aristocracias de la historia. Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica se apoyan en la esclavización de los pueblos coloniales. La democracia de los Estados Unidos se apoya en la apropiación de las vastas riquezas de todo un continente. Estas “democracias” orientan todos sus esfuerzos a preservar su posición privilegiada. Estas democracias imperialistas descargan buena parte del peso de la guerra sobre sus colonias. Se obliga a los esclavos a entregar su sangre y su oro para garantizar a sus amos la posibilidad de seguir siendo esclavistas. Las pequeñas democracias capitalistas sin colonias son satélites de los grandes imperios y se llevan una tajada de sus ganancias coloniales. Las clases dominantes de estos estados están dispuestas a renunciar a la democracia en cualquier momento para conservar sus privilegios.

En el caso de la minúscula Noruega, se reveló una vez más ante el mundo la mecánica interna de la democracia decadente. La burguesía noruega apeló simultáneamente al gobierno socialdemócrata y a la policía, los jueces y los oficiales fascistas. Al primer impacto serio fueron barridos los dirigentes democráticos, y la burocracia fascista, que inmediatamente encontró un lenguaje común con Hitler, se adueñó de la situación. Con distintas variantes según el país ya se había llevado a cabo el mismo experimento en Italia, Alemania, Austria, Polonia, Checoslovaquia y una cantidad de países. En los momentos de peligro la burguesía siempre pudo librar de trabas democráticas a

su verdadero aparato de dominio como instrumento directo del capital financiero. ¡Sólo un ciego obstinado puede creerse que los generales y almirantes británicos y franceses están librando una guerra contra el fascismo!

La guerra no detuvo el proceso de transformación de las democracias en dictaduras reaccionarias; por el contrario, lo está llevando a su conclusión ante nuestros propios ojos.

Dentro de cada país y en el plano mundial, la guerra fortaleció inmediatamente a los grupos e instituciones más reaccionarios. Pasan al frente los estados mayores generales, esos nidos de conspiración bonapartista, las fieras malignas de la policía, los patriotas a sueldo, las iglesias de todos los credos. Todos, especialmente el protestante presidente Roosevelt, halagan a la corte del Papa, el centro del oscurantismo y el odio entre los hombres. La decadencia material y espiritual siempre trae aparejadas la opresión policial y una demanda cada vez mayor de opio religioso.

Para lograr las ventajas que les proporciona el régimen totalitario, las democracias imperialistas encaran su propia defensa con una ofensiva redoblada contra la clase obrera y la persecución de las organizaciones revolucionarias. Utilizan el peligro de la guerra y ahora la guerra misma, primero y antes que nada, para aplastar a sus enemigos internos. La burguesía sigue invariable y firmemente la regla de que “el enemigo fundamental está dentro del propio país”.

Como sucede siempre, los más débiles son los que más sufren. En esta matanza de los pueblos los más débiles son los innumerables refugiados de todos los países, entre ellos los exiliados revolucionarios. El patriotismo burgués se manifiesta antes que nada en la manera brutal con que se trata a los extranjeros indefensos. Antes de que se construyeran campos de concentración para los prisioneros de guerra ya todas las democracias habían construido campos de concentración para los revolucionarios exiliados. Los gobiernos de todo el mundo, y especialmente el de la URSS, escribieron la página más negra de nuestra época por el tratamiento que infligen a los refugiados, los exiliados, los sin hogar. Enviamos nuestros más cálidos saludos a los hermanos presos y perseguidos y les decimos que no se desanimen. ¡De las prisiones y los campos de concentración capitalistas saldrá la mayor parte de los líderes de Europa y el mundo del mañana!

LO QUE LAS CONSIGNAS DE GUERRA DE LOS NAZIS REALMENTE SIGNIFICAN

Las consignas oficiales de Hitler en general no son dignas de consideración. Ya hace mucho que se demostró que la lucha por la “unificación nacional” es una mentira, ya que Hitler convierte el estado nacional en un estado de muchas naciones, pisoteando la libertad y la unidad de los demás pueblos. La lucha por el espacio vital no es más que un camuflaje de la expansión imperialista, es decir de la política de anexiones y pillaje. La justificación racial de esta expansión es una mentira; el nacionalsocialismo cambia sus simpatías y antipatías raciales según sus consideraciones estratégicas. Un elemento algo más estable de la propaganda fascista es, tal vez, el antisemitismo, al que Hitler confirió formas zoológicas, poniendo al desnudo el verdadero lenguaje de la “raza” y la “sangre”: el ladrido del perro y el gruñido del cerdo. ¡Por algo Engels llamaba al antisemitismo el “socialismo de los idiotas”! El único rasgo verdadero del fascismo es su voluntad de poder, sometimiento y saqueo. El fascismo es la destilación químicamente pura de la cultura imperialista.

Los gobiernos democráticos, que en su momento saludaron a Hitler como un cruzado contra el bolchevismo, ahora hacen de él una especie de Satán inesperadamente escapado de las profundidades del infierno, que viola la santidad de las fronteras, los tratados, los reglamentos y las leyes. Si no fuera por Hitler el mundo capitalista florecería como un jardín. ¡Qué mentira miserable! Este epiléptico alemán con una máquina de calcular en el cerebro y un poder ilimitado en sus manos no cayó del cielo ni ascendió de los infiernos; no es más que la personificación de todas las fuerzas destructivas del imperialismo. Gengis Kan y Tamerlane se les aparecían a los pueblos pastores más débiles como los destructores azotes de Dios, mientras que en realidad no expresaban otra cosa que la necesidad de más tierras de pastoreo, que tenían todas las tribus, para lo cual saqueaban las áreas cultivadas. Del mismo modo Hitler, al conmovir hasta sus fundamentos a las viejas potencias coloniales, no hace más que ofrecer la expresión más acabada de la voluntad imperialista de poder. Con Hitler, el capitalismo mundial, arrojado a la desesperación por su propia impasse, ha comenzado a hundir en sus entrañas una afilada daga.

Los carniceros de la Segunda Guerra imperialista no lograrán transformar a Hitler en el chivo emisario de sus propios pecados.

Todos los gobernantes actuales comparecerán ante el tribunal del proletariado. Hitler no hará más que ocupar el primer puesto entre todos los reos criminales.

LA PREPONDERANCIA DE ALEMANIA EN EL CONFLICTO

Sea cual fuere el resultado de la guerra, la preponderancia de Alemania ya quedó claramente demostrada. Indudablemente Hitler no posee ninguna “nueva arma secreta”. Pero la perfección de todas las armas existentes y la combinación bien coordinada de estas armas (sobre la base de una industria altamente racionalizada) confieren al militarismo alemán un peso enorme. La dinámica militar está estrechamente ligada con los rasgos peculiares de todo régimen totalitario; voluntad unificada, iniciativa concentrada, preparativos secretos, ejecución súbita. La paz de Versalles, sin embargo, les rindió un pobre servicio a los aliados. Después de quince años de desarme alemán, Hitler se vio obligado a comenzar a construir de la nada un ejército, y gracias a ello el ejército está libre de la rutina, la técnica y los pertrechos obsoletos tradicionales. El entrenamiento táctico de las tropas se inspira en las nuevas ideas que surgen de la tecnología más moderna. Aparentemente, sólo Estados Unidos puede superar la maquinaria mortífera de los alemanes.

La debilidad de Francia y Gran Bretaña no es una sorpresa. Las tesis de la Cuarta Internacional (1934) declaran: *“El colapso de la Liga de las Naciones está indisolublemente ligado al comienzo del colapso de la hegemonía francesa en el continente europeo”*. Este documento programático declara luego que *“la Inglaterra dirigente tiene cada vez menos éxito en la concreción de sus planes”*, que la burguesía británica está *“aterrorizada por la desintegración de su imperio, por el movimiento revolucionario de la India, por la inestabilidad de sus posiciones en China”*. En esto reside la fuerza de la Cuarta Internacional, en que su programa es capaz de pasar la prueba de los grandes acontecimientos.

La industria de Inglaterra y Francia, debido a la afluencia segura de superganancias coloniales, quedó retrasada tanto tecnológica como organizativamente. Además, la llamada “defensa de la democracia” de los partidos socialistas y los sindicatos les creó a las burguesías británica y francesa una situación política extremadamente privilegiada. Los privilegios siempre traen aparejados el retraso y el estancamiento. Si hoy Alemania hace gala de un

predominio tan colosal sobre Francia e Inglaterra, la responsabilidad fundamental les cabe a los defensores social patriotas de la democracia, que evitaron que el proletariado arrancara oportunamente de la atrofia a Inglaterra y Francia realizando la revolución socialista.

“EL PROGRAMA DE PAZ”

A cambio de la esclavitud de los pueblos Hitler promete implantar en Europa una “paz alemana” que durará siglos. ¡Milagro imposible! La “paz británica” después de la victoria sobre Napoleón pudo durar un siglo -¡no un milenio!- solamente porque Inglaterra era la pionera de una nueva tecnología y de un sistema de producción progresivo. A pesar de la potencia de su industria, la actual Alemania, como sus enemigos, es el adalid de un sistema social condenado. El triunfo de Hitler en realidad no traería la paz sino el comienzo de una nueva serie de choques sangrientos a escala mundial. Derrocando al imperio británico, reduciendo a Francia al nivel de Bohemia y Moravia, apoyándose en el continente europeo y sus colonias, indudablemente Alemania se transformaría en la primera potencia mundial. Junto con ella, Italia, cuanto mucho, y no por largo tiempo, controlará la cuenca del Mediterráneo. Pero ser la primera potencia no implica ser la única. Solamente se entraría a una nueva etapa de la “lucha por el espacio vital”.

El “nuevo orden” que Japón se prepara a establecer, apoyándose en el triunfo alemán, tiene como perspectiva la extensión del dominio japonés sobre la mayor parte del continente asiático. La Unión Soviética se vería aprisionada entre una Europa germanizada y un Asia japonizado. Las tres Américas, igual que Australia y Nueva Zelanda, caerían en manos de Estados Unidos. Si además tomamos en consideración el imperio provincial italiano, el mundo quedaría circunstancialmente dividido en cinco “espacios vitales”. Pero el imperialismo, por naturaleza, abomina la división de poderes. Para tener las manos libres contra América, Hitler tendría que ajustar cuentas con sus amigos de ayer, Stalin y Mussolini. Japón y Estados Unidos no se quedarían observando desinteresadamente la nueva lucha. La tercera guerra imperialista no se entablaría entre estados nacionales ni entre imperios a la vieja usanza sino entre continentes enteros. El triunfo de Hitler en la guerra actual no

significaría, por lo tanto, mil años de “paz alemana” sino muchas décadas o muchos siglos de caos sangriento.

Pero un triunfo aliado no traería consecuencias más brillantes. Una Francia victoriosa sólo podría restablecer su posición de gran potencia desmembrando Alemania, restaurando a los Habsburgos, balcanizando Europa. Gran Bretaña sólo podría jugar nuevamente un rol dirigente en los asuntos europeos restableciendo su táctica de moverse con las contradicciones que oponen por un lado a Alemania y Francia y por el otro a Europa y Norteamérica. Esto significaría una nueva edición, diez veces peor, de la paz de Versalles, con efectos infinitamente más perjudiciales sobre el debilitado organismo europeo. A esto hay que añadir que es improbable una victoria aliada sin la asistencia norteamericana, y esta vez Estados Unidos exigiría por su ayuda un precio mucho mayor que en la última guerra. La Europa envilecida y exhausta, el objetivo de la filantropía de Herbert Hoover, se transformaría en el deudor en bancarrota de su salvador transatlántico.

Finalmente, si suponemos la variante menos probable, la conclusión de la paz por los adversarios exhaustos de acuerdo a la fórmula pacifista “ni vencedores ni vencidos”, ello significaría la restauración del caos internacional que existía antes a la guerra, pero esta vez basado en sangrientas ruinas, el agotamiento, la amargura. En un breve lapso saldrían a la luz nuevamente, con explosiva violencia, los viejos antagonismos y estallarían nuevas convulsiones internacionales.

La promesa de los aliados de crear esta vez una federación europea democrática es la más grosera de todas las mentiras pacifistas. El estado no es una abstracción sino el instrumento del capitalismo monopolista. En tanto no se expropié a los trusts y bancos en beneficio del pueblo, la lucha entre los estados es tan inevitable como la lucha entre los mismos trusts. La renuncia voluntaria por parte del estado más fuerte a las ventajas que le proporciona su fuerza es una utopía tan ridícula como la división voluntaria del capital entre los trusts. En tanto se mantenga la propiedad capitalista, una “federación” democrática no sería más que una mala repetición de la Liga de las Naciones, con todos sus vicios y sin ninguna de sus antiguas ilusiones.

En vano los señores imperialistas del destino intentan revivir un programa de salvación que quedó totalmente desacreditado por la experiencia de las últimas décadas. En vano sus lacayos pequeñoburgueses inventan panaceas pacifistas que hace mucho quedaron convertidas en su propia caricatura. Los

obreros avanzados no se dejarán engañar. Las fuerzas que ahora libran la guerra no llevarán a la paz. ¡Los obreros y soldados forjarán su propio programa de paz!

LA GUERRA ACTUAL Y LA DEFENSA DE LA URSS

Esa alianza de Stalin con Hitler, que levantó el telón sobre la guerra mundial y llevó directamente a la esclavitud del pueblo polaco, fue una consecuencia de la debilidad de la URSS y del pánico del Kremlin frente a Alemania. El único responsable de esta debilidad es el mismo Kremlin, por su política interna, que abrió un abismo entre la casta gobernante y el pueblo; por su política exterior, que sacrificó los intereses de la revolución mundial a los de la camarilla stalinista.

La conquista de Polonia oriental, prenda de la alianza con Hitler y garantía contra Hitler, estuvo acompañada de la nacionalización de la propiedad semifeudal y capitalista en Ucrania occidental y en la Rusia Blanca occidental. Sin esto el Kremlin no podría haber incorporado a la URSS el territorio ocupado. La Revolución de Octubre, estrangulada y profanada, dio muestras de estar viva todavía.

En Finlandia el Kremlin no logró concretar un vuelco social similar. La movilización por los imperialistas de la opinión pública mundial “en defensa de Finlandia”, la amenaza de intervención directa de Inglaterra y Francia, la impaciencia de Hitler, que tenía que apropiarse de Dinamarca y Noruega antes de que las tropas francesas y británicas pisaran tierra escandinava; todo esto obligó al Kremlin a renunciar a la soviétización de Finlandia y a limitarse a la conquista de posiciones estratégicas indispensables.

Es indudable que la invasión a Finlandia suscitó una profunda condena en la población soviética. Sin embargo, los obreros avanzados comprendieron que, pese a los crímenes de la oligarquía del Kremlin, sigue en pie la cuestión de la existencia de la URSS. La derrota en la guerra mundial no sólo significaría el derrocamiento de la burocracia totalitaria sino la liquidación de las nuevas formas de propiedad, el colapso del primer experimento de economía planificada y la transformación de todo el país en una colonia, es decir, la entrega al imperialismo de recursos naturales colosales que le darían un respiro

hasta la tercera guerra mundial. Ni los pueblos de la URSS ni la clase obrera de todo el mundo tienen interés en esa salida.

La resistencia de Finlandia a la URSS fue, pese a todo su heroísmo, nada más que un acto de defensa de la independencia nacional similar a la resistencia que posteriormente Noruega opuso a Alemania. El mismo gobierno de Helsinki lo comprendió cuando eligió capitular ante la URSS antes que transformar a Finlandia en una base militar de Inglaterra y Francia. Nuestro sincero reconocimiento del derecho de todas las naciones a su autodeterminación no altera el hecho de que en la guerra actual este derecho pesa tanto como una pluma. Tenemos que determinar nuestra línea política fundamental de acuerdo a los factores básicos, no a los de décimo orden. Las tesis de la Cuarta Internacional afirman:

“La concepción de la defensa nacional, especialmente cuando coincide con la defensa de la democracia, puede fácilmente ser usada para engañar a los obreros de los países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica parcialmente, los países escandinavos...) [...] ¡Sólo un pequeñoburgués desesperadamente tonto de una aldea suiza olvidada de la mano de Dios (como Robert Grimm) puede creer seriamente que la guerra mundial en la que está metido se libra en defensa de la independencia de Suiza!”

Estas palabras adquieren hoy un significado especial. De ningún modo son superiores al social-patriota suizo Robert Grimm esos pequeñoburgueses pseudo revolucionarios que creen que se puede determinar la estrategia proletaria respecto a la defensa de la URSS en base a episodios tácticos como la invasión a Finlandia por el Ejército Rojo.

Extremadamente elocuente por su unanimidad y su furia fue la campaña de la burguesía mundial sobre la guerra soviético-finlandesa. La perfidia y la violencia de que hasta entonces había dado muestras el Kremlin nunca habían despertado tal indignación en la burguesía, pues toda la historia de la política mundial se escribe con perfidia y violencia. Lo que despertó su terror e indignación fue la perspectiva de que en Finlandia se produjera un cambio social como el que provocó el Ejército Rojo en Polonia Oriental. Estaba en juego una amenaza real a la propiedad capitalista. La campaña antisoviética, clasista de la cabeza a los pies, reveló una vez más que la URSS, en virtud de los fundamentos sociales impuestos por la Revolución de Octubre, de los cuales depende en última instancia la existencia de la misma burocracia, sigue siendo un estado obrero que aterroriza a la burguesía de todo el mundo. Los acuerdos

episódicos entre la burguesía y la URSS no desmienten el hecho de que *“tomado a escala histórica, el antagonismo entre el imperialismo mundial y la Unión Soviética es infinitamente más profundo que los antagonismos que separan entre sí a los países capitalistas”* (La Guerra y la Cuarta Internacional).

Muchos radicales pequeñoburgueses que hasta ayer estaban de acuerdo en considerar a la Unión Soviética un posible eje de agrupamiento de las fuerzas “democráticas” contra el fascismo, ahora descubrieron súbitamente, cuando sus propias patrias están amenazadas por Hitler, que Moscú, que no acudió en su ayuda, sigue una política imperialista y que no hay diferencia entre la URSS y los países fascistas.

¡Mentiras! responderá todo obrero con conciencia de clase; hay una diferencia. La burguesía comprende esta diferencia social mejor y más profundamente que los charlatanes radicales. Es cierto que la nacionalización de los medios de producción en un país, y más si se trata de un país atrasado, no garantiza todavía la construcción del socialismo. Pero puede avanzar en el requisito fundamental del socialismo, es decir el desarrollo planificado de las fuerzas productivas. No tomar en cuenta la nacionalización de los medios de producción en función de que por sí misma no asegura el bienestar de las masas es lo mismo que condenar a la destrucción un cimiento de granito en función de que es imposible vivir sin paredes y techo. El obrero con conciencia de clase sabe que es imposible lograr éxito en la lucha por la emancipación completa sin la defensa de las conquistas ya obtenidas, por modestas que éstas sean. Tanto más obligatoria, por lo tanto, es la defensa de una conquista tan colosal como la economía planificada contra la restauración de las relaciones capitalistas. Los que no son capaces de defender las viejas posiciones no podrán conquistar otras nuevas. La Cuarta Internacional sólo puede defender a la URSS con los métodos de la lucha revolucionaria de clases. Enseñar a los obreros a comprender correctamente el carácter de clase del estado - imperialista, colonial, obrero- y las relaciones recíprocas entre ellos así como sus contradicciones internas, permitirá que los obreros extraigan las conclusiones prácticas correctas en cada situación determinada. Mientras libra una lucha incansable contra la oligarquía de Moscú, la Cuarta Internacional rechaza decididamente cualquier política que ayude al imperialismo en contra de la URSS.

La defensa de la URSS coincide, en principio, con la preparación de la revolución proletaria mundial. Rechazamos llanamente la teoría del socialismo

en un solo país, ese engendro cerebral del stalinismo ignorante y reaccionario. Sólo la revolución mundial podrá salvar a la URSS para el socialismo. Pero la revolución mundial implicará inevitablemente la destrucción de la oligarquía del Kremlin.

POR EL DERROCAMIENTO DE LA CAMARILLA DE STALIN

Después de adular durante cinco años a las “democracias”, el Kremlin reveló un cínico desprecio por el proletariado mundial al concluir una alianza con Hitler y ayudarlo a estrangular al pueblo polaco. Se jactó de un vergonzoso chovinismo en vísperas de la invasión a Finlandia y desplegó una incapacidad militar no menos vergonzosa en la lucha posterior. Hizo ruidosas promesas de “emancipar” de los capitalistas al pueblo finlandés y luego capituló cobardemente ante Hitler. Esta fue la actuación del régimen stalinista en estas horas críticas de la historia.

Los juicios de Moscú ya habían demostrado que la oligarquía totalitaria se ha transformado en un obstáculo absoluto para el desarrollo del país. El creciente nivel de las necesidades económicas cada vez más complejas ya no puede tolerar el estrangulamiento burocrático. Sin embargo, la banda de parásitos no está dispuesta a hacer ninguna concesión. Luchando por sus posiciones destruye lo mejor del país. No se puede suponer que el pueblo que realizó tres revoluciones en doce años súbitamente se ha vuelto estúpido. Está aplastado y desorientado, pero observa y piensa. La burocracia está presente en cada día de su existencia con su gobierno arbitrario, su opresión, su rapacidad y su sangrienta sed de venganza. Los obreros semihambrientos y los campesinos de las granjas colectivas comentan entre sí, murmurando su odio, los costosos caprichos de los comisarios rabiosos. Para el sexagésimo aniversario de Stalin se obligó a los obreros de los Urales a trabajar durante un año y medio en un gigantesco retrato del odiado “padre de los pueblos” hecho de piedras preciosas, empresa digna de un Jerjes persa o de una Cleopatra egipcia. Un régimen capaz de caer en tales abominaciones inevitablemente despertará el odio de las masas.

La política exterior se corresponde con la política interna. Si el gobierno del Kremlin expresara los verdaderos intereses del estado obrero, si la Comintern sirviera a la causa de la revolución mundial, las masas populares de la diminuta Finlandia inevitablemente se hubieran inclinado hacia la URSS y la invasión

del Ejército Rojo, o no hubiera sido en absoluto necesaria o hubiera sido aceptada inmediatamente por el pueblo finlandés como un acto revolucionario de emancipación. En realidad, toda la política previa del Kremlin alejó de la URSS a los obreros y campesinos finlandeses. Mientras que Hitler, en los países neutrales que invade, puede contar con la ayuda de la llamada “quinta columna”, Stalin no encontró ningún apoyo en Finlandia, pese a la tradición de la insurrección de 1918 y a la existencia, desde hace largo tiempo, del Partido Comunista Finlandés. Bajo estas condiciones la invasión del Ejército Rojo asumió un carácter de violencia militar directa y abierta. La responsabilidad de esta violencia cae total y únicamente sobre la oligarquía de Moscú.

La guerra constituye una amarga prueba para todo régimen. Como consecuencia de la primera etapa de la guerra, la posición internacional de la URSS, pese a sus éxitos poco importantes, obviamente empeoró. La política exterior del Kremlin alejó de la URSS a amplios sectores de la clase obrera mundial y los pueblos oprimidos. Las bases estratégicas de apoyo que conquistó Moscú representarán un factor de tercer orden en el conflicto mundial de fuerzas. Mientras tanto Alemania obtuvo la zona más importante e industrializada de Polonia y conquistó una frontera común con la URSS, es decir una salida al este. A través de Escandinavia, Alemania domina el Mar Báltico, transformando al Golfo de Finlandia en una botella fuertemente taponada. La amargada Finlandia queda bajo el control directo de Hitler. En lugar de débiles estados neutrales, la URSS ahora tiene tras su frontera de Leningrado a la poderosa Alemania. Quedó en evidencia ante todo el mundo la debilidad del Ejército Rojo decapitado por Stalin. Se intensificaron dentro de la URSS las tendencias nacionalistas centrífugas. Declinó el prestigio de la dirección del Kremlin. Alemania en Occidente y Japón en Oriente se sienten ahora infinitamente más seguros que antes de la aventura finlandesa del Kremlin.

Stalin no encontró en su magro arsenal más que una sola respuesta a la ominosa advertencia de los acontecimientos: reemplazó a Voroshilov por una nulidad aún más hueca, Timoshenko. Como siempre en estos casos, el objetivo de la maniobra es alejar la ira del pueblo y el ejército del principal criminal responsable de las desgracias y poner a la cabeza del ejército a un individuo cuya insignificancia garantiza que se puede confiar en él. El Kremlin se reveló

una vez más como el centro del derrotismo. Sólo destruyendo este centro se pondrá a salvo la seguridad de la URSS.

La preparación del derrocamiento revolucionario de la casta dirigente de Moscú es una de las tareas principales de la Cuarta Internacional. No es una tarea simple ni fácil. Exige heroísmo y sacrificio. Sin embargo, la época de grandes convulsiones en que entró la humanidad asestará golpe tras golpe a la oligarquía del Kremlin, destruirá su aparato totalitario, elevará la confianza en sí mismas de las masas trabajadoras y por lo tanto facilitará la formación de la sección soviética de la Cuarta Internacional. ¡Los acontecimientos trabajarán a favor nuestro si somos capaces de ayudarlos!

LA LUCHA DE LAS COLONIAS Y LA GUERRA

Al crearles enormes dificultades y peligros a los centros metropolitanos imperialistas, la guerra abre amplias posibilidades a los pueblos oprimidos. El tronar del cañón en Europa anuncia que se aproxima la hora de su liberación.

Si es utópico un programa de transformaciones sociales pacíficas para los países capitalistas avanzados, lo es doblemente el programa de liberación pacífica de las colonias. Por otra parte, fuimos testigos de la esclavización de los últimos países atrasados semilibres (Etiopía, Albania, China...).

La guerra actual está volcada sobre las colonias. Algunos persiguen su posesión; otros las poseen y se rehúsan a soltarlas. Ningún bando tiene la menor intención de liberarlas voluntariamente. Los centros metropolitanos en decadencia se ven obligados a extraer todo lo posible de las colonias y devolverles lo menos posible. Sólo la lucha revolucionaria directa y abierta de los pueblos esclavizados puede allanarles el camino para su emancipación.

En los países coloniales y semicoloniales la lucha por un estado nacional independiente, y en consecuencia la “defensa de la patria”, es en principio diferente de la lucha de los países imperialistas. El proletariado revolucionario de todo el mundo apoya incondicionalmente la lucha de China o la India por su independencia nacional, porque esta lucha *“al hacer romper a los pueblos atrasados con el sistema asiático, el sectarismo o los lazos con el extranjero [...] golpea poderosamente a los estados imperialistas”* (La Guerra y la Cuarta Internacional).

Al mismo tiempo la Cuarta Internacional sabe desde ya, y se lo advierte abiertamente a las naciones atrasadas, que sus estados nacionales tardíos ya no podrán contar con un desarrollo democrático independiente. Rodeada por el capitalismo decadente y sumergida en las contradicciones imperialistas, la independencia de un país atrasado será inevitablemente semificticia. Su régimen político, bajo la influencia de las contradicciones internas de clase y la presión externa, inevitablemente caerá en la dictadura contra el pueblo. Así es el régimen del Partido “del Pueblo” en Turquía; el del Kuomintang en China; así será mañana el régimen de Ghandi en la India. La lucha por la independencia nacional de las colonias es, desde el punto de vista del proletariado revolucionario, sólo una etapa transicional en el camino que llevará a los países atrasados a la revolución socialista internacional.

La Cuarta Internacional no establece compartimientos estancos entre los países atrasados y los avanzados, entre las revoluciones democráticas y las socialistas. Las combina y las subordina a la lucha mundial de los oprimidos contra los opresores. Así como la única fuerza genuinamente revolucionaria de nuestra época es el proletariado internacional, el único programa con el que realmente se liquidará toda opresión, social y nacional, es el programa de la revolución permanente.

LA GRAN LECCIÓN DE CHINA

La trágica experiencia de China constituye una gran lección para los pueblos oprimidos. La revolución china de 1925 a 1927 tenía todas las posibilidades de triunfar. Una China unificada y transformada sería en este momento una poderosa fortaleza de la libertad en el Lejano Oriente. La suerte de Asia, y en cierta medida la de todo el mundo, podría haber sido distinta. Pero el Kremlin, que no tenía confianza en las masas chinas y buscaba la amistad de los generales, utilizó todo su peso para subordinar el proletariado chino a la burguesía, ayudando así a Chiang Kai-Shek a aplastar la revolución china. Desilusionada, desunida y debilitada, China quedó abierta a la invasión japonesa.

Como todo régimen condenado, la oligarquía stalinista ya es incapaz de aprender de las lecciones de la historia. A comienzos de la guerra chino-japonesa, el Kremlin nuevamente ligó el Partido Comunista a Chiang Kai-Shek

aplastando desde su nacimiento la iniciativa revolucionaria del proletariado chino. Esta guerra, ahora acercándose a su primer aniversario, podría haber terminado hace mucho en una verdadera catástrofe para Japón si China la hubiera llevado adelante como una genuina guerra popular apoyada en una revolución agraria, abrazando en su llama a los soldados japoneses. Pero la burguesía china teme más a sus propias masas armadas que a los invasores japoneses. Si Chiang Kai-Shek, el siniestro verdugo de la revolución china, se ve obligado por las circunstancias a librar una guerra, su programa seguirá basándose como antes en la opresión de sus propios trabajadores y el compromiso con los imperialistas.

La guerra en Asia oriental se entrelazará cada vez más con la guerra imperialista mundial. El pueblo chino será capaz de alcanzar la independencia sólo bajo la dirección de su joven y abnegado proletariado, que recobrará la indispensable confianza en sí mismo con el resurgir de la revolución mundial. Él marcará con firmeza la línea a seguir. El curso de los acontecimientos pone a la orden del día el desarrollo de nuestra sección china en un poderoso partido revolucionario.

TAREAS DE LA REVOLUCIÓN EN INDIA

En las primeras semanas de la guerra las masas indias ejercieron una presión creciente a los dirigentes “nacionales” oportunistas, obligándolos a utilizar un lenguaje desacostumbrado. ¡Pero ay del pueblo indio si deposita su confianza en las palabras altisonantes! Ocultándose tras la consigna de la independencia nacional, Gandhi ya se apresuró a proclamar su negativa a crearle dificultades a Gran Bretaña durante la severa crisis actual. ¡Como si en algún lugar o en algún momento los oprimidos hubieran podido liberarse de otro modo que explotando las dificultades de sus opresores!

El rechazo “moral” de Gandhi a la violencia refleja simplemente el temor de la burguesía india a sus propias masas. Tiene muy buenos fundamentos su previsión de que el imperialismo británico los arrastrará también a ellos en su colapso. Londres, por su parte, previene que al primer amago de desobediencia aplicará “todas las medidas necesarias”, incluyendo, por supuesto, la fuerza aérea, que en el frente occidental es deficiente. Hay una división del trabajo claramente delimitada entre la burguesía colonial y el gobierno británico:

Gandhi necesita las amenazas de Chamberlain y Churchill para paralizar con más éxito el movimiento revolucionario.

El antagonismo entre las masas indias y la burguesía promete agudizarse en un futuro próximo, a medida que la guerra imperialista se convierte cada vez más en una gigantesca empresa comercial para la burguesía india. La apertura de un mercado excepcionalmente favorable para las materias primas puede promover rápidamente la industria india. Si la destrucción completa del imperio británico rompe el cordón umbilical que liga al capital indio con la City de Londres, la burguesía nacional buscará rápidamente en Wall Street a su nuevo patrón. Los intereses materiales de la burguesía determinan su política con la misma fuerza de las leyes de la gravitación.

Mientras el movimiento de liberación esté controlado por la clase explotadora será incapaz de salir del callejón sin salida. Lo único que puede unificar a la India es la revolución agraria realizada bajo las banderas de la independencia nacional. La revolución conducida por el proletariado estará dirigida no sólo contra el dominio británico sino también contra los príncipes indios, las concesiones extranjeras, el estrato superior de la burguesía nacional y los dirigentes del Congreso Nacional y de la Liga Musulmana. Es la tarea fundamental de la Cuarta Internacional crear una sección estable y poderosa en la India.

La traidora política de colaboración de clases, con la que el Kremlin viene ayudando desde hace cinco años a los gobiernos capitalistas a preparar la guerra, fue abruptamente liquidada por la burguesía en cuanto dejó de necesitar disfrazarse de pacifista. Pero en los países coloniales y semicoloniales - no sólo en China y la India sino también en Latinoamérica- el fraude de los “frentes populares” sigue paralizando a las masas trabajadoras, convirtiéndolas en carne de cañón de la burguesía “progresiva”, creándole de esta manera al imperialismo una base política indígena.

¿QUÉ FUTURO LE ESPERA A AMÉRICA LATINA?

El monstruoso crecimiento del armamentismo en Estados Unidos prepara una solución violenta de las complejas contradicciones que aquejan al Hemisferio Occidental y pronto se planteará categóricamente como problema el destino de los países latinoamericanos. El interludio de la política “del buen

vecino” está llegando a su fin. Roosevelt o su sucesor se sacará a breve lapso el guante de terciopelo y mostrará el puño de hierro. Las tesis de la Cuarta Internacional declaran:

“Sud y Centro América sólo podrán romper con el atraso y la esclavitud uniendo a todos sus estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica está destinada a ser resuelta no por la atrasada burguesía latinoamericana, la agencia totalmente prostituida del imperialismo extranjero, sino por el joven proletariado sudamericano, el líder destinado de las masas oprimidas. La consigna para la lucha contra la violencia y las intrigas del capitalismo mundial y contra la sangrienta explotación de las camarillas compradoras nativas será, por lo tanto: Por los estados unidos soviéticos de Sud y Centro América.”

Escritas hace seis años, estas líneas adquieren ahora una candente actualidad.

Sólo bajo su propia dirección revolucionaria el proletariado de las colonias y las semicolonias podrá lograr la colaboración firme del proletariado de los centros metropolitanos y de la clase obrera de conjunto. Sólo esta colaboración podrá llevar a los pueblos oprimidos a su emancipación final y completa con el derrocamiento del imperialismo en todo el mundo. Un triunfo del proletariado internacional libraría a los países coloniales de un largo y trabajoso período de desarrollo capitalista, abriéndoles la posibilidad de llegar al socialismo de la mano del proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente no significa de ninguna manera que los países atrasados tengan que esperar de los adelantados la señal de partida, ni que los pueblos coloniales tengan que aguardar pacientemente que el proletariado de los centros metropolitanos los libere. El que se ayuda consigue ayuda. Los obreros deben desarrollar la lucha revolucionaria en todos los países, coloniales o imperialistas, donde haya condiciones favorables, y así dar el ejemplo a los trabajadores de los demás países. Sólo la iniciativa y la actividad, la decisión y la valentía podrán materializar realmente la consigna “¡Obreros del mundo, uníos!”

LA RESPONSABILIDAD DE LA SEGUNDA Y LA TERCERA INTERNACIONAL

El triunfo de la revolución española podría haber abierto una era de cambios revolucionarios en toda Europa y así haber evitado la guerra actual. Pero esa

revolución heroica, que albergaba en su seno todas las posibilidades de triunfo, se disipó en el abrazo de la Segunda y la Tercera Internacional, con la colaboración activa de los anarquistas. El proletariado mundial se empobreció con la pérdida de otra gran esperanza y se enriqueció con las lecciones de otra traición monstruosa.

La poderosa movilización que realizó el proletariado francés en junio de 1936 reveló condiciones excepcionalmente favorables para la conquista revolucionaria del poder. Una república soviética francesa inmediatamente hubiera obtenido la hegemonía revolucionaria en Europa, hubiera creado repercusiones revolucionarias en todos los países, derrocado a los regímenes totalitarios, y de esta forma hubiera salvado a la humanidad de la actual matanza imperialista con sus innumerables víctimas. Pero la política totalmente corrupta, cobarde y traidora de León Blum y León Jouhaux, apoyada activamente por la sección francesa de la Comintern, llevó al colapso a uno de los movimientos más promisorios de la década pasada.

En el umbral de la guerra actual se ubican dos hechos trágicos: el estrangulamiento de la revolución española y el sabotaje de la ofensiva proletaria en Francia. La burguesía se convenció así misma de que con tales “dirigentes de los trabajadores” a su disposición podía darse el lujo de cualquier cosa, hasta de una nueva matanza de los pueblos. Los dirigentes de la Segunda Internacional impidieron que el proletariado derrocara a la burguesía al final de la primera guerra imperialista. Los dirigentes de la Segunda y la Tercera Internacional ayudaron a la burguesía a desatar una Segunda Guerra imperialista. ¡Que estos hechos se constituyan en su tumba política!

LA SEGUNDA INTERNACIONAL

La guerra de 1914-1918 dividió inmediatamente a la Segunda Internacional en dos bandos separados por las trincheras. Cada partido socialdemócrata defendió su patria. Recién varios años después de la guerra se reconciliaron los traidores hermanos enemistados y proclamaron la amnistía mutua.

Hoy la situación de la Segunda Internacional cambió mucho, superficialmente. Todas sus secciones, sin excepción, apoyan políticamente a uno de los bandos militares, el de los aliados; algunos porque son partidos de los países democráticos, otros porque son emigrados de las naciones

beligerantes o neutrales. La socialdemocracia alemana, que siguió una despreciable política chovinista durante la primera guerra imperialista, bajo el estandarte de los Hohenzollern, es hoy un partido “derrotista” al servicio de Francia e Inglaterra. Sería imperdonable creer que estos lacayos endurecidos se han vuelto revolucionarios. Hay una explicación más simple. La Alemania de Guillermo II ofrecía a los reformistas suficientes oportunidades de obtener sinecuras personales en los cuerpos parlamentarios, los municipios, los sindicatos y otros lugares. Defender la Alemania imperial implicaba defender un pozo bien repleto en el que la burocracia laboral conservadora metía el hocico. *“La socialdemocracia seguirá siendo patriótica mientras el régimen político existente le garantice sus ganancias y privilegios”*, prevenían nuestras tesis hace seis años. Los mencheviques y narodnikis rusos eran patriotas en la época del zar, cuando tenían sus fracciones en la Duma, sus periódicos, sus funcionarios sindicales y esperaban avanzar más lejos en esta dirección. Ahora que perdieron todo esto tienen una posición derrotista respecto a la URSS.

En consecuencia, lo que explica la actual “unanimidad” de la Segunda Internacional es que todas sus secciones esperan que los aliados mantengan los puestos y las rentas de la burocracia laboral de los países democráticos y les devuelvan y renueven los que perdieron a la de los países totalitarios. La socialdemocracia no se hace ilusiones inútiles sobre la protección de la burguesía “democrática”. Estos inválidos políticos son totalmente incapaces de luchar aun cuando se ven amenazados sus intereses personales.

Esto se reveló muy claramente en Escandinavia, que aparecía como el santuario más seguro de la Segunda Internacional y donde los tres países estuvieron gobernados durante años por la soberbia, realista, reformista y pacifista socialdemocracia. Estos caballeros llamaban socialismo a la democracia monárquica conservadora, más la iglesia estatal, más las anodinas reformas sociales que durante un tiempo fueron posibles gracias a los limitados gastos militares. Apoyados por la Liga de las Naciones y protegidos por el escudo de la “neutralidad”, los gobiernos escandinavos especulaban con generaciones de tranquilo y pacífico desarrollo. Pero los amos imperialistas no prestaron atención a sus cálculos. Se vieron obligados a eludir los golpes del destino. Cuando la URSS invadió Finlandia los tres gobiernos escandinavos se proclamaron neutrales en lo que respecta a ese país. Cuando Alemania invadió Dinamarca y Noruega, Suecia se declaró neutral respecto a las dos víctimas de la agresión. Dinamarca trató incluso de declararse neutral respecto a sí misma.

Noruega, bajo la boca de los cañones de su guardiana Inglaterra, sólo intentó algunos gestos simbólicos de autodefensa. Estos héroes están muy dispuestos a vivir a expensas de la patria democrática, pero muy poco dispuestos a morir por ella. La guerra que no previeron derribó al pasar sus esperanzas de una evolución pacífica presidida por el Rey y Dios. El paraíso escandinavo, refugio final de las esperanzas de la Segunda Internacional, se transformó en un minúsculo sector del infierno imperialista general.

Los oportunistas socialdemócratas no conocen más que una política, la adaptación pasiva. En las condiciones del capitalismo decadente nada les queda más que la rendición de sus posiciones una tras otra, el olvido de su ya miserable programa, la rebaja de sus exigencias, la renuncia a toda demanda, la retirada permanente cada vez más y más atrás hasta que no les quede lugar donde replegarse, salvo algún nido de ratas. Pero también allí llega la mano implacable del imperialismo y los arrastra tirándoles de la cola. Esta es la historia resumida de la Segunda Internacional. La guerra actual la está matando por segunda vez y, esperemos, ahora será para siempre.

LA TERCERA INTERNACIONAL

La política de la degenerada Tercera Internacional -una mezcla de crudo oportunismo y aventurerismo desenfrenado- ejerce una influencia sobre la clase obrera, todavía -si cabe- más desmoralizadora que la de su hermana mayor, la Segunda Internacional. El partido revolucionario construye toda su política sobre la conciencia de clase de los trabajadores; a la Comintern nada le preocupa más que contaminar y envenenar esta conciencia de clase.

Los propagandistas oficiales de cada uno de los sectores beligerantes denuncian, a veces bastante correctamente, los crímenes del bando opositor. Hay mucho de verdad en lo que dice Göebbels sobre la violencia británica en la India. La prensa francesa y la inglesa reflejan con mucha penetración la política exterior de Hitler y Stalin. Sin embargo, esta propaganda unilateral constituye el peor veneno chovinista. Las verdades a medias son las mentiras más peligrosas.

Toda la propaganda actual de la Comintern entra en esta categoría. Después de cinco años de adulación descarada a las democracias, durante los cuales todo su “comunismo” se reducía a monótonas acusaciones contra los agresores

fascistas, la Comintern súbitamente descubrió, en el otoño de 1939, al imperialismo criminal de las democracias occidentales. ¡Giro completo! Desde entonces, ¡ni una palabra de condena sobre la destrucción de Checoslovaquia y Polonia, la conquista de Dinamarca y Noruega y la chocante bestialidad de las bandas de Hitler hacia los pueblos polaco y judío! Hitler pasó a ser un vegetariano amante de la paz continuamente provocado por los imperialistas occidentales. La prensa de la Comintern llamaba a la alianza anglo-francesa “el bloque imperialista contra el pueblo alemán”. ¡Ni el mismo Göebbels podía haber tramado algo mejor! El Partido Comunista Alemán exiliado ardía en la llama del amor a la patria. Y como la patria alemana no había dejado de ser fascista, la posición del Partido Comunista Alemán resultaba... social-fascista. Por fin llegó la hora en que se hizo carne y sangre la teoría stalinista del social-fascismo.

A primera vista la actitud de las secciones francesa e inglesa de la Internacional Comunista parecía diametralmente opuesta. A diferencia de los alemanes, se veían obligados a atacar a su propio gobierno. Pero este súbito derrotismo no era internacionalismo sino una variedad distorsionada del patriotismo; estos caballeros consideran que su patria es el Kremlin, del que depende su prosperidad. Muchos stalinistas franceses demostraron un coraje innegable al ser perseguidos. Pero el contenido político de este coraje se vio ensombrecido por su embellecimiento de la política rapaz del bando enemigo. ¿Qué pensarán de ello los obreros franceses?

La reacción siempre presentó a los internacionalistas revolucionarios como agentes de un enemigo extranjero. La situación que les creó la Comintern a sus secciones francesa e inglesa dio todos los pretextos para esa acusación, y en consecuencia empujó forzosamente a los obreros al patriotismo o los condenó a la confusión y la pasividad.

La política del Kremlin es simple: le vendió a Hitler la Comintern junto con el petróleo y el manganeso. Pero el servilismo perruno con que esta gente se dejó vender atestigua irrefutablemente la corrupción interna de la Comintern. A los agentes del Kremlin no les quedan principios, ni honor, ni conciencia; sólo un espinazo flexible. Pero la gente con espinazos flexibles hasta ahora nunca dirigió una revolución.

La amistad de Stalin con Hitler no será eterna, ni siquiera durará mucho tiempo. Puede ser que antes de que nuestro manifiesto llegue a las masas la

política exterior del Kremlin dé un nuevo giro. En ese caso también cambiará el carácter de la propaganda de la Comintern.

Si el Kremlin se acerca a las democracias, la Comintern nuevamente desenterrará de sus archivos el Libro Marrón de los crímenes nacionalsocialistas. Pero esto no significa que su propaganda asumirá un carácter revolucionario. Cambiará los rótulos, pero seguirá tan servil como antes. La política revolucionaria exige, ante todo, que se diga la verdad a las masas. Pero la Comintern miente sistemáticamente. Nosotros les decimos a los obreros de todo el mundo: ¡No crean a los mentirosos!

LOS SOCIALDEMÓCRATAS Y LOS STALINISTAS EN LAS COLONIAS

Los partidos ligados a los explotadores e interesados en obtener privilegios son orgánicamente incapaces de seguir una política honesta para con las capas más explotadas de los trabajadores y los pueblos oprimidos. Pero la fisonomía de la Segunda y la Tercera Internacional se revelan con especial claridad en su actitud hacia las colonias.

La Segunda Internacional, que actúa como abogado de los esclavistas y como accionista de la empresa de la esclavitud, no tiene secciones propias en las colonias, si exceptuamos a grupos casuales de funcionarios coloniales, predominantemente masones franceses, y en general a los oportunistas “de izquierda” que reposan sobre las espaldas de la población nativa. Como renunció oportunamente a la poco patriótica concepción de la necesidad de levantar a la población colonial contra la “patria democrática”, la Segunda Internacional se ganó el privilegio de proporcionar a la burguesía ministros para las colonias, es decir capataces de esclavos (Sidney Webb, Marius Moutet y otros).

La Tercera Internacional, que comenzó haciendo un valiente llamado revolucionario a todos los pueblos oprimidos, también se prostituyó completamente en un breve lapso en lo que respecta a la cuestión colonial. No hace muchos años, cuando Moscú vio la oportunidad de una alianza con las democracias imperialistas, la Comintern planteó la consigna de emancipación nacional no sólo para Abisinia y Albania sino también para Austria. Pero, respecto a las colonias de Gran Bretaña y Francia, se limitó modestamente a

deseñarles reformas “razonables”. En ese entonces la Comintern defendió a la India no contra Gran Bretaña sino contra posibles ataques del Japón y a Túnez contra los colmillos de Mussolini. Ahora la situación cambió abruptamente. ¡Independencia total de la India, Egipto, Argelia!, Dimitrov no aceptará menos. Los árabes y los negros encontraron otra vez en Stalin a su mejor amigo, sin contar, por supuesto, a Mussolini y a Hitler. La sección alemana de la Comintern, con el descaro que caracteriza a esta banda de parásitos, defiende a Polonia y a Checoslovaquia contra los complots del imperialismo británico. ¡Esta gente es capaz de todo y está dispuesta a todo! Si el Kremlin cambia nuevamente de orientación hacia las democracias occidentales, otra vez solicitarán respetuosamente a Londres y París que garanticen reformas liberales para sus colonias.

A diferencia de la Segunda Internacional, la Comintern, gracias a su gran tradición, ejerce una indudable influencia en las colonias. Pero su base social cambió de acuerdo con su evolución política. En el presente, en los países de tipo colonial la Comintern se apoya en los sectores que constituyen la base tradicional de la Segunda Internacional en los centros metropolitanos. Con las migajas de las superganancias que obtiene de los países coloniales y semicoloniales el imperialismo creó en éstos algo similar a una aristocracia obrera nativa. Esta, insignificante en comparación con su modelo de las metrópolis, se destaca sin embargo sobre el telón de fondo de la pobreza general y se aferra tenazmente a sus privilegios. La burocracia y la aristocracia obrera de los países coloniales y semicoloniales, junto con los funcionarios estatales, proveen de elementos especialmente serviles a los “amigos” del Kremlin. En Latinoamérica uno de los representantes más repulsivos de esta especie es el abogado mexicano Lombardo Toledano, cuyos servicios especiales el Kremlin retribuyó elevándolo al decorativo puesto de presidente de la Federación Sindical Latinoamericana.

Al poner al rojo vivo los problemas de la lucha de clases, la guerra les crea a estos prestidigitadores y falsos profetas una situación cada vez más difícil, que los verdaderos bolcheviques tienen que utilizar para barrer por siempre a la Comintern de los países coloniales.

CENTRISMO Y ANARQUISMO

Al poner a prueba todo lo que existe y descartar todo lo que está podrido, la guerra representa un peligro mortal para las Internacionales que le sobreviven. Un sector considerable de la burocracia de la Comintern, especialmente en el caso de que la Unión Soviética sufra algunos reveses, inevitablemente se volverá hacia sus patrias imperialistas. Los obreros, por el contrario, irán cada vez más hacia la izquierda. En esa situación son inevitables las divisiones y las rupturas. Hay una cantidad de síntomas que indican la posibilidad de que también rompa el ala “izquierda” de la Segunda Internacional. Surgirán grupos centristas de distintos orígenes, se romperán, crearán nuevos “frentes”, “bandos”, etcétera. Nuestra época descubrirá, sin embargo, que el centrismo es intolerable. El rol patético y trágico que jugó en la revolución española el POUM, la más seria y honesta de las organizaciones centristas, en la revolución española quedará siempre en la memoria del proletariado avanzado como una terrible advertencia.

Pero la historia es aficionada a las repeticiones. No está excluida la posibilidad de que haya nuevos intentos de construir una organización internacional del tipo de la Internacional Dos y Media o, esta vez, la Internacional Tres y Un Cuarto. Esos balbuceos sólo merecen atención como reflejos de procesos mucho más profundos por los que atraviesan las masas trabajadoras. Pero desde ya se puede afirmar con seguridad que los “frentes”, “bandos” e “Internacionales” centristas, por carecer de fundamentos teóricos, tradición revolucionaria y un programa acabado, tendrán sólo un carácter efímero. Los ayudaremos criticando implacablemente su indecisión y ambigüedad.

Este esquema de la bancarrota de las viejas organizaciones de la clase obrera quedaría incompleto si no mencionáramos al anarquismo. Su decadencia constituye el fenómeno más irrefutable de nuestra época. Ya antes de la primera guerra imperialista los anarco-sindicalistas franceses lograron convertirse en los peores oportunistas y en los sirvientes directos de la burguesía. La mayor parte de los dirigentes anarquistas internacionales se hizo patriota en la última guerra. En el apogeo de la guerra civil en España los anarquistas ocuparon cargos de ministros de la burguesía. Los predicadores anarquistas niegan el estado en tanto éste no los necesita. En el momento de peligro, igual que los socialdemócratas, se transforman en agentes de la clase capitalista.

Los anarquistas entraron a la guerra actual sin un programa, sin una sola idea y con una bandera manchada por su traición al proletariado español. Hoy lo único que son capaces de aportar a los obreros es una desmoralización patriótica mechada con lamentos humanitarios. Al buscar un acercamiento con los obreros anarquistas que estén realmente dispuestos a luchar por los intereses de su clase, les exigiremos al mismo tiempo que rompan completamente con esos dirigentes que tanto en la guerra como en la revolución sólo sirven de mensajeros de la burguesía.

LOS SINDICATOS Y LA GUERRA

Mientras los magnates del capitalismo monopolista se ponen por encima de los órganos del poder estatal, controlándolo desde las alturas, los dirigentes sindicales oportunistas rondan los umbrales del poder estatal tratando de conseguir que las masas obreras les den su apoyo. Es imposible cumplir esta sucia tarea en tanto se mantenga la democracia obrera dentro de los sindicatos. El régimen interno de los sindicatos, siguiendo el ejemplo del régimen de los estados burgueses, se está volviendo más y más autoritario. En épocas de guerra la burocracia sindical se transforma definitivamente en la policía militar del estado mayor del ejército dentro de la clase obrera.

Pero por más empeño que ponga, no tiene salvación. La guerra significa la muerte y la destrucción de los actuales sindicatos reformistas. A los sindicalistas en la flor de la edad se los moviliza para la matanza. Los reemplazan los muchachos, las mujeres y los viejos, es decir los menos capacitados para resistir. Todos los países saldrán de la guerra tan arruinados que el nivel de los trabajadores retrocederá cien años. Los sindicatos reformistas sólo son posibles bajo el régimen de la democracia burguesa. Pero lo primero que desaparecerá con la guerra será la democracia, completamente putrefacta. En su derrumbe definitivo arrastrará consigo a todas las organizaciones obreras que le sirvieron de apoyo. No habrá lugar para los sindicatos reformistas. La reacción capitalista los destruirá cruelmente. Es necesario prevenir de esto a los obreros, inmediatamente y en voz bien alta, para que todos lo oigan.

Una época nueva exige métodos nuevos. Los métodos nuevos exigen líderes nuevos. Hay una sola manera de salvar los sindicatos: transformarlos en organizaciones de lucha que se planteen como objetivo el triunfo sobre la

anarquía capitalista y el bandidaje imperialista. Los sindicatos jugarán un rol enorme en la construcción de la economía socialista, pero la condición previa para lograrla es el derrocamiento de la clase capitalista y la nacionalización de los medios de producción. Solamente si toman el camino de la revolución socialista podrán los sindicatos escapar al destino de quedar enterrados bajo las ruinas de la guerra.

LA CUARTA INTERNACIONAL

La vanguardia proletaria es el enemigo irreconciliable de la guerra imperialista. Pero no teme a esta guerra. Acepta dar la batalla en el terreno elegido por el enemigo de clase. Entra a este terreno con sus banderas flameando al viento.

La Cuarta Internacional es la única organización que previó correctamente el curso general de los acontecimientos mundiales, que predijo la inevitabilidad de una nueva catástrofe imperialista, que denunció los fraudes pacifistas de los demócratas burgueses y los aventureros pequeñoburgueses de la escuela stalinista, que luchó contra la política de colaboración de clases conocida como “frente popular”, que expuso públicamente el rol traidor de la Comintern y los anarquistas en España, que criticó irreconciliablemente las ilusiones centristas del POUM, que continuó fortaleciendo incesantemente a sus cuadros en el espíritu de la lucha de clases revolucionaria. Nuestra política en la guerra es sólo la continuación concentrada de nuestra política en la paz.

La Cuarta Internacional construye su programa sobre los fundamentos teóricos del marxismo, sólidos como el granito. Rechaza el despreciable eclecticismo que predomina ahora en las filas de la burocracia obrera oficial de los distintos bandos, y que muy frecuentemente sirve de indicador de la capitulación ante la democracia burguesa. Nuestro programa está formulado en una serie de documentos accesibles a todo el mundo. Su eje se puede resumir en tres palabras: *dictadura del proletariado*.

NUESTRO PROGRAMA, BASADO EN EL BOLCHEVISMO

La Cuarta Internacional se apoya completa y sinceramente sobre los fundamentos de la tradición revolucionaria del bolchevismo y sus métodos

organizativos. Que los radicales pequeñoburgueses lloren contra el centralismo. Un obrero que haya participado aunque sea una vez en una huelga sabe que ninguna lucha es posible sin disciplina y una dirección firme. Toda nuestra época está imbuida del espíritu del centralismo. El capitalismo monopolista llevó hasta sus últimos límites la centralización económica. El centralismo estatal en el marco del fascismo asumió un carácter totalitario. Las democracias intentan cada vez más emular este ejemplo. La burocracia sindical defiende con ensañamiento su maquinaria poderosa. La Segunda y la Tercera Internacional utilizan descaradamente el aparato estatal en su lucha contra la revolución. En estas condiciones la garantía más elemental de éxito reside en la contraposición del centralismo revolucionario al centralismo de la reacción. Es indispensable contar con una organización de la vanguardia proletaria unificada por una disciplina de hierro, una verdadera selección de revolucionarios templados dispuestos al sacrificio e inspirados por una indomable voluntad de vencer. Sólo un partido centralizado que no se falla a sí mismo será capaz de preparar sistemática y afanosamente la ofensiva y cuando suene la hora decisiva, volcar en el campo de batalla toda la fuerza de la clase sin vacilar.

Los escépticos superficiales se deleitan en señalar la degeneración en burocratismo del centralismo bolchevique. ¡Como si todo el curso de la historia dependiera de la estructura de un partido! De hecho, es el destino del partido el que depende del curso de la lucha de clases. Pero de todas maneras el Partido Bolchevique fue el único que demostró en la acción su capacidad de realizar la revolución proletaria. Es precisamente un partido así lo que necesita ahora el proletariado internacional. Si el régimen burgués sale impune de la guerra todos los partidos revolucionarios degenerarán. Si la revolución proletaria conquista el poder, desaparecerán esas condiciones que provocan la degeneración.

En condiciones de reacción triunfante, la desilusión y la fatiga de las masas, en una atmósfera política envenenada por la descomposición maligna de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, en medio de dificultades y obstáculos que se acumulaban, el desarrollo de la Cuarta Internacional necesariamente era lento. Los centristas, que desdeñaban nuestros esfuerzos, hicieron más de una vez intentos aislados y a primera vista mucho más amplios y prometedores de unificación de la izquierda. Todos ellos, sin embargo, se hicieron polvo aun antes de que las masas tuvieran la posibilidad de recordar

siquiera sus nombres. Sólo la Cuarta Internacional, con valentía, persistencia y con un éxito cada vez mayor se mantiene nadando contra la corriente.

¡HEMOS PASADO LA PRUEBA!

Lo que caracteriza a una genuina organización revolucionaria es sobre todo la seriedad con la que trabaja y pone a prueba su línea política con cada nuevo giro de los acontecimientos. Su centralismo fructifica en democracia. Bajo el fuego de la guerra nuestras secciones discuten apasionadamente todos los problemas de la política proletaria, comprobando la validez de nuestros métodos y barriendo de paso a los elementos inestables que sólo se nos unieron a causa de su oposición a la Segunda y la Tercera Internacional. La separación de los compañeros de ruta que no son de total confianza es el precio inevitable que hay que pagar en la formación de un verdadero partido revolucionario.

La inmensa mayoría de los camaradas de los diferentes países salieron airoso de la primera prueba a la que los sometió la guerra. Este hecho es de inestimable significación para el futuro de la Cuarta Internacional. Cada miembro de base de nuestra organización tiene no sólo el derecho sino también el deber de considerarse de aquí en más un oficial del ejército revolucionario que se creará al calor de los acontecimientos. La entrada de las masas en la lucha revolucionaria pondrá de manifiesto inmediatamente la insignificancia de los programas de los oportunistas, los pacifistas y los centristas. Un solo revolucionario verdadero en una fábrica, una mina, un sindicato, un regimiento, un barco de guerra vale infinitamente más que cien pseudo revolucionarios pequeñoburgueses que se cocinan en su propia salsa.

Los políticos de la gran burguesía entienden mucho mejor el rol de la Cuarta Internacional que nuestros pedantes pequeñoburgueses. En víspera de la ruptura de relaciones diplomáticas, el embajador francés Coulondre y Hitler, que buscaban en su entrevista final asustarse recíprocamente con las consecuencias de la guerra, estaban de acuerdo en que “el único vencedor real” sería la Cuarta Internacional. Cuando la declaración de hostilidades contra Polonia, la prensa grande de Francia, Dinamarca y otros países publicó cables que informaban que en los barrios obreros de Berlín aparecieron carteles que decían “¡Abajo Stalin, viva Trotsky!”. Esto significa: “¡Abajo la Tercera Internacional, viva la Cuarta Internacional!”. Cuando los obreros y estudiantes

más resueltos de Praga organizaron una manifestación en el aniversario de la independencia nacional, el “Protector”, Barón Neurath, sacó una declaración oficial atribuyendo la responsabilidad de esta manifestación a los “trotskistas” checos. La correspondencia desde Praga publicada por el periódico que edita Benes, el antiguo presidente de la República Checoslovaca, confirma el hecho de que los obreros checos se están volviendo “trotskistas”. Por ahora, éstos son sólo síntomas. Pero indican inequívocamente las tendencias del proceso. La nueva generación de obreros a los que la guerra empujará por el camino de la revolución tomará su lugar bajo nuestras banderas.

LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Las condiciones básicas para el triunfo de la revolución proletaria fueron establecidas por: 1) el impasse de la burguesía y la consecuente confusión de la clase dominante; 2) la aguda insatisfacción y el anhelo de cambios decisivos en las filas de la pequeñoburguesía, sin cuyo apoyo la gran burguesía no puede mantenerse; 3) la conciencia de lo intolerable de la situación y la disposición para las acciones revolucionarias en las filas del proletariado; 4) un programa claro y una dirección firme de la vanguardia proletaria. Estas son las cuatro condiciones para el triunfo de la revolución proletaria. La razón principal de la derrota de muchas revoluciones radica en el hecho de que estas cuatro condiciones raramente alcanzan al mismo tiempo el necesario grado de madurez. Muchas veces en la historia la guerra fue la madre de la revolución precisamente porque sacude hasta sus mismas bases los regímenes ya obsoletos, debilita a la clase gobernante y acelera el crecimiento de la indignación revolucionaria entre las clases oprimidas.

Ya son intensas la desorientación de la burguesía, la alarma y la insatisfacción de las masas populares, no sólo en los países beligerantes sino también en los neutrales; estos fenómenos se intensificarán con cada mes de guerra que pase. Es cierto que en los últimos veinte años el proletariado sufrió una derrota tras otra, cada una más grave que la precedente, se desilusionó de los viejos partidos y la guerra indudablemente lo encontró deprimido. Sin embargo, no hay que sobrestimar la estabilidad o duración de esos estados de ánimo. Los produjeron los acontecimientos; éstos los disiparán.

La guerra, al igual que la revolución, la hacen ante todo las generaciones más jóvenes. Millones de jóvenes que no pudieron acceder a la industria comenzaron sus vidas como desocupados y por lo tanto quedaron al margen de la política. Hoy están encontrando su ubicación o la encontrarán mañana; el estado los organiza en regimientos y por esta misma razón les abre la posibilidad de su unificación revolucionaria. Sin duda la guerra también sacudirá la apatía de las generaciones más viejas.

EL PROBLEMA DE LA DIRECCIÓN

Se mantiene el problema de la dirección. ¿No será traicionada la revolución esta vez también, ya que hay dos Internacionales al servicio del imperialismo mientras que los elementos genuinamente revolucionarios constituyen una minúscula minoría? En otras palabras: ¿lograremos preparar a tiempo un partido capaz de dirigir la revolución proletaria? Para contestar correctamente esta pregunta es necesario plantearla correctamente. Naturalmente, tal o cual insurrección puede y seguramente terminará en una derrota debido a la inmadurez de la dirección revolucionaria. Pero no se trata de una insurrección aislada. Se trata de toda una época revolucionaria.

El mundo capitalista ya no tiene salida, a menos que se considere salida a una agonía prolongada. Es necesario prepararse para largos años, si no décadas, de guerra, insurrecciones, breves intervalos de tregua, nuevas guerras y nuevas insurrecciones. Un partido revolucionario joven tiene que apoyarse en esta perspectiva. La historia le dará suficientes oportunidades y posibilidades de probarse, acumular experiencia y madurar. Cuanto más rápidamente se fusione la vanguardia más breve será la etapa de las convulsiones sangrientas, menor la destrucción que sufrirá nuestro planeta. Pero el gran problema histórico no se resolverá de ninguna manera hasta que un partido revolucionario se ponga al frente del proletariado. El problema de los ritmos y los intervalos es de enorme importancia pero no altera la perspectiva histórica general ni la dirección de nuestra política. La conclusión es simple: hay que llevar adelante la tarea de organizar y educar a la vanguardia proletaria con una energía multiplicada por diez. Aquí estriba precisamente la tarea de la Cuarta Internacional.

El mayor error lo cometen aquellos que, buscando justificar sus conclusiones pesimistas, se refieren simplemente a las tristes consecuencias de la última guerra. En primer lugar, de la última guerra nació la Revolución de

Octubre, cuyas lecciones están vivas en el movimiento obrero de todo el mundo. En segundo lugar, las condiciones de la guerra actual difieren profundamente de las de 1914. La situación económica de los estados imperialistas, incluyendo Estados Unidos, hoy es infinitamente peor, y el poder destructivo de la guerra infinitamente mayor que hace un cuarto de siglo. Hay por lo tanto razones suficientes para suponer que esta vez la reacción por parte de los obreros y el ejército será mucho más rápida y decisiva.

La experiencia de la primera guerra no pasó sin afectar profundamente a las masas. La Segunda Internacional extrajo sus fuerzas de las ilusiones democráticas y pacifistas que estaban casi intactas en las masas. Los obreros deseaban seriamente que la guerra de 1914 sea la última. Los soldados se dejaban matar para evitar que sus hijos tuvieran que sufrir una nueva carnicería. Sólo gracias a esta esperanza los hombres soportaron la guerra durante más de cuatro años. Hoy no queda casi nada de las ilusiones democráticas y pacifistas. Los pueblos sufren la guerra actual sin creer más en ella, sin esperar de ella otra cosa que nuevas cadenas. Esto también se aplica a los estados totalitarios. La generación obrera más vieja, que llevó sobre sus espaldas la carga de la primera guerra imperialista y no olvidó sus lecciones, está lejos todavía de haber sido eliminada de la escena. Aún suenan en los oídos de la generación siguiente a aquélla, la que iba a la escuela durante la guerra, las falsas consignas de patriotismo y pacifismo. La inestimable experiencia política de estos sectores, ahora aplastados por el peso de la maquinaria bélica, se revelará en toda su plenitud cuando la guerra impulse a las masas trabajadoras a ponerse abiertamente contra sus gobiernos.

SOCIALISMO O ESCLAVITUD

Nuestras tesis, “La Guerra y la Cuarta Internacional” (1934), afirman que: *“el carácter completamente reaccionario, putrefacto y asesino del capitalismo moderno, la destrucción de la democracia, el reformismo y el pacifismo, la necesidad impostergable y candente que tiene el proletariado de encontrar una salida segura del desastre inminente ponen a la orden del día, con fuerzas renovadas, la revolución internacional”.*

Hoy ya no se trata, como en el siglo XIX, de garantizar simplemente un desarrollo económico más rápido y sano; hoy se trata de salvar a la humanidad

del suicidio. Es precisamente la agudeza del problema histórico lo que hace temblar los cimientos de los partidos oportunistas. El partido de la revolución, por el contrario, encuentra una reserva inagotable de fuerzas en su conciencia de ser el producto de una necesidad histórica inexorable.

Más aun, es inadmisibile poner a la actual vanguardia revolucionaria al mismo nivel de aquellos internacionalistas aislados que alzaron sus voces cuando estalló la guerra anterior. Sólo el partido de los bolcheviques rusos representaba en ese entonces una fuerza revolucionaria. Pero incluso éste, en su inmensa mayoría, exceptuando un pequeño grupo de emigrados que rodeaban a Lenin, no logró superar su estrechez nacional y elevarse a la perspectiva de la revolución mundial.

La Cuarta Internacional, por el número de sus militantes y especialmente por su preparación, cuenta con ventajas infinitas sobre sus predecesores de la guerra anterior. La Cuarta Internacional es la heredera directa de lo mejor del bolchevismo. La Cuarta Internacional asimiló la tradición de la Revolución de Octubre y transformó en teoría la experiencia del periodo histórico más rico entre las dos guerras imperialistas. Tiene fe en sí misma y en su futuro.

La guerra, recordémoslo una vez más, acelera enormemente el desarrollo político. Esos grandes objetivos que ayer nomás nos parecían estar a años, si no a décadas de distancia pueden plantearse directamente en los próximos dos o tres años, o aún antes. Los programas que se apoyan en las condiciones habituales de las épocas de paz inevitablemente quedarán colgando en el aire. Por otra parte, el programa de consignas transicionales de la Cuarta Internacional, que les parecía tan “irreal” a los políticos que no ven más allá de sus narices, revelará toda su importancia en el proceso de movilización de las masas por la conquista del poder.

Cuando comience la nueva revolución los oportunistas tratarán una vez más, como lo hicieron hace un cuarto de siglo, de inspirar a los obreros la idea de que es imposible construir el socialismo sobre las ruinas y la desolación. ¡Como si el proletariado tuviera libertad de elegir! Hay que construir sobre los fundamentos que proporciona la historia. La Revolución Rusa demostró que el gobierno obrero puede sacar de la pobreza más profunda hasta a un país muy atrasado. Mucho mayores son los milagros que podrá realizar el proletariado de los países avanzados. La guerra destruye estructuras, ferrocarriles, fábricas, minas; pero no puede destruir la tecnología, la ciencia, la capacidad. Después de crear su propio estado, organizar correctamente sus filas, aportar la fuerza de

trabajo calificado heredada del régimen burgués y organizar la producción de acuerdo a un plan unificado, el proletariado no sólo restaurará en unos años todo lo destruido por la guerra; también creará las condiciones para un gran florecimiento de la cultura sobre las bases de la solidaridad.

¿QUÉ HACER?

La Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional adopta este manifiesto en el momento en que, luego de abatir a Holanda y Bélgica y aplastar la resistencia inicial de las tropas aliadas, el ejército alemán avanza como un fuego arrollador hacia París y el Canal. En Berlín ya se apresuran a celebrar la victoria. En el sector aliado cunde una alarma lindante con el pánico. Aquí no tenemos posibilidades ni necesidad de internarnos en especulaciones estratégicas sobre las próximas etapas de la guerra. De todos modos, la tremenda preponderancia de Hitler pone en este momento su impronta sobre la fisonomía política de todo el mundo.

“¿No está obligada la clase obrera, en las condiciones actuales, a ayudar a las democracias en su lucha contra el fascismo alemán?” Así plantean la cuestión amplios sectores pequeñoburgueses para quienes el proletariado es siempre una herramienta auxiliar de tal o cual sector de la burguesía. Rechazamos con indignación esta política. Naturalmente existen diferencias entre los distintos regímenes políticos de la sociedad burguesa, así como en un tren hay vagones más cómodos que otros. Pero cuando todo el tren se está precipitando en un abismo, la diferencia entre la democracia decadente y el fascismo asesino desaparece ante el colapso de todo el sistema capitalista.

Los triunfos y bestialidades de Hitler provocan naturalmente el odio exasperado de los obreros de todo el mundo. Pero entre este odio legítimo de los obreros y la ayuda a sus enemigos más débiles pero no menos reaccionarios hay una gran distancia. El triunfo de los imperialistas de Gran Bretaña y Francia no sería menos terrible para la suerte de la humanidad que el de Hitler y Mussolini. La democracia burguesa no puede ser salvada. Ayudando a sus burguesías contra el fascismo extranjero los obreros sólo acelerarán el triunfo del fascismo en su propio país. La tarea planteada por la historia no es apoyar a una parte del sistema imperialista en contra de otra sino terminar con el conjunto del sistema.

LOS OBREROS TIENEN QUE APRENDER LA TÉCNICA MILITAR

La militarización de las masas se intensifica día a día. Rechazamos la grotesca pretensión de evitar esta militarización con huecas protestas pacifistas. En la próxima etapa todos los grandes problemas se decidirán con las armas en la mano. Los obreros no deben tener miedo a las armas; por el contrario, tienen que aprender a usarlas. Los revolucionarios no se alejan del pueblo ni en la guerra ni en la paz. Un bolchevique trata no sólo de convertirse en el mejor sindicalista sino también en el mejor soldado.

No queremos permitirle a la burguesía que lleve a los soldados sin entrenamiento o semientrenados a morir en el campo de batalla. Exigimos que el estado ofrezca inmediatamente a los obreros y a los desocupados la posibilidad de aprender a manejar el rifle, la granada de mano, el fusil, el cañón, el aeroplano, el submarino y los demás instrumentos de guerra. Hacen falta escuelas militares especiales estrechamente relacionadas con los sindicatos para que los obreros puedan transformarse en especialistas calificados en el arte militar, capaces de ocupar puestos de comandante.

¡ESTA NO ES NUESTRA GUERRA!

Al mismo tiempo, no nos olvidamos ni por un momento de que esta guerra no es nuestra guerra. En oposición a la Segunda y la Tercera Internacional, la Cuarta Internacional no construye su política en función de los avatares militares de los estados capitalistas sino de la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los obreros contra los capitalistas, del derrocamiento de la clase dominante en todos los países, de la revolución socialista mundial. Los cambios que se producen en el frente, la destrucción de los capitales nacionales, la ocupación de territorios, la caída de algunos estados, desde este punto de vista sólo constituyen trágicos episodios en el camino a la reconstrucción de la sociedad moderna.

Independientemente del curso de la guerra, cumplimos nuestro objetivo básico: explicamos a los obreros que sus intereses son irreconciliables con los del capitalismo sediento de sangre; movilizamos a los trabajadores contra el imperialismo; propagandizamos la unidad de los obreros de todos los países

beligerantes y neutrales; llamamos a la fraternización entre obreros y soldados dentro de cada país y entre los soldados que están en lados opuestos de las trincheras en el campo de batalla; movilizamos a las mujeres y los jóvenes contra la guerra; preparamos constante, persistente e incansablemente la revolución en las fábricas, los molinos, las aldeas, los cuarteles, el frente y la flota.

Este es nuestro programa. ¡Proletarios del mundo, no hay otra salida que la de unirse bajo el estandarte de la Cuarta Internacional!

Trotsky, León

En defensa del marxismo / León Trotsky ; compilado por Walter Montoya ; prólogo de Carlos Munzer. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Socialista Rudolph Klement, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Briante, Nadia ; Eliza Funes.

ISBN 978-987-4402-18-9

1. Ciencia Política. I. Montoya, Walter , comp. II. Munzer, Carlos , prolog. III. Briante, Nadia, trad. IV. Funes, Eliza, trad. V. Título.

CDD 320

Otros títulos de nuestra Editorial disponibles en E-book.

- *“2013-2014 Siria Bajo fuego. Una revolución ensangrentada”*
- *“1989 La burocracia stalinista entregó los Estados Obreros a Wall Street y al capitalismo mundial.”*
- *“Bolivia una revolución traicionada. Tomo I”*
- *“Bolivia una revolución traicionada. Tomo II- El marxismo y la insurrección.”*
- *“Revolución y contrarrevolución en Chile.”*
- *“La decadencia de las fuerzas productivas”*
- *“Ascenso y Ocaso del chavismo. La estafa de la “revolución Bolivariana.”*
- *“¿China imperialista? A propósito de los mitos de la restauración capitalista.”*
- *“Argentina 2001. Estallido de la revolución”*

Notas

[←1]

Recordamos que algunos de los camaradas que se inclinan a considerar a la burocracia como una nueva clase se oponen a la vez decididamente, a la exclusión de la burocracia de los soviets. (León Trotsky)

[←2]

Ciertamente, en la última sección de su libro, que consiste en contradicciones fantásticas, Bruno R. refuta bastante consciente y articuladamente su propia teoría del “colectivismo burocrático” expuesta en la primera sección del libro, y declara que el stalinismo, el fascismo y el nazismo son formaciones parasitarias y transitorias, castigos históricos por la impotencia del proletariado. En otras palabras, tras haber sometido los puntos de vista de la Cuarta Internacional al más duro tipo de críticas, Bruno R. vuelve deliberadamente a estos puntos de vista, pero sólo para emprender otra serie de errores. No vemos razones para seguir los pasos de un escritor que obviamente ha perdido el equilibrio. Nos interesan aquellos de sus argumentos por medio de los cuales intenta demostrar que la burocracia es una clase. (León Trotsky)

[←3]

Refiere a Max Shachtman (NdeIE)

[←4]

Refiere a Max Shachtman (NdeE)

[←5]

Hace referencia a Joseph Hansen (NdelE)

[←6]

Refiere a “Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party” contenida en esta edición, p. 97 (NdelE)

[←7]

Refiere a la carta a Max Shachtman incluida en página 124 de esta edición (NdeE)

[←8]

Se refiere a James P. Cannon (NdeIE)

[←9]

William F. Warde, seudónimo utilizado por George Novack (NdeE)

[←10]

Este artículo estaba ya escrito cuando leí en el “Nueva York Times” del 17 de enero las líneas siguientes relativas al este de Polonia: “En la industria, todavía no se han realizado actos de expropiación a gran escala. Los principales centros bancarios, la red de ferrocarriles, y muchas de las grandes empresas industriales fueron estatizados años antes de la ocupación rusa. En las industrias pequeñas y medianas, los trabajadores ejercen ahora el control sobre la producción.

Los industriales conservan nominalmente el pleno derecho de propiedad de “sus establecimientos, pero están obligados a someter los informes sobre costes de producción, etc., a la consideración de los delegados de los trabajadores. Estos últimos, junto con los patronos, fijan los sueldos, las condiciones de trabajo y una ‘justa ganancia’ para los industriales.”

Vemos que “la realidad de los acontecimientos vivos” no se somete en absoluto a los modelos pedantes y sin vida de los dirigentes de la oposición. Mientras tanto, nuestras “abstracciones” se están convirtiendo en carne y sangre. (León Trosky)

[←11]

La minoría había convocado a una conferencia de su grupo en Cleveland para el 24 y 25 de febrero de 1940 (NdeIE)

[←12]

El Comité Ejecutivo Internacional debiera haber presentado hace tiempo tal alternativa, pero desgraciadamente el CEI no existe. (León Trotsky)

[←13]

Hace referencia a la “Lucha por un partido proletario” de James P. Cannon escrito en 1939-1940 (NdelE)

[←14]

La escisión se había producido con ocasión del Congreso realizado a comienzos de abril de 1940 (NdelE)

[←15]

El “New Leader” londinense editado por Fenner Brockway publica una editorial con fecha 12 de noviembre de este año “El Partido Laborista Independiente” no acepta el punto de vista trotskista de que las bases económicas del socialismo en la Rusia Soviética han sido destruidas ¿Qué puede uno decir de esta gente? Ellos no entienden los pensamientos de otros porque no tienen ninguno propio. Sólo pueden sembrar confusión entre los trabajadores. (León Trotsky)